

ELIZABETH EYRE

*Veneno para el príncipe*

UN MISTERIO EN LA ITALIA RENACENTISTA

SEGISMUNDO III



Lectulandia

A causa de unos guantes envenenados muere una bella dama de la corte de Viverra, estado papal gobernado por el príncipe Scipione. Poco después un embajador veneciano corre la misma suerte al ingerir un caramelo. Sin embargo, resulta obvio que el blanco de estos atentados es el propio príncipe. Scipione empieza a recelar de cuantos le rodean: Issota, su enigmática esposa; Gatta, su ambicioso condottiere; el conde Landucci, un rehén despechado; el hermano Ambrosio, un fraile intolerante. Sólo el fiel Segismundo será capaz de desentrañar tan confusa intriga.

**Lectulandia**

Elizabeth Eyre

# **Veneno para el príncipe**

**Segismundo - 3**

ePub r1.0

Titivillus 31.12.16

Título original: *Poison for the Prince*  
Elizabeth Eyre, 1993  
Traducción: Gemma Moral & Daniel Aguirre

Gracias a los *papyreros* que son los primeros que se lo curraron

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Personajes

---

**Escipión**, príncipe de Viverra

**Princesa Isotta**, su esposa

**Príncipe Francisco**, su hijo

**Princesa Elena**, madre del príncipe Escipión

**Donato Landucci**, un rehén

**Ridolfo Ridolfi**, llamado **Gatta**, condotiero actualmente al servicio del príncipe Escipión

**Doctor Virgilio**, alquimista

**Leone Leconti**, artista

**Ginebra Matarazza**, una dama de la corte

El médico del príncipe

**Obispo Ugolino**

El embajador de Venecia, **señor Loredano**

**Michelotto della Casa**, capitán de Gatta

**Caterina Ridolfi**, hija de Gatta

**Conde Antonio Carlotti**, señor de Mascia, un rebelde

**Scala**, condotiero a sueldo del anterior

**Conde Landucci**, un rebelde derrotado, padre de Donato

**Señora Landucci**, su esposa

**Hermano Ambrosio**, fraile franciscano proselitista

**Hermano Columba**, su ayudante

**Maese Buselli**, boticario

**Rosaria**, posadera

Una bruja

Un barbero

Ciudadanos, soldadesca, ayudantes de laboratorio, pajes, damas, consejeros, aldeanos

**Aldo, Fracassa y Pío**: primos en una misión

**Segismundo**, soldado de fortuna

**Benno**, su criado

**Biondello**, un perro

---

## «Os querían ver muerto»

—¿Has salido de la tumba?

La mujer, pese a su corpulencia, había cruzado a la carrera la gran sala atestada de gente para abrazarlo. El abrazo le confirmó la realidad de su presencia. Miró el rostro oscurecido por la capucha, los ojos negros, la nariz recia, la boca sonriente, y le lanzó un reproche:

—Había oído decir que te habían matado en Francia.

La mujer no había conseguido rodearlo completamente con los brazos, y para compensarlo apoyó la cabeza en su pecho.

—Dos años desde la última vez que estuviste aquí. Pensaba que nunca regresarías.

—Francia me ofreció en verdad una tumba, pero la rechacé.

La risa de la mujer sacudió todo su cuerpo gozosamente, soltó al hombre y se echó hacia atrás para volver a mirarlo.

—¡Pero eres generoso! Apuesto a que se la ofreciste a otro.

Tenía que hablar muy alto para hacerse oír por encima del estrépito de pucheros, el rumor de las conversaciones, el sonido de dados y platos, y las voces de unos borrachos que cantaban en un rincón.

—¡Vino! —exclamó de pronto, cogiéndole la mano afectuosamente—. A cuenta de la casa, querido. Rosaria jamás olvida un favor.

Le buscó un lugar en el rincón opuesto al de los borrachos cantarines, que habían llegado a una parte de la canción de la que ninguno conocía la letra y la sustituían golpeando la mesa con un ritmo más errático de lo que sospechaban. Rosaria se sirvió un vaso para sí y otro para su amigo, recobrado después de largo tiempo, y lanzó una mirada indulgente a los borrachos.

—Son extranjeros. Les he preguntado de dónde vienen y ni siquiera lo saben. Uno de ellos ha nombrado un lugar y los otros lo han desmentido. A tu salud, querido. —Alzó su vaso—. Sigue esquivando siempre esa tumba.

Bebieron. Él miró alrededor de la gran sala, tenuemente iluminada.

—Cada vez es más difícil. Tú oíste que había muerto en Francia; yo, que agonizabas en Italia. ¿Está cerca la peste?

Rosaria se santiguó.

—Aún no ha llegado a Viverra, pero aseguran que se acerca por el este. Dicen que hay aldeas en que no ha quedado nadie para enterrar a los muertos. —Un violento clamor procedente de la mesa del rincón ahogó sus siguientes palabras, que volvió a

repetir—: Dicen que aquí también atacará como castigo a nuestro príncipe.

—Dicen... ¿Y qué dices tú?

Rosaria examinó el rostro del hombre. Sus perspicaces ojos negros y rasgados descansaban sobre pómulos amplios y llenos. A pesar de su enorme tamaño —no tanto por la estatura como por la amplitud de sus formas— era una bonita mujer de rostro afable y confiado. La cofia, de largas cintas hasta los hombros, era de hilo blanco, y aunque llevaba un delantal sucio, el vestido que éste protegía estaba limpio y era de buen paño azul.

—¿Que qué digo yo? Digo que un hombre tiene derecho a sus pasatiempos. Un príncipe puede pagarse sus placeres, pues que los disfrute. —Limpió la mesa y se echó el trapo al hombro—. Quien paga manda.

—Al parecer, eso mismo opinan muchos de tus clientes. —Miró alrededor y sonrió.

En la puerta varios viajeros solicitaban ser atendidos mientras golpeaban el suelo con los pies para limpiarse el barro de las botas y se despojaban de capas y sombreros. La agobiada moza que servía se desasió de uno de los borrachos y se acercó a toda prisa a los recién llegados. Rosaria se levantó con gesto autoritario y se dispuso a hacerles un hueco.

El hombre de Francia, solo, se sirvió vino y esperó. La demora de su criado significaba que los caballos necesitaban de cuidados especiales después de un largo y pesado viaje, pero él no tenía inconveniente en matar el rato contemplando a sus congéneres.

La gran sala del mesón estaba casi llena e iluminada a medias por unas cuantas antorchas sujetas a las paredes, uno o dos candeleros de hierro y un gran anillo de hierro colgado sobre la larga mesa, donde pequeños montones de sebo sostenían unas bujías. El humo impregnaba el ambiente casi hasta la galería. La larga mesa, marcada por los anillos de un millar de vasos de vino y los tajos de los muchos hombres que habían cortado pan y carne sobre su superficie, estaba llena de bebedores y jugadores de dados. La mayoría charlaba. Era más seguro viajar en grupo y el mesón era el lugar ideal para recabar detalles sobre los establecimientos de la siguiente población.

Los tres cantantes del rincón comenzaron a ponerse pendencieros. Dos discutían acaloradamente sobre la letra del estribillo. El tercero, que por su comportamiento maníaco y ansioso parecía temer que en cualquier momento se produjera un terrible suceso que no pudiera localizar ni reconocer siquiera, intentaba calmarlos.

Los otros dos no le hicieron el menor caso.

—Pío, tu madre era una puta. —El rubio habría resultado guapo de no haber sido por sus cabellos grasientos y el que contorsionara el rostro en continuas muecas. Estaba claro que, en su opinión, estableciendo el linaje de su amigo, la controversia acerca de la canción quedaba zanjada.

Pío, que llevaba el pelo muy corto y tenía un rostro inexpresivo, como si no hubiera descubierto aún el modo de mover sus facciones, lo miró fijamente. También

él tenía una solución para poner fin a la disputa musical, que manifestó con cierta cautela:

—Fracassa, tu madre era una puta y tu padre un cabrón.

Fracassa reaccionó con tal vehemencia ante el insulto que la afirmación de su amigo bien podría haber sido cierta. Farfullando, cogió con ambas manos la empuñadura de su espada, un auténtico monstruo cuya punta descansaba en el suelo. A Pío aquella actitud no pareció preocuparle. Alzó una jarra de vino y se la llevó a la boca. El tercer hombre se la arrebató y Pío echó la cabeza hacia adelante golpeando en el cráneo a sus dos amigos, que quedaron atontados mientras él les hablaba con premura al tiempo que lanzaba miradas de reojo para comprobar si habían atraído la atención.

El hombre de Francia vio que al lado de Rosaria, que vigilaba desde el otro extremo de la sala, se hallaba un hombre corpulento que había surgido de algún lugar oscuro y aguardaba una señal de su ama para intervenir.

Sin embargo, no eran los borrachos quienes le preocupaban. Sobre la mesa larga tamborileaban los dados, y los gritos de triunfo y de rabia se habían elevado por encima del tumulto general. Los golpes sucedieron a los gritos. Se inició una pelea, se arrojó vino, alguien blandió un taburete, aparecieron los cuchillos.

Se propagó como el fuego. Los partidarios de unos y otros se unieron a la lucha, luego las víctimas de los puñetazos, las patadas y las copas que eran arrojadas en una y otra dirección. El hombre de Rosaria apareció de inmediato en medio de la refriega; obligó a dos hombres a separarse y a otro lo echó a la calle. Rosaria se había apoderado de un grueso garrote y protegía la entrada al almacén de vino dando de garrotazos a cuantos se atrevían siquiera a tambalearse cerca de él.

La riña se generalizó. Un muchacho fornido corrió por encima de la mesa y se arrojó sobre el hombre de la posadera, que vaciló y acabó cayendo. El hombre de Francia se puso de pie.

Un muchacho de mirada feroz que empuñaba un cuchillo tan largo como su brazo se subió a la mesa y acometió contra los contendientes de ambos bandos, regodeándose en su potencial de destrucción. Se lanzó sobre uno, pero alguien lo aferró por la muñeca y, alzándolo por los aires, lo arrojó hacia la galería, donde aterrizó sobre un banco y se rompió la muñeca. Un hombre menudo, barbudo y harapiento, que había subido por las escaleras exteriores desde el establo, pasó por encima del cuerpo que se retorció en el suelo y se asomó cautelosamente para ver la refriega que continuaba abajo. A la altura de su espinilla, un chucho metió la cabeza entre los balaustres de la barandilla.

El hombre de Francia repelió a uno de los contendientes que caía, atrapó un taburete en el aire y lo estrelló sobre un hombro aquí y un brazo allá. Alguien lo cogió por la capucha y tiró hacia atrás con la intención de estrangularlo, pero el broche del cuello que la sujetaba cedió y el atacante cayó de espaldas. La cabeza del hombre de Francia quedó al descubierto; era morena y estaba totalmente afeitada.



Sorprendentemente, los tres del rincón no se habían sumado a la pelea, sino que permanecían sentados y alerta, vigilantes, como si aguardaran una oportunidad. Entonces uno de ellos vio la cabeza afeitada.

—¡Michelotto! —La exclamación se elevó por encima del estrépito de golpes y gritos y llamó la atención del hombre de Francia. Cuando los miró, los tres hombres se encogieron, uno fijó la vista en su vaso, el pelo grasiento de Fracassa veló su rostro, Pío se agachó para estirarse la bota.

Alguien intentó coger al hombre de Francia por sorpresa, y cuando éste se agachó para que su atacante saliera volando por encima de su espalda y se estrellara contra un hombre que se acercaba sigilosamente con un caldero de hierro entre las manos, los tres del rincón se pusieron de pie.

Decidido súbitamente a entrar en acción, Pío sacó un cuchillo de hoja curvada y se lo clavó a un hombre que pasaba, como si necesitara algo en que usarlo. El hombre se desplomó sin emitir un gemido siquiera, y Pío avanzó pisoteando el cadáver. Fracassa lo siguió, pisando también el cuerpo caído; el conciliador, un hombre de estatura prodigiosa y músculos fibrosos que llevaba un cuchillo poco acorde con su talla, evitó pisar a la infortunada víctima. El objetivo de los tres era el hombre de Francia.

—¡Michelotto! —Esta vez era un grito de guerra. Fracassa desenvainó la espada con un único y espléndido alarde de fuerza; la hoja trazó un gran arco hacia la cabeza afeitada. El hombre de Francia se volvió en el momento mismo en que la hoja se clavaba con un ruido vibrante en la viga baja de la galería. Hincó una rodilla en tierra y con un candelero de hierro del que acababa de apoderarse golpeó a Fracassa quien, aferrándose a la empuñadura de su espada, agitó las piernas frenéticamente en el aire y quedó colgado como una araña sobre el tumulto. El hombre de Francia avanzó para ayudar al criado de Rosaria a echar del local a uno de los alborotadores, un hombretón de barba negra que había derribado a dos hombres de un solo golpe de su puño, que semejava un garrote.

Fracassa, que hacía esfuerzos desesperados por liberar su espada, descubrió que un grupo se había separado de la refriega y lo rodeaba. Un abuelete horrible y pequeñajo hizo girar una cachiporra cerca del suelo, derribando a unos cuantos hombres. Fracassa lo vio llegar, se sujetó con fuerza a la empuñadura de la espada y alzó los pies una vez más. La cachiporra pasó sin tocarlo y él mejoró el resultado pateando al peligroso hombrecillo de cabellos grises. Su ímpetu acabó por hacer que la espada se soltase y proyectó a Fracassa por encima del anciano. Aterrizó de espaldas sobre un extremo de la mesa que, por ser de caballete, se inclinó, golpeó el anillo de hierro del techo y lanzó vasos, jarras, bujías, tacos de sebo, pan, dados, tres manzanas, quince huesos de olivas, seis rábanos y un cucharón sobre Fracassa, que había caído al suelo.

El más alto de sus amigos acudió a rescatarlo, pero Pío aprovechó la oportunidad. No se molestó en atacar por la espalda y omitió gritar «Michelotto», pero su intención

era la misma. Su problema consistía en conseguir que su cuchillo esquivara la guardia del candelero de hierro, que parecía ser la única arma que el hombre de Francia se dignaba usar.

El hombre menudo y barbudo de la galería, que contemplaba la escena, se agachó y empuñó un garrote entre los balaustres de la barandilla. El hombre de Francia sonrió y, con unos cuantos mandobles del candelero hizo retroceder a Pío hasta que éste recibió un garrotazo.

La pelea empezaba a declinar. Rosaria acababa de echar un cubo de agua sobre dos contendientes. Su criado se encargaba de arrojar a los otros a la noche en rápida sucesión y el hombre de Francia le lanzaba varios más: uno belicoso, dos aturdidos, uno muy mojado y estornudando. El hombre alto y delgado ayudó a Fracassa a ponerse de pie, recogió su espada y lo sostuvo cuando se dirigió tambaleándose hacia la puerta, de donde fue expulsado. Él volvió en busca de Pío, a quien el criado de Rosaria alzó y colocó sobre el hombro de su amigo. Rosaria los detuvo en la puerta y alivió a Pío del peso de su bolsa.

—La pelea es por cuenta de la casa, extranjero, pero pagaréis las bebidas y los daños. —Dio un fuerte empujón al amigo desmayado, y el hombre se desvaneció entre las sombras de la noche corriendo torpemente y protestando.

El hombre de Francia depositó el candelero sobre la mesa que alguien había vuelto a poner en pie. Algunos de los supervivientes de la pelea se levantaban o se aventuraban a salir de los rincones.

—¿Qué les habías hecho a esos tres, querido? Querían verte muerto, eso seguro. ¿Por qué te han llamado Michelotto?

Aprovechando que ya no se arrojaba a nadie por la puerta, un hombre entró en el mesón y se quedó contemplando la escena. Su reacción al ver la cabeza afeitada fue tan repentina como la de Fracassa. Se adelantó y preguntó con voz esperanzada:

—¿Segismundo?

---

**«Necesito una victoria»**

—Soy Segismundo.

—¿El hombre que ayudó al duque de Rocca a hallar al asesino de su esposa?

Segismundo inclinó la afeitada cabeza en señal de afirmación. Rosaria se acercó para colgarse del brazo de su amigo y el extraño la señaló.

—Cuando estuve aquí hace meses, ella me juró que jamás había oído hablar de vos.

Rosaria echó la cabeza hacia atrás y las cintas de su cofia saltaron sobre sus hombros como las orejas de un perro de aguas.

—No sabía qué queríais de él. Tampoco él lo sabe todavía. Esta noche tres hombres han intentado matarle. ¿Cómo podemos saber que no queréis clavarle un cuchillo también?

Segismundo le dio unas palmaditas en la mano, luego se llevó ésta a los labios y se desasíó.

—Sé cuidar de mí mismo, querida —dijo—, y ahora que estoy aquí me encargaré de hacer las preguntas. ¿Me buscabais hace unos meses, señor? Ya me habéis encontrado.

El extraño miró a Rosaria, que volvió a echar la cabeza hacia atrás, sonrió inesperadamente a Segismundo y se marchó a supervisar la limpieza del local, diciendo:

—Ve con Dios, querido, y que ese hombre te pague la fortuna que mereces.

—Se os pagará, maese Segismundo, tan generosamente como podáis desear y como estoy autorizado a ofreceros, pero no me está permitido responder a preguntas. Otra persona lo hará por mí si me acompañáis.

—¿Adónde pretendéis llevarme?

—A la ciudad.

Segismundo se caló la capucha y sonrió.

—Ahí tenéis la respuesta a otra pregunta. —Se volvió hacia el hombre menudo y barbudo que los miraba boquiabierto desde una distancia respetuosa—. ¿Es ésa mi capa, Benno? Espera aquí. Rosaria te proporcionará una cama.

El extraño encabezó la marcha sin detenerse a pensar por qué un hombre de la reputación de Segismundo tenía a un bobo por criado. No vio al chucho lanudo que lo miraba desde su refugio en el interior del holgado jubón del bobo.

Una vez fuera, y dejando atrás la muchedumbre de viajeros arrepentidos que aguardaban ser readmitidos en el mesón para pasar la noche, el extraño llamó a su

criado, que se acercó llevando de las riendas un gran caballo negro que fue ofrecido cortésmente a Segismundo.

—No está lejos. —El extraño montó el que sin duda era el caballo de su criado y éste caminó junto a él. La oscuridad era absoluta más allá de la antorcha que iluminaba la puerta del mesón; cabalgaban entre casuchas más que vistas, sospechadas, dejando atrás a los naturales del lugar que volvían a casa desde el mesón. El viento alejó las nubes que velaban la luna, permitiendo ver el camino lleno de surcos que salía del pueblo en dirección a la ciudad. Cuando llegaron a los muros de la ciudad el cielo estaba despejado y la luz de la luna plateaba el perfil de las oscuras almenas. Una vez allí se justificó el comentario de Segismundo sobre la pregunta contestada, pues el extraño sólo tuvo que mostrar un sello en la poterna para que les permitieran el acceso de inmediato. Con ello se demostraba, tal como había supuesto Segismundo, que la persona que quería hablar con él podía pagar sobradamente su precio.

Cabalaron por una callejuela que discurría paralela al muro de la ciudad. Las altas fachadas de las casas devolvían el eco de los cascos de los caballos sobre la piedra. Escasos eran los transeúntes; un criado y un caballo aguardaban frente a la puerta de una casa de cuyo piso superior surgían música y canciones, pero las ventanas que estaban al nivel de la calle parecían agujeros negros tras los barrotes de hierro.

Siguieron cabalgando por una calle pavimentada y se detuvieron ante la verja de un largo muro. Una vez más el sello les abrió las puertas. Allí abandonaron caballos y criado y siguieron a pie. Cruzaron un jardín. A la izquierda, el muro de la ciudad se alejaba trazando un círculo. A la derecha, más allá de una extensión cubierta por parterres, fuentes y una serie de terrazas, relucía un palacio iluminado. Delante de los dos hombres el sendero conducía a través de unos cuatrocientos metros de tierra flanqueada por cipreses a lo que era, en apariencia, una gran ruina.

Llegaron a una enorme puerta en un muro semiderruido. A un lado se elevaba una torre quebrada como un risco desgastado por la erosión. En aquel ángulo la luz de la luna se reflejaba en los tachones de hierro de la puerta de roble. El escolta de Segismundo dio varios golpes a la puerta y ésta se abrió lo suficiente para que los examinaran desde dentro. Luego se abrió de par en par.

Segismundo siguió al extraño por un corredor de piedra abovedado por el que soplaba con fuerza una corriente de aire, semejante al hálito de un gigante, que traía un hedor metálico. Segismundo alzó la cabeza y olisqueó. Subieron por una escalera cuyos escalones estaban desgastados por siglos de pisadas. Al final había una puerta oculta tras una cortina de cuero; el olor quemaba los pulmones como el ácido, y tuvieron que despertar de su sueño a un hombrecillo semejante a un gnomo para que entrara y transmitiera un mensaje. En el interior se oía un curioso y fuerte jadeo, como si el gigante tuviera dificultades para respirar.

La habitación en que entraron guardaba un extraordinario parecido con el

infierno. Hornos y fuegos ardían aquí y allá con mayor intensidad que las lámparas. Unos recipientes de cristal, brillantes como ojos de demonios, lanzaban reflejos aún más hirientes. El jadeo del gigante procedía de un enorme fuelle que un muchacho sudoroso accionaba con el pie y del pequeño horno que rugía con un fuego blanco cada vez que recibía un soplo de aire. Un hombre trabajaba con el brazo de hierro de una prensa que chirriaba al hacer surgir, de una palangana que había debajo, un líquido verde que goteaba en un cuenco colocado bajo el borde de la prensa. Otro hombre torvo con mandil de cuero manejaba una mano de mortero que golpeaba con un ruido sordo y regular. Un humo espeso, violeta, azulado o gris, lo impregnaba todo, y su olor penetrante hacía llorar.

—¡Maese Segismundo! Por fin os han hallado. He enviado hombres a buscaros por toda Italia. Me llegaron rumores de que habíais muerto, que ahora erais monje y que os habíais ido a Tartaria.

El hombre que hablaba acababa de surgir de las sombras. Segismundo no vaciló en hacer una profunda reverencia a aquel hombre que apenas si le llegaba al hombro y vestía una túnica de arpillera manchada.

El hombre sonrió, lo que transformó su rostro macilento. Tenía los dientes ligeramente torcidos y una frente, fruncida por la impaciencia, en la que los cabellos de color castaño habían empezado a ralear. Se sacó un guante y tendió la mano a Segismundo para que se la besara. En el dedo índice llevaba un pesado anillo de oro con una esmeralda grabada en hueco, y Segismundo no tuvo necesidad de examinar el gato de Algalia para saber con quién estaba hablando.

—¿En qué puedo servir a vuestra alteza?

Detrás del príncipe un hombre, que hasta ese momento había mantenido la cabeza ladeada como si se esforzara por escuchar a pesar del ruido, se volvió para lanzar una mirada a Segismundo. Tenía un rostro surcado por profundas arrugas, y sus ojos, negros y penetrantes, se desviaron de inmediato al tropezar con los de Segismundo. Al lado de ambos hombres había un recipiente de cristal cuyo contenido hirvió repentinamente arrojando un chorro de vapor. El príncipe lo miró con interés, pero se volvió de nuevo hacia Segismundo con resolución.

—Venid. Éste no es lugar para conversar. —Se quitó el otro guante y arrojó el par sobre un libro lleno de diagramas y símbolos que estaba abierto entre frascos de vidrio llenos de líquidos y polvos de diferentes colores. Los ayudantes agachaban la cabeza a su paso, pero ninguno dejaba de trabajar. El gnomo debía de hallarse a la expectativa, puesto que alzó la cortina en el momento mismo en que el príncipe llegaba a la puerta. Segismundo lo siguió por la escalera desgastada y otro corredor de piedra abovedado. El príncipe abrió una puerta doble que había en un muro de tosca mampostería. El vestíbulo, cuyo suelo estaba cubierto de esteras de paja y en el que había un banco tapizado, pareció recordarle al príncipe que aún llevaba la bata de arpillera y se despojó de ella sin detenerse. Un paje apareció como surgido de la nada, la cogió y corrió para adelantarse a su señor y abrir las puertas del otro lado.

Una vez franqueadas, el olor a sustancias químicas se hizo muy leve, disimulado por el aroma que despedía un cuenco de mayólica lleno de clavo, tomillo y romero colocado sobre el estrado de un gabinete de madera de cedro que protegía al sabio de las corrientes de aire y que contenía, además de una mesa y una silla, sus libros y documentos en estantes incorporados a los tabiques de madera. Plumas, compases y reglas colgaban al alcance de la mano. En un soporte móvil había una lámpara de aceite colocada de modo que iluminara la mesa; en la pared, un reloj emitía un tictac grave por la fuerza de sus pesas. Un pequeño gato gris se levantó en un estante, se desperezó y echó a andar entre los papeles hacia el príncipe, que le rascó debajo de la barbilla.

—Sentaos, señor, sentaos.

Segismundo tomó asiento en un cofre junto a la mesa, mientras el príncipe hacía girar un gran atril para apartarlo de su camino; en los lados había sendos libros abiertos, como si estuviera leyéndolos alternativamente.

El príncipe permaneció en silencio por un rato mientras miraba detenidamente a Segismundo. Su túnica de terciopelo negro con franjas de paño dorado hacía que su semblante pareciese más pálido.

—He oído hablar mucho de vos —dijo por fin—, y aunque la mitad bien podría ser invención, ya que suena como meros adornos, el resto me inspira confianza. ¿Conocéis el estado en que se halla Viverra, señor?

Segismundo se encogió de hombros.

—Sé que la peste no está lejos, alteza.

El príncipe torció la boca con impaciencia.

—Eso está en manos de Dios. Me refiero a que mis enemigos me tienen rodeado. Mi vasallo Carlotti ha reclamado la ciudad de Mascia para sí, mientras que Su Santidad aguarda el momento oportuno de declarar un sucesor a mi título si considera que soy demasiado débil para defender el estado papal de Viverra.

—Según tengo entendido, alteza, Ridolfo Ridolfi pelea a vuestro lado.

El príncipe volvió a torcer el gesto.

—Gatta. Sí, Gatta está de mi lado, por eso todavía conservo Viverra.

—También tengo entendido que venció al conde de Landucci en vuestro nombre y que ha puesto sitio a Mascia al igual que hizo con las ciudades que Landucci os había arrebatado.

El príncipe empujó los documentos que tenía delante con un gesto de irritación.

—Hace un mes que se halla ante de los muros de Mascia. Se ha echado a dormir a sus puertas.

Segismundo extendió una mano hacia el pequeño gato gris que había acudido a investigar al extraño.

—¿Creéis que no se esfuerza como debería, alteza?

El príncipe suspiró y se hurgó la nariz con un pañuelo de hilo que se había sacado de la manga.

—Quiero decir que necesito una victoria. No sería el primer condotiero que cambia de bando.

Los dos hombres guardaron silencio. Un mercenario se vendía al mejor postor, naturalmente, y cuantos más triunfos pudiera ofrecer más elevaba su precio. Habría sido una falta de tacto preguntarle al príncipe si podía continuar pagando a Ridolfi lo que a éste se le antojara pedir.

—Un día tendré oro a raudales para darle —añadió el príncipe malhumoradamente—, pero por el momento...

Segismundo había visto suficiente para comprender: el príncipe esperaba hallar con sus experimentos alquímicos el secreto, que tantos otros perseguían, para hacer oro. Mientras tanto, los experimentos devoraban el oro que tanto necesitaba.

El pequeño gato, encantado con las caricias de Segismundo, se encaramó a su muslo y se tumbó allí, ronroneando y contrayendo las uñas.

—¿Veis? —dijo el príncipe señalando al animal—. A Ridolfi lo llaman el Gato, ¿y qué hay más voluble que un gato? Sólo les importa su propio placer. —Su rostro se ensombreció como si se enfrentara con un pensamiento desagradable—. Maese Segismundo, quiero que descubráis si tiene intención de traicionarme.

—Vuestra alteza desea que vaya a Mascia. —La voz era profunda pero suave, sin que dejara traslucir lo que pensaba su dueño sobre la idea de convertirse en espía.

El príncipe volvió a hurgarse la nariz y cogió un pergamino enrollado. Luego alcanzó unos anteojos que colgaban de un clavo y se los colocó en la nariz.

—Mirad esto.

Segismundo se echó el gato sobre el hombro y se acercó para mirar. El pergamino, desenrollado sobre la mesa y sujeto por un reloj de arena en un extremo y una caja redonda de madera para dulces en el otro, mostraba el plano de una ciudad, un polígono de muros en cuyos ángulos había unos círculos que representaban torres. El príncipe trazó un arco sobre el plano con el dedo, que estaba enrojecido y lleno de cicatrices. Evidentemente, era propenso a olvidarse de ponerse los guantes cuando trabajaba en el laboratorio.

—Mascia. Descubrí este plano anoche mismo. Mi abuelo vivía en esta ala de palacio. Su cámara está siendo aseada para el doctor Virgilio, que necesita espacio para sus sustancias químicas, y me han traído sus papeles. Mirad, aquí y aquí están los pozos. Y ¿veis estas líneas? —Su dedo siguió unas líneas punteadas que atravesaban las calles de una torre a otra hasta llegar casi al centro de la ciudad—. Pasadizos para suministros, para procurar más hombres o municiones sin necesidad de transitar por las calles. Gatta daría un ojo, los dientes... Sus zapadores han estado buscando esos pasadizos durante semanas. —Hizo una pausa, luego añadió—: O al menos eso dice él. —Apartó una carta cuya letra garabateada apenas era visible y miró a Segismundo—. ¿Podrías llevarle vos este mapa y usarlo del mejor modo que podáis?

Segismundo asintió. Estudió la letra cursiva del plano, la glosa que el arquitecto

había escrito cerca de un centenar de años atrás.

—Gatta no es un gato como el que tenéis entre las manos —dijo el príncipe—. Por el bien de mi alma no puedo dejaros partir sin una advertencia: es como un leopardo o un tigre, siempre presto a saltar.

Los grandes felinos recelan de los extraños. Los capitanes utilizan espías, pero si descubren a alguno en su propio campamento, lo matan.



---

## «Los tenemos cogidos»

Benno no suponía al regresar de Francia, donde Segismundo se había visto involucrado en ciertos acontecimientos espeluznantes, que su amo pensara tomarse unas vacaciones. Mientras cabalgaba junto a él con *Biondello* dormido dentro de su capa, reflexionaba perezosamente que tal vez su amo se mostraba siempre tan tranquilo porque no tenía cabellos que peinar. El motivo por el cual Segismundo se afeitaba la cabeza era uno más de sus muchos misterios, y Benno se sentía orgulloso de no ser el único a quien desconcertaban las acciones de su amo. Por ejemplo, no tenía la menor idea de por qué se dirigían a Mascia, que, según había comentado Rosaria la noche anterior, era una ciudad sitiada. No esperaba que las puertas de Mascia se abrieran por arte de magia cuando Segismundo se presentara ante ellas. Tan posible era que su amo acudiera en auxilio de la ciudad como que pretendiera organizar su rendición.

Mientras cabalgaban vieron secuelas de guerra. Benno, que se había criado en Rocca, cuyos duques habían conseguido mantener la paz, no había visto jamás paisaje como aquél. Al divisar una columna de humo que se alzaba tras una colina, Benno pensó en comida, con la esperanza de que se detuvieran a comprar algo caliente. El olor que los recibió cuando se acercaron no era de comida sino de una aldea que ardía al otro lado de la colina.

Nunca había sido una aldea ambiciosa; seguramente los que moraban en ella sólo pedían sobrevivir gracias a sus parcelas, lo que no era poco. Ahora los supervivientes vagaban entre las vigas humeantes y la paja ardiendo que era cuanto quedaba de sus hogares. Un anciano estaba sentado con la cabeza entre las manos frente a unas ruinas aún no apagadas. No alzó la vista cuando los extranjeros descendieron por la colina en medio de aquellos restos. Una muchacha medio desnuda yacía mirando fijamente un cielo que no podía ver. Debajo de su cadera asomaba el pie de un niño. Estremecido, Benno alcanzó a Segismundo y preguntó:

—¿Quién ha hecho esto? ¿Por qué?

—Es la guerra. Quién y por qué lo ha hecho no cuenta. Seguramente los hombres de Gatta, el condotiero al que vamos a ver. Tal vez uno de los muertos les negó pan o los insultó.

—Pero ¿no pertenecen todos al mismo bando?

—La guerra no tiene lógica. Se hace para aterrorizar. Otras aldeas se enterarán de esto. —Una anciana alzó maquinalmente las manos a su paso. Segismundo sacó un pan de su alforja y se lo arrojó—. Intentaremos detener todo esto.

—¿Detener a Gatta? —Benno había oído hablar del mercenario en la taberna de Rosaria y acababa de ver de lo que era capaz. Le pareció que sin duda sería una proeza detener a Gatta, incluso tratándose de Segismundo.

—Compórtate como ya sabes; mantén los ojos y los oídos bien abiertos, además de la boca. Le llevo a Gatta algo que se alegrará de ver.

Aliviado al saber que tenían asegurada la bienvenida de Gatta, Benno guardó silencio. Le resultaba difícil olvidar lo que había visto.

Hasta la caída de la tarde no divisaron las tiendas. Se hallaban plantadas sobre la ladera de una colina frente a Mascia, ciudad que coronaba la colina que se alzaba en el centro del valle. El sol de poniente ponía reflejos rojos en sus grandes muros y torres y brillaba en los cañones alineados por los sitiadores, cuyas bocas, que apuntaban a la ciudad, ahora callaban. Grandes dentelladas en la mampostería y algunas almenas recompuestas delataban los lugares donde se había intentado quebrar las defensas, pero no se advertían aberturas por las que los asaltantes pudieran irrumpir en el interior.

La única actividad que percibieron al acercarse parecía desarrollarse en el campamento. El humo se elevaba de las fogatas entre las tiendas, los caballos relinchaban, pero la ciudad permanecía tozudamente aposentada en su colina, sin mostrar signos de vida.

Pronto un centinela les cerró el paso. Manejaba la pica como si prefiriera usarla que sostenerla.

—¿Qué asunto os trae?

—Tengo algo que Gatta está esperando.

Para el centinela fue muy fácil mirar a Benno con desdén, pero lo fue menos menospreciar el porte de Segismundo.

—¿Os espera? —Lo que pretendía ser una burla acabó por parecerse a una pregunta.

—¿Quién va? —La voz era autoritaria, si bien despreocupada y burlona. Benno se volvió y dejó caer la mandíbula sus buenos dos centímetros. El hombre que se había acercado a ellos montando un caballo ruano que cabrioleaba bajo su cuerpo llevaba la cabeza descubierta y el cuero cabelludo le brillaba como la seda, pues era tan calvo como Segismundo. Tenía, sin embargo, las mejillas hundidas, el mentón puntiagudo y la boca ancha; era un rostro expresivo, aunque de mirada lánguida. Sonreía. Benno no se sintió mejor—. ¿Visitantes con regalos? A Gatta le encantan los regalos. —Algo en su voz sugirió a Benno que sería mejor que tales regalos consistieran en varias cabezas atadas con cintas—. Acompañadme.

Segismundo y Benno siguieron al hombre calvo a través del campamento, los vivaques y las tiendas, que iban desde pabellones bien protegidos contra las inclemencias a telas de arpillera parda remendadas y sostenidas por estacas, semejantes a grandes excrementos de vaca. Unos hombres sentados en círculo sobre leños jugaban a cartas. Se levantaron cuando el guía de Segismundo rompió el círculo

agitando la mano amistosamente mientras ellos se dispersaban. Otros hombres se afanaban en limpiar sus armas, empujar carretas de suministros, azuzar a los caballos que arrastraban parihuelas llenas de piedras para los cañones, o en cocinar y comer en torno a las fogatas. Mientras pasaban, unos soldados de caballería hicieron retroceder un caballo jadeante y lo sujetaron por la cabeza para mantenerlo apartado. Benno tuvo la súbita visión del hombre calvo cabalgando en la batalla sobre una alfombra de rostros muertos.

El gran pabellón era de franjas verdes y oro. De los aleros colgaban borlas doradas. El faldón de tela de la entrada estaba retirado hacia atrás, sujeto a un poste, y mostraba un forro de seda escarlata. Cerca de la entrada había otro poste con un estandarte que ondeaba al viento como un pájaro cautivo. Dos soldados, con casco y jubón tachonado de hierro, montaban guardia. Benno recibió las riendas de los caballos cuando Segismundo y el hombre calvo desmontaron. Éste introdujo a Segismundo en el pabellón dejando a Benno fuera, agradecido por no tener que enfrentarse a Gatta en persona.

Gatta estaba muy ocupado dándose un baño. El vapor llenaba el pabellón y las paredes de seda roja parecían gotear sangre. Dos pajes sudorosos volcaban el agua caliente de unos cubos en la media tina en que se hallaba sentado el condotiero. Cuando Segismundo y su guía entraron, Gatta aferró con sus anchas manos el borde de la tina cubierto por paños blancos y se impulsó hacia adelante para mirarlos a través del vapor.

—¿Qué demonios...? ¿Se han rendido? —No era una pregunta seria y Gatta volvió a recostarse en la tina sin dejar de mirarlos. A primera vista no parecía hacer honor a su apodo. Su rostro grande y sus hombros pesados tenían muy poco de felinos, hasta que acudía a la mente la imagen de un gato macho. Entonces la mirada de aquellos ojos entrecerrados parecía más amenazadora.

—Un extranjero con un regalo, Gatta. —La reverencia del guía era una caricatura de los floridos ademanes cortesanos, pero el hombre de la tina no le hizo el menor caso; seguía examinando detenidamente a Segismundo.

—Has hecho bien en traerlo, Michelotto.

Segismundo sonrió de repente. Gatta volvió a incorporarse, provocó una ola de agua con aroma a hierbas. Un paje se acercó con el brazo tendido para que el condotiero se apoyara en él si deseaba levantarse. Gatta le hizo tan poco caso como a la reverencia de Michelotto y con un ademán indicó a Segismundo que se aproximara. Cuando éste avanzó hacia la tina, Michelotto sacó un cuchillo, una actitud prudente, sin duda, puesto que Gatta estaba desarmado, pero que sólo resultaba amenazadora debido al hombre que la tomaba.

La curiosidad de Gatta era profesional.

—¿Dónde habéis luchado?

—Francia, Escocia, los Países Bajos, Tierra Santa, y otros lugares.

Gatta guardó silencio por un instante mientras se echaba agua distraídamente con

una mano sobre las rodillas alzadas. Tenía los cabellos pegados en oscuros mechones sobre la frente y detrás de las orejas. El corte de soldado, en forma de casco, dejaba desnudo el grueso cuello.

—¿Cuál es el regalo?

—Los planos de Mascia mostrando los túneles subterráneos.

Un pequeño marmoto salpicó a Segismundo y al paje, que se apresuró a ofrecer de nuevo su brazo. Gatta salió de la tina y se dejó envolver en una toalla blanca sin apartar la mirada de Segismundo. Era un hombre corpulento, pero sin un gramo de grasa, con un cuerpo a propósito para soportar el peso de una armadura.

—¿De dónde los habéis sacado? —Una mano mojada aferró la muñeca de Segismundo.

—De un hombre muerto.

—Muy conveniente —dijo Michelotto, que no cesaba de moverse con inquietud, impaciente tal vez por colgar a alguien—. Los muertos no hablan.

Gatta alzó una mano.

—Silencio, Michelotto. Déjale hablar. —Gatta comenzó a gruñir y a mover los hombros mientras los pajes lo secaban y frotaban con una toalla.

—Me atacó en el camino a las afueras de Viverra gritando «¡Michelotto!» —continuó Segismundo con su voz grave. Gatta y Michelotto se echaron a reír, este último aferrando la empuñadura del cuchillo con ambas manos y sacudiéndolo como si la broma le hubiera agradado especialmente—. Encontré el mapa entre sus ropas y pensé que me pagaríais bien por él.

—¿Pagar? —Michelotto retrocedió alzando las manos con un fingido gesto de sorpresa—. Estáis en el campamento de Gatta rodeado por sus hombres. ¿Por qué habríamos de pagaros?

Los pajes retiraron la toalla mojada y vistieron a Gatta con una túnica de terciopelo verde. Se dispuso para él un taburete plegable de madera tallada con incrustaciones de marfil. Gatta reflexionó durante un rato.

—Ese hombre que matasteis, ¿adónde se dirigía? —preguntó por fin.

—Sólo lanzó aquel grito —respondió Segismundo, encogiéndose de hombros.

Ninguno de los dos hombres que lo escuchaban tenía razones para creer que mintiera, y a ambos les divertía, pero sólo un estúpido confiaría en su credulidad. Gatta indicó a uno de los pajes que se hallaba a su lado con una jarra de plata que sirviera vino a Segismundo.

—Bebed un poco, señor. Mostradme ese mapa. —Gatta podía tomarse todo el tiempo del mundo para darse un baño, pero no lo perdía cuando de asuntos importantes se trataba. Un paje colocó otro taburete plegable para Segismundo, sirvió dos copas de plata y luego ambos pajes prepararon rápidamente una mesa sobre unos caballetes. Gatta apoyó los brazos en ella y aguardó. Entre tanto, Michelotto se cortaba las uñas con el cuchillo y silbaba por lo bajo. Fuera, los caballos relinchaban y piafaban. Una trompeta distante hizo que Gatta volviera bruscamente la cabeza y

Michelotto saliese a mirar. Volvió agitando la mano en señal de negación.

—Falsa alarma. Creían que estaba abriéndose una poterna.

—Eso demuestra que no se habían dormido. —Gatta dio unos golpes ligeros sobre la mesa—. El mapa, señor. Se os pagará si lo vale.

Segismundo sacó un rollo aplanado del interior de su jubón y lo desplegó. Gatta trabó un extremo con su espada, que un paje había depositado sobre la mesa al oír la trompeta. Era un arma ordinaria, pero su tamaño y su peso decía mucho sobre los hombros del condotiero.

—Éste es el sello del príncipe —dijo Gatta, señalando con su dedo romo. Su mirada se posó en Segismundo; tenía unos ojos extraños, casi amarillos—. ¿Este mapa procede de él?

Segismundo volvió a encogerse de hombros.

—No dudo que fue robado de sus archivos. El plano es viejo, según tengo entendido las fortificaciones datan de hace más de un siglo.

—Fue el viejo príncipe, el abuelo del actual, quien mandó construir las torres. Tal vez se lo robaron a él. —Michelotto, todavía con el cuchillo en la mano, se acercó para mirar por encima del hombro de Segismundo; su proximidad resultaba intranquilizadora.

—¿Qué dice aquí? —Con rápida perspicacia, Gatta había seguido la dirección de las líneas punteadas que mostraban los pasadizos, y tenía ahora los ojos puestos en las líneas escritas debajo. Leer y escribir eran lujos que los soldados no solían permitirse, por lo que seguramente la carta de Gatta que Segismundo había visto sobre la mesa del príncipe había sido escrita por un secretario y la firma garabateada debía de ser su único talento literario—. El plano está muy claro. —Hablaba con satisfacción, recostándose para acariciar la espada como si estuviera impaciente por usarla—. Nos hemos acercado en dos puntos, si el mapa es correcto, pero Lorenzo podría haber estado cavando durante meses sin dar con ellos. Estos números indican la profundidad, ¿no es así? ¿Y las palabras?

—No añaden nada nuevo a los planos. —La mano de Segismundo rozó el plano en un gesto despreciativo—. Son las indicaciones del arquitecto sobre materiales como las piedras de revestimiento y de refuerzo, y sus cálculos sobre la duración de los trabajos.

—Ah, entonces... —Gatta emitió un sonido gutural muy semejante a un ronroneo.

—Antonio Carlotti y esa rata de Scala conocen la existencia de estos túneles —dijo Michelotto—. Creen que los tapiaron hace años y que no suponen amenaza alguna. Ese par de forrajeadores que capturamos hace dos días nos lo dijeron... al final.

El ronroneo se convirtió en carcajada. Gatta golpeó el plano con las palmas de las manos.

—¡Los tenemos cogidos! ¡Los tenemos cogidos! Michelotto, mándame a

Lorenzo. Sus zapadores han de comenzar de inmediato. Vamos a darle a esa rata de Scala un beso de buenos días. —Se volvió hacia Segismundo mientras Michelotto se aprestaba a cumplir su orden—. Y vos, señor. —Dio una palmada al plano—. ¿Tenéis un precio?

—Vos sabéis qué valor le otorgáis al plano. Dejo que el precio lo decidáis vos. — La voz grave era tranquila, sin exigencias. No pedir nada habría despertado grandes sospechas; pedir demasiado era igualmente temerario.

Gatta reflexionó y dijo por fin:

—Si tomo Mascia con ayuda de este plano os daré una bolsa llena del oro del que nos apoderemos. ¿Si me ayudáis un poco más.

—¿Y cómo podría ayudaros?

—Luchando a mi lado.

---

## Ganador por una cabeza

—No se las apañan mal en este campamento. —Benno se relamía aún los dedos del plato que su amo le había permitido rebañar después de que hubiese permanecido detrás de él durante la cena, consistente en abundante carne asada y vino de excelente calidad. Lo que Benno bebía ahora que estaban de vuelta en la tienda que les habían asignado era un vino campesino corriente, pero se lo echaba al colete con igual entusiasmo.

—Algunos. Los que mandan. Si fueras un vulgar soldado habrías cenado judías.

Benno tapó el pellejo de vino y echó más leña al fuego. Su tienda era apenas un vivaque. Un sonriente Michelotto había invitado a un par de soldados reacios a abandonarla y éstos habían recogido sus cosas apresuradamente. Una burda lona atada a unas estacas los protegía del viento nocturno y el fuego los calentaba por el lado abierto. Las torres achaparradas y los muros de Mascia, cuyo oscuro perfil se recortaba contra un cielo que la luna bañaba en un suave resplandor, llamaron la atención de Benno.

—Apuesto a que «ellos» no han tenido ni judías.

—Antonio Carlotti tiene a una manada de sabuesos ahí dentro. Antes de sacrificar a sus hombres se comería a los habitantes de Mascia. Afortunada la casa con muchas ratas.

Benno se acomodó las alforjas bajo la espalda.

—El príncipe Escipión tiene un montón de enemigos, ¿no es cierto? Hablaban de ello la otra noche, en el mesón de Rosaria. Estaba Landucci, que se apoderaba de sus ciudades antes de que Gatta fuera contratado para recuperarlas, y ahora el conde Carlotti. Sin embargo, la gente reconoce que el príncipe se lo tiene merecido.

Segismundo estaba reclinado con un brazo sobre la silla de montar. Estiró las piernas hacia el fuego.

—¿Por qué se interesa por la alquimia?

—Hablaron de magia. ¿Qué es la alquimia? —Benno se hurgó los dientes con una ramita queriendo ser educado.

Segismundo se echó a reír.

—Puedo decirte qué pretenden encontrar los alquimistas. Lo que no puedo decirte es cómo.

—¿Aún no lo han encontrado, sea lo que sea?

—Creo que veríamos los síntomas. Los hombres increíblemente ricos no abundan.

Benno se incorporó.

—¿Está buscando un tesoro? Pero si es un príncipe.

—Mmm... ¿Quién necesita más de los tesoros que los príncipes? ¿Crees que los mercenarios como Gatta salen baratos?

—Pero ¿y la magia? —Benno escupió un trozo de ramita y de un capirotazo se la sacó de la barba enmarañada junto con una brizna de paja extraña—. La otra noche hablaban de demonios.

—La gente habla de demonios siempre que hay algo que no entiende. Ya deberías saberlo. Cuando se busca la piedra filosofal, y eso es lo que está haciendo el príncipe Escipión, se trabaja con fuego, y el fuego sugiere el infierno.

—Este fuego no sugiere el infierno —protestó Benno, extendiendo las manos hacia él—. ¿Qué tienen de especial los fuegos del príncipe?

—Tendrías que verlos para comprenderlo —dijo Segismundo con un gruñido.

—¿Los habéis visto vos? —Benno se volvió para mirar a su amo, pero Segismundo cerró los ojos—. ¿Habéis visto al príncipe?

—Buenas noches, Benno.

Por lo general, Benno caía dormido como si alguien lo dejara inconsciente de un golpe. Pero esa noche estaba demasiado atento a la actividad del campamento, a la gente que se movía alrededor de ellos, a los caballos que piafaban, a hombres que tosían, roncaban o se agitaban en sueños. Uno gritó como si tuviera una pesadilla. Benno tenía la suya.

Iba a producirse un ataque contra la ciudad, según había deducido por la charla durante la cena en el pabellón de Gatta. Segismundo iba a luchar al lado de éste; Benno no podía siquiera imaginar los motivos. Por lo poco que había conseguido averiguar sobre el pasado de su amo, sabía que Segismundo había luchado como mercenario en países de los que Benno sólo había oído hablar. Las cicatrices que dejaba al descubierto cuando se desnudaba para lavarse lo demostraban.

Pero no era eso lo que preocupaba a Benno. Había visto luchar a Segismundo y sentía pena por los que tuvieran que enfrentarse con él al día siguiente. La razón de su inquietud era saber si se exigiría de él que luchara también. Hasta entonces nunca había ocurrido nada semejante, pero se hallaban en medio de una guerra y tal vez las cosas fueran diferentes. Luchar estaba muy bien si servía para salvar la piel —eso estaba dispuesto a hacerlo—, pero luchar voluntariamente, aunque a uno le pagaran por ello, carecía de todo atractivo.

Cuando por fin se durmió, soñó con demonios que lo perseguían haciendo rodar hacia él una roca enorme, la piedra filosofal.

Segismundo lo despertó cuando el mundo seguía sumido en la oscuridad. Benno permaneció tumbado con el corazón desbocado.

—Me voy a una misa por los que van a combatir hoy —dijo su amo en un susurro—. Hay pan y vino en la alforja. Vigila nuestras cosas... Puede que se produzca un ruido repentino dentro de poco y he pensado que era mejor que no te despertaras y



descubrieras que me había ido.

Su voz tenía un tono risueño. Benno sintió un profundo alivio al saber que no tendría que luchar, se sentó, haciendo que *Biondello* cayera de su pecho y despertara, y cogió la alforja que le había servido de almohada. Una ráfaga de aire, y hombre y perro se quedaron solos.

Una batalla es el caos por definición. El repentino ruido prometido fue un cañoneo al alba concentrado en un muro debilitado del norte de la ciudad. Tiempo después, el suficiente para que la guarnición de Mascia se hubiera dirigido hacia el sector norte, una puerta de la ciudadela tapiada con ladrillos saltó por los aires, se derribó una puerta olvidada en una vieja casa y por ambos boquetes comenzaron a surgir riadas de hombres.

Gatta se hallaba en la ciudadela. Encontró a Antonio Carlotti en la cama y lo hizo prisionero. Luego se ocupó de la guarnición.

Michelotto salió corriendo de la vieja casa con Segismundo pisándole los talones y se dirigió a los muros. El condotiero Scala disponía de hombres bien adiestrados que lucharon con denuedo en cuanto se dieron cuenta de que los soldados que trepaban a los muros desde el interior de la ciudad eran enemigos, pero un buen número de ellos no llegó siquiera a enterarse. Se tomó la caseta de la guardia de las puertas y se bajó el puente levadizo. Un viejo soldado intentó inutilizar el mecanismo del rastrillo, pero un hacha certeramente arrojada se lo impidió.

A pesar de que el cielo empezaba a iluminarse, bajo la torre junto a la puerta sólo había luz de antorchas. Los hombres de Scala lucharon por defender la puerta en medio de la confusión de ruido y sombras. Finalmente quedaron demasiado pocos para evitar que los asaltantes llegaran a las gruesas barras de la puerta y las alzarán.

De repente apareció entre ellos, encabezando un grupo, un ágil gigante que aullaba como un lobo y cambiaba continuamente la espada de mano para obtener el mejor punto de apoyo para sus mandobles. Cercenó manos aferradas a las barras. Se plantó en la puerta blandiendo su espada en medio de los hombres mutilados que chillaban desde el suelo. Nadie se acercó. Aprovechando la sorpresa, sus hombres expulsaron a los de Gatta de la puerta. Segismundo se apretó contra el muro. Estudió al gigante durante largo rato: la espada que blandía, los anchos hombros, el rostro triunfante, vociferante. Si aquel hombre era la «rata» de la que hablaban Michelotto y Gatta, desde luego no lo era en el sentido físico. Segismundo se acercó a él con la espada en alto y visible a la luz de las antorchas para defenderse, al tiempo que dirigía hacia su cuello el hacha que llevaba, invisible, en la mano izquierda. Su propio impulso le arrojó contra el gigante derribado, pero se apartó de un salto y su voz resonó en el arco de la puerta:

—¡Gatta! ¡A mí!

Los hombres de Gatta bajaron en enjambre desde las torres de la puerta,

pisoteando a los heridos, alzaron las barras que atrancaban la puerta y descorrieron los cerrojos.

Los hombres que aguardaban fuera entraron en tropel gritando «¡Gatta!», y Gatta en persona cabalgó hacia la puerta montado en un gran caballo bayo de guerra, segando a su paso a los hombres de la guarnición que huían. El gato dorado que se agazapaba sobre su casco parecía presto a saltar para hundir dientes y uñas en los rostros alzados hacia él. Un movimiento en arco de la espada de Gatta y la cantidad de rostros disminuyó. Cuando llegó a la puerta no hubo hombre que le opusiera resistencia. El príncipe Escipión sabía qué hacer en cuestión de mercenarios.

—¿Dónde está Scala? —Gatta envainó la espada ensangrentada y se alzó la visera con el dorso de la muñeca. Volvió hacia uno y otro lado el rostro sudoroso, de ojos brillantes por la excitación—. No seremos dueños de Mascia hasta que no atrapemos a Scala.

Michelotto se adelantó saltando sobre varios cadáveres, lanzando tajos y estocadas a un enemigo que huía en masa, mientras el caballo de Gatta giraba sobre sí mismo. Se oían aún gritos y aullidos, pero más distantes, junto con el entrecocar de las armas. Era evidente que la resistencia había cedido, que los hombres de Gatta eran ya libres para derribar puertas, romper toneles e iniciar el saqueo de la ciudad.

—¿Preguntabais por Scala? —Michelotto se irguió; su voz llegaba desde la puerta en arco—. ¡Tomad!

Gatta atrapó la forma que volaba por el aire. Michelotto señaló a Segismundo, que se hallaba cerca con el hacha apoyada en un hombro.

—Él os lo ha entregado.

La cabeza de Scala colgaba de la mano de Gatta. Al acercársela para mirarla mejor, la sangre chorreó lentamente sobre su armadura. Gatta estampó un beso en la frente bajo los cabellos hirsutos.

—Mascia es nuestra por fin. —Agitó la cabeza cercenada, que salpicó de gotas rojas, y sonrió a Segismundo—. Tendréis oro y más. Yo tengo mi regalo para Venecia... Una Pica, que alguien me dé una pica. Mascia ha de ver a qué altura puede elevarse una rata.

Gatta se adentró en la ciudad con un piquero caminando junto a su estribo y la cabeza de Scala balanceándose junto a la suya.

Unas horas después, de camino a Viverra, Benno hacía sus averiguaciones.

—¿Qué era eso del regalo para Venecia? ¿No le va a enviar la cabeza de Scala al príncipe?

Benno estaba presente en el pabellón de Gatta, detrás de Segismundo, mientras los pajes envolvían la cabeza, que tenía mucho peor aspecto después de haberse paseado sobre la pica, con telas y sedas y lo metían en una elegante caja forrada de terciopelo para despacharla con un mensajero portador también de una carta para la

Serenísima. El tiempo le había dado la razón a Benno acerca de las cabezas cortadas y atadas con cintas.

—Gatta traerá a Antonio Carlotti a Viverra dentro de uno o dos días. Es un regalo más que suficiente, además del de Mascia. Gatta tiene derecho a su gratificación. Hay una gran rivalidad entre condotieros.

—Pero ¿por qué a Venecia?

—Creía que sabías mantener los oídos atentos. La historia es ésta: el año pasado los venecianos contrataron a Scala para luchar contra las tropas papales, pero el Santo Padre le ofreció más dinero y cambió de bando, repentinamente. La Serenísima ha estado ansiosa por vengarse de él desde entonces. Es un bonito regalo el que les manda Gatta.

Tras el desfile triunfal por Mascia, la cabeza de Scala se había paseado por el campamento de Gatta para que el intendente, los que acampaban con los soldados y los heridos la admirasen. Se trataba de una lección práctica sobre lo importante que era en una guerra hallarse del lado del ganador. Benno estaba orgulloso de que fuera su amo quien hubiera proporcionado esa edificante visión. La recompensa, tres pesadas bolsas de oro, viajaba ahora detrás de ellos a lomos de una mula, vigilada por dos soldados de Gatta que se mostraban adecuadamente respetuosos con Segismundo. Benno sabía que, gracias a los servicios prestados, su amo disponía de cuentas bancarias en varias ciudades, pero para él tales disposiciones financieras eran un misterio que rozaba la magia.

—Gatta os cedió todo el mérito, ¿verdad? —comentó Benno, alardeando.

—Gatta puede permitirse el lujo de ceder parte del mérito. Se ha ganado más que de sobra por su cuenta. El príncipe tiene suerte de contar con él.

Benno espantó las moscas que zumbaron a su alrededor cuando pasaron junto a los montículos de estiércol que se arrojaban fuera de la aldea a la que se aproximaban.

—Si Scala desertó del bando de Venecia... Quiero decir, ¿está seguro el príncipe de que Gatta...?

—Los condotieros dependen de su reputación. Firman contratos. Scala fue una excepción, pero sí, siempre existe esa posibilidad.

—El príncipe haría bien en pagar una buena suma a Gatta, creo yo. Será mejor que se dé prisa en encontrar esa piedra de la que hablabais.

El murmullo de Segismundo fue prolongado.

La aldea no había sufrido daños por parte de los encargados de abastecer al ejército de Gatta. Sus habitantes reaccionaron con una mera curiosidad prudente a su paso. Una mujer corrió hacia ellos para apartar a un niño que iniciaba sus primeros pasos, se lo puso al hombro y se los quedó mirando. Los soldados le lanzaron alegremente groseras invitaciones. ¿Qué harían los aldeanos de conocer la cantidad de oro, suficiente para comprar una docena de aldeas, que pasaba por delante mismo de sus narices?, se preguntó Benno, pero había visto qué les ocurría a los aldeanos a

quienes el temor les hacía olvidar los modales.

Las torres de Viverra aparecieron en el horizonte antes de que Benno se atreviera a plantear su siguiente pregunta, a pesar de que había estado reconcomiéndolo desde que abandonaran el campamento.

—¿Por qué no dejasteis que Gatta dijera a los venecianos que vos habíais matado a Scala?

Segismundo se llevó un dedo a los labios.

—Por diplomacia. Gatta prefería que el regalo procediera de él sin nombrar a nadie más. —Sonrió—. Y los venecianos acabarán por enterarse.

—Así que Gatta os permite a cambio que llevéis la buena nueva al príncipe, ¿no es eso? Los portadores de buenas noticias son recompensados, ¿no?

—No te vuelvas avaricioso, Benno. Mira adonde ha llevado a Scala.

Había más gente de lo habitual en la carretera que conducía a la puerta sur de Viverra. No eran mercaderes ni muchedumbres celebrando el carnaval. Los cánticos se mezclaban con llantos y gemidos. Algunos se habían cubierto la cabeza con polvo del camino, otros se golpeaban el pecho, un hombre hincado de rodillas se daba de cabezazos contra el suelo como penitencia.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Benno con tono de preocupación. ¿Habría muerto el príncipe dejándolos sin recompensa? ¿Acaso la peste...? Benno dejó de pensar.

Segismundo señalaba con el dedo.

Un hombre tonsurado y con capucha avanzaba entre la multitud en dirección a la puerta de la ciudad. Segismundo y Benno hicieron lo posible por abrirle paso en medio de aquella aglomeración. Por encima de sus cabezas, en el extremo de la vara que llevaba el hombre, y llena de barro para que se sostuviera, viajaba garbosamente una calavera.

---

## Vanidad de vanidades

Benno tuvo que hacer un esfuerzo para olvidarse de la espantosa idea de que durante el viaje a Venecia la cabeza de Scala pudiera de alguna manera haberse salido de la caja en que la habían metido para reunirse con ellos desprendiéndose de su carne en el trayecto. La calavera que sonreía sobre sus cabezas estaba amarillenta y brillante, como si llevara ya cierto tiempo separada de su tronco y le hubiese cogido gusto a la libertad. Benno se santiguó.

Segismundo se volvió sobre la montura y puso la mano a modo de visera para poder mirar a lo lejos por el camino que seguían.

—¿Qué ocurre? ¿Quién viene?

—Esa calavera no sólo es una promesa, sino también una advertencia, Benno. Si no me equivoco, falta poco para que Viverra oiga un sermón. O varios. Cuando la peste se acerca, la gente se acuerda de los fuegos del infierno.

Los lamentos de la muchedumbre que se agolpaba junto a sus estribos eran lo suficientemente altos como para que resultara difícil oír incluso a Segismundo, de modo que Benno no logró entender del todo qué le decía su señor mientras la ola de gente que avanzaba entonando el miserere los arrastraba más allá de las puertas de la ciudad. Lo que sí alcanzó a oír fue que en lugar de entrar en el palacio tenía que quedarse fuera y escuchar el sermón. Benno era consciente de que, a pesar de la ropa nueva que había adquirido en Francia, su aspecto dejaba bastante que desear ante la gente distinguida, lo cual era un lástima, porque le habría gustado ver, aunque sólo fuera por un momento, al príncipe que buscaba la piedra mágica que podía hacer a un hombre rico. Fuera como fuese, al sermón no le faltaría dramatismo, a juzgar por la presencia de la calavera. Benno estaba dispuesto a divertirse con lo que fuera.

El «espera aquí» llegó bien claro a sus oídos cuando se hallaron ante las puertas del palacio. La multitud, atraída por la salmodia del miserere y por la calavera, la cual ya había arrancado unos cuantos chillidos de las ventanas bajas por delante de las que había pasado, era cada vez más numerosa. Segismundo y los hombres de Gatta franquearon las puertas del palacio llevándose consigo el caballo de Benno. Segismundo subió por un largo tramo de escaleras y desapareció bajo un gran arco, sobre el cual se veía una escultura del gran gato rampante de Viverra, y la corona de príncipe. El gato dorado agazapado que adornaba el casco de Gatta tenía un aspecto más peligroso.

La carta con el sello de Gatta permitió a Segismundo abrirse paso rápidamente por el interior del palacio. Los guardias apartaron sus picas, las cortinas fueron

corridas y las puertas se abrieron hasta que finalmente logró acceder a una sala de audiencias y la presencia del príncipe.

El príncipe Escipión estaba escuchando música en compañía de su familia y sus cortesanos. Sentados en los escalones del estrado, dos músicos tocaban el laúd con las cabezas gachas y muy próximas la una de la otra como si, a fin de poder concentrarse en la complejidad de la música, fuera necesario olvidarse de la presencia del público. Más arriba, sobre el estrado, había tres tronos de terciopelo azul ribeteado con adornos dorados. El príncipe, que se encontraba en el centro e iba ataviado con un traje de terciopelo color mora y mangas de damasco dorado, parecía alicaído e incómodo. En cuanto Segismundo entró y un paje cruzó la sala para informarle del asunto que traía al recién llegado, el soberano alzó la vista rápidamente y, levantando una mano para que la música cesara, preguntó:

—¿Venís de Mascia?

Por un instante los presentes contuvieron el aliento y fijaron su atención en Segismundo, que avanzó hacia el estrado para hincar la rodilla en el escalón inferior; su profunda voz sonó con claridad en el silencio que de pronto se había hecho en la sala.

—Alteza, Mascia es vuestra. Ridolfi la ha tomado, Scala ha muerto y el señor Antonio Carlotti ha sido hecho prisionero.

Sus palabras fueron recibidas con exclamaciones de júbilo. Segismundo se levantó a una seña del príncipe y, tras hacer una reverencia, entregó el despacho de Gatta a un paje para que éste se lo entregara al príncipe.

—¿Cómo os llamáis, señor? —El príncipe cogió la carta y guardó silencio. Sus cansados ojos se asomaron por debajo de unas cejas levemente alzadas para posarse en el recién llegado, quien, inclinándose una vez más, se identificó sin dejar traslucir que en realidad no era un desconocido para el soberano.

—¿Sois Segismundo de Rocca? —La persona que, radiante con su traje de brocado verde y oro, se había inclinado ligeramente en su trono para decir estas palabras sólo podía ser la princesa. Su rostro era un largo óvalo de ojos grandes y oscuros, nariz estrecha, boca pequeña con labios gruesos y un imperturbable aire de confianza en su belleza. Recogido en un exuberante conjunto de trenzas y tirabuzones entrelazados con perlas, su mata de pelo era de color rojo oscuro: el verdadero rojo veneciano.

—He tenido ocasión de prestar mis servicios al duque de Rocca durante cierto tiempo, pero no soy súbdito suyo.

—¿De quién lo sois entonces?

—Con vuestro respeto, majestad, sólo respondo ante mí mismo.

—¿Por qué nos traéis un mensaje de Gatta? —dijo la princesa al tiempo que hacía girar un collar de oro ornado con estrellas de perla que llevaba al cuello. Entretanto, el príncipe leía la carta sin prestar atención a las preguntas de su esposa.

—Os traigo un mensaje de Gatta porque he estado luchando para él en Mascia.

Un mercenario busca empleo allí donde se lo ofrecen.

—Entonces podríais haber luchado para Scala... —La princesa le dedicó una sonrisa que los cortesanos interpretaron como una autorización para reír discretamente. Ponerse de parte del enemigo del príncipe era un chiste si la princesa así lo consideraba.

El príncipe había terminado de leer la carta y ahora miraba en torno a sí con aire distraído.

—Estará aquí dentro de unos días con Carlotti. Gatta lo ha sacado de la cama a rastras.

Aquella frase, aparte de ser una prueba de la sorpresa que había supuesto el ataque del condotiero, era realmente divertida y permitió a todos los presentes formarse la imagen de un hombre desnudo presa de la consternación. La carcajada fue general e incluso el príncipe sonrió. La anciana de cabellos canosos que ocupaba el tercer trono, la princesa viuda, preguntó:

—¿Qué vais a hacer con Carlotti?

El príncipe extrajo un pañuelo de la manga y se lo llevó a la nariz.

—Lo discutiremos en el consejo, señora. Este asunto requiere cierto asesoramiento.

Un grupo de ancianos respondió a aquellas palabras con vehementes gestos de asentimiento, revelando de ese modo su condición de consejeros; la princesa, sin embargo, se recostó en su trono con cara de impaciencia y, sin apartar la mirada de Segismundo, dijo:

—Eso es una pérdida de tiempo. Carlotti es un traidor declarado. Mi consejo es que vaya a la horca.

El príncipe se llevó el pañuelo a la frente, por debajo de su sombrero de terciopelo púrpura.

—Habrá que tomar una decisión... Quizá podríamos utilizarlo como rehén... —El soberano lanzó una fugaz mirada a un joven que había casi en la primera fila de los cortesanos y en su rostro apareció de nuevo un gesto de azoramiento—. Seréis recompensado, Segismundo. Nos habéis traído una noticia realmente buena. —El príncipe se puso de pie seguido de su esposa y su madre y abandonó la sala acompañado por un único paje entre las reverencias de todos los presentes. Segismundo supuso que se dirigiría a su laboratorio y que no tardaría en reclamar su presencia en él.

Entretanto tenía que cumplir otro encargo de Gatta.

Mientras esperaba a que comenzara el sermón que su señor le había ordenado que oyese, Benno se dedicó a comprar y comer frituras de cerdo. Sentado en un escalón y dejando a *Biondello* deambular por los alrededores (no era un perro dado a alejarse demasiado), entabló conversación con un voluminoso penitente que, a juzgar por su

cara, la cual hacía pensar en la que podría poner un toro que hubiera chocado contra la puerta del establo, parecía tener motivos de sobra para hacer penitencia. De pronto, la multitud, dando muestras de una gran inquietud, empezó a buscar a empujones un lugar mejor, lo cual obligó a Benno a tomar la precaución de recoger a *Biondello* y ponerse de pie en el escalón. El nombre de alguien sonó confusamente entre el griterío. Todo indicaba que la espera había terminado. El fraile que llevaba la calavera subió a la tribuna desde la que se daban los anuncios a la ciudad y Benno se preguntó si por una vez Segismundo no se habría equivocado y no sería aquél quien diese el sermón. Sin embargo, todo lo que hizo el fraile fue alzar la calavera para lanzar una mirada conminatoria a la multitud y gritar:

—¡Arrepentíos, porque el reino de Dios se acerca!

Lo que en realidad estaba acercándose era otro fraile, flaco y de un pelo blanco y desordenado que, revuelto por la fuerte brisa, le tapaba la tonsura. En cuanto las serviciales manos de la multitud lo hubieron ayudado a subir a la tribuna, alzó sobre la congregación el crucifijo que traía consigo. El gesto dio pie a un prolongado gemido, motivado por la sed que la multitud tenía de misericordia divina, y a un gran movimiento de manos ocupadas en hacer la señal de la cruz y golpear pechos. El hombre que Benno tenía a su lado se asestó un golpe que sólo una persona de su corpulencia podría haber soportado sin desplomarse sobre la gente que había detrás.

—¡Arrepentíos, mis queridos hijos! —La voz era penetrante, pero no chillona; conmovedora, aunque provista de una curiosa dulzura en su cadencia—. Dios me ha enviado para evitar que os alejéis de Él. Oh, no olvidéis, mis queridos hijos, que la muerte nos espera a todos. —En aquel momento, el otro fraile, con su aire de alegre ferocidad, hizo girar la calavera de manera que las oscuras cuencas abarcaran el conjunto de los presentes—. La muerte os espera, a todos y cada uno de vosotros, al final de la calle —varias personas volvieron la cabeza con gesto nervioso—, en la taberna, en el mercado, tal vez en vuestra cama esta misma noche. —Una mujer que había cerca rompió violentamente a llorar—. Ninguno de vosotros puede escapar a la muerte. —El fraile hizo una pausa y miró al gentío con unos ojos oscuros y brillantes. Tenía las mejillas hundidas de asceta y su semblante expresaba una compasión de carácter casi angustioso. Alzando una mano larga y delgada, añadió—: La muerte..., la muerte no dura más que un momento. La muerte viene..., y va. Pero, oh, amigos míos, el infierno dura toda la eternidad. Pensad, pensad en esas llamas, esas incesantes llamas; oled vuestra carne quemada, pues Dios no permite que el cuerpo de vuestra alma sea destruido al igual que vuestro cuerpo mundano; sentid, sentid esas llamas ahora, las llamas que arden pero no devoran durante una inconcebible sucesión de años de suplicio. Y es que si morís ahora, en la situación en que os encontráis, con el alma en pecado, en una tierra en guerra, en una ciudad en que los hombres están enfrentados, las mujeres se adornan con vanidades y el príncipe comulga con hechiceros, las llamas del infierno os devorarán durante toda la eternidad. —El fraile volvió a guardar silencio, dejando que el gemido de la multitud



ganara en intensidad y el otro fraile moviese la calavera a diestro y siniestro para mostrar la inminencia de la muerte. A continuación, el predicador levantó el crucifijo una vez más y alzó la vista, mientras su blanco pelo flotaba en la brisa como si fuera una aureola—. Rezad, hijos míos, rezad..., rezad para que vuestro corazón encuentre el camino. No busquéis vuestro bien en los príncipes terrenales, sino en el Príncipe de la Paz. ¡No depositéis vuestra confianza en manos de hechiceros! ¡Que Cristo gobierne vuestra ciudad!

Los gemidos cambiaron de tono y el clamor que surgió de la multitud sonó más positivo y esperanzado. Que Cristo fuera el gobernador de la ciudad era algo de significado probablemente oscuro para la mayoría de los presentes, pero eso, sin embargo, no pareció ser óbice para que la osada declaración de que el príncipe era una carga para la ciudad encontrara una amplia aceptación. Benno se chupó los dientes: durante todo aquel tiempo, Segismundo había estado en el palacio dando la noticia de que Mascia había vuelto a su legítimo propietario, el príncipe, mientras que en el exterior daba la impresión de que Viverra estaba a punto de caer en manos de un adversario mucho más peligroso que Antonio Carlotti. Benno miró fijamente al fraile. Si aquel hombre era el condotiero de Dios, ¿quién podría hacerle frente?

—¡Renunciad a vuestros pecados, hijos míos! ¡La lujuria, la pereza, la avaricia, la ira, la envidia y el peor de todos, el pecado más infame, la vanidad! ¡Mujeres! ¡Vosotras, que a causa de vuestra debilidad natural sois más proclives a ella, renunciad, oh, renunciad a vuestra vanidad! ¿De qué os valdrán vuestros filtros de amor, vuestras canciones, máscaras y ornamentos cuando Satán se apodere de vuestra alma? ¿Tendrán el mismo buen aspecto vuestros teñidos y falsos cabellos? — Obedientemente, el otro fraile acercó la calavera al dedo con el que el predicador estaba señalando y Benno, sofocando un grito y temblando como los demás, se preguntó si el sermón no habría sido cuidadosamente preparado—. ¡Mujeres, mujeres! ¡No olvidéis que el hombre cayó por primera vez por vuestra culpa! ¿Acaso no fue Eva quien cerró definitivamente las puertas del paraíso a Adán y sus hijos?

En aquel momento, la mujer que se había echado a llorar cerca de donde se encontraba Benno estuvo a punto de sufrir un colapso. La multitud la sostuvo, y sus sollozos se confundieron con los gritos de las mujeres que había alrededor. El hombre corpulento le dio un golpe para expresarle su opinión sobre el hecho de que por su culpa se hubiera quedado fuera del paraíso. Benno vio entonces que delante de él una mujer se balanceaba de aquí para allá agarrando con las manos un fino gorro de encaje debajo del cual ondeaban raudales de tirabuzones dorados. Éstos ya habían llamado la lasciva atención de un hombrecillo moreno que, dividiendo su atención entre la mujer y el predicador, se había apretado esperanzadamente a su cuerpo.

—Quemad, quemad vuestras vanidades, queridos hijos, antes de que Satán os queme a vosotros. Por más que vuestro príncipe reciba al diablo, vosotros debéis expulsar al maligno de vuestro seno para siempre.

El otro fraile entregó el poste con la calavera a un miembro de la multitud, que se

quedó atónito y no del todo contento con el privilegio, y empezó enérgicamente a construir algo sobre la tribuna mientras el predicador acercaba el crucifijo a una hermosa muchacha que tenía delante.

—Quítate la pintura, querida hija. Deshazte de esas trenzas antes de que el diablo te lleve al infierno con ellas. Veo que te resistes..., no quieres deshacerte de ellas... ¿Acaso no es eso una prueba de lo importantes que son para ti? ¿Acaso lo son más que nuestro Señor Jesucristo crucificado? Con lo que Él desea ver un alma pura, desnuda, humilde...

Tal vez no hubiera elegido bien su objetivo, pues aunque la muchacha intentó limpiarse la cara con su delantal de seda y se quitó una de las cintas que llevaba en el pelo, por lo visto no tenía nada más que ofrecer. Una matrona con gesto de preocupación que estaba a su lado hizo un denodado esfuerzo por ayudarla tirándole fuertemente de las trenzas, pero lo único que consiguió con ello fue que la muchacha se pusiera a gritar como una loca.

Otras personas, sin embargo, parecían más dispuestas que ella a obedecer al predicador. Sobre las cabezas de la multitud pasó una capa de terciopelo seguida de un laúd adornado con cintas de color rojo cereza, que realizó su trayecto hasta la tribuna lanzando notas discordantes.

—¡Renunciad! ¡Renunciad a vuestras vanidades! ¡Cada una de ellas es un asidero al que el diablo se agarra para apartaros de Dios!

Hubo quien entregó cancioneros y quien entregó cartas; hubo mujeres llorosas que sacrificaron cadenas y broches; una peluca entera, que pasó de mano a mano como un perro faldero de pelo ensortijado, y uno o dos pañuelos de gasa que no tardaron en llegar a la primera fila. La multitud, al ser un día laborable y no haber previsto aquella situación, no llevaba encima posesiones u objetos de valor. Habría que esperar a que los trajeran. El predicador entonó una oración de penitencia con su apasionada voz y el gentío lo acompañó mientras el fraile iba sumando las ofrendas a su pequeña construcción. Benno se preguntó de dónde habría salido de manera tan repentina la madera para la estructura; poco le faltaba para quedar sepultada bajo los pañuelos y las cintas del laúd. El fraile rebuscó en su bolsa y sacó una imagen del diablo, con cuernos y horca incluidos, que sujetó en lo alto de la pila con una astilla. Saltaba a la vista que todo aquel espectáculo estaba preparado.

—Y ahora, mis queridos hijos, perdonaos los unos a los otros como Dios os perdonará si os arrepentís sinceramente y cambiáis vuestra forma de actuar. Rogad que tenga misericordia de vosotros y dad a vuestro prójimo un beso en señal de paz. —El predicador alzó el crucifijo bien alto y lanzó el grito de «¡Misericordia!», que resonó en las fachadas de las casas y asustó a las palomas. Éstas echaron bruscamente a volar en bandada sobre las cabezas de la multitud y llevaron a la gente de otras partes de la ciudad a asomarse a la ventana.

El beso de la paz supuso para Benno verse estrujado contra el pecho del fornido penitente que tenía a su lado. *Biondello*, que por una cuestión de seguridad se hallaba

dentro del jubón de su amo, empezó a retorcerse y patalear cuando el beso cayó sobre la cabeza de éste, quien se vio libre a tiempo para ver cómo el atezado hombrecillo que tenía delante aprovechaba la ocasión para coger a su prójima de los dorados tirabuzones. Sin embargo, la mujer había decidido renunciar a las vanidades y arrepentirse, de modo que cuando el hombrecillo apretó los labios y le dio un sonoro beso, se encontró con una mujer calva y con la cabeza cubierta de costras. La arrepentida se había quitado los tirabuzones y el gorro con intención de sacrificarlos. Todo el mundo repartió besos y expresó a su prójimo sus deseos de paz. El predicador se apretó el crucifijo contra el pecho y posó la mirada en la multitud. Las lágrimas brillaban en sus enjutas mejillas.

El fraile había sacado yesca y pedernal. El fuego no tardó en prender y las cintas se enroscaron sobre sí mismas a merced de las llamas mientras el humo salía del laúd trazando volutas en el aire y el diablo que colgaba en lo alto temblaba al calor de la hoguera como si se retorciera en un intento por liberarse. La purificación de Viverra había dado comienzo.

Mientras tanto, Segismundo observaba que el mensaje contra la vanidad no había logrado introducirse en el palacio. En aquellos momentos estaba encerrado en compañía de Ginebra Matarazza, dama de honor de la princesa, viuda de Gaspar Matarazza y amante de Gatta. Sólo la confianza que la princesa tenía en sí misma podría haber invitado a hacer comparaciones con su belleza como a las que se prestaba Ginebra. Ginebra tenía un cuerpo pequeño y delicadamente redondeado allí donde debía serlo, y no había en ella gesto o adorno que no constituyese una muestra del valor que daba a la búsqueda de amor y atenciones.

La habitación tenía el tamaño justo para albergar una cama y una plataforma cubierta de cojines, sobre los cuales la dama había colocado el brasero, a Segismundo y a sí misma. Detrás del recién llegado había una ventana con dos postigos, uno de los cuales estaba cerrado, que daba al patio central del palacio. De ella colgaba una jaula. Como los pardillos y pinzones eran muy ordinarios para Ginebra Matarazza, en la jaula había un periquito de vistoso plumaje que en aquel momento miraba malévolamente a Segismundo con la cabeza ladeada.

Ginebra lo miraba con una expresión muy distinta.

Con la cabeza igualmente ladeada y los labios entreabiertos, observaba la forma en que Segismundo movía la boca al hablar, como si estuviera esforzándose inocentemente por entender qué decía. Al mismo tiempo, daba la impresión de que el significado de sus palabras tal vez fuera demasiado complejo para que su pequeño y bonito cerebro alcanzara a comprenderlo. Tenía los labios cuidadosamente pintados y cubiertos de aceite para que brillaran. Entrelazó los dedos en torno a una rodilla y se inclinó, como si no quisiera perderse ni ripio, postura mediante la cual conseguía que su pecho quedara apretado contra su bajo corpiño. Del mismo modo que la blancura

de su piel resaltaba al lado de la seda añil de su vestido, el artificial y plateado tono rubio de sus cabellos quedaba acentuado por el velo igualmente plateado que llevaba sujeto a las trenzas. No era difícil de imaginar por qué Gatta la había elegido para divertirse en sus ratos libres.

—¿Me habéis traído algo, señor? —preguntó interrumpiendo la descripción de la agilidad y los arrestos que Gatta demostraba en la batalla, lo que supuestamente debería haberle interesado.

—¡Putá!

La exclamación no había sido proferida por Segismundo, que a punto había estado de dar un respingo ante el chillido que había oído a su espalda, sino por el periquito. Lejos de tomárselo como un oprobio, Ginebra alzó sus entrelazadas manos y soltó una risilla tonta.

—No le prestéis atención, señor. *Pedro* hace reír a todo el mundo.

En aquel momento, celoso de la atención que el periquito había logrado atraer sobre sí, un pequeño mono surgió de detrás de un pliegue de la cortina de la cama, descendió ágilmente por el brazo de Ginebra y le mordió la mano.

La mujer soltó un chillido que no desentonó con el que había lanzado el periquito y dio un golpe al mono, el cual trepó por las colgaduras de seda verde y se encaramó al baldaquino para acabar colgándose de las cuerdas que lo sujetaban a los ganchos del techo. Allí se quedó, balanceándose, farfullando y haciendo muecas mientras Ginebra se chupaba la mano.

Sobre la plataforma había una jofaina y una jarra tapada con una toalla. Segismundo vertió un poco de agua en la primera y, cogiendo a Ginebra de la mano, la invitó a que se la lavara.

—Ay, duele...

—La herida no es profunda. Tengo un ungüento.

Cuando Segismundo le soltó la muñeca para mirar en la bolsa que llevaba en el cinturón, Ginebra dejó caer la mano lánguidamente, como si no tuviera huesos, y se apoyó en él, inerte, como si estuviese a punto de desvanecerse, mientras él sacaba una cajita de concha en la que llevaba el aceite. Le secó la mano y extendió el ungüento sobre las marcas; Ginebra se estremeció y emitió unos pequeños gemidos de queja.

Segismundo cogió entonces otra cajita, esta vez de plata repujada, y la puso sobre la palma de su otra mano.

—¿Qué es esto, señor? —Ginebra empezó a reanimarse, miró la cajita y alzó a continuación la mirada para fijarla en la de su invitado—. ¿Es para mí? ¿De qué se trata? —Se estiró para coger el objeto. Todo su cuerpo había recuperado de pronto el vigor perdido—. ¿Acaso es Gatta quien me lo envía?

Con una sonrisa en los labios, Segismundo acercó la mano de modo que pudiera coger la cajita. Ella forcejeó por un instante con el cierre; al ver que su invitado no se ofrecía a ayudarla, insistió y logró finalmente abrirlo. Soltó un grito y se quedó quieta como una estatua mirando el broche, un zafiro cabujón incrustado en una montura en

forma de estrella de diamantes tallados en tabla. Aquel broche debía de haber sido hasta hacía bien poco la preciada posesión de algún rico masciano.

Ginebra lo cogió de su soporte de terciopelo rojo y se lo probó sobre el corpiño, primero aquí, luego allá, bajando la vista para medir su efecto y subiéndola a continuación para mirar a Segismundo con el mismo fin.

De pronto, su mirada se perdió detrás de él para detenerse en la ventana. Abrió la boca, dejó caer el broche y profirió un grito.

Fuera había una calavera que estaba mirándolos.

Al ver al intruso, el periquito retrocedió sobre su percha incapaz de articular palabra.

---

## «¿Quién es este hombre?»

La sirvienta de Ginebra acudió de inmediato a los gritos de su señora y Segismundo dejó que se ocupara del ataque de histeria que, a juzgar por la competencia que la mujer demostró en su tratamiento, no parecía que fuera el primero. A pesar de que aún no había visto al predicador, imaginaba quién podía ser la persona que había llegado al palacio precedida por aquella inquisitiva calavera. ¿Cómo sería recibido? Si Benno también había encontrado la manera de entrar, podría decirle sobre qué había versado el sermón. Aunque Ginebra, felizmente encandilada por el regalo de Gatta, no parecía haberse dado cuenta, a Segismundo le había llegado al oído el bramido en que se había convertido el *Misericordia* en la plaza. Si ya era sorprendente que el predicador hubiese mostrado la confianza necesaria para acercarse a la plaza, más sorprendente aún era el que le hubieran permitido entrar en ella. Los obispos y los cardenales eran personas bien recibidas en los palacios; los nómadas fanáticos, no.

El pasillo que llevaba a la habitación de Ginebra continuaba hasta llegar a las dependencias principales del *piano nobile* y dar finalmente al vestíbulo de mármol, su escalera y el patio. Segismundo se apoyó en la balaustrada para ver qué sucedía en el vestíbulo.

Evidentemente, el mayordomo del príncipe había recibido orden de dejar pasar al predicador. Sin embargo, no parecía dispuesto a permitir la entrada a la calavera. El predicador, alto e imponente incluso en aquel marco de mármol y oro, se mantenía aparte. Había entrelazado las manos sobre el crucifijo, que ahora llevaba colgado al cuello, y permanecía ensimismado, con una sonrisa en los labios, como si la discusión no fuera con él. La autoridad acabó por imponerse y el fraile, conteniendo un arrebató de rabia, salió bruscamente a zancadas del vestíbulo para dejar el poste apoyado en la fachada, donde la calavera se quedó sonriendo sarcásticamente, burlándose de la idea de que la muerte no visitaba los palacios.

Esto fue, naturalmente, lo primero que advirtieron los jinetes que aparecieron súbitamente en el patio acompañados por el chacoloteo de los caballos y sus animados gritos, que no disminuyeron en absoluto ante la presencia de la calavera. Más bien, al contrario: se diría que aumentaron. Tras beber de un pellejo que llevaba colgado del arzón delantero, uno de los jinetes desenvainó la espada y, profiriendo una llamada de cazador, descargó un mandoble sobre el poste mientras su caballo se encabritaba y empezaba a dar vueltas sobre sí mismo. Sus compañeros empezaron a lanzar gritos en señal de aprobación. El jinete derribó el poste de un golpe; la

calavera cayó al desagüe y, frenada por el empedrado, se quedó sonriendo en dirección al patio.

Lejos de tranquilizar a los jinetes, el resultado del golpe fue motivo de risotadas y descabelladas incitaciones. Los pellejos de vino seguían pasando de mano en mano.

Por su aspecto, el jinete que había tirado la calavera al suelo rondaría los dieciocho años. Tenía el pelo oscuro, rizado y cortado con estilo, y tanto el jubón como la capa que llevaba estaban adornados con seda escarlata. El cabecilla del grupo, que había estado azuzándolo y obligando a su caballo a dar vueltas, cogió una lanza de cazador y apuntó a la calavera. Tendría aproximadamente la misma edad que el otro joven, el pelo, liso y rojo veneciano oscuro, le caía hasta los hombros y su ropa estaba bordada con oro y forrada de piel de marta.

En el vestíbulo, el mayordomo se desentendió de los frailes y se preparó para recibir a los cazadores en cuanto tuvieran a bien desmontar y entrar en el edificio. El predicador había conseguido dominar al otro fraile para que no saliera en defensa de la calavera. Segismundo advirtió que con ponerle una mano sobre el brazo y mirarlo fijamente a los ojos le había bastado. Aquel hombre conocía el significado de la verdadera autoridad.

El juego que se desarrollaba en el patio alcanzó su punto culminante. El joven acertó a meter la lanza en una de las cuencas de la calavera y la levantó, tras lo cual cogió el poste (que, debido a lo afilada que estaba la espada con que lo habían golpeado se había roto por debajo de su mano nada más entrar en contacto con ésta) y se deshizo de la lanza. Con la calavera en alto, arreó a su caballo para que subiera por los escalones y entrara en el vestíbulo, donde el ruido de las herraduras al resquebrajar el mármol produjo un eco que atrajo a un grupo de mujeres que había en el rellano al que se subía por las escaleras. Segismundo retrocedió hasta quedar oculto en una ventana. La princesa se abrió paso entre las mujeres y miró a su hijo.

—¿Es esto de vuestra propiedad, padre? —El joven príncipe, que estaba obligando a su caballo a girar en torno al predicador, extendió el brazo con la calavera en la mano. El fraile se apartó asustado del camino del caballo; el predicador, en cambio, se mantuvo firme, sin perder la calma, e incluso se permitió sonreír cuando la calavera se acercó a su cara—. ¡Parecéis hermanos!

No se equivocaba el joven: bastaba con mirar el enjuto rostro y los hundidos ojos del predicador para encontrar que en cierto modo se parecía a la calavera. Algunas damas rieron disimuladamente. De forma inesperada, el fraile extendió el brazo, arrebató al joven su trofeo de la mano y lo volvió hacia él.

—Vos, hijo mío, también podrías ser su hermano. Acabaréis de la misma manera. Desengañaos, la muerte está tan cerca de mí como de vos. Siempre está a vuestro lado, por muy rápido o lejos que vayáis. —Su voz se elevó sin esfuerzo por encima del chacoloteo de los caballos. Las risillas cesaron.

—¿Quién es este hombre? ¿Qué está haciendo aquí? —La voz de la princesa, con ser dulce y refinada, era penetrante como la del predicador. La soberana se había

colocado no muy lejos de donde se encontraba Segismundo, con las manos caídas a los costados, distante e impertérrita ante la conmoción que se había levantado en el vestíbulo, relajada y segura de sí misma al igual que el predicador. Aunque Segismundo estaba a pocos metros de ella, el perfume que se había puesto, una mezcla de jazmín y almizcle, le llegó sin necesidad siquiera de que ella hiciera un gesto para que se lo llevara el aire.

—Alteza. —Aunque el mayordomo estaba acostumbrado a los modos y costumbres de las cortes y era un experto allanando obstáculos, se sentía desconcertado ante el estruendo de las herraduras y la dificultad que suponía razonar con el jinete—. Es el hermano Ambrosio. Creía que vuestra alteza deseaba que se le dejara entrar.

—Yo no he dado tal orden —dijo la princesa. Daba la impresión de estar algo asombrada, y a ninguno de los presentes le parecía probable que deseara ver al hermano Ambrosio.

Su hijo ya había desmontado y arrojado las riendas a un mozo. El animal se negó a bajar por los escalones y fue necesario arrearlo para que obedeciera. El joven príncipe y su amigo, tan joven como él, se inclinaron ante la princesa y se quedaron mirando fijamente al predicador como si esperaran que hiciera algo divertido. El hermano Ambrosio entregó la calavera al fraile que lo acompañaba para que la guardase y permaneció en silencio con un aire de estar ajeno a todo que resultó inquietante incluso a los dos jóvenes borrachos. El príncipe apoyó un brazo en el hombro de su amigo y los dos se tambalearon levemente.

—¿Quién os ha pedido que vengáis aquí, hermano Ambrosio? —La princesa bajó por las escaleras, perfumando el aire a su paso y arrastrando a sus mujeres tras de sí. A Segismundo no le pasó inadvertido que fuese ella, y no el predicador, quien se había movido en primer lugar—. ¿A quién buscáis?

El hermano Ambrosio le dedicó una de sus cordiales sonrisas.

—No busco a nadie, hija mía. Es Dios quien busca las almas de todos los hombres y mujeres que aquí se encuentran. Si Él me ha traído hasta aquí, por algo será. ¿O acaso el demonio no habita también esta casa?

Al joven príncipe aquello le pareció sumamente gracioso.

—Mostradnos dónde habita y os lo traeremos, padre. Así tendréis una presa de la que alardear en la plaza del mercado.

El hermano Ambrosio dirigió su sonrisa al príncipe.

—Habita en ti, hijo mío. Y todo el mundo sabe que también habita en vuestro padre, el príncipe.

El silencio que se produjo a continuación fue seguido de una explosión de indignación por parte de todos los presentes a excepción de la princesa, quien se limitó a alzar la mano y señalar la puerta.

—Echadlos de aquí.

El mayordomo avanzó hacia ellos señalando asimismo la puerta con su vara de



punta dorada. El joven príncipe agarró al predicador de una de sus mangas de tosca frisa y su amigo se apresuró a cogerlo de la otra. El hermano Ambrosio no opuso resistencia alguna. El otro fraile, que se encontraba a su lado, forcejeó violentamente con tres sirvientes a pesar del estorbo que le suponía la calavera.

El ruido y el alboroto fueron bruscamente interrumpidos por la aparición en lo alto de la escalera de la princesa viuda. La princesa Elena dio una palmada para requerir la atención de todos y dijo en voz alta:

—Soltadlo. El hermano Ambrosio ha venido al palacio porque yo lo he invitado.

---

## «¿Es para mí?»

Benno había logrado, en efecto, entrar en el palacio siguiendo al predicador; no porque el guardia de la entrada pensara que tuviese algo que ver con la purificación espiritual de Viverra, sino porque, al llegar aquella mañana al palacio, Segismundo ya le había indicado que se trataba de su sirviente. Había entrado humildemente, con la gorra en la mano y *Biondello* escondido bajo su capa, con la esperanza de no llamar la atención del predicador.

Como el sermón de la plaza había conseguido conmoverlo, había estado buscando en su alma alguna vanidad a la que poder renunciar, algo valioso que abandonar, y lo único que había encontrado había sido *Biondello*. Ciertamente, ahora tenía dos túnicas nuevas, una camisa y unas calzas que Segismundo le había comprado, pero las necesitaba para no dejar en mal lugar a su señor cuando tuviera que servirle. Además, aquellas prendas eran propiedad de Segismundo más que suya. La ropa y el aspecto no tenían ningún significado para Benno, pese a lo cual la gran peluca que había avanzado por encima de las cabezas de la multitud en dirección a la pira le había hecho pensar de inmediato en el chucho lanudo que llevaba dentro del jubón. Aunque ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que el predicador se volviera hacia él para arrebatarle el perrillo a fin de emplearlo como combustible para la siguiente pira, en su fuero interno creía que para él *Biondello* tenía más importancia que objetos o causas más dignas, fueran éstos cuales fueren. Tal vez, si el oro que Segismundo acababa de adquirir llegaba a sus manos, debiera entregarlo como limosna.

Con tales pensamientos en la cabeza, Benno se resistió a entrar cuando los dos frailes fueron admitidos en el palacio y aguardó disimuladamente en el patio con la esperanza de colarse en cuanto el mayordomo se distrajera. Cuando uno de los frailes salió repentinamente para dejar la calavera apoyada en la fachada, Benno se encontró en la periferia del juego de los cazadores, anónimo entre los mozos y pajes que los acompañaban. Cuando el caballo del príncipe fue conducido al exterior, aprovechó la oportunidad que se le ofrecía y pasó inadvertido como testigo del alboroto que estaba armándose en el vestíbulo.

Las dos princesas causaron una profunda impresión en él. La princesa Isotta era todo lo que siempre había pensado que una princesa debía ser: hermosa, elegantísima y de aspecto majestuoso. En concreto, admiró la manera en que ordenó que echaran a los frailes del palacio. Él se había visto tantas veces en circunstancias similares que podía considerarse un experto en esa clase de órdenes. Cuando la canosa princesa

viuda dio una palmada para llamar la atención, Benno le prestó la suya de inmediato. Ahí tenía a una dama que, si bien no podía competir en belleza con la otra, era muy capaz de hacer que sus deseos fueran satisfechos. A Benno no se le pasó por alto el gesto de irritación que puso el príncipe cuando la viuda bajó por las escaleras entre las reverencias de las damas y el predicador salió a su encuentro para saludarla. A continuación se elevó un murmullo por todo el vestíbulo: en lugar de darle la mano para que se la besara, la princesa había cogido la del predicador para llevársela a los labios con gesto reverente.

—Vuestra visita es un honor para nosotros, querido padre. Que vuestra estancia en palacio sea una bendición para todos.

Aquellas palabras dieron pie a un intercambio de miradas entre los presentes, unas acompañadas por muecas que preveían la posibilidad del aburrimiento y otras por un gesto malicioso que anticipaba diversión. Observando de cerca las joyas que adornaban el negro y ondulante terciopelo que lucía la princesa y la redecilla de oro con que se cubría las canas, Benno se preguntó si la anciana dama tendría alguna idea de a qué estaba exponiéndose. A juzgar por lo que se ofrecía a su vista, la princesa llevaba las suficientes vanidades como para alimentar ella sola una hoguera digna de consideración.

Los frailes fueron conducidos a otra estancia donde podrían comer y se les indicaría dónde se alojarían. Tras conversar con su hijo, que a punto estuvo de caer cuando su amigo se inclinó ante la soberana y dejó de servirle de apoyo, la princesa Isotta ladeó imperceptiblemente la cabeza en dirección a la viuda y comenzó a subir majestuosamente por las escaleras seguida de sus damas, quienes tenían verdaderas dificultades para contener la risa entre cuchicheo y cuchicheo. Cuando llegó a lo alto de las escaleras, la princesa se detuvo y, mirando hacia la derecha, hizo una señal. Benno se alegró de ver a su señor surgir de detrás de una columna y hacer una reverencia.

Sin embargo, le resultó difícil evitar perderlo de vista. Benno sabía que aunque no lo dejaran acercarse a la presencia de la princesa, tenía que aguardar al lado de la puerta de modo que cuando su señor saliera no tuviese que buscarlo para preguntarle acerca del sermón; la búsqueda de la piedra filosofal que había emprendido el príncipe no iba a contar con el apoyo del hermano Ambrosio. Las damas se convirtieron desde el principio en un obstáculo para Benno al formar una piña en torno a la princesa; una de ellas se puso a imitar al hermano Ambrosio rogando solemnemente a las demás que recordaran que la muerte estaba pisándoles los talones. Como consecuencia, otra que cerraba la marcha volvió la cabeza y, al ver a Benno, soltó un leve chillido. Afortunadamente, el mayordomo se encontraba aún en el vestíbulo, supervisando la limpieza de los rastros que había dejado el caballo del príncipe y lamentándose por las grietas que el animal había producido en el mármol; de lo contrario Benno se habría visto en el patio en un tiempo excepcionalmente breve incluso para él.

Benno subió por las escaleras a una distancia prudencial de las damas para evitar ofenderlas. Sin embargo, cuando por fin llegó arriba, observó que la persona que encabezaba la pequeña comitiva y su señor habían desaparecido de vista, por lo que no le quedó otro remedio que continuar siguiendo a las damas y confiar en que así lograría localizar a Segismundo.

Al ver que no las dejaba, la dama que cerraba la marcha le hizo un gesto de que desapareciese en el momento en que doblaba una esquina. Benno echó a trotar para alcanzarlos. En aquel preciso instante se abrió una puerta a su izquierda y por ella salió a escape una joven bellísima que fue a chocar violentamente contra él. Benno se sujetó el jubón y empezó a disculparse.

Aunque Ginebra ya había visto aquel día cosas peores que Benno y su reacción no fue excesivamente escandalosa, apartó enseguida la mirada de su cara para detenerla en el chucho que acababa de aparecer ante sus ojos.

—¡Oh! ¡Qué adorable! ¿Es para mí? —Lo primero que hacía Ginebra al ver algo que codiciaba era imaginárselo como un regalo. Cogió a *Biondello* de debajo del brazo de Benno y empezó a besarle la cabeza. Por desgracia, el día anterior había recibido uno de sus excepcionales baños y su pelo resultaba tan agradable como la lana de un cordero—. Oh, me han hecho llamar y se me hace tarde. Pero qué ricura de perro... —En el momento en que Benno extendía los brazos para recuperar a *Biondello*, Ginebra echó a correr sin dejar de acunarlo y acariciarlo. El perrillo asomó por un instante la cabeza por encima del hombro de la muchacha para mirar hacia atrás.

A causa del sentimiento de culpabilidad que le había producido el sermón del hermano Ambrosio, Benno había estado temiéndose que algo malo iba a ocurrirle. Sin embargo, en ningún momento había imaginado que fuera a ser aquello.

El joven príncipe y su amigo habían llegado a sus aposentos, un grupo de habitaciones muy modernas decoradas según un estilo nuevo de corte clásico, como se podía ver por las pilastras corintias con que estaban adornadas y el fresco representando una escena de caza que había en el dormitorio del príncipe. Éste se tumbó boca arriba en la cama y se puso a contemplarlo.

—No ha ido nada mal la salida de hoy, ¿eh? —Se estiró y bostezó—. No le has dado ni una oportunidad a ese viejo diablo. ¡Vaya colmillos tenía!

Su amigo estaba dejando que le quitaran el jubón y la camisa mientras un paje les traía una jofaina de un estante y otro se acercaba con un par de jarras de agua caliente. Los músculos que mostraba, desnudo como se hallaba de cintura para arriba, resultaban sorprendentes para un muchacho de dieciocho años. Tras palpase los brazos y los hombros, dijo:

—Ya verás, voy a tener agujetas. No he podido hacer nada más para sujetarlo. —Mientras se ponía de pie para que lo lavaran, el príncipe permaneció echado en la

cama y los pajes aguardaron.

—Donato, ¿quiénes eran esos tres hombres con que has hablado al salir del bosque? Parecían unos verdaderos villanos. He estado a punto de ordenarle a Ladro que les dijera que se alejaran. ¿Estaban mendigando?

Por un brevísimo instante, Donato había dejado de echarse agua a la cara.

—¿Qué hombres?

—Los que hemos visto al salir del bosque. Uno alto, muy alto, y otro con una espada ridícula. Tenían aspecto de ser ladrones, al menos así me lo ha parecido. —El príncipe se incorporó apoyándose en un codo y señaló una copa que había sobre la mesa, que un paje se apresuró a llenar y entregarle—. ¿Qué demonios querían?

Donato se secó vigorosamente la cabeza con una toalla y sus rizos se convirtieron en una exuberante aureola. Cuando habló, sus palabras fueron amortiguadas por la toalla.

—Oh, dinero..., ¿qué otra cosa podían querer? Estaban mendigando, como has dicho. Supongo que serían soldados desempleados.

El príncipe alargó la copa al paje para que volviera a llenarla.

—Unos idiotas, entonces. Con esta guerra hay trabajo para mantener en activo a todos los soldados del mundo, incluidos los estúpidos que tienen espadas demasiado grandes. Supongo que serán las de sus abuelos, aunque hay gente que empieza a utilizarlas de nuevo. ¿Por qué no se ofrecerán a Gatta? —El príncipe se levantó lánguidamente y algo tambaleante para que los pajes pudieran desnudarlo—. ¿Has oído lo que estaban diciendo en la puerta? Ya ha entrado en Mascia. La noticia debió de llegar cuando estábamos fuera.

—Otra victoria para ese bastardo arrogante... —Donato dejó que un paje le pusiera una camisa recamada limpia y le atara los cordones—. Tu padre se habrá llevado una alegría..., de nuevo.

Consciente de la amargura que contenían las palabras de su amigo, el príncipe Francisco permaneció en silencio mientras lo lavaban. Apenas cabía hablar acerca de la última victoria de Gatta, puesto que había sido a costa del conde Landucci, el padre de Donato, razón por la cual éste se encontraba en el palacio. El príncipe Escipión lo había tomado como rehén para asegurarse del buen comportamiento de Landucci. Al cabo de un instante el príncipe encontró un nuevo tema de conversación.

—Será granuja ese fraile... Uno de mis preceptores era fraile, pero jamás lo vi llevar semejantes cosas. Mi abuela no tiene ni idea de lo que está haciendo. Ya verás cómo le quita todas sus joyas y se las entrega a los pobres.

Donato se dedicó a beber vino mientras le peinaban el pelo.

—Por lo que he podido ver, tu madre no parecía muy contenta.

—No le gustan nada esta clase de cosas. Cuando se lo cuente a mi padre, seguro que pone el grito en el cielo. Cuando me case, Donato, espero que mi esposa no se entrometa en mis asuntos. Mi madre va a sobrevivir a mi padre. Es mucho más joven y él ya está achacoso.

Esta vez fue Donato quien permaneció en silencio. Un paje estaba delante de él con el jubón de brocado azul preparado, pero el joven parecía hallarse en otra parte. El príncipe se lavó la cara salpicando el suelo y extendió una mano a tientas para que le alcanzaran una toalla.

—Cuando sea yo quien gobierne aquí, Viverra y Landucci serán amigos, te lo aseguro. Haremos un pacto y tú te casarás con una de mis hermanas.

—No pienso casarme jamás —dijo Donato con voz trémula por la emoción—. Jamás. Ya sabes que no puedo hacer mi esposa a la mujer a la que realmente amo.

Satisfecho con la idea que acababa de ocurrírsele, Francisco se había olvidado por un momento de algo que no podía creerse: la confidencia que le había hecho Donato la noche anterior durante la borrachera.

La única mujer, le había asegurado su amigo con lágrimas en los ojos, la única mujer a la que amaba de veras era la princesa Isotta.

---

## ¿Soplará el viento con la fuerza suficiente?

—Contadme todo lo que sepáis acerca del asedio. Mis damas no pueden esperar más.

La princesa miró a sus damas, que se habían sentado en el suelo sobre unos cojines y, con el pretexto de sus bordados y sus trenzas de lazos, observaban a Segismundo abiertamente o disimulando sus miradas bajo unas pestañas realzadas con aceites y carbón. No era habitual ver en la corte a desconocidos con aspecto de emperador romano (y que no fueran del frío mármol con que estaban hechos los emperadores romanos que ellas conocían) y hombros capaces de soportar el peso del mundo, como los de Atlas. La cabeza rapada había dado pie a las especulaciones de rigor. Nada más verlo, una dama concibió una teoría y enseguida se puso como loca por contársela a sus compañeras: el desconocido había hecho el voto de no dejarse el pelo largo mientras su amada no cediera a sus requerimientos. (Ella, sin embargo, sólo lo habría hecho sufrir durante, a lo sumo, una semana de carácter simbólico, aunque posiblemente habría cedido al cabo de un día). Luego, cuando lo oyeron hablar, todas pensaron: «¡Pero qué voz...!». ¡Dios se la había dado para musitarle a una cumplidos y ruegos al oído...! Varias damas decidieron que intentarían atraparlo. Al fin y al cabo, Ginebra ya había clavado sus uñas en Gatta, quien siempre que aparecía en la corte insuflaba la misma seductora bocanada de peligro en sus aburridas vidas.

—Alteza, no es mi intención decepcionaros, pero no hay mucho que contar que sea apropiado para los oídos de vuestras damas. La guerra es igual en todo el mundo, y resulta tan brutal el verla como repugnante el describirla.

Siguiendo las órdenes de la princesa, un paje había traído un taburete plegable adornado con tallas para Segismundo, quien le agradeció su generosidad y se sentó apoyando las manos en las rodillas, esbozando una sonrisa e inclinando respetuosamente la cabeza rapada. Vestido como iba con su jubón de cuero negro repujado, su elegante camisa blanca y las ajustadas botas, llamaba tanto la atención entre las extendidas faldas de las damas como un toro en medio de un campo de flores.

La princesa alzó sus finas y arqueadas cejas. Por muy cortésmente que fuera formulada, sabía reconocer una respuesta negativa a una petición suya. Tras dar media vuelta a su hija más pequeña, una niña preciosa de ocho años a la que había estado acariciando el pelo, y arrojarla a los brazos de la niñera, dijo:

—Debéis de ser un filósofo, señor, si vuestra profesión es pelear y describís la

guerra como algo repugnante.

—Pelear no es en sí algo repugnante, alteza. Aunque tal vez no sea muy cristiano admitirlo, salvar la vida acabando con la de otra persona tiene sus momentos de gloria.

La princesa hizo un fugaz gesto con el que dejó traslucir que las palabras de Segismundo le habían hecho gracia.

—Será mejor que el tal hermano Ambrosio no os oiga. Según me ha dicho su alteza la princesa Elena, el predicador ha venido para purgar el palacio del pecado y la guerra. Dudo que vea con buenos ojos a las personas que matan a hierro y luego reclaman sus momentos de gloria.

—¿A pesar de que, al igual que Ridolfo Ridolfi, tales personas devuelven a su alteza las ciudades que por derecho le pertenecen?

Aunque la respuesta de Segismundo, por muy inocente que pareciera, habría suscitado varias preguntas más, no hubo tiempo para que pudiesen ser planteadas. Alguien estaba armando un pequeño alboroto en la puerta, con lo cual había monopolizado una atención que no deseaba. Mientras intentaba entrar en la habitación sin ser vista, a Ginebra se le había enganchado el velo en la cortina de tapiz que cubría la entrada y, como llevaba un perrillo en los brazos, no conseguía soltarse. Tras ser liberada por un paje, la dama hizo una reverencia a la princesa y sus rubios tirabuzones se deslizaron por su cuello en busca de su escote.

—Os ruego que me perdonéis, alteza. Estaba... estaba enferma.

Las cejas volvieron a arquearse.

—Al parecer, ya os habéis recuperado. ¿No se deberá vuestro restablecimiento a las noticias que han llegado de Mascia?

El broche que Gatta le había enviado brillaba sobre el pecho de Ginebra como sólo un zafiro de gran tamaño y rodeado de diamantes puede brillar. Entre cuchicheos y codazos, las damas apartaron sus faldas para que llegara al lugar que solía ocupar. Ginebra avanzó por el camino que le habían abierto, se sentó en su sitio y trató de calmar a *Biondello*, que no dejaba de patear en sus brazos. A la princesa le hacía gracia la situación.

—A vuestro perrito le falta una oreja. ¿No la habrá perdido en Mascia por casualidad? ¿Es esto lo mejor que puede conseguir Gatta?

Nadie pudo resistirse a aquella invitación a la risa. Ginebra examinó consternada la cabeza de *Biondello* y al advertir que, en efecto, su simetría dejaba mucho que desear, levantó las manos. *Biondello* saltó de su sedoso regazo y, tras pasar como un rayo por encima de las faldas que había extendidas en su camino, saltó a la cara de Segismundo, quien cerró las manos en torno a su cuerpo lanudo.

—Al parecer os conoce, señor. —Estaba claro qué quería insinuar la princesa con aquellas palabras: Segismundo, que había desaparecido de vista tras dar la noticia de la victoria y entregar la carta de Gatta al príncipe, había añadido su propio regalo al que el condotiero le había pedido que entregara. Los esfuerzos que en aquel momento



Ginebra realizaba para ajustarse el corpiño y arreglarse los revoltosos tirabuzones hicieron pensar a todo el mundo que el regalo había sido hecho a cambio de un servicio. Con una sonrisa en los labios, Segismundo rascó a *Biondello* debajo de la oreja y dijo:

—Es un soldado como yo, alteza. El perro es mío.

Sorprendida, Ginebra se llevó una mano a la boca y lanzó una mirada de pesar al soldado herido al que acababa de renunciar. Sin embargo, no tuvo ocasión de hacer una reclamación, porque en aquel preciso instante apareció un paje con un mensaje para la princesa. El artista encargado de pintar los frescos de la nueva capilla del príncipe pedía permiso para preguntar si la princesa estaba libre. Le había prometido que le concedería algo de tiempo para que pudiera hacer los estudios que necesitaba para pintar el retrato de su persona que aparecería en el tríptico del altar.

—Hacedlo pasar. —La princesa cogió el espejo que llevaba colgado a la cintura de una cadena de oro y se miró con la distancia que mostraría alguien ante una obra maestra con la que no guardara ninguna relación personal. El espejo arrojó luz sobre el gran óvalo de su cara, iluminó la perfecta palidez de su piel y encendió una chispa en sus enormes ojos oscuros. La princesa tocó entonces, sin llegar a moverlos, los rizados zarcillos que con ingenioso desorden había permitido que quedaran sueltos para enmarcar su cara y suavizar la línea de sus rojas trenzas. A continuación, dejó caer el espejo y, en el momento en que el pintor entraba en la sala, cruzó las manos sobre el regazo.

Leonello Leconti estaba acostumbrado a ver mujeres bellas, a menor distancia que en esa ocasión y muy a menudo llevando menos ropa, o incluso ninguna. No obstante, cuando el paje lo anunció, permaneció inmóvil y con los ojos desorbitados. La princesa lo evaluó con la mirada. Aquel hombre podía ser tan hábil con la daga como con el pincel. Sus ojos, redondos como los de un búho, evidenciaban una gran capacidad de concentración. Su barba no servía más que para realzar su boca testaruda y su recia barbilla. Era delgado pero fuerte, tal vez incluso atlético.

Finalmente se acordó de sus modales e hizo una reverencia tras lo cual se acercó a la princesa pisando las faldas de las damas con la misma falta de consideración que había mostrado *Biondello*. Su ayudante, en cambio, un joven con cara de estar asustado que iba cargado con un cartapacio, un tablero, un taburete plegable y una caja de carbones, tuvo más cuidado.

—¿Cómo he de sentarme?

Leconti cogió el cartapacio, lo abrió y sacó de él un esbozo. Ella lo observó por un momento y a continuación se volvió para darle su perfil derecho. Cuando le devolvió el esbozo, se pudo ver que mostraba a la princesa de perfil y rodillas a un lado de la tabla principal, enfrente del príncipe Escipión. Una dama interceptó el esbozo y lo pasó a las demás. En la tabla principal, entre los retratos de los soberanos, aparecía san Francisco en el momento de recoger de entre los muertos a un muchacho que ha perdido la vida al caer de una ventana alta. La cara de san Francisco era muy

parecida a la de Leonti, lo cual significaba que o al pintor le salía más barato utilizarse a sí mismo como modelo o bien pensaba que tenía atributos de santo.

A juzgar por la manera en que miró a la princesa mientras le indicaba con una inclinación de la cabeza cómo quería que pusiera la suya, el pintor estaba equivocado en cuanto a esto último.

La princesa abandonó sus intentos por arreglarse y, aparentemente satisfecha con la postura, se quedó mirando al arco de la ventana y sus lunetas de color azul y rojo oscuro mientras Leonti colocaba el taburete, se sentaba, cogía el tablero y sujetaba un papel sobre él. Su asustado ayudante le dio un carboncillo y se echó hacia atrás, lo que le ganó una nueva serie de miradas de desprecio por parte de las damas, y no porque les hubiera pisado los vestidos, que era algo que había evitado hacer, sino sencillamente porque era un ayudante asustado.

Leonti comenzó con ágiles y precisos trazos a dibujar el esbozo del perfil de la princesa. Su mirada había cambiado. Se trataba de una mirada profesional, seria, que iba del rostro de la princesa al papel y luego volvía rápidamente al alzarse para bajar una vez más.

—¿Y decís... —preguntó ella a Segismundo sin mover los ojos— que habéis visto a Scala? ¿Cómo era?

Segismundo profirió un murmullo.

—Muy grande, alteza. Un gigante entre los hombres.

—Ese pobre tonto de Carlotti ha debido de pensar que teniendo a ese hombre a su lado sería invulnerable y podría defender Mascia del asedio de Gatta y conquistar a continuación Viverra. ¿Acaso no vio lo que le sucedió a Landucci?

—Seguramente pensaría que era más fuerte y estaba mejor armado que Landucci, alteza. Hay hombres que son incapaces de ver lo que tienen ante sus ojos. El deseo de poder es como el deseo de vino..., o de mujeres. —Segismundo lanzó una benigna sonrisa a las damas presentes—. Hace que los hombres cierren los ojos a la realidad y vean sólo sus sueños.

—¿Mató Gatta a Scala con sus propias manos?

Todas las miradas, a excepción de las del pintor y la princesa, se posaron en Segismundo, quien se encogió de hombros y dijo:

—Me hallaba ocupado cuando ocurrió, alteza. Es posible.

La princesa volvió la cabeza y el pintor detuvo su mano en mitad del trazo.

—¿Posible? Si Gatta lo mató, lo sabrán todos sus hombres... Al menos los que lo vieron hacerlo.

Una exclamación de asentimiento sonó en la sala. Ginebra movía la cabeza con gesto de convicción, manteniendo los labios apretados. Su amante no era un hombre que pasara inadvertido, hiciera lo que hiciese.

Posiblemente Segismundo habría arrojado más sombras sobre aquella cuestión con su respuesta, pero se libró de hacerlo gracias a la llegada del joven príncipe y su amigo Donato Landucci. Las damas se levantaron, algunas de ellas torpemente, otras

con la gracia que habían adquirido a fuerza de mucha práctica. Ginebra tropezó y cayó sobre Donato, quien la ayudó a recuperar el equilibrio mostrando una inesperada indiferencia.

El príncipe Francisco se acercó a besar a su madre en la mano y la mejilla. Cuando se irguió, ella lo miró detenidamente de arriba abajo. Iba vestido con un jubón de brocado plateado. Era un joven sumamente guapo. Tenía la tez pálida y los ojos tan grandes como su madre, aunque su boca era más grande y sus mejillas estaban más hundidas. Su cabello, que realzaba la línea de su rostro, era del mismo tono rojo oscuro que el suyo. Con un aire frío y distanciado parecido al que ella solía adoptar, el príncipe le devolvió la mirada.

Para alguien que como Segismundo conocía la naturaleza humana, aquel aire bien podría encubrir pasiones violentas, más violentas aún por permanecer siempre ocultas. La pregunta que podría plantearse al príncipe Escipión sería entonces la siguiente: ¿le ocultaba su esposa una pasión por alguien que podría poner en peligro su vida y su estado? La princesa había dejado entrever su interés por las hazañas de Gatta, lo cual podía ser algo perfectamente inocente. Además, había demostrado que le divertía burlarse de la amante del condotiero. Tal vez los dos, juntos, fueran una insignificante paja que indicase en qué dirección soplaba el viento. Si dicho viento soplaba realmente, quizá fuese lo bastante fuerte como para llevarse por delante al príncipe de Viverra. La misión de Segismundo era detectar tal circunstancia e impedirla.

—¿Cenarás con nosotros, hijo mío?

—Lo siento, pero cenaré con mis amigos en la ciudad. —La disculpa sonó falsa, carente de fuerza, y en su mirada se advirtió que si algo deseaba el príncipe era pasar la velada lejos de su familia y de los ojos de la corte.

La princesa no permitió que un gesto ceñudo le estropeará la cara.

—Tu padre quería hablar contigo.

—Su alteza el príncipe me tiene a su disposición en cualquier momento. —De sus palabras se derivaba, tácitamente, que cualquier momento sería mejor que aquél. Donato, que se encontraba detrás de Francisco, no había apartado los ojos de la princesa ni por un instante desde que había llegado. En las manos llevaba una cajita de madera tallada atada con cintas de color escarlata. Una de las damas la vio y de inmediato miró al suelo, apretó los labios y se estremeció tratando de contener la risa. Tras hacer una nueva reverencia ante su madre, el joven príncipe se volvió con intención de salir de la habitación; en aquel preciso instante dos pajes descorrieron las cortinas de tapiz de la puerta para dejar pasar al príncipe Escipión.

El soberano miró a las personas reunidas en la sala, que ya se habían puesto de pie, y con aire distraído dirigió la vista fugazmente hacia Segismundo, al que no pareció distinguir. A su esposa y su hijo ni siquiera los reconoció.

Tras dar unos cuantos pasos y sin más ceremonia que la que habría mostrado si hubiera sido una persona normal y corriente, el príncipe Escipión cayó pesadamente

al suelo.

---

## El movimiento del obispo

Segismundo llegó a donde se había desmoronado el príncipe antes de que las damas tuvieran tiempo de comprender qué había sucedido y comenzasen a chillar. El soberano había caído hecho un ovillo, agarrándose el estómago y con la cara blanca y sudorosa. Cuando Segismundo se arrodilló a su lado, comenzó a vomitar, pero de su torcida boca sólo salió una espumilla blanca. Su hijo, que también se había arrodillado junto a él, le cogió de la mano.

—¿Qué os sucede, padre? ¿Son los gases de nuevo?

—Pues claro que son los gases. —La princesa Isotta se había abierto paso entre sus damas a empujones y contemplaba cómo se retorció su marido con la misma compostura que si aún estuviese posando para el retrato—. Siempre pasa lo mismo. Uno no puede jugar con fuego y no quemarse.

—Es obra del diablo...

La inconfundible voz del hermano Ambrosio se elevó tan conmovedora como siempre por encima del ruido y la confusión. Se encontraba en el umbral de la puerta, y detrás de él podía verse a la princesa viuda asomándose por encima de su hombro, ansiosa por llegar a su hijo, pero incapaz de avanzar debido al temor reverencial que le inspiraba el predicador.

—Debemos sacarlo de aquí y llevarlo a su cama. —La profunda voz de Segismundo era tranquilizadora y, en lugar de alzarse por encima de las demás como la del hermano Ambrosio, se dejó oír en el trasfondo del barullo. La princesa Isotta, sin embargo, parecía estar más preocupada por el desafiante comentario que había lanzado el hermano Ambrosio que por lo ocurrido, de modo que avanzó y se encaró con él.

—Deberíais buscar el diablo en vuestro propio corazón. No es sino el orgullo lo que os ha traído a esta ciudad.

Unos ojos oscuros brillaron en la profundidad de sus cuencas, como si la princesa hubiera encendido fuego a golpe de pedernal. Sin embargo, la sonrisa que el hermano Ambrosio le dedicó sólo reflejó compasión.

—No os confundáis, hija mía. Es el orgullo de vuestro propio corazón lo que os lleva a decir tal cosa.

Segismundo ya había levantado al príncipe, que no dejaba de quejarse y evidentemente no pesaba mucho, y echó a andar abriéndose paso con la carga en los brazos. Cuando pasó por debajo de las cortinas de la puerta obligó al predicador y a la princesa a echarse hacia atrás, tras lo cual avanzó por el pasillo que conducía a los

aposentos del príncipe dejándose guiar por unos pajes que lo miraban con cara de preocupación. El joven príncipe hizo ademán de seguirlos, pero tuvo que detenerse un momento para escuchar a su madre, que tenía algo que decirle, y a continuación desapareció escaleras abajo. Quien sí siguió a Segismundo fue Benno, que había recuperado a *Biondello* en el momento en que éste franqueaba la puerta alejándose a la carrera del hermano Ambrosio como si fuese un demonio exorcizado. Gracias a la confusión del momento, nadie le impidió entrar con los sirvientes en el dormitorio del príncipe y observar cómo su señor dejaba al soberano en la cama, de la que los pajes ya se habían apresurado a quitar la cubierta de piel. El médico, al que ya se había hecho llamar, apareció apresuradamente seguido a la carrera de dos ayudantes que llevaban una caja llena de frascos y tarros que colocaron de inmediato sobre el arcón situado a la cabecera de la cama.

—Grave. Muy grave. —El doctor sacudió la cabeza, tomó el pulso al príncipe y le separó los párpados para mirarle los ojos a fin de firmar el seguro médico que presentaba habitualmente como precaución ante la muerte de un paciente—. Se trata de algo realmente serio. —Cuanto más grave fuera la dolencia, menos esperanzas cabría tener de que el médico le encontrase cura, y si la encontraba, o el paciente se recuperaba espontáneamente, mayor sería el prestigio y la cantidad de dinero que aquél se llevaría—. Ha sufrido otro de sus ataques, pero esta vez es grave. —De pronto se dio cuenta de que el hombre que se encontraba al lado del convulso cuerpo del príncipe y con el que estaba hablando era un desconocido—. ¿Quién sois, señor? —preguntó con un gesto de indignación tal que invitaba a pensar que había sido Segismundo quien, con su sola presencia, había motivado el ataque.

—Me han enviado para entregar a su alteza un mensaje de Mascia. —Aquella sencilla frase no explicaba por qué el desconocido se hallaba en aquel momento a la cabecera de la cama del príncipe, sobre todo cuando el mensaje había sido entregado horas atrás. El médico tuvo la sensación de que había algo que se le escapaba y, sin salir de su confusión, ordenó a sus ayudantes que hicieran los preparativos para una sangría, tras lo cual pasó una compresa por la frente del soberano y, al ver que volvía a vomitar, pidió malhumoradamente que trajeran una jofaina. Tras inclinarse sobre el quejoso enfermo con las aletas de la nariz dilatadas y la boca entreabierta como si fuera un gato que estuviera intentando atrapar un olor esquivo, Segismundo desapareció en las sombras de las colgaduras de la cama. Los pajes abrieron entonces la puerta principal del dormitorio para dar entrada a las dos princesas, que se pusieron una a cada lado del lecho. La madre estaba más nerviosa que la esposa. El hermano Ambrosio no había venido con ellas, tal vez cediendo a la tentación de improvisar ante las damas de la princesa un sermón acerca de su nada despreciable colección de vanidades.

—¿Cómo está mi hijo? ¿Qué vais a hacer con él? —La princesa viuda apartó de la cara de su hijo el pelo húmedo que se le había pegado a la frente, inclinándose cariñosamente sobre él sin saber que Segismundo se encontraba a sólo medio metro

de distancia. El doctor profirió un par de exclamaciones de desaprobación con el fin de hacerle ver el temor que sentía por su paciente y, respetuosamente, prevenir cualquier clase de intromisión en su tratamiento. El príncipe Escipión, por su parte, emitió una serie de quejidos a modo de contrapunto, los cuales alcanzaron su punto culminante en la repentina vomitona que lanzó sobre la jofaina que, con gran destreza, sostenía uno de los ayudantes del médico. La vomitona hizo que la princesa viuda retrocediera y, sin advertir su presencia, estuviese a punto de chocar con Segismundo, y constituyó una impactante bienvenida para el tropel de cortesanos que, evidentemente enterados de la nueva y sensacional noticia acerca del estado del soberano (la cual había dado lugar a que la palabra «muerte» apareciera entre sus cuchicheos), deseaban ser testigos de un acontecimiento que prometía proporcionarles una emoción de carácter profundamente melancólico.

—Alteza, os lo ruego. El paciente necesita tranquilidad. —El médico se volvió instintivamente hacia la persona que identificaba como la autoridad, la princesa Isotta, detalle que no les pasó inadvertido a los espectadores del juego de poder a que estaban jugando las dos damas—. Si no puede disfrutar de una paz absoluta, no me hago responsable.

—¡Paz! —La palabra resonó, dramáticamente, en el umbral de la puerta. La princesa Isotta alzó la mano para ordenar a todos que salieran de la habitación y por una vez se arriesgó a que las arrugas apareciesen en su frente perfecta en la forma de un gesto ceñudo. El hermano Ambrosio estaba haciendo otra de sus grandiosas apariciones—. ¡Paz! Por encima de todo, lo que el príncipe necesita es paz para su alma. Recemos para que encuentre la gracia divina y renuncie a las obras del diablo antes de que su alma sea llamada ante el trono eterno para responder de sus actos.

Abriéndose paso hacia la cama, el predicador obligó a arrodillarse a todo el que encontró en su camino sin ninguna clase de miramientos. Cuando llegó a la cabecera, apartó al médico, quien apenas ofreció resistencia, e incorporó al sudoroso príncipe de modo que quedara apoyado sobre las grandes almohadas de brocado, posición que pareció aliviarle algo el dolor. A continuación, le quitó con una sorprendente ternura los desgastados guantes de cuero que tenía puestos y, una vez los hubo arrojado al suelo, lo cogió fuertemente de las manos y se las juntó. Sin soltárselas, alzó la voz para acallar las protestas.

—Padre Todopoderoso —continuó—, señor y salvador nuestro, contempla a este pecador, a este hijo tuyo que se ha extraviado, y ten piedad de él en esta hora que para él tal vez sea la última. Expulsa al demonio de su corazón y de su real morada, purifica su alma y su ciudad. Oh, señor, pon fin a sus pecaminosos deseos y devuélvele esa inocencia que permite al hombre maravillarse de tus obras sin necesidad de preguntarse acerca de la evidencia de tu creación. Nosotros, pecadores todos, te lo rogamos, por la sagrada sangre que tu santo cordero derramó por el hombre.

Todos los presentes, que al no tener otra opción se habían arrodillado, asintieron a

las palabras del predicador, excepto la princesa Isotta, quien se limitó a mirarlo fríamente. Segismundo, que con la cabeza inclinada en señal de respeto se había arrodillado detrás del predicador entre las sombras de las colgaduras, había cogido uno de los guantes que éste había arrojado al suelo y lo había ocultado entre las manos al juntarlas en señal de oración. Gracias a su posición, pudo ver que estaba manchado y corroído de ácido y que su superficie tenía rozaduras y desgarrones e incluso alguna que otra quemadura. El penetrante olor a sustancias químicas le permitió saber con certeza que el príncipe lo había utilizado en el laboratorio y que su enfermedad podía deberse al efecto de los gases.

Su olfato también captó otro olor en el ambiente: el del incienso. Una puerta situada al lado de la cama, y que probablemente conduciría a una escalera privada, se acababa de abrir. Precedido por un acólito que llevaba un incensario y seguido de otros que portaban velas, entró en la habitación un sacerdote grande e imponente ataviado con una casulla y una estola recamadas. Se trataba del confesor del príncipe. Detrás de él apareció el joven Francisco, demostrando así que compartía la opinión de su madre acerca del hermano Ambrosio.

Ninguna de las personas arrodilladas tenía ahora los ojos cerrados o alzados hacia el cielo. Todos estaban atentos a lo que podría ser el siguiente movimiento de otro juego de poder.

—Hija mía... —La princesa Isotta se había apresurado a besarle el anillo, una amatista que identificaba al confesor del príncipe como nada menos que el obispo Ugolino de Viverra. Su voz, sonora y áspera, estaba acostumbrada a dar órdenes, y su cara, que volvió para mirar al príncipe Escipión y al predicador, no habría desmerecido al lado de la de un perro de caza de gran tamaño. Tenía los ojos inyectados en sangre, la expresión osada y la mandíbula poderosa. El obispo no era hombre que aceptara de buen grado la presencia de un desconocido en su territorio—. El príncipe me ha dicho que su padre está en peligro. ¿Quién es este individuo? —preguntó con voz estentórea. Un par de cortesanos que estaban arrodillados al fondo de la habitación se levantaron para poder ver mejor.

Lo que ocurrió a continuación cogió por sorpresa a la mayoría de los presentes. El hermano Ambrosio soltó las manos del príncipe, se enderezó para descollar sobre el obispo, hizo una profunda reverencia y lo cogió de la mano para llevarse el anillo a los labios.

El obispo suavizó la mirada y permitió aquella demostración de respeto mientras se volvía hacia los presentes y con la mano libre señalaba al príncipe Escipión.

—Que se vayan todos excepto el médico. No se debe molestar a su alteza por ningún motivo.

Aunque al parecer la orden incluía a la familia del príncipe, la princesa Isotta era consciente que había sido ella quien la había motivado llamando al obispo. Además, podía darse por satisfecha, puesto que también afectaba al hermano Ambrosio. Pasando un brazo alrededor de los hombros de su hijo, salió de la habitación sin



siquiera volverse para mirar al hombre que se hallaba tumbado en la cama. Éste, al verse con las manos libres, se había encogido nuevamente apretándose convulsivamente el estómago. Bajo la penetrante mirada del obispo, que acababa de devolverle la autoridad perdida, el doctor se dispuso a sangrar al príncipe; prescindiendo de la primera jofaina, su ayudante intentó encajar otra bajo el brazo del soberano. Segismundo salió discretamente de las sombras sin llamar la atención del obispo y siguió las faldas de la princesa viuda, que lloraba mientras recibía el consuelo del hermano Ambrosio. Los cortesanos, que se habían puesto de pie para salir detrás de ellos, tuvieron que contener sus deseos de cuchichear al ver la mirada que el obispo Ugolino les lanzaba. Ginebra requirió, como de costumbre, una ayuda especial para levantarse, que dos jóvenes se apresuraron diligentemente a prestarle. Aún así se las arregló para dar un traspie y tirar al suelo una caja de marquetería que había sobre un arcón situado al lado de la puerta. Sin embargo, sucesos como ése eran tan habituales en su caso que nadie le dio la menor importancia. Los pequeños accidentes de Ginebra nunca se traducían en la desaparición de joyas o en el olvido de las deudas que sus amigas hubieran contraído con ella al jugar a las cartas.

—Alteza, ¿podría hablar con vos a solas? —Aunque el joven príncipe se alegró de que su madre lo soltara, no por ello dejó de dirigir una mirada de asombro a Segismundo antes de seguir su camino. La princesa se aproximó a un hueco de la pared que tenía una ventana desde la que podía verse un patio interior y se volvió hacia Segismundo para mirarlo con sus oscuros ojos.

—¿De qué se trata?

—Alteza, creo que el príncipe está siendo envenenado.

---

## El diablo gana el primer asalto

—¿Y no os ha creído? —Benno estaba intercalando al andar algún que otro troteillo para mantenerse al mismo paso que su señor mientras avanzaban por los jardines del palacio. Ante ellos, iluminado por los declinantes rayos del incipiente otoño, se elevaba el viejo castillo. Benno había observado a la princesa con detenimiento y pensaba que sólo una persona como ella podía ser lo bastante arrogante para creer que su señor estaba equivocado. Segismundo, como de costumbre, no parecía haberse inmutado por ello. De pronto se detuvo y se inclinó sobre un arbusto oloroso que crecía al borde del sendero.

—¿Por qué habría de creerme? No es la primera vez que el príncipe sufre un ataque de este tipo. Siempre que ha tenido uno ha conseguido recuperarse manteniéndose alejado de sus experimentos. La princesa admite que está siendo envenenado, pero por los gases de su laboratorio.

—¿Es eso posible? Al verlo pensé que estaba a punto de morir.

—Supongo que la primera vez que sufrió un ataque, todo el mundo pensó lo mismo que tú —Segismundo había reanudado la marcha sosteniendo debajo de la nariz una ramita que había arrancado del arbusto—. De todos modos, sí, es posible. Hay sustancias químicas cuyo olor puede ponerte enfermo o, como diría una persona entendida, que desprenden miasmas tóxicos. Pero yo no soy alquimista y no puedo decirte cuáles son.

Benno tenía tal confianza en los conocimientos enciclopédicos de su señor que rechazó de inmediato aquella afirmación por considerarla una muestra de modestia. Volvió la cabeza para buscar a *Biondello* y vio que estaba correteando por la hierba tratando de morder moscas. Entonces le vino una pregunta a la cabeza.

—¿Nos pondremos enfermos si entramos? Tal vez sea mejor que deje fuera a *Biondello*... ¿Por qué la gente que trabaja allí no se pone mala? ¿Acaso no están ahí dentro todo el tiempo? ¿No es para ellos una afición como lo es para el príncipe? ¿Qué problema hay? ¿Que él es un príncipe?

Segismundo profirió un murmullo semejante al zumbido que produciría una abeja al abandonar una flor marchita.

—Has puesto el dedo en la llaga, Benno. Y, sin embargo, es posible que descubramos que sí se ponen enfermos. Es más fácil sustituir a un trabajador que a un príncipe.

—Habéis dicho que en el laboratorio trabaja un alquimista que está buscando la piedra filosofal. Si, siendo como es el experto, se pasa ahí todo el tiempo y aún así

sigue poniéndose malo, ya lo tendríais, ¿verdad?

Habían llegado a la gran puerta de la torre semiderruida en la que Segismundo había estado con anterioridad. Benno cogió a *Biondello*, se lo puso debajo del brazo izquierdo y se santiguó con la mano derecha. Aunque su señor no le había dicho qué otra cosa que no fuesen los gases podía estar envenenando al príncipe, habría que esperar otro momento para preguntárselo. En su opinión, la alquimia, por mucho que la practicaran los príncipes, tenía que ser obra del diablo. El hermano Ambrosio había sido muy claro al respecto.

Un paje los aguardaba dentro. Había estado jugando a las tabas (había una en el suelo, que no se había preocupado de recoger) para entretenerse durante la interminable espera. Cuando vio el sello que la princesa le había dado a Segismundo, inclinó la cabeza y señaló el postigo. Segismundo le ofreció una moneda para que cuidara del perro y él aceptó pensando en lo solitario que era su trabajo. Acto seguido empezó a hacerle mimos a *Biondello*, que respondió andando hacia atrás sosteniéndose en las patas traseras, la gracia para las ocasiones festivas que su señor llamaba «aprendiendo a ser un cortesano». Presa de los celos, Benno volvió la cabeza cuando doblaron la esquina, pero enseguida dejó de pensar en ello: acababa de percibir la primera vaharada fétida que llegaba por el pasillo de piedra. Inmediatamente aceptó la teoría de que los olores pueden ser la causa de enfermedades mortales.

Aunque Benno no se dio cuenta de ello, la visita fue algo diferente de la que había hecho Segismundo. El gnomo del delantal de cuero apareció mucho antes: en lugar de encontrarse al lado de la puerta, estaba sentado al pie de la desgastada escalera con las piernas abiertas y la cabeza apoyada sobre una mano. Entre sus dedos corría un hilillo de sangre. Segismundo aceleró el paso.

La cortina estaba torcida y detrás de ella se oía una voz imperiosa en lugar del fragor de los grandes fueles.

Los fuegos seguían encendidos en los hornos y los hogares y el humo continuaba formando volutas en el aire. Sin embargo, los trabajadores que en su anterior visita Segismundo había visto trabajar entre las llamas, estaban ahora parados con la mirada puesta en una figura que los arengaba desde lo alto de un taburete. Segismundo y Benno reconocieron el rostro enjuto, el pelo castaño claro, el enorme blanco de los ojos, el rictus de entusiasmo salvaje y el tosco hábito marrón del fraile que acompañaba al hermano Ambrosio.

—¡Arrepentíos! ¡Vuestro trabajo está maldito! ¡Ha llegado vuestra hora! ¡Vuestro señor está muriéndose, abatido por Dios a causa de la parte que le corresponde en esta perversión! ¡Seréis destruidos y vuestra infamia también! ¡Salid de esta morada de Satán y pedid perdón a vuestro Señor!

El fraile se lo estaba pasando de maravilla. Su retórica tal vez no fuera tan fluida y elegante como la del hermano Ambrosio, y su voz, atiplada e hiriente, no resistiría ninguna comparación; sin embargo, no era consciente de ello y su convicción le

infundía un gran vigor. Escupía cada vez que soltaba un grito y se movía con tal entusiasmo que la capucha había acabado por caérsele. Debido a la fricción, el flequillo de pelo que había sobrevivido a la tonsura se le había cardado y ahora estaba de punta. En medio de las volutas de humo e iluminado por un recipiente en el que burbujeaba al calor del fuego un líquido de color verdoso, el fraile parecía una aparición, una encarnación de la locura.

—El príncipe no está muriéndose. —Había sido una aseveración categórica, inesperada y brusca. El alquimista, vestido con su túnica de arpillera y sujetando un compás con una mano enguantada, se había acercado al fraile. Su nariz aguileña, las profundas arrugas de la cara y los penetrantes ojos negros le conferían el aspecto de un halcón. Benno había esperado encontrarse con un anciano sabio y de barba blanca. Aquel hombre, en cambio, era fuerte, estaba afeitado y tenía el pelo tan negro como el suyo y cortado por encima de las orejas, al estilo “tazón”—. El príncipe va a ponerse bien. Como siempre. ¿Quién os ha dejado entrar? Ya podéis iros con vuestra cantinela a otra parte.

Tras dejar el compás sobre la mesa de caballetes entre varios libros de gran tamaño, retortas y gruesas y recortadas plumas, estiró el brazo, cogió al fraile por el borde del hábito y le dio un fuerte tirón.

—¡Demonios! ¡Sois unos demonios!

El alquimista volvió a darle un tirón del hábito y el fraile, que en aquel preciso instante estaba gesticulando, perdió el equilibrio, empezó a hacer girar furiosamente los brazos para recuperarlo y, al no lograrlo, cayó del taburete y fue a dar contra la mesa. Un libro de gran tamaño cayó al suelo seguido de una botella de cristal que se hizo añicos. Al verlo, el alquimista levantó al fraile en peso y se lo llevó lejos de los cristales. El lugar donde se había roto la botella empezó a humear y burbujear, e inmediatamente un hombrecillo de piel apergaminada se acercó corriendo y empezó a arrojar unos polvos que extraía de una caja. Las losas del suelo hicieron un ruido sibilante y soltaron una nube de humo. Al cabo de aproximadamente un minuto se calmaron.

El fraile señaló el lugar del accidente con un dedo tembloroso.

—¡La marca del diablo!

—Tonterías. «No ha sido más que una reacción química sin mayor interés. De todos modos» ha sido una suerte que en esa botella no quedara mucho...

—Metiendo las narices en la obra de Dios... ¡Desgraciado impío! —Fuera porque se había salvado por los pelos o porque realmente creía que lo ocurrido había sido una prueba de la maldad del demonio, lo cierto era que el fraile estaba temblando. El alquimista lo miró con desdén e hizo una mueca.

—¿Impío por investigar la obra de Dios? ¿Por qué, si no, ha dado inteligencia al ser humano? Podéis cerrar los ojos cuando recéis vuestras plegarias si así lo deseáis, pero yo prefiero mantener los míos abiertos y evitar pasar por este mundo siendo tan ignorante como el día en que nací.

A Benno le picaba la nariz debido al penetrante humo que había despedido el ácido derramado. De pronto, soltó un estornudo estridente. El alquimista se volvió rápidamente y, como pudo apreciarse en sus ojos, reconoció a Segismundo al instante.

—¿Os envía el príncipe? ¿Acaso quiere verme?

—El príncipe tiene que seguir las recomendaciones del médico y no puede ver a nadie. —Segismundo no añadió ningún comentario que explicara su presencia en el laboratorio y se quedó mirando tranquilamente mientras los estornudos de Benno resonaban en las paredes.

En aquel momento el alquimista se dio cuenta de que sus trabajadores estaban de brazos cruzados.

—Pero ¿qué estáis haciendo? ¡Luigi, el fuego! ¿Cuántas veces se te ha dicho que la temperatura ha de ser constante? ¡Piero, la bomba! ¡Que no vuelva a verte desatendiéndola! —Extendió su mirada a todos los trabajadores y éstos volvieron a sus puestos con una presteza ante la que sólo cabía pensar que el alquimista tenía el don de la inspiración o conocía al arte del castigo.

El fraile había quedado atónito tras el contraataque del alquimista. Posiblemente nunca se había enfrentado con un hombre culto y con facilidad de palabra. Cuando los fuelles devolvieron su violento brillo a los fuegos y el laboratorio recuperó sus latidos gracias a los espantosos estertores de la bomba, dijo con la mirada perdida:

—Os... os arrepentiréis de esto... Esperad a que venga el hermano Ambrosio. — Con aquella tímida amenaza, proferida en el momento menos adecuado, ya que quedó prácticamente ahogada por un resoplido del gigante, el fraile salió de malas maneras del laboratorio, cuidándose, como pudo ver Benno, de no acercarse demasiado a ningún aparato. El diablo había ganado el primer asalto.

—Y ahora, señor... —El alquimista recogió el libro que había caído al suelo, alisó las hojas arrugadas, examinó cariñosamente el lomo y a continuación lo dejó de nuevo sobre el atril abierto por una página en la que, por lo que Benno, que seguía restregándose los llorosos ojos, pudo ver, había dibujados unos diagramas mágicos—. ¿Habéis venido por curiosidad o por algún otro motivo?

El alquimista los observó con sus penetrantes ojos negros. Benno le miró boquiabierto con gesto de estupidez, pero tuvo la inquietante sensación de que el hombre no se dejaba engañar por semejantes trucos.

Segismundo le mostró el sello. El alquimista le echó un vistazo y dijo:

—De la princesa. ¿Para?

—Para investigar las posibles causas del ataque que ha sufrido su alteza el príncipe. ¿Ha tenido muchos como éste?

El alquimista puso cara de resignación.

—No es el primero. Su alteza no presta atención a las advertencias. Todos sabemos que tenemos que evitar inhalar ciertas sustancias, pero su alteza se olvida de hacerlo. Si algo le interesa, se acerca. A veces dejo de supervisar un proceso de suma

importancia, me vuelvo y descubro que lleva demasiado tiempo observando otro. Además, no es inmune como nosotros.

—De manera que vos y los demás trabajadores no enfermáis como su alteza el príncipe.

—Por mucho que se diga que lo que hacemos es obra del diablo, somos humanos, señor, y se producen accidentes.

Segismundo soltó un murmullo y, tras asentir con la cabeza, aceptando lo que acababa de oír, cogió un guante que había en la mesa sobre un papel lleno de diagramas.

—No podéis olvidar protegeros en todo momento. —El guante tenía un agujero debido al uso y estaba más desgastado que los que el hermano Ambrosio le había quitado al príncipe de las manos. Aún conservaba algo de su elegancia original, pues en el dorso tenía una puntada en forma de arabesco, lo que demostraba que también pertenecía al príncipe.

La risotada del alquimista sonó como un ladrido.

—Aunque a veces se olvide de cambiárselos, su alteza suele llevar guantes. No es de extrañar, después de la quemadura que sufrió. —El alquimista avanzó hacia Segismundo, pero se detuvo para ver cómo uno de sus ayudantes vertía el contenido de una jarra de cristal en un crisol lleno de líquido que estaba calentándose sobre un hogar de carbón. Segismundo se acercó y se inclinó para mirar cómo el líquido perdía dramáticamente su color púrpura y se ponía rojo. El alquimista, que tenía las manos cruzadas a la espalda, alzó una ceja con expresión especulativa, y preguntó—: ¿Os interesa la ciencia, señor? —En su voz había un ligero tono de sarcasmo.

—Sé que es un misterio y que los términos que empleáis significan más de una cosa.

El alquimista extendió bruscamente una mano y cogió a Segismundo de la manga para apartarlo de su ayudante y el crisol. Entre los golpes y resoplidos de la bomba, su voz adoptó un tono apremiante.

—Y vos, señor, ¿qué sabéis? ¿A qué términos os referís?

Tapándose la nariz para evitar seguir estornudando, Benno se arrimó al alquimista por detrás sin esperar comprender el significado de la conversación.

La cara de Segismundo reflejaba una cierta sorpresa.

—Pues a que la piedra filosofal es un símbolo de lo que buscan todos los sabios: el conocimiento de uno mismo. La purificación por medio del fuego, la formación a través de la presión, son manifestaciones físicas de lo que el espíritu debe soportar si la esencia que busca, el oro puro en que consiste su verdadera naturaleza, ha de ser creado.

El alquimista hizo un vehemente gesto de asentimiento.

—Sí que sabéis entonces... ¿Pero sabéis también que lo que sucede en el cielo tiene su reflejo en la tierra? —Estaba utilizando un lenguaje incomprensible para Benno—. Si se consigue encontrar el oro puro del espíritu, el hallazgo se repetirá en

este mundo en forma de oro material. ¿No es así? —El alquimista se había acercado a Segismundo y lo estaba mirando fijamente a los ojos, como si para sentirse más tranquilo quisiera una confirmación de lo que acababa de decir. Segismundo lo miró con expresión grave.

—¿Es ésa la conclusión a que habéis llegado, doctor Virgilio? ¿Acaso habéis conseguido hacer oro?

El alquimista retrocedió y entornó los ojos.

—¿Es eso lo que os ha dicho el príncipe?

—Su alteza y yo no hemos hablado de este asunto. Si habéis conseguido hacer oro, doctor Virgilio —prosiguió Segismundo sin alterarse—, el valor que tenéis para la persona a cuyo servicio trabajáis es incalculable. Antes de que el príncipe de Viverra pasara a ser vuestro señor, ¿quién tuvo la suerte de contar con vuestros servicios?

Impávido, el alquimista miró fijamente a Segismundo con sus negros ojos.

—Mi anterior señor —dijo Virgilio lisa y llanamente— fue el conde Rodrigo Landucci.

---

## Apartar los ojos de algo puede hacerlo desaparecer

La ciudad de Viverra se había convertido en un alborotado hervidero a raíz del sermón que ese mediodía había pronunciado el hermano Ambrosio. Las personas que lo oyeron quedaron afectadas por la experiencia. La mayoría tenía ahora la sensación de que debía hacer algo a fin de llevar una vida mejor. La primera dificultad que esto suponía era determinar en qué consistía una vida mejor.

Bastantes personas pensaban que la gente en general, y su propia familia y los vecinos en particular, deberían asumir su obligación de tener un comportamiento cristiano. La indignación y las palabras altisonantes venían a continuación, cuando descubrían que su familia y los vecinos creían que eran ellos quienes en primer lugar debían asumir semejante obligación.

Algunos se habían quedado tan impresionados que decidieron por voluntad propia sacrificar vanidades y sacaron de sus arcones y armarios pelucas, pinturas para la cara, cintas, lápices de labios, diferentes piezas de relleno, joyas y ropa de calidad para entregarlos en ofrenda cuando se encendiera la siguiente hoguera. Y es que se había hecho la promesa de encender más hogueras.

Los más piadosos, alarmados por la amenaza que había lanzado el predicador al decir que sus posibilidades de ir al cielo estaban siendo menoscabadas por culpa del príncipe y su dedicación a las obras de Satán, habían empezado a hacer conjeturas acerca de una posible conversión del soberano. Los menos devotos, por su parte, ya estaban haciendo apuestas al respecto. Aunque por lo general no se sabía mucho sobre la naturaleza de los pasatiempos del príncipe, ahora estaba claro que tenían inspiración satánica y que, además, no eran asunto de su exclusiva competencia. Así de sencilla y fácil era la cuestión.

Aquellos que por norma se ganaban la vida a costa de las flaquezas de los demás, como, por ejemplo, los vendedores de pelucas, cintas, instrumentos musicales, brocados y ropa de calidad o los posaderos, vinateros, fulleros y dueños de prostíbulos, se mostraban prudentemente reacios a dar de lado al príncipe y saludar a Cristo como nuevo gobernante de su ciudad. Tenían dudas sobre la relativa tolerancia de sus dos gobernantes. Los más sabios y astutos entre ellos creían que era sólo cuestión de esperar a que las aguas volvieran a su cauce. El hermano Ambrosio se iría a otras ciudades para dirigirse a nuevas congregaciones y los clientes regresarían, sin duda con los apetitos más despiertos que nunca como consecuencia de las privaciones que habían pasado.

Pero había también ciudadanos que, hubieran oído o no el sermón, estaban



preparados para pasar la noche como de costumbre, libres de pensamientos acerca de la próxima vida cuando la presente aún requería su atención. El joven príncipe, satisfecho de que su padre no hubiera sufrido más que otro de sus habituales ataques, había quedado con su amigo Donato en visitar una casa de citas que había en la orilla del río justo debajo de las murallas de Viverra. En otra época, el curso de agua había bañado la roca viva sobre la que ahora se alzaban las murallas de la ciudad, pero la curva exterior del río y la elevada cantidad de sedimentos que llevaba se habían combinado para formar un margen aluvial bajo la roca y poco a poco habían ido apareciendo en él varios pastores, hortelanos, propietarios, un herrero, un panadero, varios barqueros, una capilla y un prostíbulo. Aunque los jóvenes nunca habían sido clientes de este último, sabían que tenía una reputación excelente (a falta de palabra más adecuada) y esperaban pasárselo en grande. Caía la tarde y el efecto del vino que habían bebido durante y después de la cacería empezaba a remitir. Como el príncipe, en concreto, creía que se había espabilado de manera injusta al ver a su padre desplomarse a sus pies, los dos amigos decidieron remediar la situación, lo cual dio pie, a su vez, a una cordial discusión en torno a cuál de los dos tenía mayores posibilidades de ganarse los favores de la muchacha más bonita del prostíbulo.

Donato afirmó que al príncipe le bastaba con aparecer vestido con su elegante ropa y mostrar su pelo rojo para que la muchacha lo reconociese y lo hiciera objeto de sus favores con independencia del atractivo natural de cada uno. El príncipe Francisco discrepó y, tras soltar una carcajada, bebió otro trago y ordenó a su paje que lo desnudara. Intercambiaría sus ropas con Donato y ocultaría su melena bajo un sombrero. ¡A ver quién conseguía entonces a la muchacha más bonita! Mientras les cambiaban la ropa por, como mínimo, tercera vez aquel día, los pajes se guardaron en todo momento de decir que, en su opinión, la muchacha más bonita de un prostíbulo se iría con el hombre que pudiera permitírselo, es decir, el príncipe. Cualquier *madame* se daría cuenta de ello.

El mozo que cuidaba de los caballos de Donato Landucci oyó de boca de su paje que su trabajo por aquel día aún no había acabado. Tras almohazar y dar de comer al caballo que su señor había montado durante la cacería, ahora tenía que ensillar otro, salir de la ciudad por la noche y procurar no pillar alguna fiebre durante la espera en la orilla del río.

Como consecuencia de todo ello, su compañero, el mozo del príncipe Francisco; Ladro, el enorme guardaespaldas del príncipe, y Bonaventura, la bella costurera de palacio a la que estaba intentando pescar, tuvieron que soportar sus protestas y muestras de malhumor, lo cual dio lugar, a su vez, a que tres hombres de Viverra se apresuraran a hacer planes. El primer asunto que trataron fue el relativo a las finanzas, por cuanto al menos dos miembros del trío no tenían la menor idea del mundo de la economía y su jefe había tenido que realizar un verdadero esfuerzo para limitar sus gastos en vino y mujeres, a pesar de que en ambos casos ellos eran perfectamente felices incluso con lo más barato, y Fracassa, que a su espantosa

manera, y si uno no se fijaba en su pelo, era un hombre bien parecido, a menudo conseguía sus mujeres, como Bonaventura, gratis. Sin embargo, los dos hombres eran conscientes de la existencia del dinero, lo cual significaba que podían gastarlo. Los gastos extra que habían hecho recientemente les habían dejado la bolsa temblando, por lo que Aldo regateó todo lo que pudo el precio al dueño de la barca que fueron a alquilar. Como nunca habían alquilado una barca en la ciudad, al final pagaron lo que se les pedía, ya que, después de mirarlos de arriba abajo, el dueño llegó a la conclusión de que tenían aspecto de ser unos bribones y que era muy probable que no le devolviesen la barca, y eso contando con que no fueran lo bastante tontos como para hundirla. Afortunadamente no tenían que alquilar también caballos, ya que su destino estaba muy cerca de las puertas de la ciudad. Aldo insistió en que Fracassa se quedase en la barca, aunque no explicó que el motivo que tenía para ello era el temor a que durante la primera parte del plan Fracassa se sintiese tentado de usar su espada, un arma a la que sus amigos temían incluso más que sus enemigos.

Cuando se hizo de noche, por lo tanto, el joven príncipe, vestido con la ropa de Donato y tapado con una capa adornada con un bordado mucho menos elaborado que el de la suya (que en aquel momento tenía puesta el propio Donato), salió de Viverra acompañado de su guardaespaldas, su amigo y los mozos. Tanto su madre y su abuela como su preceptor le habían advertido que su padre tenía enemigos que estarían encantados de matarlo, y él los había escuchado. El único enemigo de su padre, o al menos hijo de enemigo, que conocía era el joven de su misma edad que se había convertido en su mejor amigo anteponiéndose a todos los jóvenes de la corte que eran sus compañeros oficiales. Por otra parte, no tenía muchas ganas de que las personas que pudieran criticar su comportamiento se enteraran de que mientras su padre estaba enfermo él planeaba divertirse en un burdel. No era cierto que, como podría parecer, no le importara nada, se dijo a sí mismo; el problema era que si tenía que ponerse el hábito de penitencia cada vez que su padre sufría uno de sus inofensivos ataques, ¿cómo iba a divertirse? Además, no había motivos para preocuparse. Ladro era un gigante y tenía una fuerza descomunal. Demostrando una gran prudencia, le había dicho que lo acompañara.

Donato, que no estaba tan borracho como el príncipe Francisco y tenía una mente más despierta y un físico más fuerte, estaba encantado de interpretar el papel de príncipe. Un rehén nunca puede substraerse al hecho que se halla en una situación desesperada; en cuanto da su palabra de honor de que no va a fugarse, recibe el trato de invitado, el cual, sin embargo, nunca es similar al que recibe un príncipe en su propia casa. El orgulloso joven estaba viviendo entre los enemigos de su padre, oyendo el nombre de éste únicamente a sus espaldas y en voz baja, y soportando las sonrisas que le dirigía la gente cuando recordaba que la ambición que había empujado al conde Landucci a conquistar Viverra había sido aplastada de forma ignominiosa. De ahí que Donato no quisiera oír hablar de la llegada de Gatta (por su culpa era un rehén, por su culpa su padre no era ahora el príncipe de Viverra...) y desease, aunque

sólo fuera por aquella noche e interpretando el papel de príncipe, olvidar lo que el futuro pudiera depararle.

El futuro, por su parte, se había guardado en la manga varias sorpresas para los dos jóvenes.

De la primera ni siquiera se dieron cuenta en un primer momento. Tal como los pajes habían previsto, la dueña del prostíbulo, que tenía tanto olfato para el dinero como un cerdo para las trufas, no se dejó engañar ni por la ropa de Donato ni por el aire de timidez que tenía Francisco al lado de su arrogante amigo. Al joven que llevaba el pelo oculto bajo un sombrero le ofreció su muchacha más bonita y experta y al que iba ataviado con ropa de calidad excepcional lo consoló con unos cuantos cumplidos, su mejor vino y la muchacha que ocupaba la segunda posición entre sus empleadas. Nada más verlos había advertido que el gigantón que los acompañaba sólo prestaba atención a los movimientos de uno de ellos, un factor que los jóvenes no habían tenido en consideración, puesto que jamás se preocupaban de mirar a Ladro. La *madame* sonrió ufana: los caballeros podían divertirse cuanto quisieran y vestir como deseasen, pero las personas sin importancia no llevaban escolta.

Al príncipe Francisco le tocó, además, la mejor habitación.

Apenas veinte minutos más tarde, cuando estaba fundido en un delicioso abrazo y su sombrero corría peligro de desaparecer de su cabeza, alguien llamó a la puerta. Su primera reacción fue de enfado, pero luego pensó que tal vez se hubiera olvidado de dar la propina a alguien o que quizá le traían más vino. Las expediciones a hurtadillas suelen dar pie a más problemas de los que un príncipe está acostumbrado a afrontar. Sin embargo, el mensaje que le comunicaron mediante un murmullo que atravesó las agrietadas tablas de la puerta, lo obligó a soltarse bruscamente de los brazos que lo sujetaban, levantarse y ponerse la ropa a toda prisa.

—Una persona trae un mensaje para vos, señor. De vuestro padre, creo que ha dicho, o relacionado con vuestro padre.

El príncipe había espabilado de inmediato. Un cubo de agua no lo habría despejado más rápido. Su padre estaba muriéndose. La noche en que sale de la ciudad para visitar un prostíbulo su padre decide morir... No se preguntó cómo habían dado con él. En un caso tan urgente como ése sus sirvientes no habrían dudado en revelar dónde se encontraba. Aunque tenía que decírselo a Donato enseguida, Francisco decidió salir rápidamente a la puerta de entrada, donde suponía que estaría aguardándolo el mensajero, mientras el sirviente corría a atender una petición de vino. Pasó al lado de la *madame*, que estaba ocupada recibiendo a unos clientes y no podía prestarle atención. Por las prisas que tenía, seguramente iría a hacer sus necesidades, pensó ésta. Además, no tenía por qué preocuparse, pues ya se había ocupado ella misma de que le pagara. Ladro, cuyo trabajo era no perder de vista al joven príncipe, tenía en aquel momento la vista puesta en algo muy diferente: una

muchacha que tenía los pechos tan desnudos como grandes. Los mozos se encontraban en un cobertizo que se suponía era el establo, jugando malhumoradamente a los dados.

Así pues, cuando el joven príncipe salió a la orilla del río y se dejó envolver por la humedad del crepúsculo, no lo acompañaba nadie que pudiera protegerlo de lo que ocurrió.

Lo que ocurrió fue rápido. Un hombre le ató los brazos y otro le echó un saco por encima de la cabeza y lo metió en él hasta los codos. El saco había contenido harina y lo que quedaba de ella en su interior no tardó en llegarle a la nariz. Cegado como estaba, el príncipe se inclinó para soltar un impresionante estornudo. Ruido era lo último que los dos hombres necesitaban en aquel momento, por lo que, con más inspiración que prudencia, uno de ellos golpeó al joven cuando todavía estaba inclinado y aún no se había recuperado del estornudo. Pío estaba acostumbrado a que le dijeran que no tenía más que serrín entre las orejas y pudo comprobarlo al ver el resultado de lo que acababa de hacer. El prisionero cayó al suelo sin salirse del saco.

—¡Idiota! —le espetó Aldo en voz baja y con una mueca de exasperación en la cara—. ¿Acaso te he dicho que lo golpearas? ¿Y si lo has matado? —Pío, aturdido por el golpe que él mismo acababa de dar, lo miró con aire distraído. Aldo se inclinó y, mientras metía las manos por debajo de las axilas de la víctima, exclamó frenéticamente—: ¡Cógelo de las piernas! ¡Vamos! ¡Debemos volver a la barca! —Tenía en la cabeza la imagen de Fracassa a solas en la barca. Las posibilidades de que la misión acabara siendo un desastre eran ilimitadas.

Sin embargo, cuando llegaron al final del muelle de madera con el prisionero todavía sin sentido en sus manos, la barca se encontraba en el lugar indicado. Ni a ella ni a Fracassa les había ocurrido nada. Éste había dejado su espada sobre la cubierta, al lado de sus pies, porque debido al peso del arma al coger la pértiga había estado a punto de perder el equilibrio y caer al agua. Metieron al prisionero en la barca y lo dejaron tumbado sin dejar de advertirse airadamente los unos a los otros que hicieran menos ruido. Finalmente, Fracassa logró desatracar la barca sin hundirla. No se oía ningún ruido que les hiciera pensar que los habían descubierto o que los perseguían por la orilla. Estaban haciéndolo bien.

De todos modos, el destino estaba siendo generoso con las sorpresas aquella noche, y ellos no iban a quedarse sin la parte que les correspondía.

Ya se habían alejado de las imponentes sombras que proyectaban las murallas de Viverra y navegaban río abajo a la luz de la luna creciente. La fría brisa nocturna agitaba los juncos produciendo unos sospechosos susurros y les traía el húmedo olor del barro y la vegetación podrida. Aldo, después de haber estado quejándose de la lentitud con que avanzaban, encontró por fin tiempo para pensar en la comodidad y seguridad de su prisionero.

—Quitadle el saco, no se vaya a ahogar. —Su voz, que hasta el momento no había pasado de ser un áspero susurro, se convirtió de pronto en algo próximo a un

chillido. Acababa de acordarse del golpe que Pío le había dado al prisionero—. Podría estar muerto. —Dicho aquello, tiró del cierre del saco, se rompió una uña, soltó un juramento y con ayuda de Pío logró quitar el saco, el cual arrastró consigo el sombrero y dejó al descubierto la larga mata de pelo del príncipe, oscura a la luz de la luna pero inequívocamente lisa. Aldo y Pío se quedaron mirando fijamente el rostro, los ojos, que seguían cerrados, y las facciones, atentamente perfiladas por los pálidos rayos que caían del cielo. Fracassa dejó de mover la pértiga y se inclinó para mirar a su vez.

Tras aquel fugaz momento, la reacción de los tres fue instantánea. Sin mediar palabra, Aldo cogió el saco y con ayuda de Pío volvió a cubrir al prisionero con él. Fracassa, alarmado, dio un paso hacia atrás y perdió la pértiga.

La barca avanzó río abajo a la deriva hasta detenerse en la orilla a kilómetro y medio de distancia. Aldo y Pío cogieron al prisionero y lo llevaron a tierra firme, donde lo dejaron después de que Aldo lo hubiera librado prudentemente de varios objetos. Fracassa estuvo a punto de tirar también la espada al agua mientras andaba a gatas por la barca en busca de la pértiga de repuesto. Cuando por fin la encontró, desatracó y se alejaron.

En el burdel, la muchacha a la que el príncipe había abandonado se había quedado dormida mientras esperaba a que regresase. El vino y el cansancio habían podido con Donato, que también se había quedado dormido. Habría que esperar hasta el amanecer para que Ladro se levantara del exuberante pecho de su muchacha para escoltar a los jóvenes caballeros a la ciudad y descubriese, al igual que el público de un prestidigitador, que apartar los ojos de algo puede hacer que desaparezca.

---

## El palacio duerme, o no

Mientras el príncipe vivía una aventura bastante más intensa de lo que esperaba, la ciudad dormía tan tranquilamente como le era posible. Experimentando el dolor que entraña tener la conciencia despierta, que podría compararse con el que produciría una gota o un sabañón espiritual, muchos habitantes habían empezado a poner en un plato de la balanza las tentaciones de este mundo y en el otro el espantoso precio que les exigirían en el otro.

Se rumoreaba que el príncipe estaba a las puertas de la muerte. En el caso de que ésta decidiera abrirlas, había muchas posibilidades de que lo obligara a sufrir los suplicios del infierno. Esta idea hacía que muchos pensasen en su propio final y, aunque nadie podía ser acusado de haber cedido a la tentación de la alquimia, todos eran culpables de una u otra cosa. Además, existía la posibilidad de que el hermano Ambrosio tuviera razón y el castigo por los pecados del príncipe recayese sobre sus propias cabezas. Algunos se sentían indignados con la Iglesia por no haberse preocupado de aquel tema antes y otros con el hermano Ambrosio por haberlo sacado a colación entonces. Si el predicador estaba en lo cierto, tal vez hubiera sido mejor que el conde Landucci hubiese conquistado Viverra el año anterior o que Antonio Carlotti lo hubiera hecho éste, ya que, por lo que se sabía, ninguno de los dos era alquimista. Gatta, que al proteger a Escipión de sus enemigos había llegado a ser considerado como la mano de Dios, ahora parecía más bien un instrumento mediante el cual el diablo se había asegurado de que el soberano siguiera condenando con su perverso sacrilegio el alma de sus súbditos. Aunque probablemente no hubiera más de seis personas entre los cientos de viverranos que supieran qué era la alquimia, toda la ciudad era consciente aquella noche de que se trataba de algo impío que podía condenarlos a todos. Uno o dos dijeron entre dientes que las misas de agradecimiento por la recuperación del príncipe que habían celebrado hasta el momento no deberían haberlas dirigido a Dios, porque seguramente Satán sería el más interesado en que el príncipe continuase gobernando la ciudad.

El príncipe Escipión, que estaba demasiado enfermo para saber si sus súbditos rezaban por él o siquiera preocuparse de ello, estaba siendo atendido celosamente por su médico. Sus inflamados ojos habían recibido un tratamiento de infusiones de malvavisco, hierba recomendada tanto por Plinio como por Dioscórides como demulcente y emoliente. Con igual fin, el médico empleaba la misma hierba para la tos del príncipe, que tenía la garganta tan irritada como los ojos. Aunque habría seguido utilizando malvavisco para la dolorosa diarrea que sufría su señor, o

consuelda, que era lo que su propio maestro habría recetado en tal caso, se había inclinado finalmente por un preparado de cincoenrama, puesto que, como lo habitual era echarle un poco de azúcar o miel, el príncipe, que era muy aficionado a los dulces, se mostraría más dispuesto a tomarlo. La miel también podía echarse a la infusión de salvia que estaba administrándole al enfermo para su dolor de cabeza. En cuanto a las manos del príncipe, el médico las trataba con extracto de agrimonia, puesto que al quitarle los guantes se había dado cuenta de que las tenía mucho peor de lo que jamás se las había visto. Con todo, su golpe maestro iba a ser, en su opinión, la infusión de raíz de angélica, *archangelica officinalis*, la cual, como le hizo notar a su ayudante, no sólo serviría para eliminar las toxinas del cuerpo del paciente, sino que, además, constituiría un remedio «soberano», por su propia naturaleza, para acabar con los poderes infernales que seguramente contendrían los gases alquímicos que el príncipe había inhalado.

La princesa, que había hecho una visita a su marido antes de retirarse, comprobó que estaba todo lo cómodo que cabría esperar. El doctor, por su parte, se había preparado para velar al enfermo durante toda la noche sentándose en un sillón al lado de la cama y apoyando la espalda en unos cojines; su ayudante estaba ocupado preparando un medicamento de olor penetrante pero no desagradable en un pequeño puchero de mango largo que estaba calentando en la gran chimenea del dormitorio. Aunque la noche no era fría, habían encendido un fuego para evitar que se formara rocío, ya que podía ser peligroso para el enfermo. La princesa Isotta detuvo la mirada por un momento en el pálido fuego y luego la posó en la torcida boca del príncipe, que trataba de sonreír aun cuando era evidente que estaba demasiado débil para contestar a sus preguntas.

—Todo está en las manos de Dios, alteza —dijo el médico, que evitó añadir: «Y en las mías, si queremos mantener la esperanza»—. El príncipe ya está más tranquilo. Las purgas no son necesarias y la enfermedad sigue su curso normal, así que ahora debemos rezar para que el descanso y los remedios que estoy administrándole devuelvan a su alteza su salud de antaño.

La princesa no respondió. La salud de antaño de su marido nunca había sido, ni siquiera en los mejores tiempos, buena. Tal vez hubiese debido preguntarse si por fin iba a enviudar, si iba a haber ahora dos princesas viudas y, aún más importante, si su hijo sería lo bastante responsable y fuerte como para defender Viverra de los enemigos de su padre, que pasarían a ser enemigos suyos.

Gatta no tardaría en llegar a la ciudad. ¿Sería la tentación demasiado fuerte?

Antes de retirarse, se inclinó y besó al príncipe en la mejilla rozando las recamadas sábanas con los rojos tirabuzones que le caían por delante de las orejas. Luego indicó a la dama de honor que la esperaba al lado de la puerta que se acercase, cogió la cajita de madera atada con cintas que tenía en las manos y, sin importarle los objetos que pudiera desplazar al hacerlo, la puso sobre el arcón que había a la cabecera de la cama junto a una jarra llena de sanguijuelas. El doctor hizo una

reverencia cuando se retiró y esperó un minuto a investigar el contenido de la caja. ¡Confites! Debería haberlo imaginado. Era un detalle realmente encantador, desde luego, pero, como le explicó a su ayudante, estaba fuera de lugar. El príncipe Escipión debía seguir la dieta más ligera y controlada posible hasta que los venenos abandonaran su cuerpo. La debilidad que, alimentada por su esposa, tenía por los dulces debería ser satisfecha con la miel que él añadía a los medicamentos.

Entonces apareció la madre del príncipe para ver a su hijo. Gracias a la colaboración de los pajes, quienes le habían avisado que la princesa Isotta había vuelto a sus aposentos, pudo elegir el momento adecuado para hacer la visita de forma que no coincidiese con la de la esposa de su hijo. La princesa Elena no tenía intención de compartir a su hijo con su nuera ni de sufrir intromisiones cuando hablara con el médico. Todavía estaba intranquila acerca de las consecuencias que pudiera acarrear la enfermedad: una constitución como la de su hijo, que ya era débil de por sí, sólo podía debilitarse aún más tras cada uno de los ataques. ¡Cuántos problemas había tenido criándolo! Y, aun así, ¡qué consuelo suponía saber que tanto su salud física como espiritual recibían ahora la debida atención! Sólo gracias a la inspiración divina podía haber invitado al hermano Ambrosio a que viniera a Viverra, al palacio, para ver si podía convencer a su hijo de que abandonara la diabólica búsqueda con que estaba poniendo en peligro su alma y su estado.

Como no había oído el sermón que el hermano Ambrosio había pronunciado aquel mismo día en la plaza, la princesa no era consciente de que, al presentar a su hijo ante sus súbditos como una carga, el predicador había conseguido precisamente incrementar dicho peligro.

Le acarició cariñosamente la frente y en su mano notó la pegajosidad de los santos óleos. El obispo Ugolino le había administrado los últimos sacramentos. Al menos estaba segura de que si su hijo abandonaba el mundo esa misma noche, sólo podría ir a uno mejor. Habría hecho penitencia y, si había sido sincero, estaría en estado de gracia; en tal caso, si llegaba a recuperarse abandonaría la maldita alquimia para siempre.

La princesa no podía evitar sentirse culpable. Su hijo había heredado su carácter y ella no había hecho nada por evitarlo, más bien al contrario. Ella siempre había sido curiosa, siempre había deseado saber la razón de las cosas. Tanto su niñera como su institutriz y su madre la habían reprendido en muchas ocasiones por mirar a la gente mientras trabajaba y hacer preguntas impropias de una princesa. Lo que correspondía era pasar suavemente por encima de todo sin pensar en nada que no fuese una misma, como hacía su preciosa nuera.

La princesa Elena hizo una mueca de disgusto al pensar en esto último y se volvió. El médico se encontraba de pie ante su tentadora silla, en actitud de atenderla. La princesa cogió uno por uno todos los objetos, botellas y cajas que había sobre el arcón situado a la cabecera de la cama y comenzó a hacerle preguntas acerca de su utilización y las posibilidades que había de que aquella noche fueran necesarios.



Luego permaneció un momento mirando cómo dormía su hijo, se arrodilló, en una muestra de fe y sincera resignación, y rezó para dejarlo todo en las manos de Dios. Su petición, sin embargo, no obtuvo mejores resultados que de costumbre. Finalmente dejó al agotado médico que se ocupara del paciente y se retiró.

Poco a poco, el palacio fue quedándose dormido, aunque hubo quien, al igual que el médico, permaneció despierto. El hermano Ambrosio había encontrado la manera de entrar en la capilla y ahora estaba rezando ante el altar. La luz que arrojaba la lámpara del sagrario doraba cálidamente su demacrado rostro. Dos sacerdotes, que por orden de la princesa viuda tenían que permanecer arrodillados y rezar de forma ininterrumpida por el restablecimiento del príncipe, se arriesgaban de vez en cuando a lanzar una mirada al predicador, envidiando su santo poder de ensimismamiento.

El fraile más joven, el hermano Columba, algo alicaído tras la experiencia que había vivido en el laboratorio (y a propósito de la cual había decidido guardar silencio ante el hermano Ambrosio), había buscado para arrodillarse un lugar alejado de la luz. Temía haberse metido en un territorio que tal vez estuviera reservado para una purificación posterior y de carácter público y, acusándose de orgullo, había decidido recogerse el hábito por encima de las rodillas. El inflexible mármol estaba sumamente frío y, sin embargo, mientras trataba de ofrecer su dolor como expiación por su pecado, sintió la satisfacción de saber que el alquimista, cuando muriera y se diese cuenta de que se encontraba en manos del diablo, conocería una desdicha al lado de la cual su pequeña penitencia era algo paradisíaco.

El alquimista también ocupaba los pensamientos de Segismundo y Benno. El mayordomo del príncipe había dispuesto para ellos una pequeña habitación al fondo de las dependencias del servicio, desde cuya ventana podían ver las luces que ardían al otro lado del parque en las habitaciones situadas en la torre del viejo castillo.

—¿Está envenenando al príncipe? —preguntó Benno mientras masticaba un pedazo de bizcocho que les había traído el mayordomo con la comida y que se había metido en el bolsillo. Era una especialidad sienesa, le había dicho Segismundo, que contenía abundantes frutas y condimentos. Su opinión de los sieneses mejoraba con cada bocado—. Me refiero al doctor Virgilio... Si antes trabajaba para el conde Landucci, ¿no cabe la posibilidad de que continúe secretamente a su servicio? Según dice, el príncipe suele olvidar que debe apartarse de los gases. ¿Por qué no se lo recuerda? ¿No es posible que esté produciendo unos gases malísimos sólo para que él los huela?

Segismundo tardó un rato en contestar, por lo que Benno pensó que había planteado la pregunta de una manera demasiado directa y que seguramente no obtendría respuesta. Sin embargo, al cabo de unos segundos su señor se apartó de la estrecha ventana de la habitación y dijo:

—Cierra el postigo. Fue el mismo príncipe Escipión quien fue en busca del doctor Virgilio y le ofreció dinero para que dejara de trabajar a las órdenes del conde y se fuera con él. Por regla general, los hombres como el doctor Virgilio sólo son fieles a

una cosa: la búsqueda de la verdad.

Benno se chupó los dedos pausadamente mientras *Biondello* aguardaba a sus pies mirándolo con falsas esperanzas. El chucho aún tendría que esperar cierto tiempo a que se le presentara la ocasión de ir a Siena y probar el *panforte*.

—Entonces estáis convencido de que está buscando esa piedra, ¿no? Yo creía que era un impostor, pero, claro, después de ver cómo se ha alterado cuando le habéis dicho que entendíais sus términos y todo eso... De todas formas, lo de buscar una piedra para hacer oro con ella no es algo misterioso, sino mágico.

Segismundo se echó a reír.

—Sí, es así de sencillo. Pero no olvides que se llama piedra filosofal. Ya has oído lo que estábamos diciendo: la búsqueda de la sustancia física y material es análoga a la búsqueda de la espiritual. —Al ver la cara de pasmo que ponía Benno, adoptó un tono más contemporizador y dijo—: Si encuentras oro, lo encuentras también en el hombre.

Benno cambió de gesto y, tras un momento de cavilación, preguntó:

—¿Entonces el príncipe no está metido en asuntos diabólicos? ¿Está intentando ser bueno?

—Mmm, mmm... No sé si podemos decir con seguridad qué motivos tiene el príncipe Escipión para estar trabajando en ello. Lo único que sabemos con certeza es que tanto a él como al alquimista les fascina lo que están haciendo y que el príncipe se pondría muy contento si tuviera más oro. Y ahora a dormir. —Segismundo se puso de costado sobre su jergón, se tapó con la capa y cerró los ojos.

Creyendo que la orden también iba dirigida a él, *Biondello* saltó obedientemente a su lado, dio un par de vueltas y se puso cómodo apoyando la cabeza sobre uno de los muslos de Segismundo, tras lo cual lanzó una fugaz mirada a Benno, soltó un pequeño suspiro y siguió el ejemplo del hombre que le servía de almohada.

Benno se dio cuenta de que tenía tanta idea de quién estaba envenenando al príncipe como antes. Apagó la vela y se hizo un ovillo en el suelo, comprendiendo la sabia elección que había hecho *Biondello* al decidir no dormir con él. Si alguien estaba envenenando al príncipe, Segismundo lo descubriría y, si tenía suerte, quizá lograrse hacerlo a tiempo de evitar que el soberano muriera. Poco después se quedó dormido.

En una habitación que, si bien era algo más grande y tenía el techo más alto que la de ellos, parecía más reducida debido a la cama con baldaquino y el arcón situado a la cabecera (a su vez de espacio aparentemente reducido a causa del gran número de pertenencias que contenía), dormía Ginebra Matarazza. Estaba tapada hasta los blancos hombros por una colcha de seda, sus dorados tirabuzones yacían extendidos sobre la emborlada almohada, sus gruesas pestañas descansaban sobre los pómulos y sus labios permanecían entreabiertos en un mohín tan delicioso como los que hacía cuando estaba despierta. La mano que tenía al lado de la cara aparecía ahora relajada y el zafiro incrustado en la estrella de diamantes brillaba a la luz de la noche. Había

manchado la sábana con el unguento que Segismundo le había aplicado sobre la mordedura del mono y aún tenía la mano inflamada y en carne viva. El mono, al que había perdonado y besado hacía ya rato, dormía al pie de la cama, y cada vez que se movía producía el consiguiente ruido de cadenas. El periquito había metido la cabeza debajo de un ala. Todo aquello era lo que alguien que se hubiera asomado a la puerta en aquel momento habría visto; lo que no habría podido ver, sin embargo, era lo que había debajo de la almohada con borlas. La última adquisición de Ginebra era, al igual que el broche que le había mandado Gatta, demasiado reciente para quedar relegada al arcón en que almacenaba sus tesoros: un par de guantes recamados con hilo de oro, de la mejor piel de gama, adornados con una cenefa también de oro y perfumados con sándalo y almizcle. Al tiempo que el olor de éstos se colaba por su nariz, Ginebra se entregaba felizmente a un sueño en el que Gatta regresaba al palacio a lomos de un arco iris de joyas.

---

## «La he encontrado muerta»

De todas las personas que dormían aquella noche en el palacio, ninguna tardaría mucho en despertar después del amanecer, pues fue precisamente entonces cuando Donato regresó y transmitió a la princesa el mensaje de que su hijo había desaparecido. La angustia que lo embargaba cuando le permitieron llegar a su presencia era tal que tardó un momento en darse cuenta del insólito aspecto de descuido que ofrecía la princesa. El desaliño de la soberana, que para él fue una muestra de exquisitez, para otro no habría pasado de ser el resultado de un cuidado acicalamiento. Con su roja melena recogida en dos gruesas trenzas gemelas sobre sus hombros desnudos y la blanca sábana agarrada sobre el pecho con una mano, su aspecto logró excitar a Donato a pesar del miedo y la ansiedad que se habían apoderado de él.

—¿Que ha desaparecido? ¿Fuera de la ciudad? ¿Dónde estaba Ladro? ¿No habéis pensado en sus enemigos? —La princesa se interrumpió y el joven comprendió que acababa de recordar que estaba hablando con el hijo de uno de ellos—. ¿Por qué lleváis su ropa?

—Fue una broma... —Ni era el momento adecuado para que se lo explicase ni hacía falta que lo hiciera. Los dos jóvenes eran conocidos por sus bromas. No habría sido más que otra de sus estúpidas travesuras, pensó la princesa, y no iba a molestarse en averiguar los detalles. Había que encontrar a su hijo. Tal vez lo hubieran raptado y fuesen a pedir un rescate por él. Era posible incluso que lo hubiesen asesinado...

La princesa hizo llamar al capitán de la guardia de palacio. Poco después se ensillaban los caballos y varios hombres se lanzaban ruidosamente a las calles bajo la tímida luz del amanecer para salir de la ciudad y buscar el rastro de los secuestradores, arrestar a todas las personas que hubiera en el prostíbulo e interrogar a los habitantes de la orilla del río. Los pasillos y las salas públicas del palacio no tardaron en llenarse de cortesanos y sirvientes escasamente vestidos pero con ganas de murmurar. La princesa viuda fue a ver a su nuera ataviada con una túnica de damasco azul ribeteada de piel de marta.

—¿Por qué he sido la última en enterarme? —Para consolarse, la princesa Elena llevaba apretado sobre el pecho un perrillo faldero de edad avanzada cuyos ojos expresaban su indignación desde unas bolsitas grises que parecían un reflejo de las que lucía su dueña en la cara—. ¿Qué medidas se han tomado? Mi hijo no debe saber nada de esto. Se moriría si se enterara. —Al parecer creía que la princesa Isotta estaba esperando a que se fuera para correr a darle la mala noticia a su marido.

Donato se había retirado a sus aposentos presa de una gran turbación y la princesa estaba vistiéndose. Inquieta por una sospecha que acababa de asaltarla, la princesa viuda lanzó a su nuera una mirada de irritación por encima de la cabeza de su perro y preguntó—: ¿Cómo sabéis que el muchacho os ha dicho la verdad? ¿Y si ha sobornado a ese inútil de Ladro y en este momento el pobre Francisco se encuentra en poder de Landucci? ¿Habéis pensado en eso por casualidad?

—Bueno, si así fuera, ¿por qué habría venido Donato a avisarnos? ¿No sería más lógico que hubiera regresado con su padre en lugar de venir aquí para continuar siendo nuestro rehén? Desde luego que he pensado en eso...

La princesa Elena vio en los labios de su nuera una de sus famosas sonrisas enigmáticas y decidió irse. Camino de sus aposentos, entró en el dormitorio de su hijo para asegurarse de que no le habían dado la noticia e interrogar minuciosamente al médico. Gracias a la valeriana que éste le había administrado, el príncipe Escipión había pasado una buena noche, por lo que fue capaz de sonreír a su madre y preguntarle a qué se debía tanto alboroto. Por suerte, el príncipe atribuyó a la alegría de verlo mejor el que las lágrimas bañaran de repente sus mejillas y se las secara valientemente con una sonrisa en los labios. El soberano estaba tumbado disfrutando de las tranquilas sensaciones que acompañan a la convalecencia (uno de los estados más placenteros en que puede hallarse un ser humano) y escuchando a los pájaros cantar en los jardines y, a lo lejos, los sonidos que le anunciaban el despertar de la ciudad. Atribuyendo la visita de su madre a horas tan tempranas a lo enfermo que había estado, juntó las manos y dio gracias por sentirse mejor. Dios había sido bueno con él. Tal vez había escuchado las plegarias del fraile de mirada ardiente que había entrado en su dormitorio durante la noche y le había juntado las manos tal como él acababa de hacerlo. Quizá su suerte había cambiado y los señores bajo su dominio dejarían de rebelársele. Incluso cabía la posibilidad de que encontrase la piedra filosofal.

Cuando terminó de vestirse, la princesa Isotta ya se había hecho una composición de lugar. La desaparición de su hijo era un caso de emergencia que requería la intervención de alguien con la categoría y experiencia de Gatta. Los consejeros y cortesanos de su marido no le servirían de nada en tal situación. Como Gatta aún no había llegado, la princesa pensó en un hombre que tenía experiencia en ayudar a la nobleza a solucionar sus problemas y al que, además, no había que ir a buscar lejos.

Segismundo, que había despertado a causa del escándalo que reinaba en el palacio, acababa de terminar la larga y delicada operación de afeitarse cuando el paje del príncipe apareció. Benno, que se había peinado la barba con los dedos y puesto su segunda camisa buena para que su aspecto no desmereciera en el palacio, pensó que podría intentar, por si la suerte le sonreía, acercarse una vez más a la princesa Isotta, ya que nunca en su vida había conocido a alguien por quien valiera más la pena quedarse boquiabierto. Cogió la esclavina con galones de oro de Segismundo, se la echó al hombro como habría podido hacerlo un paje de servicio y siguió a su señor.

—¿Qué me aconsejáis que haga? —Al observar con detenimiento al hombre que tenía delante, la princesa Isotta sintió inexplicablemente que recuperaba hasta cierto punto la ecuanimidad y advirtió que el aire de calma que había adoptado se le hacía más fácil de mantener. Si su hijo no había sido asesinado todavía (lo cual era más que probable, pues se trataba de un instrumento demasiado valioso en el juego del poder como para que lo eliminaran por las buenas), su tranquilo interlocutor era sin duda el hombre adecuado para rescatarlo.

—Alteza, estáis haciendo todo lo que podéis. Como el hijo del conde Landucci ha regresado, estoy de acuerdo en que es muy poco probable que el príncipe Francisco haya sido raptado por sus hombres. Con vuestro permiso, alteza...

Se marchó. No tenía sentido seguir interrogando al conde Donato acerca del intercambio de ropa, un elemento que no dejaría de ser inquietante mientras los hechos no se aclarasen. Segismundo, que había sido contratado tanto por el príncipe como por la princesa de Viverra para realizar tareas diferentes sin que ninguno de los dos se hubiera enterado de la decisión del otro, se puso a trabajar en la más apremiante. Como por el momento Gatta no le había dado ocasión de espiarlo para averiguar sus propósitos, podía concentrar sus esfuerzos en el encargo de la princesa.

Tras enterarse en el cuarto de la guardia de que la noche anterior un desconocido había alquilado una barca con fines, según había entendido el barquero, de carácter romántico, Segismundo salió del palacio y, sentado a lomos de su caballo, aguardó un momento como si quisiera sentir las fuerzas magnéticas que había en el aire. Luego se puso en marcha. A algo más de un kilómetro de distancia, detuvo un carro que avanzaba a trompicones en dirección a las puertas de la ciudad, levantó por un extremo la tela de arpillera que cubría la parte trasera y despertó a un joven que dormía hecho un ovillo en medio de un cargamento de cebollas. El campesino que conducía los bueyes no tenía la menor idea de lo importante que era su pasajero, quien se había sentido demasiado avergonzado de su estado y de las causas que lo habían conducido a él como para identificarse. Daba igual, porque no habría sido nada fácil que le creyeran. Cuando el adormilado príncipe alzó la vista, Segismundo vio que tenía todo el aspecto de haber recibido un golpe en la frente, haber corrido el peligro de ser asfixiado en dos ocasiones, haber sido arrojado sobre un pedregal, haberse caído en el barro del río y haber sido objeto de una tunda de golpes en la cabeza y los hombros. Y así había ocurrido.

Después de que lo hubieran arrojado apresuradamente de la barca sin quitarle el saco de la cabeza, el príncipe había caído en el barro y las piedras que había en la orilla del río. Medio conmocionado y con serios problemas para respirar, había intentado quitarse el saco de encima, cuyo cordel le rodeaba los codos y al parecer no estaba anudado.

Al amanecer, unas lavanderas se habían acercado al río para lavar en los bajos y secar sobre las piedras la ropa sucia que llevaban en unas cestas. A la tímida luz vespertina, y envuelto en las volutas de niebla que cubrían el río, habían visto surgir

de la orilla, delante de ellas, algo parecido a una roca viviente, una cosa con una cabeza monstruosa provista a los lados de puntas que semejaban las orejas de un demonio, que se venía sobre ellas profiriendo unos sonidos indecentes y moviendo de aquí para allá unos brazos cortos y torpes. La mayoría de las mujeres había salido corriendo soltando alaridos. El hermano Ambrosio, de cuyo sermón todas habían cuando menos oído hablar, había ahuyentado a los demonios de Viverra, aunque no lo suficiente como para que se alejaran de la ciudad. Sin embargo, una de las lavanderas, más valerosa que las demás, se había quedado para dar una paliza al demonio con la pala para secar la ropa y luego se había puesto a correr y a dar gritos asustada por lo que acababa de hacer.

Cuando por fin había logrado librarse del saco, el joven príncipe se había sentido demasiado débil para pedir ayuda o sencillamente llamar la atención de alguien, por lo que tras permanecer tumbado sobre las piedras durante un rato, se había arrastrado hasta salir de la orilla y se había vuelto a quedar tumbado por un tiempo respirando hondo y dejando que el frío del barro le calmara el dolor de los hematomas. Como el mundo seguía mostrando una cierta tendencia a dar vueltas en torno a él y a desaparecer por detrás de su hombro derecho, el príncipe había acabado por perder el conocimiento. Durante el tiempo que permaneció en tal estado, la guardia del palacio había estado buscándolo. Dos soldados habían interrogado al dueño de una cabaña y a un cerdo que habían encontrado en la orilla a poca distancia de donde él se encontraba río arriba, pero no se habían detenido a rastrear la ribera en busca de objetos inmóviles que hubieran podido fundirse con su entorno. Si hubieran sido capaces de interrogar al cerdo, probablemente habrían obtenido alguna respuesta útil, por cuanto el animal, arrastrando de una de sus patas traseras la cuerda a que estaba atado y demostrando una incontenible curiosidad en su búsqueda de comida, había andado sin propósito fijo hasta llegar a la orilla del río, donde, en un gesto inquisitivo, había metido el hocico en una de las orejas del joven. Tal vez había sido ése el estímulo que le había permitido al príncipe recuperar el sentido, llegar con paso inseguro al camino y detener un carro que pasaba.

—Es vuestro, ¿no? —le preguntó el carretero—. Lo he dejado subir porque no llevo nada que pueda estropear. Oh..., gracias, caballero. Se ha destrozado la ropa, con lo buena que era..., y ha bebido como un señor.

Al ver que el joven príncipe no estaba en condiciones de montar a caballo y, además, se sentía a gusto en el carro, como se hizo evidente cuando cerró los ojos y volvió a caer sobre las cebollas, Segismundo decidió que aquel discreto medio de transporte sería el más adecuado para volver al palacio con él. Al franquear las puertas de la ciudad, el eco de las herraduras, los pasos y las voces despertó al príncipe, quien al advertir que habían llegado, se levantó, puso cara de alarma y suplicó confusamente a Segismundo que no permitiera que una tal señora Lucía lo viera en semejante estado. Segismundo tampoco quería que lo viese nadie, por lo que condujo al carretero a una puerta lateral del palacio y allí levantó al príncipe del

cargamento de cebollas. Tapándolo un poco con su capa, entró en el palacio y, a pesar de que ya no era necesario mantener tanto la discreción, se lo llevó a su habitación para que los pajes lo adecentaran antes de que fuera a presentarse ante su madre.

Cuando Segismundo le informó que su hijo había aparecido, la princesa Isotta no mostró interés en saber las desagradables circunstancias en que había sido hallado. El alivio que sentía por su regreso estaba mezclado con el enfado en que se había transformado su preocupación.

—¿Por qué nunca me escucha? No se toma nada en serio. Cuando se junta con Donato, parecen los dos un par de niños.

La queja, aunque los tiempos hubieran cambiado, era la misma que habían tenido los padres desde que Adán se viera ante el problema de Caín y Abel. En cuanto la niñera dejaba de coserles en la ropa las correas que llevaban para que no se extraviasen, los niños comenzaban a vestirse como personas mayores y entraban en la edad adulta considerándola como el momento de la verdadera libertad. Un joven de diecisiete años como el príncipe Francisco podría llevar ya cuatro años al frente de un ejército, de manera que la princesa tenía motivos para quejarse.

—Alteza, vuestro hijo encontrará algún día su lugar —dijo Segismundo con voz de confianza. Tenía razón, por supuesto. Todo el mundo acababa por encontrar su lugar, aun cuando éste fuese el arroyo (lugar que, por cierto, no era muy diferente de un carro lleno de cebollas). Aun así la princesa se tranquilizó y poco después, cuando hubo alzado la mano para que Segismundo se la besara y le hubo entregado como recompensa un anillo de perlas que llevaba en un dedo, pudo contemplar con ecuanimidad a su maltrecho hijo. El golpe que Pío le había dado en la frente, justo debajo de la roja cabellera, había empezado a tomar un color marrón y púrpura, que contrastaba con la palidez de su piel. La herida de la cabeza ya estaba limpia de sangre, por lo que el médico, al que se le había ordenado que abandonara al príncipe Escipión para que atendiese a su hijo, pudo aplicarle un ungüento. De todos modos, y a pesar de la ropa limpia que se había puesto y las reconstituyentes copas de vino que había bebido, el príncipe Francisco no tenía buen aspecto. Por una vez, la princesa demostró sus sentimientos maternos abiertamente.

—Pero ¿qué te han hecho? —le preguntó al tiempo que lo abrazaba y le apartaba el pelo de la herida más visible que tenía en la cabeza—. ¿Les viste bien la cara?

—Me taparon la cabeza con un maldito saco —El príncipe, lógicamente, estaba indignado—. No vi absolutamente nada.

—Y antes de que os taparan la cabeza con el saco, alteza, ¿estaba muy oscuro? —La voz de Segismundo se coló en la conversación que mantenían madre e hijo con la suficiente diplomacia como para que ninguno de los dos la tomara como una intrusión.

El príncipe Francisco se quedó pensando por un momento.

—Uno de ellos me miró de arriba abajo, eso es todo lo que vi. Entonces me empujaron y me encontré con la cabeza dentro del saco —dijo con tono de asco—.



Luego me golpearon. —Acercó un dedo cautelosamente a la herida—. Más tarde, me lo quitaron o, mejor dicho, creo que me lo quitaron. Estaba mareado pero creo que nos encontrábamos en una barca. Podía oír los ruidos que uno oye cuando va en barca: crujidos y chapoteos. Cuando me quitaron el saco de la cabeza, debía de estar sin sentido y luego, cuando empecé a despertar, volvieron a ponérmelo. —Extendió las manos con las palmas hacia abajo y añadió—: Me han robado todos los anillos, la bolsa y la cadena. Menos mal que Donato no ha perdido el sombrero y el broche.

—Entonces ha sido un robo. —La princesa, aliviada, se recostó en su sillón—. Voy a ordenar que azoten a Ladro. ¿Por qué no estaba contigo?

El príncipe alzó la cabeza, consciente de que él tenía parte de culpa.

—No volveré a daros motivos de preocupación, señora —afirmó majestuosamente, y si no lo hubieran interrumpido habría seguido haciendo promesas a cual más imprudente. Una de las damas de la princesa acababa de irrumpir en la habitación, chillando como si la estuvieran persiguiendo ratas.

—¡Alteza! ¡Oh, alteza, perdonadme! Se trata de Ginebra Matarazza. He ido a llamarla, porque era tarde y tenía que hacer sus obligaciones, y la he encontrado muerta.

---

## En busca de la verdad

La princesa se puso de pie, el joven príncipe se quedó boquiabierto y Segismundo se puso en acción. En cuanto llegó al lado de la llorosa y convulsa muchacha, la abrazó por los hombros y se volvió hacia la princesa.

—Con vuestro permiso, alteza, esto no debe salir de aquí. —No añadió: «No falta mucho para que llegue Gatta; todo lo que le ocurra a su amante tiene consecuencias de enorme transcendencia; aquellos que disfrutaban de sus servicios han de procurar mantenerlo contento»—. ¿Me permitís que vaya a ver qué puede hacerse?

La princesa le concedió el permiso al instante. No hacía falta que le dijeran lo delicado que era aquel asunto, por lo que en cuanto las mujeres que estaban en la antesala y habían acertado a oír parte de la noticia empezaron a subir la voz, se apresuró a asomarse a la puerta para prohibirles que fueran a la habitación de Ginebra.

Segismundo no necesitaba que le dijeran cómo se llegaba a la habitación de Ginebra. Cuando entró en ella, pensó que tenía suerte de estar acostumbrado a ver cosas desagradables. Lo que tenía ante sí no era nada agradable para la vista. Sin moverse del umbral, se santiguó. Benno, que estaba detrás de él, recibió un empujón, se encontró con la puerta en las narices y oyó a continuación el chasquido del cerrojo.

El espacio que separaba a Segismundo de la cama estaba cubierto de cosas que tendría que sortear: sedas, pañuelos, cintas, bordados, guantes, velos de gasa, mangas, terciopelos, trenzas de seda del color del pelo de Ginebra, collares con piedras preciosas, pendientes... El arcón en que guardaba sus tesoros estaba abierto. Ella, tapada sólo con un pañuelo de seda persa tan fina que permitía ver el brillo de su piel, estaba tumbada boca abajo en la cama. Con una mano aferraba colgaduras de seda verde que se habían soltado de los ganchos del baldaquino y habían caído sobre las almohadas formando una guirnalda arrugada. En el suelo y la colcha de brocado había restos de vómito y toda la habitación estaba impregnada de un olor repugnante. Del mono no había ni rastro. El periquito, inquieto, se movió alborotadamente por la percha y se encaramó a las barras de su jaula de la ventana. Entonces, al tiempo que Segismundo daba una zancada para no pisar los pedazos de un espejo de mano que se había roto, dejó escapar un chillido que hizo que el mono asomara la cabeza por encima del baldaquino para mirar. Dos pares de ojos observaron a Segismundo levantar el cuerpo de Ginebra sin saber qué estaba haciendo; cuando la hubo cargado en sus brazos, el cuerpo de la muchacha se torció, la cabeza cayó hacia atrás y el pañuelo que la cubría se deslizó hasta el suelo como si fuera una serpiente. A pesar de

que no podían verlo, los ojos de Ginebra lo miraban con una expresión próxima al terror. Segismundo se los cerró dulcemente y mantuvo la mano sobre ellos por un momento. Ginebra había dado comienzo a su mala suerte rompiendo un espejo en un mundo distinto de éste.

De pronto alguien aporreó la puerta y al instante una bota hizo saltar el cerrojo en mil pedazos. La puerta se hundió hacia adentro y a punto estuvo de aplastar a Segismundo y Ginebra. Gatta apareció en el umbral y los miró fijamente.

—¡Putá!

El periquito había elegido el momento más adecuado.

Gatta franqueó la puerta empuñando una daga, pero no tardó en percibir el olor y se detuvo. El hecho de que Segismundo hubiese dejado a Ginebra en la cama y se hubiera quedado de brazos caídos, sin hacer ademán de defenderse, también sirvió para frenarlo.

—La he encontrado así. Ha sido envenenada.

Gatta envainó la daga lentamente y miró en torno a sí.

—¿Que ha sido envenenada...?! ¿Le han robado? —El desorden así lo hacía pensar. Sin embargo, aunque el arcón estaba vacío, eran demasiadas las joyas esparcidas por el suelo como para que se pudiera sostener la teoría de un robo, o al menos la de un robo bien realizado. En señal de respeto, Segismundo cogió la colcha de brocado y cubrió con ella el cuerpo de Ginebra, que yacía sobre la cama casi voluptuosamente, con el cabello desparramado y los brazos y las piernas abiertos, como si estuviera dándole la bienvenida al guerrero que acababa de regresar del campo de batalla.

—No creo que la hayan robado. Ha sido una de las mujeres de la princesa quien la ha encontrado así.

Gatta pisó los fragmentos del espejo, tropezó con una especie de serpentina de seda escarlata, perdió el equilibrio, cayó hacia adelante y evitó dar con su cuerpo contra su amante apoyando los puños a ambos lados de la cabeza de ésta. Con gesto cada vez más hosco, volvió bruscamente el voluminoso rostro para mirar a Segismundo.

—¿Por qué estaba echado el cerrojo de la puerta? ¿Qué hacíais aquí a solas?

—La princesa me envió para que averiguase qué había sucedido. Eché el cerrojo a fin de impedir la entrada de mirones y curiosos. —La profunda y tranquila voz sonaba convincente.

Gatta se irguió y, con aspecto de estar más tranquilo, volvió a lo que Segismundo le había dicho en primer lugar:

—Veneno... Por la purgación... Pero ¿quién ha podido hacerle algo así? —dijo mientras tocaba dulcemente con un dedo uno de los rubios tirabuzones que cubrían la frente de Ginebra—. Era incapaz de hacer daño a nadie. No era más que una niña. —

El condotiero se dejó caer en la cama al lado del cadáver y dejó escapar un profundo sollozo. Las lágrimas empezaron a abrirse camino por las arrugas de su cara—. Era un encanto de niña, sedienta de amor... —Sus dedos se perdieron entre los rubios cabellos.

Al tiempo que recapacitaba en el hecho evidente de que la sed de amor no le había impedido a Ginebra sentir sed de otras cosas, Segismundo encontró la pequeña jofaina y la jarra al otro lado de la plataforma y empezó a limpiarle a la muchacha la costra de vómito que tenía en los labios y la mejilla. A continuación le cruzó las manos sobre el sonrosado brocado que le tapaba el pecho. De pronto se detuvo, volvió hacia arriba las palmas de las manos y las observó atentamente. Gatta alzó bruscamente la cabeza.

—¿Veis? —Segismundo levantó una de las manos de la muchacha, la que el mono le había mordido, para que Gatta pudiera ver. Estaba inflamada, no sólo en torno a la mordedura, toda ella, y tenía un sarpullido que la mantenía húmeda y en carne viva. Gatta se acercó para cogérsela y verla mejor, pero Segismundo se lo impidió exclamando rápidamente—: ¡No la toquéis! —Tras dejar la mano sobre el pecho, se inclinó sobre la jofaina, echó más agua y a continuación se limpió las manos y se las secó con la toalla de algodón preparada para una mujer que ya no podría utilizarla.

—¿El veneno está en las manos?

Segismundo señaló un par de guantes que había en el suelo, los guantes perfumados de piel de gama y cenefa de oro que habían pasado la noche debajo de la almohada de Ginebra. Estaban medio del revés, de modo que se podía ver el descolorido forro de seda.

—Yo diría que está en esos guantes.

—¿Quién ha podido hacerlo? —Gatta tenía el rostro encendido. El dolor había dejado paso a la ira. Dejando aparte el dolor personal y la pérdida que suponía para su bienestar, el asesinato de su amante era un golpe para su autoestima. Alguien se había atrevido a destruir algo que todo el mundo sabía que era de su posesión. Encogiendo sus grandes hombros, añadió—: Pienso encontrar al que ha hecho esto y despedazarlo lentamente. —Mientras meditaba sobre lo que acababa de decir, extendió el pelo de Ginebra sobre sus hombros. Entonces arrugó la nariz, miró en torno a sí y se levantó—. Su dama de compañía debe limpiar todo esto. Acompañadme. Voy a ver al príncipe.

—No creo que el príncipe pueda vernos. Ha estado a punto de perder la vida.

Gatta rodeó la combada puerta y, como si no diera mucha importancia a lo que acababa de oír o le pareciera divertido, lanzó una intensa mirada a Segismundo, que había echado a andar detrás de él.

—El príncipe nos recibirá de todas formas. No es la primera vez que está a punto de perder la vida y Viverra. —No había manera de adivinar si se refería al peligro que Carlotti y Landucci habían supuesto en el pasado o al que él mismo representaba en

ese momento. Gatta estaba seguro de que sería recibido en audiencia aun cuando la persona que había contratado sus servicios se encontrase en la cama. Si el príncipe Escipión moría, no había duda de que Viverra pasaría a las capaces manos de Gatta. Debido a su arrogancia, ni la princesa Isotta ni su hijo gozaban de popularidad en la ciudad; por añadidura, la actitud distante que mantenía la princesa no hacía sino confirmar a la gente corriente su idea de que su soberana era una extranjera venida del Véneto.

Si el hermano Ambrosio lograba salirse con la suya, el gran rival que tendría Gatta en lo que a sus aspiraciones al gobierno de Viverra se refería sería el mismísimo Jesucristo, aunque probablemente el condotiero ni se imaginaba que pudiera darse tal competición.

Benno lo había estado pasando mal. El que Segismundo hubiese echado el cerrojo a la puerta no lo había interpretado como un reproche a su capacidad para evitar intromisiones. Era muy consciente de que nadie esperaba de él un enfrentamiento con la autoridad. Sin embargo, ver a la autoridad encarnada en la persona de Gatta acercarse por el pasillo a grandes zancadas era algo muy diferente. Benno había pensado en llamar a la puerta para avisar a su señor, pero apenas hubo decidido hacerlo llamó a *Biondello* y se alejó silenciosamente de la puerta. Nada habría sido más comprometedor que el que Gatta lo hubiese visto avisar a Segismundo de su llegada. Había una oportuna columna cerca de la puerta y Benno se escondió detrás de ella con la habilidad de un experto fisgón. Cuando Gatta comenzó a aporrear la puerta, Benno se preguntó si no debería haber tratado de dar la voz de alarma permaneciendo delante de la puerta y dejando que Gatta le lanzase un par de gritos, pero luego pensó que su señor no se dejaba coger por sorpresa fácilmente y lograba salir de cualquier situación por las buenas o por las malas. De lo contrario, no seguiría con vida.

Tras haberse esforzado por oír lo que se decía dentro de la habitación sin atreverse a acercarse a la puerta, sintió alivio al ver a los dos hombres salir de ella en perfecto estado. Segismundo, que parecía tener un sentido especial para encontrar siempre lo que quería y orientarse en los lugares por los que pasaba, miró directamente a la columna y le hizo una señal al tiempo que Gatta echaba a andar por el pasillo en dirección a los aposentos del príncipe.

—Busca a la dama de compañía de la señora Ginebra y dile que lo limpie todo; luego espérame fuera del dormitorio del príncipe.

Cuando Segismundo se alejó de él para seguir a Gatta, Benno se fijó en que en su cinturón llevaba un buen par de guantes de piel de gama con cenefa y recamado de oro.

El embajador veneciano estaba haciendo una visita al príncipe Escipión. La orden que había dado el médico según la cual nadie podía ver al soberano había sido

desobedecida por el propio príncipe, que ya se sentía mucho mejor. Estaba apoyado en unos cojines, la palidez de su tez no era mayor que la habitual y sus ojos habían ganado en viveza. El pelo, saludable y extraordinariamente brillante para un hombre de más de cuarenta años, estaba peinado con esmero y parecía fluir por debajo de su gorro de dormir para caerle suavemente sobre los hombros. El príncipe se había negado a que lo sangraran de nuevo y había tirado al suelo la jarra que contenía las sanguijuelas. El médico advirtió que se encontraba en una de las etapas de la convalecencia y acabó por ceder. Ganarse la antipatía del paciente no era la mejor manera de cuidar de su salud; a los príncipes había que dejarlos que decidieran por sí solos en qué medida estaban enfermos. Además, seguramente lo más juicioso sería que el príncipe apareciera con el mejor aspecto posible ante el embajador. Se sabía de varios aliados que habían cambiado de bando al ver que el soberano al que apoyaban empezaba a flaquear.

—Es una alegría ver que su majestad ya está recuperándose. —Los ojos del embajador veneciano, que estaban prácticamente ocultos bajo sus párpados, no podían haber sido más penetrantes. Al verlo, el príncipe comprendió que detrás de aquellos melancólicos ojos se estaba confeccionando un informe sobre su aspecto y las posibilidades que había de una recaída, por lo que hizo un esfuerzo por disimular las contracciones nerviosas que sufría en la boca y convertirlas en una sonrisa torcida. La voz del embajador prosiguió en tono melifluido: Habría deseado acudir antes a vuestra presencia para felicitaros por haber recuperado Mascia. Vuestra alteza tiene suerte de contar con los servicios de un ejército tan eminente y capaz como el que dirige Ridolfo Ridolfi.

El príncipe interpretó aquellas palabras como que la Serenísima estaría encantada de contar con los servicios de Gatta y se preguntaría de dónde sacaría los recursos para pagar a un condotiero tan respetado. Su respuesta fue un amable gesto de agradecimiento.

Las implicaciones de todo aquello eran varias: todo el mundo sabía que las relaciones de la república veneciana con el Papa no eran buenas; el Santo Padre estaba esperando a ver si podía sustituir al príncipe Escipión por un hombre más fuerte para asegurarse el estado papal de Viverra; los venecianos, por su parte, esperaban a ver si apoyando al príncipe Escipión lograban quitarle al Papa de la cabeza sus planes con respecto al sustituto, aunque si éstos seguían adelante y el príncipe perdía el poder, no pensaban hacer nada para ayudarlo. En aquel momento, los éxitos y la lealtad de Gatta inclinaban la balanza a favor del príncipe Escipión. Así pues, había que hacer lo que fuera por mantenerlo contento.

La irrupción de un Gatta visiblemente descontento en el dormitorio del príncipe habría bastado para que cualquier convaleciente sufriera una recaída. El médico, al ver que sus protestas caían en saco roto, se retiró al otro lado de la habitación y, cual Poncio Pilatos, se lavó las manos de todo el asunto en una jofaina de latón que le sostuvo su ayudante.

También cual Poncio Pilatos, Gatta se lanzó en busca de la verdad.

—¡Ginebra está muerta! ¡Muerta! ¿Quién la ha matado? —Allí no había problema moral que contara: todo el mundo estaba al corriente de la relación. El veneciano había enviado un informe a la república en el que hacía una relación de los encantos de la señora Matarazza y apuntaba varias ideas acerca de su codicia y de las posibilidades que existían de sobornarla a fin de ejercer influencia sobre Gatta. El príncipe indicó al condotiero la presencia del embajador, ante lo cual aquél hizo una rápida reverencia y siguió hablando. Pronto el relato de la muerte de su amada centró la atención del embajador y el príncipe.

—Lo que nos contáis es algo espantoso. Será investigado de inmediato. ¿Quién ha encontrado el cadáver? ¿Vos?

—Una de las damas de la princesa, según me han dicho —Gatta señaló entonces a Segismundo, que todavía se encontraba al lado de la puerta e inclinó la cabeza al oír la alusión de su persona—. El señor Segismundo dice que la han envenenado con un par de guantes.

El embajador veneciano sacudió la cabeza. ¡Con unos guantes! Un viejo truco. La república lo había utilizado en alguna ocasión. Se trataba de un método poco seguro. Con él habían tenido varios fracasos y algún que otro éxito. ¿Y el hombre al que se había referido Gatta? ¿Qué habría estado haciendo en la habitación? Entre las cosas que tenía que hacer antes de enviar su informe era averiguar más acerca de aquel hombre. Su aspecto respondía en gran medida a la descripción que le diera el enviado que había conseguido que el duque de Rocca conservara el poder en su ducado y que últimamente se había mantenido activo en Francia. No era nada extraordinario ver a un hombre con la cabeza rapada; Michelotto della Casa, sin ir más lejos, la tenía así. Sin embargo, el embajador se había fijado en la dureza de sus facciones, la nariz aguileña, los labios gruesos pero esquivos y su inconfundible aire de autoridad, resultaba mucho más interesante por estar bajo control. Habría que vigilar a aquel hombre.

—¡Un par de guantes! —El príncipe se irguió sobre los cojines ante lo cual un paje cruzó rápidamente la habitación para ayudarlo. El soberano hizo al joven un gesto de que lo dejara y dijo—: ¿Dónde están? ¿Quién se los dio?

Segismundo cogió los guantes de gama de su cinturón y se los mostró.

—No os aconsejaría que los tocarais, majestad. El veneno debe de estar en el forro, pero conviene tomar precauciones.

Gatta cogió los guantes, los volvió del revés y dio un capirotazo a la cenefa dorada.

—Estos guantes no pueden haber salido de cualquier parte. Son dignos de un rey; no creo que sea difícil averiguar quién es su dueño. ¿Podéis encontrar a quien ha envenenado a Ginebra? —La pregunta iba dirigida a Segismundo y había sido formulada como si no hubiera nadie más presente—. Os recompensaré cumplidamente.

Al embajador veneciano no le pasó inadvertido que Gatta había hecho aquella pregunta (aquella petición, en realidad) sin consultar a la persona para la que trabajaba, que era en teoría quien administraba justicia en el principado.

—Es posible. —Aunque Segismundo era consciente de que el embajador estaba analizando su acento, sabía que no podría llegar a ninguna conclusión con respecto a él. El italiano era uno de los muchos idiomas que hablaba con fluidez y, aun así, como saltaba a la vista, no era su lengua materna. La prudencia de su respuesta agradó al embajador, pero no así a Gatta, que se acercó a Segismundo y le agarró de la pechera de su jubón.

—Encontradlo. —Gatta había perdido varios dientes en distintos combates, por lo que cuando sonreía su rostro adquiría un expresión perversa. Segismundo no perdió la calma.

—¿O encontradla...?

Su respuesta hizo que Gatta lo soltara lentamente y retrocediera con aire pensativo. La idea de que una mujer hubiera sentido celos del atractivo de Ginebra y, quizá, de alguna conquista que hubiese hecho, resultaba tan verosímil para el condotiero como halagadora para su autoestima. Hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—Haced lo que podáis. Su majestad así lo desea.

El príncipe no discutió aquella estimación de sus deseos. Se había escurrido un poco entre los cojines, estaba más pálido y tenía la frente perlada de sudor.

—En efecto. Os doy plenos poderes. Plenos poderes... —Su boca se contrajo. El embajador se preguntó si acaso iba a estar presente en el momento en que el príncipe sufría un nuevo ataque. Tal circunstancia sería una buena ocasión para realizar una descripción completa que permitiera a los médicos venecianos hacer una diagnosis y un pronóstico del estado del príncipe.

Fue entonces cuando el médico, que se había prendido las lentes a la nariz y los miraba desde el otro lado de la habitación, comprendió que había llegado el momento de decidir si ejercía su autoridad o asumía la responsabilidad en caso de que ocurriese alguna desgracia. Armándose de valor y recordando que tenía los títulos de Salerno y Padua y que por muy capaces que fueran de derrocar reyes aquellos hombres no tenían ninguna autoridad en el tema que él dominaba, avanzó.

—Su alteza debe descansar —dijo al tiempo que se inclinaba ante cada uno de ellos.

En la cara del príncipe apareció un gesto de profundo alivio. Inmediatamente el embajador se disculpó por haberle hecho perder al príncipe el tiempo y la energía de manera tan imprudente y se retiró.

—Segismundo —dijo el príncipe.

Segismundo, que había seguido a Gatta y se disponía a salir, se volvió y se acercó a él. El médico, que estaba calculando una dosis, no puso objeción. Aquel hombre era lo que el príncipe necesitaba para calmarse: alguien tranquilo, discreto y provisto de



la voz idónea para la habitación de un enfermo. Cuando se aproximó a la cama con la dosis preparada, el príncipe le ordenó con sorprendente vigor que se alejara donde no pudiera oírlos. Sosteniendo la copa en la mano, el médico retrocedió sin ocultar que lo hacía de mala gana.

—Segismundo..., esos guantes...

—¿Alteza?

—Esos guantes son míos.

---

## ¿El próximo objetivo?

—¿Estos guantes son de vuestra alteza? ¿Estáis seguro? —Uno no le sugiere a la ligera a un príncipe soberano que podría estar equivocado.

—Sí. Me he acordado al ver la cenefa de oro. —El príncipe se llevó a la frente una mano temblorosa y se la frotó como si en lugar de querer convocar un recuerdo deseara borrarlo—. Estaban en la caja de marquetería que hay al lado de la puerta, que es donde siempre están los guantes.

—¿Quién suele ponerlos ahí, alteza?

El príncipe sacudió la mano delante de su cara en un gesto de impaciencia.

—Oh, los pajes, supongo. Los tengo para ponérmelos cuando voy al laboratorio. Me los dan o los cojo yo mismo cuando los que he estado utilizando han quedado inservibles. Su alteza la princesa no quiere que me quemé y me haga marcas en las manos.

Segismundo se inclinó sobre el príncipe para que sólo él pudiera oírlo.

—¿Es su alteza la princesa quien se ocupa de encargarse de los guantes? ¿Es ella quien se los envía? ¿Fue ella quien le envió este par?

—Ella se ocupa de que en la caja nunca falten los guantes. Ya lo hace por costumbre. —El príncipe guardó silencio y miró al médico, quien se encontraba en el otro lado de la habitación con la medicina todavía en la mano y aclarándose la garganta de manera significativa—. Éstos eran demasiado elegantes, así que decidí ponerme los viejos. Iba a decírselo... —El príncipe comprendió en aquel momento el significado de sus palabras. Aterrorizado, miró fijamente a Segismundo y agregó—: No..., no puede haber sido ella. —Cerró los ojos y se escurrió entre las almohadas como si se hubiera desplomado.

Segismundo se apresuró a cogerlo y miró al médico, que ya se acercaba.

—Debéis iros, señor. Ya veis que su alteza no puede seguir hablando.

Segismundo dejó al príncipe cual polluelo al cuidado de la gallina. El médico le había puesto el extremo de una pluma en la boca para administrarle la medicina (que difícilmente podría ingerir en aquel estado) de la misma ignominiosa manera que lo haría al darle una poción a un caballo.

Benno estaba aguardando a Segismundo fuera con *Biondello* prudentemente metido en la pechera. Aunque la bella dama que se había apropiado de su perro había muerto, no estaba dispuesto a correr de nuevo el riesgo que suponía llevar a *Biondello* bajo el brazo en un lugar tan absurdo como aquel palacio, donde cualquiera podía encapricharse de él y llevárselo. Benno había aprendido aquella lección tras sentirse

impotente ante tal situación. El perro había ido ganando peso, aunque no tamaño, desde que lo había adquirido y ahora le resultaba incómodo cargar con él como lo había hecho en un principio. Así y todo, debía hacerlo.

Benno había llegado a considerar la temporal pérdida de *Biondello* como una señal del cielo según la cual el perro era un lujo y tenía que sacrificarlo. Sin embargo, puestos a buscar señales del cielo, también era una señal el hecho de que él hubiese recuperado a *Biondello* y de que su secuestradora hubiera recibido un espantoso castigo. Seguramente la bella dama (que Nuestra Señora se apiade de ella) habría hecho cosas mucho peores para merecer la muerte, aunque, ¿no tendría la apropiación de cosas ajenas algo que ver con la suerte que había corrido?

Casualmente, Segismundo le dio la razón.

Había llegado la hora de almorzar, por lo que no era el momento adecuado para hacer preguntas a nadie. Salieron de la ciudad por la puerta que el príncipe Francisco había franqueado pocas horas antes oculto entre las cebollas y cerca de la orilla del río encontraron una pequeña posada cuya clientela estaba formada sobre todo por pescadores y dueños de comercios ubicados en las cercanías. En ella disfrutaron de un excelente almuerzo consistente en una ración de tortas de polenta asadas a la parrilla y anguilas marinadas con vinagre, romero y ajo. De postre comieron pastelillos de castañas del monte, tras lo cual cogieron otra jarra de vino de la casa y se la llevaron fuera, donde se sentaron en un banco para contemplar el río. *Biondello* se había quedado traspuesto después de comerse una enorme ración del puré de pan y salchichas que le había dado Benno, por lo que tras los somnolientos minutos que había estado a sus pies en la posada, apenas tenía fuerzas para levantarse y acercarse a la orilla para beber.

—Mmm... Ginebra debió de robar los guantes durante el alboroto que se produjo cuando el príncipe se puso enfermo. Recuerdo que la vi tropezar y tirar la caja del estante. Seguramente cogió el par de guantes y, visto y no visto, lo ocultó en algún lugar de su falda cuando la ayudaron a levantarse.

—Como si fuera una urraca... Deberíais haber estado allí cuando se llevó a *Biondello*. Visto y no visto, y ya me lo había quitado de las manos. Me quedé boquiabierto.

En los labios de Segismundo apareció una amplia sonrisa. Tratándose de Benno, aquella reacción no extrañaría a nadie.

—Creo que se apropiaba de todo lo que se le ponía al alcance de la mano. Es posible que buena parte de los tesoros que tenía en su habitación no fueran suyos... Gatta era uno de sus tesoros más importantes. Seguramente nunca pensó que al robar los guantes lo que estaba haciendo era condenarse a muerte.

Benno puso gesto solemne.

—Apuesto a que el hermano Ambrosio está relacionado con todo esto. Ayer le dijo a la gente que la muerte estaba aguardándolos. Tal vez la trajera consigo cuando vino a la ciudad, ¿no?

Como las supersticiones quedaban fuera de la discusión, Segismundo ni se molestó en contestar. Benno no había visto la reacción de histeria que había tenido Ginebra cuando la calavera había aparecido en la ventana. Se sirvió más vino y levantó la cara al sol otoñal.

—No estoy muy seguro de si el hermano Ambrosio tiene algo que ver con lo que ocurría en el palacio antes de su llegada.

Mientras Segismundo se inclinaba para coger una cañita de zarzo desgastado y tirarla al río, Benno aguardó a que el comentario fuera seguido por la revelación de lo que había ocurrido en el palacio antes de la llegada del fraile. Sin embargo, lo que sucedió fue que *Biondello*, interpretando el lanzamiento de la cañita de zarzo como una invitación al heroísmo, se zambulló en el río para salvarle la vida. Benno se arriesgó a hacer una pregunta directa.

—Entonces ¿hay alguien que lleva tiempo tratando de envenenar al príncipe? ¿Siempre lo ha intentado con los guantes? —Se rascó la cabeza con aire pensativo—. ¿Cómo es posible en ese caso que la pobre dama haya muerto en el acto y el príncipe siga vivo?

—Mmm, mmm. Eso podría explicarse de varias maneras —dijo Segismundo.

*Biondello* salió en aquel momento del río y se acercó a ellos trabajosamente. Tras el estado en que lo había sumido el hartón de salchichas, el ejercicio que acababa de realizar había resultado un tanto excesivo. Demostrando una gran diplomacia, dejó la cañita entre las maltrechas botas de Benno y el cuero repujado de las de Segismundo y, misión cumplida, se alejó un poco para sacudirse la pelambreira. La rociada de agua salió en todas direcciones, incluida la de ellos. Segismundo se echó a reír y a continuación añadió:

—Por desgracia tenía una herida abierta en la mano. El veneno no tuvo dificultades para encontrar el camino de su sangre...

—Pero el príncipe tiene las manos destrozadas. —Benno estaba tan absorto que ni se dio cuenta de que había interrumpido a su señor—. ¿Por qué el veneno no le ha hecho efecto con la misma rapidez?

Segismundo se encogió de hombros.

—Creo que el príncipe lleva tiempo absorbiendo veneno de alguna parte y ha acabado por adquirir una especie de inmunidad.

Benno abrió la boca de par en par. Al cabo de un momento, exclamó:

—¿Se ha acostumbrado al veneno?

—Antiguamente existió un rey llamado Mitrídates que cuando se enteró de que había gente que quería envenenarlo a fin de arrebatarse el trono se preparó para sobrevivir ingiriendo dosis muy pequeñas de distintas clases de venenos. El cuerpo puede aprender a vivir con cosas peligrosas. Lo que no soporta son las alteraciones repentinas.

«Como, por ejemplo, perder la cabeza», pensó Benno.

—Pero si hay una persona que intenta asesinarlo, debe de estar ya harta de tanto

esperar a que muera. No podrán estarse quietos de la emoción cada vez que el príncipe sufre un ataque... ¿Y los gases? ¿Tienen algo que ver con todo esto?

—¿Quién sabe...? Yo no soy médico... Sin embargo, de una cosa estoy seguro, Benno: pocas cosas salen mal si no se dan al menos tres circunstancias. Uno puede permitirse cometer uno o dos errores, pero si cometes uno más, ¡puf! —exclamó chasqueando un dedo—. Se acabó todo. Tal vez el príncipe sólo puede ingerir una determinada cantidad de veneno y los gases son como la gota que colma el vaso. Siempre se recupera cuando está lejos del laboratorio. Ahora bien, sólo se pone los guantes que le dan *en* el laboratorio.

—¿Quién le da los guantes entonces?

—Según dice, su amantísima esposa.

Benno se atragantó y tuvo que escupir algo de vino al suelo.

—¿La princesa? —Se frotó los ojos y luego se limpió la barba—. ¿Está intentado matarlo? ¿Por qué?

—Vete tú a saber. Lo único que conseguiría con ello sería quedarse sin la seguridad y la posición que tiene ahora.

—Y sería su hijo quien pasaría a ostentar el poder, ¿no es así? Entonces ella sería como la anciana. No parece una situación muy divertida. Aunque también podría conseguirse otro marido. No le costaría mucho. Además, si se diera la situación, no sé si su hijo se las arreglaría para salir adelante. No me lo imagino enfrentándose a alguien como Gatta. Se lo comería crudo. —Benno se imaginó al condotiero chupándose los labios, como un gran gato después de haberse comido una fuente de nata.

—O tal vez se comería a la princesa.

Benno meditó por un momento.

—¿Queréis decir que le gusta? —Miró fijamente el río y luego se volvió hacia Segismundo—. ¿Cabe la posibilidad de que él le haya dado la idea de envenenar al príncipe? Si ése es el caso, no creo que le haya sentado nada bien que su amante cogiera los guantes por equivocación.

—Desde luego, la señora Ginebra cometió una equivocación al cogerlos. Sin embargo, ha sido él quien me ha dicho que averigüe de quién son los guantes. ¿Acaso habrá pensado que sería difícil averiguarlo?

Benno miró detenidamente a Segismundo. Gatta no había llegado a jefe de un victorioso ejército de mercenarios equivocándose con las personas. Era imposible que creyera que Segismundo no iba a cumplir la tarea que le había encargado.

—¿Creéis que ha pensado que si descubris que ha sido la princesa no os atreveréis a decirlo? —Aunque Benno había ganado en astucia desde que había conocido a Segismundo, en ningún momento había pensado que fuera prudente lanzar acusaciones contra los nobles. Ni siquiera era conveniente enterarse de que habían hecho algo malo. Uno podía acabar en un foso lleno de serpientes sin tiempo para lamentaciones.

Segismundo hizo un gesto de negación.

—Tal vez no sepa de dónde sacó la señora Ginebra los guantes. Es posible que hubiera más de una cortesana celosa de ella porque había conseguido los favores de Gatta... Ya es hora de que volvamos a Viverra. —Segismundo se puso de pie. En aquel momento, dos pescadores que habían bajado de un barco de altura e iban ataviados con unas raídas túnicas de arpillera se acercaban a la posada. Olían a arenque y llevaban una cesta de la que caían gotas de agua. Pasaron a su lado en silencio, pensando en cómo iban a apagar su sed. Un muchacho que se había quedado a bordo vio cómo sus dos amos entraban en la posada y dos desconocidos acompañados por un perrito tomaban el camino de la ciudad. ¡Qué libertad, poder hacer lo que uno quiere y no tener que preocuparse por nada!

Sin embargo, Benno había empezado a preocuparse por algo. Si se llegaba a saber que su señor trataba de averiguar de dónde habían salido los guantes que habían causado la muerte de la señora Ginebra, ¿no se convertiría en el próximo objetivo del envenenador?

---

## Pintura, plegarias y problemas

Leone Leconti estaba acostumbrado a que la gente lo mirase mientras pintaba. No era algo que le gustara, pero sus señores eran aficionados a mirar por encima de su hombro (después de haberle ordenado amablemente que no dejara de trabajar) y hacer comentarios con sus amigos, familiares y admiradores acerca del tema, tratamiento, técnica y empleo del color. Aunque lo normal era que estuvieran bien informados sobre el primer aspecto, ya que por lo general eran ellos quienes lo elegían, en su empeño por parecer expertos siempre conseguían demostrar lo poco que sabían acerca de los otros.

Así pues, él continuaba mezclando pinturas, que su ayudante se había ocupado previamente de moler y preparar con gran cuidado, y aplicándolas sobre el cuadro mientras oía la descripción de lo que no estaba haciendo y los murmullos de admiración que profería el séquito de su señor. Tenía que hacer un trabajo satisfactorio y, como era un pintor tan competente como, a estas alturas, experto y a veces inspirado, sabía que podía hacerlo. Incluso los señores que no tenían ningún gusto en absoluto y no podían apreciar sus dones ni por asomo se sentían orgullosos de haber obtenido sus servicios, de tal suerte que acababa recibiendo casi la misma cantidad de elogios y dinero que creía merecer. En ese momento estaba ocupado con varios encargos que le había hecho el príncipe Escipión (quien al menos mostraba cierta sensibilidad para el arte, a pesar de que no se trataba del asunto que más le interesaba) y confiaba en que el dinero que iba a pagarle le bastase para saldar la mayor parte de sus cuentas y le permitiera comprarse la mejor ropa que se pudiera encontrar en la ciudad.

En aquel momento tenía varios problemas. Estaban, por supuesto, los de carácter puramente técnico relacionados con su trabajo, aunque éstos no le preocupaban, ya que con paciencia y aplicación quedarían resueltos. Lo que le desesperaba era que no lograba capturar la esencia de la belleza de la princesa.

Luego estaba el problema de la enfermedad del príncipe. Aunque le habían dicho que su alteza se había recuperado de todos los ataques que había sufrido en el pasado, en cuanto se había enterado de la noticia del ataque no había podido evitar pensar que su bonita ropa se esfumaba en el aire. En una ocasión había trabajado para un señor que se había muerto cuando sólo había pintado la mitad de su retrato. Su sucesor no sólo le había dicho que no lo acabase sino que, además, se había negado a pagarle precisamente porque no estaba acabado. La herida que le había producido aquello aún no había cerrado. No podía evitar sentirse nervioso. Aunque la mejoría del príncipe lo

había tranquilizado hasta cierto punto, temía que la espléndida ropa que quería comprarse (y que ya había encargado a un sastre de una callejuela cercana, con instrucciones de que la recamara con hilo de plata) resultara más difícil de conseguir de lo que había pensado en un principio.

La persona responsable de que tuviera esto en la cabeza era el crítico observador que en aquel momento estaba mirando por encima de su hombro. Por lo menos el hermano Ambrosio guardaba silencio mientras examinaba su trabajo con las manos cruzadas a la espalda. Leonti había preparado una tabla para realizar la última parte del retrato de la princesa.

La tabla central del tríptico ya había sido terminada y estaba apoyada en la pared a la espera de que le dorase el marco. La tabla de la derecha, la del príncipe, estaba casi acabada. La tabla central era, en términos generales, de su satisfacción. El muchacho que milagrosamente había recuperado la vida estaba sentado en su féretro con los brazos extendidos hacia san Francisco, que flotaba en las alturas con el cuerpo en posición horizontal y sus sangrientas manos en ademán de bendecir. Leonti estaba sobre todo orgulloso de la manera en que había resuelto los hábitos del santo para que produjeran la impresión de estar volando sobre el aliento divino. En el fondo había realizado una labor muy concienzuda para pintar la plaza de la ciudad, de forma que la fachada del palacio y la catedral pudieran verse con detalle, así como a unos cuantos dignatarios, a quienes había incluido previo pago de cada uno de ellos.

El príncipe y la princesa estaban situados en los lugares que les correspondía en su calidad de donantes del retablo: las tablas plegables que había a cada lado. Leonti había capturado a la princesa viuda, que aparecía luciendo un vestido de brocado rosa y con el pelo gris recogido en una redcilla de perlas, en un momento de arrobada devoción a la cabeza del féretro, situado de cara al santo. El joven príncipe Francisco estaba detrás de ella, mirando hacia un punto situado fuera de la imagen con aire de indiferencia, como si considerara los milagros una banalidad de otra época que a él lo traían sin cuidado. Las hijas de la princesa (Leonti había tenido que hacer un viaje espantoso durante los días más calurosos del verano para pintar a la mayor, de quince años, en la casa de su marido) estaban colocadas en torno a él. Las dos pequeñas tenían la mirada fija en el santo volador, con expresión de querer extender las faldas y reunirse con él en las alturas.

—¿Rezasteis a Dios para que os inspirase antes de pintar la cara del bendito san Francisco? —La perspicaz pregunta demostraba que al hermano Ambrosio no le había pasado inadvertida la semejanza entre el artista y el santo. Leonti farfulló algún comentario ambiguo como respuesta. Al menos era una suerte que su pintura, en virtud de la decisión del príncipe Escipión de ponerle a su primogénito el nombre del santo, representara a san Francisco.

El hermano Ambrosio guardó silencio. Se volvió para mirar al alumno del pintor, Mario, quien, con la nariz y la boca tapados con un trapo, estaba ocupado moliendo colores en la mesa de caballetes. De pronto giró sobre sí mismo y señaló con un dedo



escuálido un platillo lleno de una pintura de color amarillo mantequilla que había sobre la mesa que Leconti tenía a su lado.

—Dan ganas de probarlo. ¿Qué es?

—Auripigmento, padre. Un pigmento veneciano. Lo empleamos en las iluminaciones. Si se mezcla con el azul, se consigue un verde divino.

—Todos los colores son divinos, hijo mío —lo reconvino el predicador con aire casi distraído. Fascinado, se inclinó sobre el brillante color amarillo y acercó el dedo como si fuera a meterlo en él y probarlo. Leconti pensó que seguramente estaría ayunando y que ése era el motivo de que se sintiese atraído instintivamente por algo con aspecto tan comestible como el pigmento. De un golpe, le obligó a apartar el dedo de la mesa.

—No lo toquéis, padre. Es sulfato de arsénico. Veneno... Si lo probaseis, tendríais que presentaros ante san Pedro mucho antes de lo que probablemente querréis.

El hermano Ambrosio apartó el dedo y volvió a juntar las manos esbozando una sonrisa. «Vaya cara —pensó Leconti mientras mezclaba en su paleta el verde para la piel—. Ojalá lo hubiera tenido de modelo cuando pinté el san Antonio para el duque de Rocca. Esos ojos, ardientes y hundidos, como las mejillas... Y, aun así, cuánta bondad puede expresar con su maravillosa sonrisa... ¿Me conseguirás algún día otro san Antonio, Dios mío? Voy a preguntarle si le importaría posar para unos bocetos. Alguien tiene que haber que quiera un san Antonio. Al fin y al cabo, es una buena excusa para pintar unas cuantas mujeres desnudas representando las tentaciones... La sonrisa del padre sería mucho más interesante como muestra de verdadero rechazo que el gesto atormentado de siempre. Si pudiera, utilizaría a la princesa Isotta para pintar la cara de uno de los demonios desnudos. Así me las pagaría por los desvelos que estoy pasando por ella. Se retorcería sinuosamente, dejando caer el último velo como Salomé ante Herodes...».

Se detuvo ante la convencional forma arrodillada e imaginó en su lugar la figura de la princesa, desnuda...

El hermano Ambrosio tal vez percibió la ardiente visión del pintor, porque de pronto cayó al suelo de rodillas. Leconti dio un respingo y el pincel cayó de su mano.

—Oh, Dios misericordioso —dijo el predicador con su voz baja y conmovedora—. Contempla a este hombre y la carga de vanidades que debe soportar. Ten piedad de él y purifica su mente y su corazón. Que el trabajo que hace con sus manos sea para glorificarte a ti y no a sí mismo. Tiene que usar venenos... Que cuando llegue su hora los venenos de este mundo no lo conduzcan al fuego eterno del infierno.

El hermano Ambrosio hizo la señal de la cruz, se puso de pie y, luego de dirigir a Leconti una sonrisa de una singular dulzura, salió de la habitación.

Mientras Leconti pintaba y se convertía en el objeto de las plegarias del predicador,

Segismundo se dedicaba a investigar la cuestión de los guantes. Difícilmente podía considerarse una muestra de diplomacia preguntarle a la princesa si había intentado envenenar a su marido. Además, sería necesario tener tacto al interrogar a los pajes que estaban relacionados con el asunto.

Emilio, un paje del servicio de la princesa, siempre ponía los guantes, el regalo de la soberana, en la caja de marquetería que había cerca de la puerta del dormitorio del príncipe. A continuación Basilio, el paje de éste, era el responsable de adivinar cuándo se disponía su señor visitar el laboratorio para coger los guantes de la caja y dárselos. El problema, según averiguó Segismundo, era que por lo general uno no podía prever cuándo el príncipe, que era un hombre impulsivo que a menudo no sabía qué haría a continuación, iba a visitar al alquimista. Basilio y los demás se habían equivocado más de una vez y se habían encontrado corriendo detrás de él con unos guantes que no necesitaba o con las manos vacías cuando le hacían falta. En una ocasión en que habían visto que su señor cruzaba el parque y que la caja de marquetería estaba vacía el pánico había hecho presa en ellos. Al cabo de un cuarto de hora descubrieron que había sido el mismo príncipe quien había cogido el último par de guantes.

Todos los pajes a los que Segismundo mostró los guantes coincidieron en que eran demasiado elegantes para ser utilizados en el laboratorio. La norma era usar guantes de cuero fuerte y sencillo (cuero bueno, digno de las manos de un soberano) sin recamado de oro ni cenefa dorada. Era absurdo llevar los guantes que tenía Segismundo.

—¿Es posible que alguien los confundiera por otro par? El príncipe podría ponerse éstos para montar a caballo, por ejemplo.

El paje encargado de la ropa del príncipe examinó detenidamente los guantes, aunque Segismundo no los soltó ni por un instante.

—Estos guantes no son de su alteza. De hecho, no se los he visto llevar a nadie.

—Cuando su alteza volvió del laboratorio y se puso enfermo, llevaba puestos unos guantes. El hermano Ambrosio se los quitó. Sin embargo, en la caja de marquetería seguía habiendo un par.

Basilio, el paje del príncipe, dijo entonces que le había comentado a Emilio que los guantes del príncipe estaban desgastados.

—De manera que puse un par nuevo en la caja.

—Entonces yo habría cogido el par viejo y, como siempre, los habría quemado.

Basilio arrugó la nariz para hacerle ver lo desagradable que era destruir tales objetos.

—¿Y dónde consigue Emilio los pares nuevos?

—Un guantero de la ciudad los entrega todos los meses.

Segismundo, acompañado por Benno, salió en dirección a la guantería. En la calle había varios hombres de Gatta, vistosamente ataviados con los despojos de Mascia, que saludaron a Segismundo cuando lo vieron pasar.

El guantero les expresó su indignación ante el alborotado ambiente que se respiraba en la ciudad y la idea de que los guantes fueran un lujo. Con el temor que se había apoderado de la gente a que se la viera llevando adornos, ni siquiera podía estar seguro de si las personas pudientes de Viverra que le habían encargado guantes le pagarían su trabajo. Había bandas de niños y jóvenes vagando por las calles que, según había oído decir, habían ordenado a un posadero que cerrara la posada y cuando éste se había negado a hacerlo le habían destrozado el establecimiento y desfondado los barriles.

—Buscan lo que llaman «vanidades», señor. Ya sé que resulta difícil de creer, señor, pero he oído decir que han echado algunos de mis guantes..., se pueden reconocer sólo por la calidad, están adornados con aljófares..., a la pira de la plaza. —El guantero estaba tan aturdido que tuvo que esforzarse para prestar atención a los guantes que le mostró Segismundo—. No, no son míos. Ni siquiera son de la ciudad. Son obra veneciana.

---

**«¡Michelotto!»**

Cuando salieron de la guantería, Segismundo y Benno oyeron unos gritos a lo lejos. Los hombres de Gatta estaban recorriendo las calles luciendo sus galas en busca de alcohol y mujeres, pero hasta el momento sólo habían encontrado vinaterías cerradas y prostíbulos silenciosos. Los transeúntes, al verlos aporrear asombrados e indignados unas puertas que nadie abría, les decían que si lo que esperaban encontrar en aquella ciudad era la ocasión de pecar, se desengañaran. El hermano Ambrosio la había declarado dominio de Jesucristo.

Los soldados, que habían empezado a beber antes de abandonar el campamento, espabilaron al enterarse de la noticia. Aunque la mayoría había oído hablar de Jesucristo, a ninguno le sonaba el nombre del hermano Ambrosio. No habían tomado Mascia en nombre de Jesucristo sino del príncipe Escipión. ¿Dónde había estado el hermano Ambrosio mientras ellos derramaban su sangre por Viverra? ¿Dónde estaba la gratitud de los ciudadanos a los que habían salvado de las garras de Carlotti?

—¡Ya os han pagado con creces por eso, maldita sea!

El desagradecido ciudadano que había dicho aquello se ganó una lluvia de excrementos de cerdo que un soldado había recogido de la calle. Esto podría haber sido un buen comienzo para un altercado si el jefe de la soldadesca, acordándose de las bienintencionadas instrucciones de no alterar el orden público que les había dado Michelotto al dejarlos salir del campamento, no hubiera cogido al lanzador de excrementos por el hombro y lo hubiese obligado a alejarse.

El problema no habría pasado de allí si no se hubieran encontrado con la banda. Como el hermano Ambrosio estaba ahora ocupado en el palacio, el hermano Columba había aprovechado la ocasión para erigirse en cabecilla de la campaña del predicador y había dedicado una considerable energía al reclutamiento de las pandillas de adolescentes a que había hecho referencia el guantero. Los muchachos recorrían las calles, llamando violentamente a las puertas y amenazando a los ciudadanos para que les entregaran sus preciadas pertenencias, entrando en las casas para señalar aquellos objetos que, debido a que la mayoría de ellos provenía de familias más pobres que las que visitaban, consideraban lujosos, pero que en realidad eran viejos y habían pasado a formar parte del entorno doméstico. Sólo uno o dos de los ocupantes de las casas se habían atrevido a echarlos. Los muchachos se habían apropiado de todas las pelucas y de algún que otro mechón de pelo auténtico, así como de las cintas que llevaban las mujeres. Un laúd que habían conseguido a la fuerza había acabado aplastado sobre la cabeza de su dueño. Un grupo de jugadores

de cartas que había visto cómo sus naipes y dados eran confiscados no se había atrevido a protestar consciente del ambiente que se respiraba en las calles. La guardia de la ciudad, los hombres del alguacil, permanecían en sus dependencias con las puertas cerradas. Como no se calmara la situación, el príncipe les daría orden de salir y tendrían que tomar alguna clase de medidas; entretanto, se entretenían con vino y cartas, tal vez las únicas barajas de la ciudad que no estaban amenazadas.

Las bandas también detenían a los viandantes para exigirles que les entregaran sus joyas y prendas de vestir de calidad.

Los hombres de Gatta tenían una cantidad más que suficiente de ambas cosas.

—¡Entregádselo al Señor! —Un muchacho de unos quince años cuya excepcional altura y corpulencia le había convertido en el cabecilla de la banda de la pureza que había abordado a los soldados alzó una mano lleno de confianza.

—¿Qué señor? —La pregunta iba en serio. El soldado ya había luchado en nombre de varios señores—. Si os referís a vuestro príncipe, en todo caso es él quien tiene una cuenta pendiente con nosotros. ¡Eh! ¡Deja eso!

El muchacho había empezado a tirarle de una delgada cadena de oro y eslabón doble que el soldado había birlado personalmente a la esposa de un gordo burgués de Mascia. A ese zoquete habría que enseñarle una lección.

El joven zoquete en cuestión no tuvo ni un segundo para hacerse con la cadena que llevaba el soldado al cuello. Un golpe le mandó abierto de brazos y piernas contra sus compañeros y las prendas de vestir, pelucas, cosméticos y cartas que llevaban salieron volando por los aires. Cuál no sería la sorpresa de un cerdo que había cerca de allí comiendo la basura de la calle cuando se encontró con una de las pelucas entre las orejas. Inmediatamente salió huyendo de sí mismo y los tirabuzones echaron a volar a cada lado de su morro. Las piedras no tardaron en surcar el aire. Un soldado recibió una en una oreja y vio cómo el jubón de seda que acababa de estrenar se manchaba de sangre. La gente empezó a acudir al lugar del altercado procedente de una plaza vecina, en la que habían estado escuchando uno de los incendiarios sermones del hermano Columba. Estaban dispuestos a pelear por su nuevo príncipe, Jesucristo, con la misma fiereza que un cruzado.

Esto fue lo que Segismundo y Benno oyeron mientras avanzaban por la oscura callejuela que llevaba de la guantería a la casa que el príncipe había obsequiado a Gatta. El condotiero se encontraba en ella en ese mismo momento. Segismundo iba a comunicarle que la investigación sobre la procedencia de los guantes había resultado hasta el momento, infructuosa. El comentario del guantero acerca del origen veneciano de la prenda no iba a trasmitírsele por motivos diplomáticos, ya que el príncipe tenía derecho a ser el primero en enterarse de ello.

—¿No deberíamos ir a ver a qué vienen esos gritos? —preguntó Benno.

Su señor lo sacudió afablemente del hombro.

—Vayas a donde vayas en este mundo, toparás con algún problema, pero no por ello tienes que ir a buscarlo. En el caso de que no puedas evitar una pelea, elige, si

puedes, el momento de entrar en ella.

Benno tuvo muy pronto ocasión de recordar aquellas sabias palabras.

Gatta estaba satisfecho de las nobles dimensiones de su nueva casa. El príncipe la había adquirido cuando la persona que había encargado su construcción se había declarado en quiebra. El condotiero recibió a Segismundo con grandes muestras de cordialidad y lo condujo a la gran sala de recibo de la casa, en la que los vidrieros todavía estaban trabajando. Probablemente en un principio el alto techo abovedado iba a ser decorado con una maraña de personajes mitológicos; sin embargo, todo lo que flotaba ahora en el azul empíreo era una solitaria águila.

—Así pues, era el príncipe quien debería haber recibido los guantes. —Los enemigos de Gatta eran, al fin y al cabo, los del príncipe, por lo que su idea de despedazarlos no tenía por qué alterarse. Al condotiero no le costó aceptar la posibilidad de que Ginebra hubiera robado los guantes, y tuvo que enjugarse una lágrima como consecuencia del patetismo de la situación. Los acompañó a la puerta de la calle y en lo alto de las escaleras abrazó a Segismundo como si fueran compañeros de armas.

El abrazo fue observado con gran atención por tres hombres situados en la oscura entrada de una callejuela.

Después de abandonar al joven príncipe en la orilla del curso de agua envuelto por las primeras nieblas de la mañana, Aldo, Pío y Fracassa habían avanzado río arriba peleándose violentamente en voz baja. La acusación de estupidez que había hecho Fracassa había dado pie a la única clase de respuesta que Pío conocía. Aquél, desequilibrado por el golpe que le había dado su primo en la frente, cayó de espaldas al río y perdió la pértiga de recambio. A merced de la corriente, la barca giró lentamente mientras Fracassa, respirando a duras penas y apartándose el largo pelo de la cara, trataba de agarrarse a la regala y su agresor intentaba pisarle las manos. Fue Aldo quien hizo tropezar a Pío con la vaina de la espada de Fracassa y ayudó a éste a subir a bordo mientras el primero se revolcaba en el pantoque. Las amenazas que dirigió a sus dos primos consiguieron calmarlos. Finalmente el hecho de que estuvieran bajando por el río a la deriva así como los groseros gritos que les lanzaron los hombres que remaban río arriba instándolos a que controlaran su barca los unieron en la causa común de la hostilidad.

Pío sugirió que Fracassa, como ya estaba mojado, debería echarse al agua y empujar la barca. Fracassa, por su parte, dijo que Pío debía echarse al agua y empujar la barca hasta la orilla con la cabeza. Aldo observó que la pértiga flotaba a la deriva no muy lejos de donde estaban, lo cual era casi cierto. Fracassa se negó a que cualquiera de ellos tratase de pescarla con su espada. Al final, cuando él y Pío estaban ayudando a Aldo, que era el más alto de todos, a estirarse todo lo que pudiera para cogerla, la barca chocó con una raíz de sauce y todos cayeron al agua.

Aldo no sabía nadar, lo cual le permitió descubrir que podía tocar el fondo con los pies, pues el agua sólo le llegaba a la altura de la axila. Con la caída, la pértiga se

había alejado, por lo que avanzó hacia donde estaba y no tardó en encontrar un tramo más profundo en el cauce del río. En el momento en que desaparecía, Fracassa logró cogerlo del pelo y mantenerle la cabeza fuera del agua, si bien la respuesta que obtuvo no fue precisamente de agradecimiento. Aunque sus protestas y los comentarios de Pío coincidieron con el anuncio por parte de Fracassa del dolor que sentía en el brazo y el hombro, sus maniobras habían enviado la barca en dirección a la orilla, por lo que a trancas y barrancas, y sin dejar de discutir, lograron llegar a tierra firme. Permanecieron un rato sentados en la orilla explicándose los unos a los otros qué deberían haber hecho, pero la conversación llegó a su fin cuando Aldo dijo a voz en cuello que la misión de Viverra no había sido cumplida. Se produjo un silencio. A continuación Aldo comentó que andando entrarían en calor.

Finalmente se puso de pie y echó a andar en dirección a Viverra. Cuando apenas había recorrido seis metros, se volvió un poco y dijo que era él quien llevaba el dinero.

Así pues, cuando vieron a Segismundo despedirse de Gatta, ya tenían la ropa prácticamente seca, aunque les dolían los pies de caminar con las botas mojadas y su aspecto había llevado a un alma caritativa con la que se habían cruzado cerca de las puertas de la ciudad a ofrecerles algo de dinero, que ellos no rehusaron.

Cuando Segismundo y Benno echaron a andar por una estrecha calle en dirección al palacio, los tres primos los siguieron empujados por un impulso casi simultáneo y unidos una vez más por la enemistad. La ferocidad de su silencio casi podía palparse.

Las personas que tenían delante no parecían tener prisa, hasta el punto de que, después de haber caminado unos cien metros, se detuvieron y el hombre de la cabeza rapada señaló a su acompañante un mecanismo que servía para levantar sacos de grano a una buhardilla. Arriba, encima de la puerta de la buhardilla, había una polea doble de la que colgaba, al lado de la puerta, un saco tan largo como un hombre de baja estatura que servía de contrapeso. Una cuerda doble iba de la pared al gancho, un gancho grande, de los de verdad, y que en aquel momento estaba sujeto con una anilla a un metro y medio del suelo aproximadamente. Debajo del gancho había otra polea que sobresalía del muro y estaba provista de un trinquete.

Los dos hombres estuvieron ocupados con el mecanismo durante el tiempo que a Aldo y sus primos les llevó acercarse a ellos. El hombre de la cabeza rapada hacía señales y gestos y el otro asentía con la cabeza. Excepto el pequeñísimo perro que investigaba un desagüe que había calle arriba, el lugar estaba desierto a aquella somnolienta primera hora de la tarde.

Cuando estaban a pocos pasos de los dos hombres, Fracassa hizo ademán de coger su espada. Aldo musitó entre dientes:

—¡Idiota! ¿No ves que no hay sitio? —Sus víctimas seguían concentrados en las poleas. El hombre de la cabeza rapada alzó la vista para mirar al saco que se balanceaba en las alturas y su coronilla se inclinó ligeramente hacia ellos.

Se lanzaron al ataque. Aldo, levantando su daga, fue el único que gritó el nombre

del hombre de la cabeza rapada:

—¡Michelotto!

El hombre se volvió. En la mano tenía una hoz y por el movimiento de su cuerpo se diría que sabía cómo utilizarla. Se abalanzó para salirles al encuentro.

Luchando con toda su alma, Aldo comprendió que nunca debería haberse olvidado de que aquel maldito bruto era soldado. Consciente de que estaba interponiéndose en el camino de Fracassa, vio que Pío se había acercado al muro y estaba describiendo una curva para sorprender al tal Michelotto. Éste también lo vio, por lo que se echó hacia atrás y se volvió para, al tiempo que daba una patada a Aldo en la rodilla, detener el puñal de Pío con su acero y forzarlo a retroceder hasta el muro, donde el hombre de menor tamaño ya estaba preparado para apuñalarlo en la espalda. Aldo, lanzándose a la pata coja a ayudar a Pío, oyó el susurro de la espada de Fracassa al salir de su vaina y, en alusión a Michelotto, volvió a pronunciar unas palabras entre dientes, esta vez un avemaría.

Pío, libre del infame de Michelotto, se elevó horizontalmente en el aire de forma inexplicable. Mientras ascendía y el cinturón amenazaba con partirlo en dos, no dejaba de gritar y golpearse contra el muro. La gran espada de Fracassa surcó el aire. Un enorme objeto de color pálido aterrizó entonces entre ellos y se desintegró en el preciso instante en que Fracassa, sin hacer el menor esfuerzo, le asestaba un mandoble: se trataba del contrapeso, un montón de pedazos de metal viejo y herrumbroso, fragmentos de piedra y paja menuda que enseguida invadió el aire. Aldo buscó a Michelotto en medio de la paja voladora pero no encontró nada; Pío se precipitó gritando de las alturas al tiempo que los restos del contrapeso se lanzaban como un relámpago hacia arriba; Fracassa saltó a través de la nube de paja y polvo y, al intentar propinarle un golpe a Michelotto, que ya se retiraba, tropezó con una reja de arado rota y cayó de bruces justo a tiempo para detener la caída de Pío y sentir cómo se le cortaba la respiración en seco.

Aldo echó a correr en pos de Michelotto hasta que éste se volvió hoz en mano, con ese aire tan competente que tenía. Aldo se sintió súbitamente solo. Se acordó de la misión que aún tenían que cumplir en Viverra y pensó que una enemistad personal no debería ponerla en peligro. Se detuvo, vacilante. El hombre armado, el piojoso sirviente que había enganchado a Pío a la grúa, y el perrillo lanudo que había visto antes, lo miraban. Dio un paso hacia atrás y luego otro.

—La próxima vez... —dijo—. La próxima vez no tendréis...

La paja y el polvo que lo cubrían lo hicieron toser. Cuando por fin dejó de restregarse los ojos, la calle estaba vacía.

—A la tercera va la vencida —juró.



---

## La batalla de la pira

—¿Por qué no lo habéis matado? —preguntó Benno—. Creía que lo haríais.

—El príncipe me ha dado autoridad para descubrir la procedencia de un par de guantes, no para matar a sus súbditos. No pienso hacerlo a menos que no pueda evitarlo.

—Se piensan que sois Michelotto. —Benno tenía la impresión de que había algo injusto en aquello. Miró a Segismundo, que estaba secándose el sudor de la frente con un pañuelo que extrajo de la bolsa del cinturón, y preguntó—: ¿Por qué no les habéis dicho que no lo sois?

—¿Crees que me habrían creído?

—Si no fuera por la cabeza, no os pareceríais a él en nada.

—La cabeza debe de ser lo único que conocen de él. En tiempo de guerra un hombre acaba por tener enemigos que ni siquiera sabe que ha hecho. Le diré que han vuelto a intentarlo.

Segismundo volvió la cabeza en dirección a la plaza de la ciudad, de donde llegaban los ecos de un clamor. En cuanto doblaron la esquina de la calle y tuvieron el conjunto de la plaza ante sí, Segismundo cogió los guantes de su cinturón, los envolvió en el pañuelo y los escondió. Eran una vanidad que no estaría segura en manos de nadie.

El alboroto se había producido en torno a la pira. Se trataba de una construcción impresionante por su altura y, si hubiera estado compuesta exclusivamente por vanidades, habría permitido afirmar la existencia entre los ciudadanos de Viverra de una asombrosa preocupación por los adornos y las frivolidades. Sin embargo, era una pirámide de madera lo que soportaba los bordados, las prendas de vestir, los terciopelos cortados, las tablas pintadas, las mayólicas, los sombreros empenachados, las cadenas con piedras preciosas, los guantes, los pañuelos, las cajas decoradas, los cancioneros, los pentagramas, las enaguas y las gorras de encaje, los jubones recamados con hilo de oro, las pilas de libros, las cintas, los cordones, las flores de seda, los zapatos de terciopelo, los chapines con remates dorados, los vasos de cristal veneciano, las tallas, las cadenas de oro, los espejos, las mangas de seda, las copas esmaltadas, las redecillas de hilo de oro para el pelo, los cinturones y ceñidores pintados, enjovados o bordados, los dibujos... Y en torno a la pila arreciaba la furia de una violenta pelea.

Los hombres de Gatta no entendían por qué, si aquellos valiosos objetos iban a acabar ardiendo en una pira inútil, no podían quedarse con ellos. ¡Pero si nadie los

reclamaba! ¿Cómo era posible que semejantes objetos hubieran estado en Mascia a su disposición y ahora fueran a quemarlos en Viverra? ¿Por qué no podían quedárselos?

La pandilla de la pureza, los muchachos virtuosos, estaban totalmente entregados a la defensa de los objetos. Luchaban en el nombre de Cristo contra aquellos ladrones impíos. ¡Había que purificar la ciudad! Los hombres de Gatta, en lugar de sacar sus armas, estaban empleando los puños con los jóvenes defensores y la palma de la mano con las rabiosas muchachas. En un principio habían intentado llegar a la pira y coger los objetos medio en broma; ahora, sin embargo, la situación había cambiado: los jóvenes esgrimían leños. De pronto, el hermano Columba apareció en medio de ellos, azuzándolos, elevando la calavera sobre su nuevo poste por encima de las cabezas de todos y lanzando primero anatemas a la soldadesca y luego gritos de ánimo a sus propias tropas.

Un muchacho había golpeado a un soldado con un leño en la cara. Éste lo cogió y tras arrojarlo al suelo, se llevó la mano a la nariz. Al ver que sangraba, le pegó una patada al muchacho en el costado.

—Benno, ve a casa de Gatta y dile lo que está pasando.

Cuando la pira empezaba a ser desmontada, varios hombres salieron de sus casas armados con planchas, hachas y martillos. Estaban maltratando a sus hijos. Segismundo avanzó entre el gentío y apartó a un enfurecido soldado de la pelea; si hubiera dejado de proferir juramentos, se habría puesto a hablar con él. Lo soltó y se metió en la refriega con el fin de, por lo menos, sacar de ella a los niños más pequeños. En ese momento un soldado le arrebató el poste de las manos al hermano Columba y lo usó para golpear uno de los objetos de la pira. El cráneo se agrietó y varios fragmentos de hueso quedaron incrustados en el suelo. Entre las piernas se oía gritar a los muchachos. Los hombres atacaron entonces a la soldadesca, que desenvainó las espadas de inmediato. La pira estaba oscilando; de pronto, empezó a inclinarse y varios objetos cayeron. Con una fuerza asombrosa, el hermano Columba arrebató el poste al soldado y empezó a dar palos a diestro y siniestro lanzando aullidos en latín. Segismundo se detuvo para sacar a un muchacho que había quedado atrapado entre las piernas de la gente, lo alejó de la pelea y lo empujó hacia un grupo de mujeres que gritaban furiosamente desde los escalones de la fuente de la ciudad. Otras mujeres, más activas, irrumpieron en aquel momento en la riña armadas con cazos, sartenes y escobas. En el cuerpo a cuerpo, los cuchillos de los ciudadanos eran tan eficaces como las espadas. Un hombre corpulento inmovilizó a un soldado mientras otro le daba una tunda de golpes, hasta que se encontró con la empuñadura de una espada en plena cara y se vio forzado a dejarlo. Segismundo vio otro cuerpo boca abajo en el suelo, un bulto cubierto de ropa que se revolvía entre docenas de piernas, y se abrió camino para inclinarse y recogerlo. De repente recibió un violento golpe en la espalda con un arma y por un momento se quedó apoyado a gatas sobre la muchacha, que se había agarrado a su cuello para darse la vuelta. Segismundo se puso de pie sin soltarla: entonces oyó la voz de Gatta, que estaba bramando a sus

hombres, y a continuación una retreta metálica, un veloz golpeteo que todos los soldados pudieron oír.

Empezaron a retirarse de la pelea, a la defensiva, en dirección a Gatta. Algunos ciudadanos y los jóvenes de las pandillas los siguieron, triunfales, hasta que toparon con una fila de hombres armados y gesto decidido. Las manos que empuñaban las porras y las planchas cayeron; los rostros amenazantes perdieron su expresión de confianza. Aún se oyó algún grito de desafío, pero no tardó en enmudecer.

El suelo en torno a la pira estaba cubierto de objetos de valor. A Gatta y a Segismundo posiblemente les recordaran la habitación de Ginebra.

Algunos ayudaban a los heridos a levantarse. Una mujer delgada y con cara de preocupación se hizo cargo de la muchacha que Segismundo había rescatado, por lo que éste pudo reunirse con los hombres de Gatta. En aquel momento un pelotón de hombres del alguacil apareció en la plaza y se detuvo al lado de la pira con actitud beligerante. El alguacil mismo, un hombre de piernas largas y delgadas que parecía un pavo de san Miguel, avanzó.

Gatta se apartó de sus hombres y se acercó al comisario para conversar con él. Tras anunciar que iba a ordenar a los suyos que marcharan en dirección a su casa, le hizo saber que querían comida, bebida y diversión, y que pagarían por todo. Con tono inequívoco, el condotiero concluyó diciendo que estaba seguro de que el alguacil se ocuparía de ello.

De pronto se oyó un crujido procedente de lo que quedaba de la construcción de la pira, la cual comenzó a inclinarse lentamente hacia un lado y acabó por caer estrepitosamente al suelo levantando una gran nube de polvo. Cuando ésta se disipó, pudo verse al hermano Columba, sentado con las piernas extendidas, cubierto de polvo, abrazando la rota punta del poste y sujetando contra el pecho la mandíbula y el cráneo de la calavera incrustados en un terrón. Tenía la cabeza inclinada y sollozaba.

Segismundo y Benno prosiguieron su interrumpida marcha hacia el palacio. Como el lugar parecía ahora más tranquilo, Benno dejó a *Biondello* en el suelo para que correteara un rato.

—Vaya día hemos tenido hasta ahora...

—Tú lo has dicho: hasta ahora. Por cierto, lo has hecho muy bien. Has mandado a ese ladrón derecho al cielo con esa grúa...

—No ha sido difícil —dijo Benno—. Sólo he hecho lo que dijisteis que hiciera. El único problema ha sido que no sabía cuál de ellos ibais a mandarme.

—El de la espada no podía ser. Habrías tenido problemas con la vaina, seguro. — Ante estas palabras Benno sonrió y dio una patada a una piedra que había en la calle —. ¿Qué le has dicho a Gatta? No ha tardado nada en venir.

—Al entrar vi a un hombre y dije: «Hay problemas. ¿Dónde está Gatta?». El hombre señaló un lugar, vi a Gatta y dije: «Están atacando a vuestros hombres en la plaza». Estaba comiendo. Cogió el plato con el que luego llamó a sus hombres y echamos a correr en dirección a la plaza.

Subieron por la escalera del palacio. Tratando de aparentar naturalidad, pero con un tono de voz que revelaba su preocupación, Benno dijo de pronto:

—Estáis sangrando.

—Mmm... Otro más de mis peligrosos roces... Vamos a la habitación a limpiar la herida.

Y así concluyó la batalla de la pira.

---

## El efecto de los confites

Durante todo aquel tiempo, el hermano Ambrosio había estado en el palacio dando ocasión de pecar.

Se encontraba con la princesa viuda cuando llegó la noticia del regreso del joven príncipe, y los dos se pusieron a rezar juntos para expresar su agradecimiento. La dama que les había traído la noticia reunía dos características cuya combinación suele tener consecuencias funestas: la devoción y la afición al chismorreó. De ahí que enseguida se viera obligada a hacerles saber lo que había oído decir a un paje del príncipe Francisco: su alteza había sido víctima de un robo cuando se encontraba fuera de la ciudad visitando un burdel. La noticia no sorprendió excesivamente a la princesa viuda. La juventud no conoce virtud. Ella ya había criado a varios muchachos y sabía que su nieto había estado pretendiendo en vano a una de las damas de su madre. Era natural que necesitase alguna clase de consuelo. Sin embargo, en presencia del hermano Ambrosio tenía que fingir que se sentía escandalizada, pese a que en el fondo sólo sentía pesar y resignación. El predicador puso una mano sobre su cabeza y ella se arrodilló.

—El pecado, hija mía, trae consigo el castigo tanto en este mundo como en el próximo. No temáis por el alma de este joven. Dios, en su gracia, le ha hecho una advertencia, y yo voy a ocuparme de luchar por el bien de su conciencia. El diablo no saldrá victorioso si mis palabras o mis obras pueden impedirlo.

La princesa viuda permaneció de rodillas mirando cómo el predicador salía briosamente de la habitación y empezaba a preguntar cómo podía llegar a los aposentos del joven príncipe. Empezaba a preguntarse qué habría desatado ella sobre su familia.

Al leer los entusiasmados relatos que su primo había escrito en sus cartas acerca de lo que el hermano Ambrosio había hecho para acercar ciudades enteras a Dios, la princesa Elena se había animado a invitarlo al palacio. Sin embargo, sus damas le habían informado de que el sermón público que el fraile había pronunciado el día anterior nada más llegar había vuelto la ciudad en contra de su hijo. Si había algo que deseara realmente era que Escipión abandonase la infame práctica de la alquimia y no perdiera su alma; sin embargo, en ningún momento se le había pasado por la cabeza que pudiera perder Viverra. La princesa comenzó a rezar una serie de avemarías con la intención de rogarle a la Virgen que diera su misericordioso auxilio al hermano Ambrosio para que tanto su hijo como su nieto renunciaran a su vida de pecado y, bajo su mandato, la ciudad disfrutara de una armonía celestial. Como de costumbre,

excluyó a su nuera de sus plegarias. A ciertas personas hay que dejarles que encuentren por sí solas el camino del cielo o el infierno.

Así pues, a la hora de la siesta de aquel día, mientras la ciudad se agitaba presa de la inquietud a merced de las bandas que la recorrían reuniendo los objetos necesarios para reconstruir la pira, una cierta paz reinaba en el palacio. Era una cálida tarde de otoño. En todas partes la gente dormitaba, incluidos los sirvientes que tenían obligaciones, como si el palacio se hubiera convertido en un lugar encantado. Hasta la bella princesa iba recibir un beso, aunque ella aún no lo supiera.

Donato Landucci llevaba todo el día con los sentimientos hechos un lío. La princesa Isotta lo había hecho pasar a su dormitorio cuando él había ido a comunicarle la noticia de la desaparición de su hijo. Desde entonces, el joven conde no había dejado de pensar en aquel momento. Quería desahogarse con Francisco, pero una conversación sin ambages con él resultaría difícil: su amigo pensaba que la atracción que sentía por su madre era de carácter puramente romántico, cuando lo que él quería en realidad era ponerle los cuernos a su padre. Pese a todo, decidió acercarse a los aposentos de su amigo, pero cuando llegó a la puerta se detuvo e hizo una seña con la cabeza al paje que tenía que abrísela. Dentro se oía al hermano Ambrosio suplicando a Dios con su inconfundible voz por el bien del príncipe. Donato no tenía ningún deseo de meterse en algo que, en lugar de requerir plegarias, sólo prometía convertirse en una situación embarazosa. Perversamente, mientras oía la ardorosa voz del predicador, su humor se fue agriando. Con el joven príncipe arrodillado de mala gana delante de él, el hermano Ambrosio siguió rezando sin saber que al hacerlo estaba animando a una persona a pecar.

Donato conocía el camino que conducía de los aposentos del hijo a los de la madre. Las puertas interiores del palacio no estaban vigiladas como las exteriores, y nadie sospechaba que la familiar presencia del joven pudiera suponer ningún peligro. La dama que en teoría estaba de servicio durante la hora de la siesta se había metido en un mirador que había en la antecámara para echarse disimuladamente un sueñecito. La puerta de la habitación de la princesa estaba entreabierta a fin de que circulara la corriente y la tarde resultara menos sofocante. Donato la abrió un poco y se detuvo en el umbral.

Estaba bastante seguro de sí mismo. ¿Acaso no tenía toda la juventud, el atractivo y la virilidad que le faltaban al desgraciado príncipe Escipión? La princesa estaba al corriente de la devoción que sentía por ella; sus regalos y poemas, sus miradas..., todos sus actos habían estado destinados a hacérselo saber. Además, no había que olvidarse de la ayuda especial con que contaba, la cual, si sus cálculos no le fallaban, a esas alturas ya le habría asegurado el éxito de sus planes. Ella le había enviado un mensaje para expresarle su gratitud por la consideración que había demostrado al llevarle la noticia del rapto de Francisco. Según decía en el mensaje, la noticia la había conmocionado tanto que ni siquiera se había parado a pensar en el detalle; sin embargo, ahora deseaba darle las gracias personalmente.

Aquella mañana la princesa se había sentado en la cama, apenas tapada, y se había sentido «conmocionada...» (las palabras resonaban en su cabeza). Ahora, en cambio, quería subsanar su desatención y «deseaba darle las gracias...».

Donato se escurrió en la habitación y cerró la puerta silenciosamente.

La cama de la princesa aún tenía las colgaduras de verano, que eran de lino blanco y estaban adornadas con bordados de escarlata y la imagen del gato de algalia de Viverra. Estaban echadas. Detrás de ellas no se oía sonido alguno. El ambiente en el dormitorio era dulzón. Donato aspiró el olor a almizcle y sándalo de la princesa y avanzó de puntillas. Podía oír los latidos de su corazón resonando en sus oídos. No habían sacado ninguna carriola, ni se veía ninguna dama o sirvienta durmiendo en la habitación. La princesa lo había dispuesto todo de forma tal que se mantuviera la discreción. Estaba esperándolo. Cogió las cortinas y las recorrió.

Allí estaba, tumbada. La sábana de tafetán verde pegada a su figura, su maravillosa melena extendida sobre unas almohadas de cenefa de perlas, sus ojos cerrados... O fingía dormir o se había quedado dormida esperándolo. Donato se sentía mareado. Respirando hondo, se quitó el jubón, se desató los cordones, se despojó de la camisa y las calzas y, levantando la sábana cuidadosamente, se deslizó en la cama desnudo en busca de la desnudez de la princesa. Se inclinó sobre ella y le dio un beso en los labios.

Esperaba una reacción apasionada y eso fue precisamente lo que obtuvo.

Primero recibió el golpe, que lo dejó doblado de dolor. En un principio, los enormes ojos oscuros de la princesa habían dejado traslucir una fugaz conmoción, pero enseguida había brillado en ellos la mirada de reconocimiento que había precedido al golpe. Se apartó de él de un salto, perlina en contraste con las colgaduras, más hermosa de lo que él podría haberla imaginado jamás y mucho más encantadora de lo que tuvo ocasión de apreciar en aquel momento. Cogió bruscamente la sábana y se tapó con ella para que él se encogiera en su desnudez.

Habló, y su voz fue un susurro abrasador.

—Donato Landucci... ¿Estáis loco?

No pidió ayuda. Una descabellada esperanza nació en el corazón del joven cuando el dolor empezó a remitir. ¿Acaso tenía la intención de confortarlo después de todo? Él se había comportado con excesiva brusquedad y ella con demasiada precipitación. No lo esperaba, eso saltaba a la vista, y acababa de darse cuenta de quién era. Ahora lo miraba, y en sus labios comenzaba a dibujarse una sonrisa. Era Venus al nacer de las olas, los vientos despeinaban sus cabellos y las olas de verde tafetán esbozaban el perfil de sus senos, sobre los que reposaba una de sus manos... Donato parpadeó para verla entre las lágrimas que arrasaban sus ojos e intentar responder a la sonrisa. Sin embargo, ésta ya había desaparecido.

La princesa señaló su ropa.

—Marchaos. No volváis a mostrar semejante presunción si queréis conservar la vida.

Donato se levantó de la cama, no supo muy bien cómo, y, de igual modo, se puso las calzas, la camisa y el jubón, consciente de la presencia de aquel volcán de desprecio. Consiguió a duras penas atarse los cordones y salió de la habitación, maldiciendo a la mujer que le había hecho pensar que la princesa recibiría de buen grado sus abrazos.

Volvió a su habitación, se echó en la cama y derramó lágrimas de pasión sobre la almohada.

Tumbada en su propio lecho, la princesa se había llevado uno de sus delgados brazos a la cara y reía silenciosamente.

El médico del príncipe Escipión se había permitido echarse una siesta, aunque sin moverse de su silla. Gracias a sus cuidados, las medicinas y la estricta dieta que le había hecho seguir, el príncipe se había restablecido hasta el punto de que había insistido en levantarse de la cama. Cubierto con una bata de damasco carmesí y tocado con un turbante de seda de color negro y oro en lugar de su gorro de dormir, caminaba de un lado a otro de la antecámara preguntándose si debía arriesgarse a ir hasta el laboratorio o bien hacer llamar al doctor Virgilio para hablar con él acerca de sus progresos. La sensación que tenía en las piernas lo decidió. Sería humillante caer de rodillas en medio de los jardines. La gente podría pensar que se había convertido en un partidario del hermano Ambrosio, cuando todas las impresiones que tenía de él se resumían en el deseo de que lo dejara en paz. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para dejar que una pandilla de frailes se interpusiera en su camino, sobre todo ahora que Gatta había llegado a la ciudad y sabía que para recompensarlo por haber tomado Mascia iba a necesitar algo más que una casa señorial en Viverra. El obispo también era sacerdote, pero no estaba tan chapado a la antigua como el predicador con respecto a la curiosidad intelectual. Ya empezaba a cansarlo.

Durante todo aquel tiempo, bajo la mirada de dos adormilados pajes, estuvo andando entre dos pilastras tiburtinas, ejercitando las piernas y luchando con la idea que más lo inquietaba: ¿tenía Isotta intención de matarlo? ¿Habría sido ella quien le había traído los guantes como siempre? Sin embargo, si así era, no tenía sentido. Para evitar sospechas, le habría traído los guantes que él solía utilizar. Era demasiado inteligente para cometer semejante error. Aquello lo tranquilizó. Además, todos los cortesanos pasaban en un momento u otro por delante de la caja de marquetería o podían hacerlo sin que nadie lo advirtiera.

El alivio que sintió al exculparla lo hizo detenerse y sonreír a un sorprendido paje. A continuación, cuando hubo girado sobre los talones para continuar con el ejercicio, se detuvo nuevamente y miró al otro con el entrecejo fruncido. A pesar del alivio, seguía siendo consciente de que alguien, que podía ser cualquiera, quería verlo muerto.

Y, como aún estaba vivo, no había duda de que esa persona volvería a intentar



matarlo.

—Stefano. —El paje, cuyo mentón ya le había llegado al pecho, dio un respingo y se inclinó—. Ve a buscar al doctor Virgilio. Y no te entretengas por ahí cotilleando.

Stefano tuvo que echarse hacia atrás cuando se disponía a salir para dejar que anunciaran la llegada del embajador veneciano, el señor Loredano. Había venido a comprobar personalmente si la noticia de la recuperación del príncipe era cierta tal como decían; la Serenísima debería reconsiderar toda su política en el extranjero en el caso de que Viverra cayera en manos de un príncipe joven e inexperto. El embajador creía que el soberano no había recibido todavía la noticia de la aventura del príncipe Francisco, aunque, desgraciadamente, ahora ya no podía sacar ningún provecho inquietándolo con ella, porque el muchacho ya había aparecido. Mucho más interesante era el rumoreado envenenamiento del príncipe y el enardecido estado en que se encontraba la ciudad. El embajador había realizado una expedición por Viverra a título personal: disfrazado con un sombrero y una túnica de tela sencilla como la de un burgués, se había mezclado con los ciudadanos más respetables y se había enterado de cosas sumamente importantes. La impresión que había recibido era que en esos momentos la influencia del palacio era débil. Los explosivos comentarios que se oían en las calles bastarían para que el príncipe se viera obligado a salir de Viverra rápidamente. Sus señores tenían que enterarse de aquello. Sonrió e hizo una reverencia dando grandes muestras de respeto y preocupación.

—¡Alteza! Permitidme que os felicite por vuestro restablecimiento. ¡Qué rapidez! La Serenísima se alegrará muchísimo cuando se lo comunique. Vuestra capacidad de recuperación demuestra que tenéis una gran fuerza vital. Aunque no es de extrañar, pues vuestra alteza goza de la influencia de Capricornio, que procura larga vida. Además, Marte estaba bien situado cuando vuestra alteza nació.

El príncipe le agradeció sus palabras, aunque en su fuero interno sintió cierta acritud. Seguro que los astrólogos venecianos se dedicaban a estudiar detenidamente su carta natal con el fin de encontrar defectos funestos. Estaba claro que su embajador había venido a espiarlo y averiguar algo más acerca de los guantes envenenados. No le cabía la menor duda. Ojalá Segismundo hubiera vuelto ya del lugar adonde lo habían conducido sus investigaciones.

—Su alteza debe de estar contento —prosiguió el embajador al tiempo que aceptaba la silla plegable que le ofrecían mientras el príncipe dominaba la inquietud que lo embargaba y se sentaba a su vez en su sillón— de ver que Viverra tiene unas inclinaciones tan profundamente religiosas. Se dice que el hermano Ambrosio ha obrado milagros en la ciudad. ¡Penitencia y buenas obras por doquier...!

El embajador no mencionó las buenas y preciosas «obras» que había visto amontonadas en la pira de la plaza central (un laúd de exquisita factura, varias tablas taraceadas, velos de seda cosidos con hilo de oro...) ni el hecho de que hubiera ofrecido ochenta mil ducados por toda la colección. Se trataba de una maniobra con pocas posibilidades de éxito. Si los ciudadanos hubieran sido tan débiles como para

aceptar la oferta, habría sabido que sus pretensiones espirituales no merecían mucho crédito y habría conseguido, además, un lote de objetos de calidad por un buen precio. Pero no habían aceptado, de ahí que creyera que el príncipe tenía serios problemas.

Si hubiera visto la pelea que había tenido lugar en la plaza poco después de que hiciera su oferta, el embajador se habría confirmado en la idea de que el príncipe tenía serios problemas.

—El hermano Ambrosio no va a quedarse mucho tiempo —dijo el príncipe con la esperanza de estar en lo cierto—. Sólo ha venido para rezar con su alteza mi madre.

El embajador asintió con la cabeza. Un paje había traído vino. El príncipe bebió un trago sin disfrutarlo. Le apetecía algo dulce. La miel que le había dado el médico no sólo no lo había dejado satisfecho, sino que no había logrado disimular el espantoso sabor de las medicinas. Así pues, ordenó al paje que le trajera la caja de confites que había sobre el arcón de su cama. Sin embargo, cuando regresó con la caja de madera atada con cintas, el muchacho tenía cara de duda y se acercó al príncipe para susurrarle algo al oído. El príncipe abrió la caja y, cuando se disponía a coger un confite, su mano se detuvo. Entonces se encogió de hombros, retiró la mano e indicó con una señal al paje que ofreciera los confites al embajador.

—Lo siento —dijo—, pero por desgracia he de obedecer al doctor. Tengo que seguir una dieta estricta hasta que mi sistema quede purgado de los efectos de los gases.

Aunque el embajador era tan aficionado a los dulces como el príncipe, su prudencia natural le llevaba a contenerse ante prácticamente todo tipo de tentaciones. Aquella vez, sin embargo, decidió darse la satisfacción. Estaba saboreando una noticia que un agente acababa de comunicarle. El agente estaba infiltrado en el ejército de Gatta y en su calidad de mercenario acababa de recibir permiso de Michelotto para entrar en Viverra. La golosina que le había dado era tan deliciosa como el glaseado de sabor a rosa que estaba mordiendo en aquel momento: Gatta había enviado a Venecia un mensajero secreto con la cabeza de Scala. Tal vez sólo fuera un intento de ganarse el favor de la república. ¿Y si el condotiero estuviera buscando el apoyo de Venecia por si decidiera quedarse con Viverra?

—Estos confites son excelentes, alteza. ¿Están hechos aquí? —El embajador cogió la servilleta bordada que el paje le ofrecía, pero, incapaz de dejar ni un solo resto del dulce, se chupó los dedos cubiertos de azúcar y, desentendiéndose del tazón de agua perfumada que le ofrecía el sirviente, los metió de nuevo en la caja.

—No tengo ni idea, aunque me los traen a menudo —El príncipe miró tristemente al embajador en el momento en que éste cogía otro—. Me alegro de que sean de vuestro agrado. No, no, por favor, coged cuantos queráis.

El embajador siguió comiendo, intercalando entre mordisco y mordisco preguntas delicadamente formuladas acerca de la conquista de Mascia.

—¡La muerte de Scala! ¡Una hazaña asombrosa! —El embajador lanzó una

mirada de soslayo disimulando los ojos con sus gruesos párpados—. Según tengo entendido, no fue Ridolfo Ridolfi quien mató a Scala.

—¿De veras? —respondió el príncipe, sorprendido, y enfadado porque se le notara. Le habían dado parte de una información incompleta cuando debería haberla recibido completa—. Ridolfi no ha podido darme un informe detallado: he estado demasiado enfermo para recibirlo.

El embajador se metió en la boca un dulce de pétalos de rosa cristalizados.

—Sí, alteza. Cuando Ridolfi os dé su informe, os dirá que fue un tal Segismundo, que al parecer es uno de sus hombres, quien lo hizo. Le cortó la cabeza de un tajo, según tengo entendido. —El embajador descubrió que el último confite tenía sabor a limón y se quitó el azúcar de los labios con una servilleta. No pensaba decirle al príncipe lo que sabía sobre la suerte que había corrido la cabeza. Si había llegado a donde estaba era porque sabía que no debía enseñar todas las cartas que tenía en la mano.

Sin embargo, los planes que el destino guardaba para él no incluían ninguna partida de cartas. El embajador siguió hablando y bebiendo con el príncipe durante un rato y luego se levantó para marcharse movido por la consideración hacia su propio estado de salud. La tarde era realmente bochornosa y se sentía raro... De pronto, cuando se inclinaba sobre la mano del príncipe para besársela, se fue hacia adelante y, agarrándose el vientre, perdió el equilibrio. Tras lanzar primero un gemido y a continuación un grito, cayó al suelo a los pies del príncipe.

Basilio, sin esperar a que le dieran una orden, fue corriendo a buscar al doctor. Atraída por el ruido, la gente empezó a entrar en la habitación y a acercarse: varios pajes, el chambelán del príncipe, el doctor Virgilio, el médico, los guardias... El príncipe, que se había agachado en un vano intento por servir de ayuda, retrocedió. Un guardia y el médico se arrodillaron al lado del embajador para intentar calmarlo y averiguar qué le ocurría. Con un gesto de interés digno de su cara de halcón, el doctor Virgilio también se arrodilló. De pronto se levantó y apartó al príncipe. Sus penetrantes ojos negros seguían fijos en el embajador.

Su voz apenas pudo oírse.

—Va a morir. Parece arsénico.

---

**«Me los dio a mí»**

—¿A que no sabéis qué ha pasado? —Benno irrumpió en la habitación con una jarra llena de agua caliente que con las prisas derramó sobre las baldosas del suelo. Aún no se había habituado al trabajo de criado. Segismundo, que estaba desnudo de cintura para arriba, se había sentado en un taburete al lado de la cama, sobre la que había extendido una larga tela de la que escogía varias hierbas para echarlas en una jofaina que tenía a su vera a la espera de que llegara el agua. Alzó la vista y profirió un murmullo interrogativo.

—Sorpréndeme, Benno. Ahora tienes la ocasión.

—El embajador veneciano está muriéndose. Lo han envenenado, como a la pobre dama.

Los ojos oscuros se fijaron en él, imperturbables.

—¿Con un par de guantes?

—Creo que no. —Benno vertió el agua en la jofaina y enseguida se extendió por la habitación un olor a caléndula y tomillo triturados. Benno se inclinó para batir el agua con una mano—. Nadie ha mencionado unos guantes. Ha tenido una especie de ataque, eso es todo. Ha rodado por el suelo delante mismo del príncipe y ha empezado a echar espuma por la boca. O algo así. Todo el mundo dice que lo han envenenado.

—¿Quién dicen que ha sido? —Segismundo se puso a hacer un cataplasma con las raíces de consuelda que había triturado sobre el alféizar de la ventana y un pedazo de tela que había escurrido tras sacarlo del humeante agua.

Benno cogió otro pedazo de tela y lo empapó y escurrió a su vez para lavarle la herida a su señor. Cuando la vio, soltó un silbido, pero se consoló pensando que Segismundo había salido de situaciones mucho peores. Tenía, por ejemplo, una larga cicatriz que le cruzaba las costillas por donde alguien había intentado atravesarle el corazón. Frotó con cuidado y se dio cuenta de que, aunque aparatosa, la herida sólo era superficial.

—¿Quién...? Bueno, se rumorea que ha sido el príncipe, aunque eso no tiene el menor sentido. El embajador estaba con él cuando se puso malo. Si yo fuera a envenenar a alguien, procuraría no estar presente cuando mi víctima muriera. Además, ¿no es Venecia partidaria del príncipe?

—La diplomacia nunca ha sido algo sencillo... —dijo Segismundo con un gruñido mientras Benno le limpiaba con excesivo entusiasmo el último resto de sangre seca—. Venecia apoya al más fuerte y es posible que al príncipe no lo

consideren como tal en este momento.

—A Gatta sí, ¿verdad?

Segismundo le alcanzó la cataplasma.

—Gatta sería considerado el más fuerte en muchos sitios. De todas formas, en este momento está con el príncipe. Mientras mantenga su lealtad, el príncipe tendrá posibilidades. —Levantó el brazo para que Benno sujetara la cataplasma en su lugar con una venda—. Es imposible prever qué cambios puede acarrear el envenenamiento del embajador. La mente de los venecianos es un laberinto.

Sin dejar de prestar atención a la venda y bajo la atenta mirada de *Biondello*, que lo observaba con la cabeza ladeada, Benno dijo:

—No van a tomárselo como una prueba de amistad, ¿verdad? —Hizo un nudo plano del que estaba muy orgulloso y dio un paso hacia atrás para que Segismundo cogiera su camisa—. El guantero dijo que los guantes que causaron la muerte de la dama eran venecianos. ¿Creéis que podrían tener alguna razón para matarla?

La reluciente cabeza de Segismundo apareció entre los pliegues de su camisa.

—¿Quién sabe...? De todos modos, no olvides que mi espada es de Damasco.

Benno frunció el entrecejo y se rascó la barba.

—¿Qué queréis decir? ¿Que el que los guantes sean venecianos no significa que los haya hecho un veneciano? —*Biondello* soltó uno de sus raros ladridos, como si aprobara el razonamiento de su señor—. Sin embargo, si no me equivoco, vos sois de Damasco.

Segismundo sonrió.

—Cierto. Y todo lo que sabemos sobre los guantes es que la persona que los puso en la caja esperaba que no fuese Ginebra sino el príncipe quien se los pusiera. Si han sido los venecianos, tal vez lo hayan hecho con idea de despejar el camino para que Gatta se haga con Viverra. Acuérdate del bonito regalo que éste le ha hecho a la república.

Benno hizo una mueca de asco al recordar la cabeza con sus cintas y su envoltorio de brocado.

—Pero entonces el embajador no habría tocado algo que estaba ahí para que lo cogiera el príncipe, ¿no? Estaría al corriente de la situación.

Segismundo enrolló la tela de las hierbas cuidadosamente, la metió en su pequeña bolsa de cuero y luego dio un golpe a Benno en el pecho con el dorso de la mano.

—Recuerda mantener la boca bien abierta, mi buen Benno. De lo contrario, la gente se dará cuenta de que puedes pensar. —Volvió la cabeza. Alguien se acercaba a la puerta. Cuando llamaron, Segismundo dijo—: Seguramente vienen a decirnos que el príncipe quiere vernos, lo cual significa que vamos a tener más motivos para pensar. *Biondello* es quien lo tiene más fácil.

Segismundo encontró al soberano solo en su habitación. El chambelán y los guardias se encontraban en la antesala. El paje que había ido a llamarlo se retiró con una profunda reverencia y cerró las puertas.

El príncipe estaba sentado en un sillón tallado al lado de la ventana, con la cabeza apoyada sobre una mano y el gorro torcido. Al oír que anunciaban la llegada de Segismundo, bajó la mano y se enderezó no sin cierto esfuerzo. Cuando habló, lo miró con inquietud y su torcida boca se contrajo espasmódicamente.

—Supongo que ya os habréis enterado de lo que le ha sucedido al señor Loredano. Ahora ya debe de saberlo todo el mundo... Dicen que lo he envenenado. Su secretario no ha querido permanecer en el palacio ni un minuto más, y eso que estaba enfermo. Ha pedido una litera y se ha llevado a ese pobre hombre a su casa. Se le hacían los dedos huéspedes...

—¿Y qué motivo os ha dado para irse, alteza? —La profunda voz era sosegada y reconfortante.

El príncipe sacudió sus forradas mangas y se irguió aún más en su sillón.

—El Santo Padre siente una gran aversión hacia el señor Loredano, el embajador, desde que éste lanzó una calumnia contra él durante su estancia en Roma. Tal vez el secretario piense que quiero congraciarme con el Papa para evitar que ponga a otra persona en mi lugar.

Aunque no había sido pronunciado, el nombre de Gatta estaba presente en la conversación. Era una ironía que tanto Roma como Venecia, con lo enfrentadas que estaban, lo consideraran, tal como parecía, el candidato natural para el principado.

El príncipe se miró las manos, enrojecidas por las quemaduras de los ácidos, y el pesado anillo con el grabado del gato de algalia. Entonces miró a Segismundo y una sonrisa de profundo abatimiento apareció en su rostro.

—El hermano Ambrosio me ha prometido que todo saldrá bien si renuncio a las obras del diablo. Me han aconsejado que le haga pensar que voy a hacerlo. Dentro de una hora pronunciará un sermón ante el obispo y yo debo ir a escucharlo. Si no lo hago, la gente pensará que estoy en contra de él, con lo cual la ciudad se volverá a su vez contra mí. —Evidentemente, el hecho de que lo que acababa de decir fuera sumamente sencillo no era ningún consuelo para él. Por un momento volvió su arrugada cara hacia la luz y Segismundo pudo ver en ella el rastro de unas lágrimas. El motivo de éstas y de la soledad del príncipe se hizo patente cuando de pronto se levantó, dio un traspie y, en un gesto muy parecido al que había hecho Gatta el día anterior, se agarró al jubón de Segismundo—. Me los dio a mí —dijo entonces—. ¿Comprendéis? Y fue él quien se los comió. Estaban envenenados, estoy seguro. —Las lágrimas que asomaban a sus miopes ojos pardos empezaron a manar libremente—. Es la princesa quien me da los guantes y las cajas de confites. ¿Acaso quiere envenenarme? —Aunque no había levantado la voz, ésta estaba teñida de dolor.

—Alteza, según parece fue otra persona quien puso los guantes en la caja. ¿Por qué no habría de ser también otra persona quien os dio los confites? Al parecer, quienquiera que lo haya hecho trata al mismo tiempo de incriminar a la princesa.

El príncipe dejó caer la mano y, consciente de que se le estaban escapando las lágrimas, se las enjugó. Su voz era baja pero perfectamente audible. Alzó la vista y

miró a Segismundo con firmeza.

—Si conseguís probar que la princesa no tiene nada que ver en esto, podréis elegir la gratificación que deseéis.

---

## «¿Unos polvos blancos?»

Aunque el gesto pensativo que tenía Segismundo mientras avanzaban por el palacio no le pareciera a Benno diferente del que ponía normalmente, lo cierto era que la situación requería que se meditase profundamente en ella. No podía imaginar lo delicado que era abordar a la princesa por segunda vez en dos días para indagar si estaba intentando asesinar a su marido. Mientras trotaba detrás de su señor con *Biondello* escondido dentro de su jubón, Benno no esperaba que Segismundo le hiciera ninguna confidencia, y, de hecho, no la hizo. Así pues, se apoyó en la pared de la antecámara de la princesa y permaneció boquiabierto, mirando tranquilamente un techo pintado de forma maravillosa y a una dama pintada de forma igualmente maravillosa que esperaba a que su señora la llamara para atender cualquier necesidad de poca importancia que tuviese.

La princesa estaba en aquel momento sacando de un joyero que le sostenía una de sus mujeres las joyas que llevaría a la catedral para escuchar el sermón del hermano Ambrosio. No parecía que considerase un error ponérselas en lugar del hábito de penitencia, atuendo que cabría suponer más acorde con la ocasión, aunque tal vez su decisión fuese deliberada.

Alzó la vista y vio a Segismundo entrar y hacer una reverencia. Tenía en la mano un collar de perlas del que colgaba un medallón hecho con una esmeralda gigante engastada en un triángulo de oro. Se lo llevó a su largo cuello y observó a Segismundo como si estuviera mirándose en un espejo.

—¿Qué opináis, señor? ¿Creéis que me favorece?

La pregunta fue tan fría como habría cabido esperar tratándose de la princesa. La soberana observó detenidamente los fuertes hombros de Segismundo, como si quisiera evaluarlo para a continuación encomendarle un trabajo diferente del que ya le había pedido que hiciera. Segismundo no dejó traslucir ni la menor reacción, y cuando habló su voz fue grave y respetuosa.

—Vuestro cuello realza su belleza, alteza. No podría ser de otra manera.

De pronto ella se echó a reír y dejó el collar al lado de un espejo de mano de cristal veneciano y marco de querubines dorados, un frasco de perfume de plata y lapislázuli y un peine de marfil. En la mesa también había varios tarros y botellas con afeites para la cara y la boca.

—Sois muy galante, señor. Lo confirma vuestro comportamiento y todo lo que se oye sobre vuestra persona... ¡Vete! —La orden iba dirigida a la dama que le sostenía el joyero, quien se retiró dejando a Segismundo y la princesa con la única compañía



de un gato que había sobre el alféizar.

La princesa Isotta abrió uno de los tarros y metió un dedo en la perfumada crema que contenía.

—¿Y bien? ¿Por qué habéis venido? Según me han dicho, su alteza el príncipe os ha hecho llamar en cuanto el señor Loredano se ha puesto enfermo. ¿Acaso las pistas que tenéis os han conducido nuevamente hasta aquí? —La expresión de su cara era de serenidad, incluso de buen humor, pese a lo cual daba la impresión de estar tensa, como si su aire de calma fuera fingido; como si, tal vez, en lugar de ponerse a llorar fuese a chillar.

—Alteza, existe la posibilidad de que el embajador haya sido envenenado con unos confites con que el príncipe le convidó.

La princesa dejó caer las manos sobre la mesa y lo miró fijamente.

—Y entonces decidís venir directamente aquí. ¿Acaso estáis diciéndome que se trata de los confites que yo le di? ¿Realmente cree el príncipe que quiero envenenarlo?

Segismundo combinó delicadamente un encogimiento de hombros y una inclinación, templando el asentimiento con la incredulidad. Ella fruncía el entrecejo, pero había dejado de mirar a Segismundo para reflexionar. Cuando por fin habló, dio la impresión de que se dirigía a sí misma.

—No se atrevería... Además ¿de qué le valdría? —Volviéndose hacia Segismundo, cuya cortesía permanecía inmutable, añadió—: Fue Donato Landucci quien me dio los confites. No deja de regalarme cosas: poemas, flores, pájaros... siempre acompañados de confites. A mí no me gustan, pero a mi marido sí, y como no deseo desairar al muchacho, los cojo y se los doy a quien sé que los va a agradecer. —La princesa se mordió el labio—. Creía que pensaba que estaba enamorado de mí. Una de esas pasiones que tienen los jóvenes... ¿Es posible que realmente quiera asesinarme? ¿Como venganza, por ejemplo, por la derrota de su padre? Eso sería un buen motivo... Como veo que voy a tener que deciros incluso lo que debería mantener en secreto, sabed, señor, que hace un rato el conde Donato me ha encontrado sola y... —hizo una mueca y un gesto como si quisiera dar por concluido el asunto— ha tratado de hacer algo que yo he interpretado como un atentado contra mi honra.

La princesa guardó silencio.

—¿Pensáis, alteza, que podría haber sido un atentado contra vuestra vida?

—No me lo ha parecido. En mi opinión, lo único que ha hecho ha sido mostrar una gran presunción al suponer que... En realidad, ha sido demasiado ridículo como para resultar insultante. Sin embargo, si es cierto que ha intentado envenenarme, tal vez quisiera asesinarme..., después. —La princesa se llevó una mano a la garganta como si se hubiera puesto a pensar en la clase de muerte que podría haber sufrido.

Donato Landucci estaba borracho, algo que seguramente no era nada excepcional. Sin embargo, su paje, que había empezado a sentir aprecio por él a pesar de que era un extranjero y técnicamente un enemigo, se había extrañado al verlo beber a solas. El príncipe Francisco, su amigo del alma, no había salido de sus aposentos desde que había recibido la visita del hermano Ambrosio, aun cuando si alguien estaba necesitado de una cogorza, era él, después del robo, la paliza y la serie de plegarias de que había sido objeto. Sin embargo, su puerta permanecía cerrada, y aunque el palacio seguía alborotado con motivo del envenenamiento del embajador veneciano, los dos amigos no se habían dirigido la palabra. Así pues, la primera visita que recibió el conde Donato no fue la de Francisco, sino la del mercenario de aspecto extraño, el hombre de la cabeza rapada que había traído a palacio la noticia de la toma de Mascia por parte de Gatta. El paje, que tenía orden de no dejar pasar a nadie, vio cómo el mercenario lo cogía amablemente por los hombros y lo dejaba boquiabierto al lado del bobo que estaba a su servicio, y a continuación abrió y cerraba en sus propias narices la puerta que tenía que vigilar.

—¿Qué queréis? Fuera de aquí. —Los buenos modales de Donato habían desaparecido por efecto del vino. Estaba tendido sobre el alféizar y su mirada era de profundo resentimiento. No podía confiar en nadie. Ni siquiera en su paje... La tragedia que suponía recibir un trato tan malo y estar lejos de casa hacía que las lágrimas acudieran a sus ojos. Además, ese hombre de Gatta no pensaba obedecerle. En lugar de irse, se había quedado allí, mirándolo como si supiera qué estaba pensando, lo cual era tan absurdo como peligroso.

—Me envía la princesa Isotta, señor...

La mano con que Donato sostenía la copa de vino se crispó.

—La princesa... —Se irguió, sacudió la cabeza en un intento por despejarse y se sentó de lado—. ¿Quiere verme?

—La princesa quisiera saber una serie de cosas, señor, y me ha autorizado a haceros algunas preguntas al respecto.

Donato intentó ponerse de pie, estuvo a punto de perder el equilibrio y volvió a sentarse. La imagen de una princesa afectuosamente penitente suplicándole que regresara se esfumó de su cabeza. Mirando con cara de pocos amigos al bestia que tenía ante sí, preguntó:

—¿Qué cosas? ¿Qué tenéis que ver vos en todo esto? —Si hubiera estado en casa, en el castillo de su padre, habría ordenado que lo azotaran por entrar en sus aposentos sin permiso. ¿Cómo se atrevía a hablar sobre un Landucci con la princesa? ¿Cómo era posible que ella le hubiera permitido que se le acercara? Donato se sirvió más vino, acertó a dejar la botella nuevamente en el alféizar, sacudió la mano para limpiarse el vino que se había derramado y bebió.

—Su alteza desea saber dónde adquirís los confites que soléis regalarle. ¿En

alguna confitería?

Donato se atragantó y tuvo que soportar la indignidad de dejar que el vulgar mercenario le diera unas palmadas en la espalda. Cuando hubo terminado, Segismundo se quedó a su lado, demasiado cerca de él, y, sin esperar a que el humillado joven se recuperara, siguió haciéndole preguntas.

—Decidme, señor, ¿en qué confitería los adquirís? La princesa me ha pedido que averigüe su procedencia.

Donato se secó las lágrimas de los ojos y volvió a toser confiando en que éste fuera el motivo de su temblorosa ronquera.

—¿Y por qué quiere saberlo? ¿No le gustan?

Segismundo apoyó un brazo en el alféizar y sonrió. Donato, que no se sentía en absoluto tranquilo, se vio obligado a secarse nuevamente los ojos, y aun así trató de sostener la mirada del mercenario.

—¿Cuál es la confitería, señor?

—¿Y cómo queréis que lo sepa? Es mi sirviente quien se encarga de esta clase de asuntos. —Aunque trataba de mostrarse condescendiente como un aristócrata, muy a su pesar tuvo que admitir que en realidad parecía un cascarrabias—. Debéis preguntarle a él.

La sonrisa de Segismundo permaneció inalterable.

—Lo haré, señor. Cuando los confites llegan a vuestras manos, ¿qué les ponéis?

Segismundo había disparado a ciegas, pero había dado de lleno en el blanco. Donato, cuyo rostro estaba rojo a causa del vino palideció al instante. Tratando de distanciarse aunque sólo fuera unos centímetros de la sonriente cara que se inclinaba sobre él, el joven se apretó contra la piedra.

—¿Que qué les pongo? —Donato pensó que le convendría tener la mente despejada.

—Ya veo. Aún no habéis tenido ocasión de enteraros. —La sonrisa era alentadora, casi amistosa—. Esta tarde el embajador veneciano probó vuestros confites. Debían de tener un aspecto muy apetitoso, porque se los comió todos y ahora su vida corre serio peligro. Estaban envenenados.

—¿Envenenados? —exclamó Donato con voz cascada—. ¿Estáis seguro de que eran mis confites? ¿Ha sido la princesa quien se los ha dado? —Su voz expresó en rápida sucesión estupefacción, pesar y espanto.

—La princesa da siempre al príncipe los confites que le regaláis. No le gustan dulces.

—¿El príncipe? ¿Se los da siempre al príncipe? ¿La princesa no se ha comido ni uno solo? —Donato se llevó las manos a la frente—. ¡Ahora lo entiendo!

—¿A qué os referís? ¿Al veneno? —Qué espantosamente cerca estaba aquel hombre. No le dejaba sitio a uno ni para pensar.

—Me refiero a que alguien debe de haber puesto veneno en ellos antes de que el embajador se los comiera. Yo nunca he puesto veneno en ellos. Nunca.

El hombre seguía sonriendo.

—¿Qué les ponéis, señor?

—Nada. Algo inofensivo. No puede haberle hecho daño a nadie. No...

El hombre estaba presionándole el pecho con una mano. Era como la pesadilla en que uno sueña que muere asfixiado. La cara estaba aún más cerca y la sonrisa había desaparecido.

—Si tenéis algo de apego a la vida, señor, más vale que me digáis qué ponéis en los confites. De lo contrario, supondré que es veneno.

El hombre apretó un poco más y lo soltó. El alivio que sintió Donato fue asombroso y de pronto se vio hablando atropelladamente.

—Es algo para enamorarla. La princesa es muy amable conmigo, pero nunca me ve como lo que soy. Tenía que hacerle sentir lo que yo siento, ¿comprendéis? Gian, mi sirviente, me dijo que sabía de alguien, una bruja que vive fuera de la ciudad, que vendía ensalmos, polvos y esa clase de cosas, y que iría a conseguirme lo que necesitaba. Sin embargo, la bruja le dijo que tenía que ir yo personalmente. Tenía que leerme la mano y averiguar con qué estrellas tenía que hacer el ensalmo... — Desagradecidamente, Donato no hizo alusión a la confianza que había depositado en el conjuro—. Así pues, fui a la sórdida casucha de la bruja y dejé que me hiciera todas esas cosas. Al final me entregó unos polvos para que los pusiera en algo que la princesa fuera a comer.

—¿Unos polvos blancos?

—Sí. Me dijo que no sabían a nada y que debía mezclarlos con azúcar y echarlos sobre los confites. También me dijo que la persona que los comiera ardería en deseos por mí antes de la siguiente luna. Tenía que dárselos personalmente. —Donato se interrumpió bruscamente—. ¿No sería veneno lo que me dio? ¿Por qué? ¿Por qué habría de hacer algo así?

—¿Le dijisteis que los polvos del amor eran para la princesa?

Donato era la viva imagen de un joven caballero al que sorprenden haciendo algo contrario al código secreto del amor cortés.

—Me dijo que para que surtiera efecto tenía que saber el nombre de la mujer que yo amaba y el signo bajo el que había nacido. Esto lo averigüé gracias a una de las damas de la princesa. —Donato alzó la vista y miró fugazmente a Segismundo con cara de azoramiento—. Tal vez la bruja no supiera de quién se trataba.

Segismundo decidió no hacer ningún comentario acerca de lo poco habitual que era el nombre Isotta ni sobre las muchas posibilidades que había de que un joven que evidentemente vivía en la corte estuviera enamorado de la princesa que respondía a tal nombre.

—¿Cuánto tiempo lleváis poniendo esos polvos en los confites que le regaláis a la princesa?

Donato hizo un esfuerzo por pensar.

—Oh, un mes. Dos meses. Tal vez más. ¡Estaba desesperado! No veía ningún

cambio en la princesa. La semana pasada fui a ver de nuevo a la bruja y me dio más. Me aconsejó que pusiera una cantidad grande, hizo sus conjuros y me dijo una frase para que la repitiera cuando echara los polvos. Si lo hacía, mi amada estaría en mis brazos hoy mismo. —Donato guardó silencio. Acababa de acordarse de las espantosas circunstancias que le habían permitido al final tener a su amada en sus brazos y de la manera en que había acabado todo. No tenía ninguna intención de decirle *eso* a aquel hombre y no era probable (o al menos así lo esperaba) que la princesa no se lo hubiera contado. Por la expresión de su cara, no parecía que lo supiera, de modo que, algo más animado, volvió a coger la copa de vino con la confusa convicción de que tenía que olvidarse de todo lo relacionado con aquel episodio y, especialmente, de todo lo que había dicho. Cuando bebió, se le ocurrió una idea que se diría venida directamente de los cielos—. Es imposible que sea veneno lo que me ha estado dando la bruja. Si el príncipe se ha comido todos los confites que le ha regalado a la princesa, habría muerto hace tiempo.

Segismundo no respondió y, tras inclinarse, hizo ademán de irse. En aquel momento Donato tuvo otra idea, aunque esta vez infinitamente menos grata. Se sentó y dijo:

—¿Vais a decirle al príncipe lo que he hecho? ¡Ordenará que me ejecuten! ¡Pensará que fue idea de mi padre! ¡Ordenará que Gatta invada de nuevo las tierras de mi padre!

Pero Segismundo ya se había marchado. Donato arrojó la copa de vino contra la puerta en el momento en que ésta se cerraba.

---

## «¡Arrepentíos!»

Aunque todo Viverra hubiera deseado oír el sermón que el hermano Ambrosio iba a pronunciar en la catedral, era imposible que el conjunto de los ciudadanos cupiera en ella. Algunos habían tenido la precaución y el tiempo libre suficiente (las personas que por culpa del primer sermón se habían quedado sin negocio estaban obligadas a disponer de tiempo libre) para llegar temprano y conseguir un buen lugar. Los pertigueros situados en la entrada aceptaron donaciones destinadas a fines benéficos de carácter personal y, como consecuencia, se hizo sitio en el fondo del templo para los últimos en llegar. Muchos fueron ubicados en los antepechos de las ventanas o en los pocos centímetros de piedra que sobresalían de las bases de las columnas; el resto tuvo que resignarse a quedarse en los escalones y la apretada compañía de los mendigos (lo cual les costó casi tanto dinero como las donaciones) o en la plaza y las calles adyacentes con la esperanza de oír al menos el rumor de lo que sucediera en el interior de la catedral o de recibir alguna migaja de la gracia que emanase de ella.

Una de las razones que explicaban el deseo que tenía todo el mundo de estar allí era lo mucho que dependía de la actitud que adoptara el predicador en su sermón. El primero había sido tan inflexible y había tenido un efecto tan alarmante en su denuncia de casi todo lo que los viverranos habían considerado hasta aquel momento inofensivo o incluso deseable, que muchas de las personas que, presa de la inquietud, llevaban horas aguardando el comienzo del segundo confiaban en que esta vez mantuviera una postura más misericordiosa e incluso alabase los esfuerzos que habían realizado para purificar sus vidas.

Éstos eran los optimistas.

Los pesimistas y todos aquellos a los que la vida había vuelto cínicos pensaban que el hermano Ambrosio les exigiría más y, en algunos casos, que consumiría su ruina financiera. Por extraño que parezca, había entre estos últimos muy pocas personas que se hubieran acercado a la catedral sinceramente arrepentidas de los medios que habían empleado hasta entonces para ganarse la vida. La mayor esperanza que tenían era que en cuanto el hermano Ambrosio abandonara la ciudad (ya que era lógico pensar que hubiese otras ciudades sumidas en un estado de inmoralidad lo bastante espantoso como para que el fraile acudiera a ellas), la vida normal se reanudaría, si bien seguramente nunca obtendrían una compensación por el precio que habían tenido que pagar por su visita.

No eran pocos los ciudadanos que estaban revisando mentalmente la cantidad de dinero que habían planeado gastar aquel año en ropa o muebles y reduciendo las

dotes que habían decidido ofrecer junto con sus hijas. Tampoco eran pocos los que se preguntaban cuál sería la mejor ocasión para vender en otro lugar las vanidades que apresuradamente habían acumulado. Sin embargo, había una o dos personas, como por ejemplo el fabricante de naipes, que ahora se dedicaba a hacer unas estampillas religiosas en las que se veía una cruz dorada sobre las torres de Viverra rodeada de una inscripción que rezaba que Cristo era el soberano de la ciudad, que no cabían en sí de gozo. Los jóvenes que habían pasado horas de verdadera emoción persiguiendo a sus mayores y reuniendo objetos para la pira estaban convencidos de que el hermano Ambrosio iba a autorizarlos a proseguir con su obra y tenían la esperanza de que el reino del terror se mantuviera. No habían tardado en recuperarse de su encuentro con los hombres de Gatta y se recordaban los unos a los otros que había sido el mismísimo condotiero quien había llamado a sus hombres al orden, razón por la cual cabía suponer que estaba de su parte. Además, Gatta iba a acudir a la catedral para comprobar en persona si la influencia que tenían las emocionantes palabras del hermano Ambrosio era tal.

La presencia de Gatta no era el menor reclamo que tenían los ciudadanos de Viverra para acercarse a la catedral. Al fin y al cabo, si el hermano Ambrosio no se le hubiera adelantado, el condotiero habría sido el héroe del momento gracias a su victoria en Mascia; además, los requerimientos de sus empedernidos hombres alimentaban una parte de la infraestructura de la economía realmente pujante. Gatta habría hecho su entrada en olor de multitudes, el día habría sido declarado fiesta oficial, todo el mundo se habría puesto sus mejores galas, los balcones y ventanas habrían sido adornados con tapices y estandartes recamados, se habría obsequiado a todo el mundo con generosos regalos y se habría celebrado un gran banquete en la calle y una misa de acción de gracias en la catedral. Lo prudente ahora, sin embargo, era contener cualquier expresión de pesar. ¿Acaso Gatta no había renunciado a ello? Fuera como fuere, las mujeres, en concreto, ansiaban ver al condotiero, y cuando éste enfiló el camino de la catedral a la luz de los últimos rayos de la tarde, vestido convenientemente con un sencillo conjunto de terciopelo púrpura oscuro y a lomos de un gran caballo negro, la multitud profirió un bramido de admiración y empezó a arrojarle flores, gesto que él agradeció volviendo de un lado a otro su hermoso y magullado rostro, como un gato que oyera aplaudir a los ratones.

Como ahora también era prudente evitar lucir las mejores galas, las mujeres que había en la catedral, quienes por una cuestión de seguridad iban vestidas con ropa muy discreta, reaccionaron con sentimientos encontrados cuando apareció la princesa. No había tenido ningún prurito a la hora de elegir su atuendo. Aunque la seda *beige* con aguas tal vez fuera una muestra de recato en lo tocante al color, el tisú de oro que se había puesto encima no lo era, como tampoco las esmeraldas que llevaba en el pelo, en las orejas y en el cuello, que brillaban como fuego verde a la luz de las velas.

No todos lograron llegar hasta la plaza, y menos aún hasta la catedral. Por un lado

estaban los enfermos y los que habían tenido la desconsideración de morirse, cuyos sirvientes iban a perderse la experiencia; por otro, los que tenían miedo de las multitudes. Luego estaban los sirvientes con obligaciones de las que no habían podido librarse, los guardias que no habían logrado obtener permiso y, por supuesto, las personas a las que tenían que vigilar. Entre éstos se encontraba Donato Landucci, quien, poco después del interrogatorio a que Segismundo lo había sometido, había visto cómo lo arrestaban y conducían a un cuarto sumamente incómodo del viejo castillo. Éste se alzaba al otro lado de los jardines del palacio y, como sus muros eran más gruesos que los de cualquier otro edificio, era considerado el lugar más seguro para encerrar a los prisioneros. Donato, sin embargo, culpable de intentar envenenar a la princesa o, si se podía probar que sabía que la soberana tenía costumbre de pasar sus regalos a su marido, de intentar envenenar al príncipe, no se sentía nada seguro.

La llegada de los príncipes fue recibida por el gentío con exclamaciones de carácter opuesto. Algunas personas lanzaron los vítores de rigor, en tanto que otras, conscientes de que su soberano estaba, al decir del hermano Ambrosio, menoscabando sus posibilidades de salvarse, profirieron un desabrido murmullo parecido al fragor de un mar encrespado. Ni el príncipe ni la princesa se percataron de ello, y al llegar a los escalones de la catedral fueron recibidos por el obispo Ugolino, por cuya invitación el hermano Ambrosio iba a pronunciar su sermón. Los ciudadanos de Viverra sentían un temor reverencial hacia el obispo, no tanto por sus virtudes piadosas como por su poderosa voz y su carácter terrible. Había verdadera curiosidad por ver cómo reaccionaría ante el sermón. Aunque el obispo había demostrado que se sentía seguro de su mando al invitar al hermano Ambrosio a predicar, se dudaba que éste fuera a corresponderle con respeto. Los viverranos iban a tener una magnífica ocasión de ser testigos directos de la rivalidad entre los potentados de la Iglesia y las órdenes de predicadores.

Todo el mundo pensaba que el obispo se había vestido espléndidamente para la ocasión. Lucía unos magníficos hábitos de brocado recamados generosamente con oro y la cantidad suficiente de joyas sobre la capa pluvial y la mitra como para mantener, de seguir las normas del hermano Ambrosio, varias familias pobres durante generaciones.

El predicador llegó por fin, descalzo y vestido con un hábito tosco y raído. El contraste no le pasó inadvertido prácticamente a nadie.

A pesar de los esfuerzos realizados por los guardias del obispo que le servían de escolta, al fraile le costó llegar a la catedral debido al gran número de gente que quería tocarlo y recibir su bendición. Un mendigo ciego situado en los escalones le tocó el hábito y dio un brinco diciendo que podía ver, pero como las personas que lo conocían hacía tiempo que se lo figuraban, el milagro no causó impresión a mucha gente. Al igual que había hecho con Gatta, la multitud arrojó flores a su paso, de manera que el hermano Ambrosio entró en la catedral con su revuelto pelo blanco cubierto de pétalos rojos como goterones de sangre.



Leone Leconti, que había acudido a la catedral provisto de su cuaderno de bocetos y un carboncillo, se encontraba al lado de una columna, oculto entre las sombras. En cuanto vio entrar al fraile, añadió al tosco dibujo que acababa de hacer de la princesa sentada serenamente en actitud de espera un rápido esbozo de su demacrado rostro en el momento en que avanzaba por la nave del púlpito. Cuando hubo llegado a éste, el predicador subió la escalera de caracol y el coro entonó el salmo *Qué alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del señor*. Apareció bajo el tornavoz, apoyó las manos sobre la fría piedra del antepecho, bajó la vista y miró a las personas congregadas alrededor. Destacándose ante él, y sentado en su trono episcopal al lado de los príncipes y sus hijos, se hallaba el obispo Ugolino, la viva imagen de un perro de caza de aspecto amenazador e imponente, tanto más cuanto que su enorme y prominente mandíbula y sus moteados carrillos estaban coronados por una mitra. El hermano Ambrosio esperó a que se hiciera el silencio y rápidamente el rumor del rebullir, las toses, los cuchicheos, el roce de la ropa y el llanto de un niño cesó. Se santiguó y comenzó.

Los habitantes de Viverra pronto se dieron cuenta de que los cambios que habían introducido en sus vidas no iban a ser objeto de alabanzas. Se encontraban lejos, muy lejos del ideal que el hermano Ambrosio deseaba, del sincero arrepentimiento y la verdadera humildad. ¿Cómo, preguntó éste, esperaban ir al cielo teniendo como tenían un ejército, el peor de los pecados, a las puertas de la ciudad? Al oír aquello, muchas fueron las miradas que buscaron al condotiero, pero nadie pudo interpretar la expresión de su rostro. En realidad, Gatta, que mantenía la cabeza inclinada hacia el predicador, aún no se había recuperado de la sordera que venía aquejándolo desde que, dando muestras de una gran imprudencia, se había acercado excesivamente a un cañón en Mascia, y se consideraba a salvo de toda clase de exhortaciones impertinentes. El príncipe se movió inquieto. La única defensa que tenía era el ejército de Gatta. Si éste se retiraba, sus enemigos reaparecerían y se multiplicarían de inmediato, y el Santo Padre tardaría el mismo tiempo en designar un nuevo príncipe para el estado papal de Viverra.

—Tened en cuenta las palabras de nuestro Señor, que se encuentra por encima de todos los señores terrenales. —El hermano Ambrosio extendió su crucifijo sobre la congregación y bajó la voz para adoptar un tono más intenso que hizo que algunos de los presentes se estremecieran sin saber muy bien por qué—. ¿Acaso no nos pidió que perdonáramos a nuestros enemigos? ¿No hemos de volver la otra mejilla? Renunciad, hijos míos, a los ejércitos de Satán, a los hombres que manchan sus almas inmortales con los pecados del mundo, con el juego, la prostitución, el asesinato... Renunciad a los ejércitos humanos, os digo, y Dios os mandará ejércitos de ángeles para luchar en su nombre.

El bufido que soltó Gatta en aquel momento tal vez fuera el anuncio de que acababa de despertar. El condotiero tenía la facilidad propia de un soldado veterano para echarse una siesta en cualquier lugar, y el ambiente sombrío y cargado de

incienso de la catedral resultaba sumamente relajante después del calor que había hecho durante el día y las aclamaciones que le había dedicado la multitud. El hermano Ambrosio lo miró con una sonrisa de profunda dulzura en los labios.

—¡Luchad por Cristo! Y dejad de buscar vuestra recompensa en este mundo, donde los tesoros se oxidan... —Algunos miembros de la congregación se acordaron con pesar de sus tesoros, que estaban apilados sobre los haces de leña de la nueva pira y no tendrían ocasión de oxidarse—. Buscad vuestros tesoros en el cielo, incorruptibles, donde nuestro bondadoso señor y todos sus santos os recibirán y tendréis tesoros que vuestro corazón no puede imaginarse, tesoros que están por encima de las ofrendas de los príncipes terrenales. —En aquel momento, la voz del hermano Ambrosio se transformó en el conmovedor susurro que le caracterizaba, lo cual no impidió que todos los presentes, incluidos los que se hallaban al fondo, dejaran de oírlo—. Porque yo os digo que quien vive derramando sangre debe morir sin redención. Quien muere con sangre en las manos, con sangre en el alma, no será invitado a beber la preciosa sangre del cordero que murió por su causa.

«¡Arrepentíos!». —El electrizante eco de esta palabra resonó a todo volumen. El hermano Ambrosio alzó los brazos—. ¡Oh, arrepentíos! Os estoy hablando del juicio que se aproxima, del Día de la Ira. Las mujeres que veo, entregadas a las vanidades de este mundo... —El crucifijo apuntaba hacia la princesa—. Cada perifollo, cada gala, cada trenza y cada hilo es una cadena más a disposición de un demonio ansioso por poseer vuestra alma. En los fuegos del infierno arderéis desnudas para siempre. ¿De qué os servirán entonces vuestras sedas y brocados? ¡Deshaceos de vuestras cadenas! ¡El juicio se aproxima! El juicio no excluye ni a mujeres ni a hombres, ni a campesinos ni a príncipes. El campesino tal vez pueda alegar ante el trono que era un ignorante, que estaba oprimido y que se vio obligado a hacer lo que hizo por culpa de los que estaban por encima de él. En tal caso, existe la posibilidad de que Dios derrame su divina misericordia sobre su persona. Pero ¿qué misericordia cabe esperar para el opresor, para el que llevó por el mal camino a otras almas? ¿Qué misericordia hay para el príncipe que valiéndose de su libertad usa los dones de Dios, su ingenio e intelecto, para destruir su alma? ¡Dios lo arrojará a las llamas del infierno, donde podrá aprender toda la alquimia que quiera! ¡Allí Satán le llenará la boca con el oro fundido que ahora intenta hacer! ¡Allí hervirá en su cráneo el cerebro que utilizó para malear la santa voluntad de Dios!

Aunque resultaba difícil observar la cara del príncipe debido a que estaba sentado en la primera fila, nadie creía que estuviera sonriendo.

—No creáis, hijos míos, que vuestro pecado será absuelto si pretextáis que si algo hicisteis fue porque os lo ordenaron. —El hermano Ambrosio abarcaba ahora a toda la congregación con su compasiva mirada—. Los soldados creen que deben obedecer a su comandante y los súbditos que deben obedecer a su príncipe. Y, en efecto, un príncipe debe ser como un padre al que se le ha designado como vuestro soberano para que os lleve por los caminos de Dios. Sin embargo, yo os digo que sólo hay un

príncipe al que debéis obedecer, y si desatendéis sus mandamientos, ¿cómo esperáis que algo os vaya bien? ¡No desatendáis sus mandamientos! El azote del Señor de los ejércitos caerá sobre vosotros como cayó sobre los israelitas que idolatrarón al dios que habían hecho con su oro y no llegaron a la tierra prometida. Apartaos de Dios y Él apartará su bondadosa mirada de vosotros, vuestras cosechas se malograrán, vuestros negocios dejarán de ser prósperos, vuestros hijos enfermarán, vuestras hijas morirán... No llegaréis a la tierra prometida.

El predicador continuó, con palabras espaciadas, solemnes, altisonantes, amenazadoras.

—Pero ¡ay de aquel que, ostentando el poder, recurra al mal! ¡Ay de aquel que trate de desvelar los secretos de Dios! Rezad, rezad, hijos míos, para que tal persona abandone ese camino. Porque por la gracia que me ha dado Dios misericordioso, yo os digo que a menos que las obras del diablo desaparezcan de entre vosotros, el mismo diablo pondrá fin a la vida de vuestro príncipe; sin el arrepentimiento, la enmienda y la abjuración de semejante mal, vuestro príncipe pasará toda la eternidad en el infierno y vosotros, los súbditos que deberíais haber sido el santo motivo de su inquietud, iréis detrás de él.

«Se ha pasado de la raya —pensó Leone Leconti sin dejar de dibujar al abrigo de su capa—. Uno no puede lanzar esa clase de amenazas y quedar impune. La ciudad no va a permitirlo. ¿Decirle a un príncipe que va a morir pronto? ¿Decirle a un capitán que su ejército debería desobedecerle? Y, aun así, están pendientes de cada una de las palabras que dice. Quién lo hubiera dicho... Y hay que ver el príncipe Francisco: está fascinado. ¡Vaya cara de ángel que tiene! ¡Qué belleza! Posee una cierta austeridad... La viuda en cambio... Casi ni me fijo. Está furiosa, aunque no es de extrañar. El predicador no podría estar haciéndolo peor...».

---

## Expiación

Pero el hermano Ambrosio aún tenía un blanco al que apuntar. Apartando la mirada de las asombradas caras que tenía ante sí, hizo un dramático gesto hacia el este y el altar, con su frontal de tisú de oro y su tela de hilo adornada con un primoroso recamado; los grandes candelabros de bronce, gruesos como la muñeca de un hombre; la enorme cruz del centro, con rubíes y zafiros incrustados (el regalo del príncipe); y los cálices y patenas con perlas y diamantes engastados, el orgullo de la catedral y del obispo.

—¡Que la pureza llene vuestra vida! Expulsad las vanidades de vuestro corazón. A Dios no se lo puede glorificar con estas frivolidades que envilecen vuestra catedral. Dios no se deja engañar por los ornamentos y la exhibición de baratijas. Lo que exige..., lo único que pide es la sencilla devoción de un corazón puro. Esta abominación de vanidad no debería estar en su altar; antes bien, su altar debería estar en vuestro corazón. Acordaos de la señora pobreza, su querida servidora. Que ella os guíe de la mano. Deshaceros de estos falsos tesoros. ¡Que desaparezcan!

Después del bufido de Gatta, ahora era el turno del obispo. Había estado escuchando con atención, deseoso de saber con qué había topado. Aunque la persona que le había informado del sermón del día anterior había hablado en términos confusos y atropellados y le había expresado su horror ante lo sucedido, el obispo se había calmado al ver la humildad y obediencia que el predicador mostraba en el dormitorio del príncipe y había llegado a la conclusión de que en su propia catedral lo respetaría. ¡Cómo lo había engañado! ¡Qué arrogancia! ¡Qué desconsideración hacia la disciplina! ¡Qué modo de mofarse de la jerarquía y de la subordinación propia de los pobres! ¿Cómo se atrevía a amenazar al príncipe de Viverra con la perdición eterna? Aquello sólo podía conducir a la anarquía y el reino del caos. El Santo Padre tenía que enterarse de lo ocurrido. Iba a enviar a un mensajero a Roma con una condena de ese peligroso bribón redactada en los términos más enfáticos. Aquel entrometido y estúpido franciscano no tenía ni la menor idea de cómo funcionaba el mundo. ¿De veras creía que Viverra sería protegida por un ejército de ángeles si los hombres de Gatta se desbandaban y los enemigos del príncipe decidían marchar sobre ella? Y además se atrevía a difamar los tesoros de la Iglesia, aquellas bellas obras dedicadas a la gloria de Dios...

—¡A la pira con ellos! —exclamó el hermano Ambrosio con un dedo extendido. Colocándose de un brinco al lado del altar como si fuera un demonio, el hermano Columba avanzó con gesto apremiante y agarró uno de los cálices.

—¡Deteneos! ¡Os ordeno en el nombre de...! —En lugar del nombre que quería pronunciar, de los labios del obispo salió un sonido brusco, parecido a un estertor. Se había levantado súbitamente del trono episcopal y aún mantenía una mano apoyada en uno de sus brazos tallados. De pronto, alzó la vista, cerró una mano crispada en torno a la dorada madera, perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el suelo de mármol.

Tras un segundo de silencio producido por el miedo, se oyó un alarido. Un grupo de clérigos se acercó al desmadejado cuerpo del obispo, lo levantaron entre todos no sin cierta discusión y se lo llevaron por una puerta situada cerca del altar. Un atrevido sacerdote amenazó al hermano Ambrosio con el puño antes de desaparecer por la puerta. El fraile, sin embargo, se inclinó sobre el púlpito sin perder ni un segundo y exclamó:

—¡Ved cómo Dios acaba con los codiciosos y los orgullosos! ¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos antes de que sea demasiado tarde!

Con un vibrante «¡Misericordia!» que se alzó triunfalmente por encima de la histeria general y resonó en el elevado techo decorado de la catedral, el hermano Ambrosio concluyó su sermón.

Bendijo a la exaltada multitud, rezó durante un segundo y desapareció de vista por la escalera del púlpito. El hermano Columba, aprovechando que la atención de todos los clérigos se concentraba ahora en el obispo, envolvió a toda prisa todos los ornamentos sagrados con la tela del altar y se abrió paso ágilmente entre el gentío. Dios era en verdad misericordioso. La segunda pira prometía ser mucho más espectacular que la primera.

Si en aquel momento un rayo hubiera fulminado la plaza diezmado a la gente reunida en ella, habría tenido aproximadamente el mismo efecto que la noticia que se difundió entre susurros por la congregación cuando las personas que estaban en la catedral empezaron a salir. Una simple palabra del hermano Ambrosio había servido para derribar al obispo Ugolino en el altar. Un considerable número de personas decidió inmediatamente introducir en sus testamentos las disposiciones necesarias para entregar una sustancial cantidad de dinero a órdenes religiosas, con vistas a evitar ser víctimas de la ira que se avecinaba, ira de cuyo poder acababan de tener un inesperado ejemplo en la suerte que había corrido el obispo. Si ni siquiera la Iglesia estaba a salvo, ¿qué esperanza le quedaba al conjunto de los legos? Sin apartar la mirada, se apartaron y cayeron de rodillas para dejar pasar al hermano Columba, que avanzaba camino de los haces de leña sobre los que había sido erigida la nueva pira para arrojar en ésta los tesoros de la catedral.

Alguien había añadido a la pira una efigie del embajador veneciano, quien al ofrecer el día anterior una cuantiosa cantidad de dinero a cambio de los valiosos objetos que pronto iban a arder, había dejado horrorizados a los reformistas. Pues bien, ya se veía lo que le había ocurrido. Por mucho que se hablara de envenenamiento, era evidente que Dios había intervenido en el asunto. Había sido el

primer castigo; ahora el obispo acababa de ser víctima del segundo. ¿Cuándo le llegaría la hora al príncipe? Aunque había caído enfermo varias veces, siempre había acabado recuperándose, a pesar de que no había cambiado de proceder. De todos modos, aquello había ocurrido antes de que la palabra del hermano Ambrosio lo condenara. Además, mucho más espantoso que la suerte que le aguardaba al príncipe era el hecho de que ellos, los habitantes de su ciudad, estuvieran incluidos en la maldición.

El sermón no sólo había tenido efectos físicos en el obispo. Mientras éste era transportado cuidadosamente a sus aposentos, el príncipe, que había sufrido un leve mareo como consecuencia de la conmoción y no se sentía nada bien, regresaba junto con su familia al palacio escoltado por varias filas de guardias. Esta vez la multitud no lo recibió con vítores, sino con miradas hostiles y un gruñido adusto, el sonido de una población desasosegada, inquieta y peligrosa. Las filas de guardias y la majestuosa presencia de Gatta junto a los soberanos impidieron el lanzamiento de piedras.

El condotiero se había sentido impresionado por lo que había oído del sermón. Al levantar la voz, el hermano Ambrosio había penetrado en su sordera, y Gatta era una persona fácil de conmover. En un momento dado, las lágrimas habían caído libremente por su cara, y cuando el predicador había exclamado «¡Misericordia!», él había respondido con un grito emocionado.

Eran tantas las cosas de que debía arrepentirse: había destruido tantas aldeas; había pasado tantas ciudades a cuchillo; había violado y asesinado a tantas campesinas, algunas con sus propias manos y muchas por orden suya o con su autorización, que tenía motivos de sobra para sentir como algo muy cercano la amenaza que la muerte suponía para las personas con las manos manchadas de sangre. Sin embargo, el condotiero tenía un problema: la sangre era su forma de vida, y un hombre no abandona fácilmente su profesión. El príncipe dependía de él y, lo que era aún más importante, sus soldados dependían de él. Como era un hombre práctico, Gatta decidió que a partir de aquel momento llevaría una cota de malla debajo del jubón tanto en el campamento como en la ciudad. El ángel del Señor tendría que madrugar si quería acabar con Ridolfo Ridolfi.

La persona que se había quedado más impresionada con el sermón del hermano Ambrosio aún tenía que pronunciarse, y cuando el príncipe y su familia llegaron a sus aposentos privados, lo hizo. Flanqueado por los guardias, el príncipe Francisco había caminado al lado de su padre en estado de arrobamiento, sin ver ni oír el desagradable murmullo de la multitud. Ahora, mientras su padre ordenaba que llamaran al médico y su madre se enzarzaba en una desagradable discusión con su abuela (las dos princesas se quedarían sorprendidas cuando poco después descubrieran que ambas estaban de acuerdo en que haber invitado al hermano

Ambrosio había sido una equivocación, lo cual, naturalmente, pondría fin a la discusión), el joven príncipe empezó a desnudarse.

Su sombrero ya había ido a parar al suelo y había sido recogido apresuradamente por un paje. La capa y el jubón lo siguieron antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Después de todo, el día había sido muy caluroso (septiembre no podía haber resultado más sofocante) y el joven tenía fama de impetuoso. Sin embargo, cuando se desató los cordones y su camisa y sus calzas salieron despedidas, las damas de la corte empezaron a reír tontamente y la atención de todos se apartó del desgraciado príncipe Escipión para centrarse en su hijo.

—¿Qué estás haciendo? —Su abuela, indignada, se abalanzó sobre él. Demasiado tarde. El joven se había despojado de la última prenda que quedaba sobre su cuerpo y ahora se mostraba ante un público fascinado como su madre lo había traído al mundo.

—Renuncio a este mundo y a todas sus vanidades. Acudiré a Dios limpio de riqueza y rango. —El príncipe se acordó, ya tarde, de bajar una modesta mano para protegerse, pese a lo cual, echó hacia atrás la roja melena, alzó la mirada y añadió—: Abrazo a la señora pobreza. Voy a expiar los pecados de mi padre.

Así fue como el heredero y único hijo del príncipe de Viverra anunció su intención de renunciar al mundo.

---

## Matar a la princesa

Benno había conocido a una bruja en el tiempo que llevaba al servicio de Segismundo. Aunque luego había resultado ser simplemente una anciana gruñona sin ningún poder sobrenatural de cuya existencia pudiera dar fe, no se sentía con fuerzas para conocer a otra. ¿Y si ésta resultaba ser una de verdad? Con las brujas cabía esperar cualquier cosa. Cuando uno descubría que estaba tratando con una, ya era demasiado tarde, porque ya estaba hechizado.

En cuanto sus caballos enfilaron el estrecho puente de piedra que cruzaba el río que corría bajo los muros de Viverra, Benno se volvió para mirar la civilización. Uno siempre podía encontrarse con brujas en una ciudad, desde luego, pero la sensación de vulnerabilidad era mucho mayor cuando, como en ese momento, se salía al campo.

Además, se estaba poniendo el sol. No tardaría en hacerse de noche... A Benno no le hacía ninguna gracia visitar a una bruja a semejante hora. Seguro que se encontraban con una vieja arpía, con verrugas cubiertas de pelos, acuclillada al lado del fuego, murmurando, viéndolos llegar. Probablemente ya supiese que iban a visitarla. Tendría un familiar, una liebre quizá, o un gato negro que surgiría de las sombras para hundir las zarpas en los ojos de *Biondello*. Benno empezó a rezar avemarías en voz baja al tiempo que empujaba suavemente al chuchó, que dormía acurrucado contra sus costillas al abrigo de su capa, para que despertara y permaneciese atento. Tal vez, viniendo como venían de Viverra, donde la influencia del hermano Ambrosio era tan fuerte, estuvieran amparados por su poder. Aunque también cabía la posibilidad de que, precisamente por esa razón, la bruja se enfadara con ellos.

Intentó distraerse de la manera más típica: pensando en las desgracias de los demás.

—¿Creéis que Donato Landucci será ejecutado por haber intentado envenenar al príncipe?

Conduciendo su caballo por una loma rocosa a la luz del atardecer, Segismundo soltó un gruñido y dijo:

—Te has saltado varios peldaños de la escalera. Fuera lo que fuese lo que el joven se propusiera hacer, envenenar al embajador no estaba entre sus planes.

—¿Sabéis si ha muerto ya ese pobre hombre?

—Sus sirvientes y su médico no han dicho nada, aunque apuesto a que ya tienen un caballo ensillado y un mensajero con las botas puestas preparado para ir a Venecia con la noticia de su muerte. Si eso ocurre, el príncipe Escipión se encontrará en un



buen apuro, da igual quién sea el culpable.

El caballo de Benno se deslizó sobre las piedras prácticamente sentado para seguir al gran semental pardo de Segismundo. Benno, que había vivido en un establo durante buena parte de su vida, lo hizo levantarse sin proponérselo. Los últimos rayos de sol se extendieron sobre el horizonte con un fulgor incandescente que tiñó el púrpura de las nubes bajas de un rojo intenso como la sangre. Una suave brisa, fría por el diente del otoño, empezó a soplar en aquel momento como por encanto, y Benno se estremeció.

—Desde luego, el príncipe no podría tener peor suerte. Debería dejarse de magias. Como no lo haga, apuesto a que ocurre alguna desgracia.

Con aire meditabundo, Segismundo profirió un murmullo por toda respuesta y siguieron cabalgando dejándose envolver por la creciente oscuridad. El pálido disco de la luna empezó a brillar con fuerza entre las brumosas nubes que cubrían el cielo. Benno decidió no preguntarle a su señor qué tenía pensado hacer cuando se encontraran con la bruja, no fuera a ser que no lo supiese. Además, ésa era la clase de pregunta que su señor detestaba.

El sirviente de Donato Landucci, que lo había acompañado a recoger el afrodisíaco que la bruja había preparado para la princesa, se había mostrado en un principio poco dispuesto a traicionar la confianza de su señor. Sin embargo, su resistencia no había sido lo suficientemente fuerte como para permitirle rechazar el soborno de Segismundo y desentenderse del elemento amenazador que éste había logrado introducir en la conversación con su presencia. De ese modo habían conseguido las indicaciones que ahora estaban siguiendo para avanzar por el camino de las colinas. Cuando aún no se habían alejado del puente, pasaron por delante de una serie de cabañas más parecidas a una colección de verrugas que a una aldea, de cuyos tejados de juncos o ramas vieron filtrarse un humo pálido que les trajo a la mente la agradable imagen del fuego del hogar. Benno, tras pensar en lo a gusto que estaría dentro de alguna de aquellas cabañas con un buen tazón de sopa en las manos, se preguntó si a la gente que vivía allí les haría gracia tener a una bruja en el vecindario.

Cuando encontraron el lugar en que vivía la hechicera, la luna ya estaba despejada de nubes. Habían llegado al linde de un pequeño bosque. Segismundo se apeó e hizo un gesto a Benno de que hiciera lo mismo. A continuación se llevó un dedo a los labios e hizo una señal.

Al principio Benno no vio nada. Luego creyó distinguir a lo lejos algo pálido que avanzaba rápidamente flotando entre los árboles. ¡Un fantasma! Se santiguó y, presa de la inquietud, miró a su señor, que caminaba lentamente, eligiendo el lugar donde pisaba para no romper ninguna rama. Benno se puso a rezar frenéticamente y, con una mano apoyada en *Biondello*, que había notado el miedo de su señor y estaba temblando, intentó seguir a Segismundo poniendo el pie en sus pisadas. *Biondello* asomó la cabeza pero permaneció en silencio. Se trataba de un perro que sentía un

gran respeto por el peligro. Benno dejó de ver la figura pálida que se movía entre los árboles hasta que estuvieron muy cerca de ella. De pronto Segismundo se acuclilló; Benno lo imitó instintivamente. *Biondello*, sobresaltado, dejó escapar un breve gemido de alarma, que no resultó ser más alto que el susurro del viento que soplaba sobre el arbusto que les servía de parapeto. Segismundo apartó las ramas cuidadosamente con las manos y Benno pudo ver la figura pálida claramente. Si se trataba de un fantasma, había adoptado una forma sumamente atractiva.

En el claro había una mujer joven moviéndose con gran ligereza, como si estuviera bailando; su negra melena ondeaba sobre su espalda. De pronto, se volvió, sosteniendo un objeto negro en dirección a la luna, y se vio con claridad que estaba desnuda. La luz de la luna plateaba su piel y arrancaba destellos de sus ojos y del cuchillo que tenía en la mano. Estaba murmurando algo que, desde donde se encontraban, resultaba ininteligible. Entonces se quedó quieta por un momento con los ojos cerrados. Benno, aterrorizado, pensó que se había dado cuenta de que estaban allí. Aunque su juventud lo había sorprendido, no hacía falta que le dijeran que se trataba de una bruja. ¿Qué iría a hacer con el extraño cuchillito que tenía? ¿Un sacrificio? No quería ni saberlo. Prestó atención por si oía un balido o, aún peor, el llanto de un niño, pero la brisa de la noche sólo le llevó el susurro de las hojas y el lejano chillido de una lechuza.

La joven abrió los ojos, alzó la cabeza, permaneció un momento con expresión pensativa y se volvió. Entonces cruzó los brazos sobre el pecho, se inclinó tres veces y habló, al parecer, a un grupo de plantas altas que había delante de ella. A continuación cogió un pequeño recipiente que tenía a su lado en el suelo y vertió su contenido de tal forma que corriera lentamente entre las plantas. Con la mano izquierda agarró un tallo, lo cortó con el cuchillo y lo colocó sobre una tela blanca que acababa de coger del suelo. Luego se irguió, volvió a hacer una inclinación y desapareció entre los árboles.

Benno, con la boca seca, observó que Segismundo se había puesto de pie y se disponía a seguirla. Había pensado que tras ver a la bruja hacer magia de esa manera (ya que no era posible confundir la magia cuando uno la veía), su señor comprendería que lo más prudente sería marcharse. En realidad, no deberían haber visto nada, porque si la bruja se enteraba, no tardaría ni un segundo en lanzarles una maldición. *Biondello* le estaba dando patadas en las costillas, pero él no quería dejarlo libre en el bosque de la bruja, pese a que sabía lo que aquella señal significaba. La inquietud estaba afectándole la vejiga de la misma manera que afectaba la suya.

Cuando hubo terminado de hacer sus necesidades bajo un árbol (preguntándose si sería peligroso hacer las en aquel bosque) y hubo recogido a *Biondello*, Segismundo ya había desaparecido de su vista. Por un momento, sintió pánico. ¿Y si la bruja lo había hecho esfumarse? ¿Y si se encontraba con su señor convertido en estatua de piedra entre los árboles? ¿Por qué no habría hecho oídos sordos a los relatos que contaban los sirvientes a la luz de las hogueras? O, mejor, ¿por qué no les habría

prestado más atención para saber qué tenía que eludir en ocasiones como ésta? Agarró las medallas sagradas que llevaba al cuello y se puso a andar de puntillas. Oyó de nuevo a la lechuza, más cerca esta vez, y la voz de Segismundo.

Benno tropezó con una raíz que había entre las hojas del suelo y salió despedido hacia adelante. De pronto, vio una cabaña que se materializaba entre las sombras y a su señor llamando a la puerta y hablando con su profunda y reposada voz. Tras un minuto de silencio, durante el cual Segismundo volvió la cabeza como si quisiera asegurarse de que Benno estaba allí, la puerta de la cabaña se abrió para revelar un espacio oscuro. Benno tragó saliva y Segismundo entró.

La puerta permaneció abierta. Benno, agarrando a *Biondello* y musitando plegarias, obedeció a su silenciosa llamada y entró en las sombras detrás de su señor. En el interior la temperatura era más alta y olía a hierbas. Haciendo un esfuerzo, cerró la puerta y bajó la tranca. Cuando se hubo acostumbrado a la oscuridad, vio un pequeño fuego que ardía en un suelo de tierra batida y cuyo humo se elevaba perezosamente hacia el techo. Era lo único que impedía que la oscuridad fuese absoluta. La bruja llevaba una túnica sin forma definida de una tela fina y gris. Al verla, Benno se dio cuenta de que aparte de asustado se sentía decepcionado. La bruja puso unas ramitas en el fuego y éste se avivó iluminándole la cara. ¡Era hermosa! ¿Por qué le habrían dicho siempre que las brujas eran feas y viejas? Tal vez su aspecto no fuera real. Tal vez pensase que al verla vieja y fea la gente se asustaría. Fuera como fuere, la idea de que ocultara su fealdad bajo su belleza no podía ser más aterradora.

—¿Qué queréis consultarme? —Tenía acento campesino y había hecho la pregunta con naturalidad. Tras lanzar una mirada a Benno que hizo que éste se estremeciera, se dirigió a Segismundo—. Poca gente viene a verme a esta hora. —Si había algo, parecía querer decirles, con lo que podían contar las brujas durante las horas de la noche era con estar a solas. Sin apartar la mirada de Segismundo, había empezado a trenzarse la melena con dedos ágiles. Benno acababa de advertir que la había visto desnuda y no había sentido ni una chispa de deseo. Aquello sí que era desconcertante.

—Una cuestión relacionada con un filtro. —Benno advirtió el tono de buen humor que tenía la voz de su señor, un tono que invitaba a la diversión. La bruja se echó a reír.

—Seguro que no para vos. Con hablar os bastaría para tener acceso a casi todas las camas. Ha sido vuestra voz lo que me ha hecho abrir la puerta. —Se lanzó la trenza que acababa de terminar por encima del hombro y añadió—: Y, ahora que habéis entrado, he de decir que la luz tampoco os sienta nada mal. Si queréis el filtro para otra persona, no va a ser sencillo. Para que tenga efecto, he de saber varias cosas. Tengo que ver a la persona que lo quiere —dijo señalando un pequeño taburete.

Segismundo se sentó y dijo:

—Ya la habéis visto.

La bruja había empezado a remover el contenido de un puchero que había sobre un salvamanteles. Al oír la respuesta del recién llegado se detuvo y alzó la vista lentamente. Segismundo permaneció en silencio, con las manos apoyadas en las rodillas, sosteniéndole la mirada.

—¿Os referís al joven que está enamorado de Isotta? —Segismundo hizo un gesto de asentimiento y ella continuó removiendo el contenido del puchero—. Le dije que surtiría efecto si hacía todas las cosas necesarias. Supongo que se habrá olvidado de recitar las palabras que le dije. ¿No ha tenido suerte?

Segismundo profirió un largo murmullo de negación.

—Pues, a decir verdad, no, no ha tenido suerte.

—Es curioso, porque lo he visto en los brazos de la tal Isotta. —La bruja volvió a encogerse de hombros, cogió una cucharada de lo que estaba calentando, cuyo delicado olor a limón y a otra hierba que Benno no logró identificar estaba perfumando la habitación, y tomó cuidadosamente un sorbo—. Tal vez no fuera la mujer que he visto la que él deseaba. Todos cometemos errores.

—Una equivocación es lo que se ha cometido. Debido a ella ha muerto un hombre.

—¿Muerto? —La bruja apretó la mano con la que había cogido la cuchara y, a causa del descuido, derramó varias gotas sobre su túnica—. Yo no tengo nada que ver con eso. No utilizo venenos. Hay quien los utiliza, pero yo no. —Se puso de pie, de tal modo que la túnica se le quedó pegada al cuerpo por un momento, y con ojos brillantes agregó—: ¿Habéis venido a acusarme?

—He venido a haceros unas preguntas, no a acusaros. Tal vez se haya cometido alguna equivocación, pero yo no he dicho que la hayáis cometido vos. El joven al que le disteis el filtro está en la cárcel y su sirviente ha hablado. Es posible que os visiten otras personas. Lo mejor será que me digáis todo antes de que eso ocurra.

Ella lo miró fijamente.

—¿Quién sois vos? ¿Qué autoridad tenéis para hacerme preguntas?

—Me llamo Segismundo y la autoridad que tengo es la que me ha dado el príncipe.

La bruja retrocedió en dirección a las sombras, como si se dispusiera a desaparecer. Benno pensó que de un momento a otro se elevaría con el humo y saldría por el techo. Entonces apareció por detrás de ella un gato pequeño; cuando salió de entre las sombras, su pelambreira brilló suavemente a la luz del fuego. Con la cola alzada y paso confiado, avanzó hasta donde estaba sentado Segismundo y, una vez allí, le olió la rodilla. De un brinco se encaramó a su muslo y a continuación empezó a frotarse la cara sobre su mano. Su ronroneo era más alto que el crepitar del fuego.

—Decidme qué queréis saber. —La bruja había vuelto a la luz para quedarse de pie mirando al gato y tocarle la parte alta de la cabeza con un dedo, que rozó la mano

de Segismundo—. Ya veo que puedo fiarme de vos. ¿Quién ha sido envenenado?

Aunque la pregunta había sido directa, no obtuvo por respuesta una contestación similar, sino otra pregunta.

—¿Qué le disteis al joven para los confites? ¿Los polvos?

Ella se agachó, acariciando al gato, que seguía tumbado encima de Segismundo, arqueándose sobre su regazo y sobre la mano de la bruja sin hacer distinciones. Benno, que no perdía detalle, pensó que no sería de extrañar que empezaran a cortejarse. Su señor era muy capaz de retozar con una bruja...

—¿Sabéis algo de hierbas, Segismundo? Tenéis los ojos y la boca propios de alguien que sabe de cosas de las que muy poca gente tiene conocimiento. Lo que le di fue un preparado de verbena y abrótano. La mayoría de las mujeres casadas campesinas sabe hacerlo, aunque es posible que no cojan las hierbas a la hora apropiada y con la luna y la ceremonia adecuadas. A veces no saben cuáles son las horas y las palabras que corresponden a las estrellas bajo cuyo signo nació el amado. Ese es mi secreto.

Segismundo, que estaba sonriendo, la cogió de la mano con que estaba acariciando el gato.

—Ése es vuestro secreto, y no voy a pedir os que me lo reveléis. Los polvos.

Ella no hizo ademán de retirar la mano.

—Los polvos son de cantárida. Dudo que sepáis qué es.

—Lo sé. Y vos debéis saber que puede ser letal.

—Sólo en grandes dosis y si se emplea imprudentemente. Le di lo justo para despertar el deseo.

—¿Y si lo hubiera estado guardando para ponerlo todo junto?

La bruja se echó a reír.

—Él no haría una cosa así. Estaba demasiado ansioso como para esperar.

—¿Dónde conseguís los polvos de cantárida? No se encuentra en los bosques. — Le soltó la mano. De pronto, el gato saltó al suelo, de modo tal que la bruja se quedó arrodillada a los pies de Segismundo.

—Me los proporciona un boticario de Viverra. Le pago con hierbas que no sabe dónde encontrar. ¿Es ésta vuestra última pregunta?

—Falta una. ¿Por qué queríais matar a la princesa?

---

## La paloma de Dios

Ella había quedado prácticamente inmóvil, con los labios entreabiertos. Una llamarada le iluminó los ojos mientras los fijaba en Segismundo.

—¿Ha muerto la princesa?

Se produjo un silencio, y a continuación la bruja se apartó bruscamente de él.

—Yo no he hecho nada que pueda haberla matado. Al joven no le di más que lo que os he dicho. Con eso no ha podido morir. No vendo venenos. Nunca lo he hecho.

Se produjo otro silencio, durante el cual Segismundo no dejó de mirarla. Luego se levantó.

—¿Y el boticario? ¿Sabía para quién eran los polvos?

Ella negó con la cabeza.

—No sé qué le habrá causado la muerte, pero no ha sido de aquí de donde ha salido. Lo juro.

—Tal vez haya salido de la botica. ¿Dónde está?

—En la calle Santo Tomás, donde el Mortero de Plata, cerca de la tahona. —La bruja dio un paso hacia él—. ¿Entonces la pobre princesa ha muerto?

—No, ha sido otra persona quien se ha comido los confites.

—No podía imaginarla muerta.

El gatito reapareció y se sentó sobre las patas traseras al lado del fuego. La bruja se estremeció. Segismundo miró en la bolsa que llevaba colgada del cinturón y luego se inclinó para dejar una moneda de plata al lado del gato.

—Por vuestra ayuda. Se dice que lo que ha matado a la víctima han sido los confites. ¿Tiene el boticario alguna razón para desear vuestra perdición?

—No lo conozco muy bien. Le llevo las hierbas, hablamos de ellas, me dice qué necesita... Ignoro qué motivos podría tener para odiarme.

—Tal vez abrigue hacia vos algún sentimiento al que no habéis correspondido. Eso puede ser un motivo para odiar a alguien. —Segismundo se volvió hacia la puerta.

—Un momento —dijo ella—. Puedo servirlos de ayuda.

—¿Qué podéis decirme?

Ella lo miró con gesto grave.

—Lo que puedo deciros, señor, es que estáis herido. En eso sí que puedo ayudaros.

Benno se había quedado muy intranquilo cuando la bruja había hecho referencia a su poder para ver cosas que no estaban al alcance de su vista. Ahora había adivinado

que Segismundo estaba herido. En silencio, se puso a rezar y empezó a hacer la señal de la cruz. Antes de acabar, sin embargo, se detuvo pensando que podría llamar la atención de la hechicera. Tal vez se enfadara si viese un signo cristiano en su casa.

Segismundo estaba sonriendo.

—Vaya, debería haberos pedido ayuda antes. La herida me molesta.

Benno se encontró con un cubo de cuero en las manos. Cuando la bruja lo acompañó a la puerta para indicarle el camino que conducía al arroyo, olió el perfume de su pelo (romero) y el de su piel. Luego, mientras caminaba a la luz de la luna, se preguntó por qué una bruja vestida despertaba el deseo y una bruja desnuda no.

En la orilla del arroyo había unos escalones excavados de forma desigual; *Biondello* bajó torpemente por ellos para beber agua. En el lecho de piedra había un dique que detenía la corriente y sobre el remanso de agua colgaban unos helechos. Benno llenó el cubo y miró río arriba hacia donde la luna relucía sobre el agua entre las oscuras orillas. Cuando llegaron a la puerta, cogió a *Biondello* ante la posibilidad de que, pese a ser un chucho muy prudente que no perseguía gatos, se le ocurriera investigar al familiar de la bruja si se le daba la oportunidad. Benno no quería tener que vérselas con los poderes de un familiar ofendido.

La bruja había encendido una pequeña lámpara, con lo cual al olor del humo de leña y al de las hierbas se añadía ahora el del aceite, y estaba examinando la herida de Segismundo, quien se había desnudado de cintura para arriba. Al parecer, la hechicera no había oído hablar de la pira, ya que él le estaba contando la refriega que se había producido en torno a ella y la razón por la que había sido erigida.

—Parece que son una pareja de curas de lo más singular —comentó ella—. Voy a limpiar esto con vinagre de ajo. —Benno, que se había sentado con las piernas cruzadas al otro lado del fuego, tuvo la impresión de que su señor se llevaba muy bien con la bruja—. ¿Por qué quieren quemar unas cosas tan bonitas? —preguntó al tiempo que cogía los ingredientes que Segismundo había puesto en su emplasto—. Tenía entendido que los curas tenían las iglesias llenas de pinturas y objetos de oro.

—No discuto con curas —dijo Segismundo—. Los hay de todos los tamaños y clases. Estos dos, que son un sacerdote y un simple fraile, dicen que las cosas bonitas son ídolos que apartan a los hombres del culto verdadero. Otros curas dicen que las riquezas de la iglesia son una representación de las riquezas del cielo.

—Yo tampoco discuto con los curas —dijo la bruja—. No habéis puesto pimpinela.

—No me quedaba —dijo Segismundo de buen humor.

—¿Y decís que sois soldado?

—Esa es la razón por la que no me quedaba.

—Tomad. Poned esto en vuestra bolsa —dijo ella al tiempo que le entregaba por encima del hombro un poco de pimpinela.

Benno estaba sujetando a *Biondello* con fuerza, permitiéndole que acercara su inquieto hocico al gato. Como no lograba que se estuviera quieto, había pensado que

si olía un poco del sulfuro que seguramente envolvería al animal el chucho se calmaría. El pequeño gato volvió la cabeza para mirar a *Biondello*, notó su olor con su delicado olfato, se volvió, levantó una pata y empezó a limpiarse. Benno se puso a *Biondello* en el regazo y lo cogió con fuerza; el perrillo, como si hubiera visto un ejemplo que mereciera la pena seguir, metió la cabeza en el costado y empezó a rumiar.

Benno echó una ojeada alrededor. Con ser pequeña, la cabaña tenía un altillo al que se accedía por una escalera hecha con un tronco provisto de hendiduras que el uso había pulido. De las paredes colgaban hierbas y raíces, algunas atadas en haces y otras metidas en bolsas de tela. Sobre una repisa desnivelada se veía una hilera de tarros de barro.

La bruja se había puesto a mezclar las distintas hierbas sobre el pedazo de tela que le había cogido a Segismundo y había lavado a continuación.

—Esto os aliviará el dolor —dijo—. Estaba empezando a ponerse fea. —Cogió el emplasto, musitó unas palabras, se lo puso sobre la herida y con la ayuda de Segismundo colocó las vendas en su lugar.

Él se puso la camisa y se ató el jubón mientras la bruja lavaba las cosas que había utilizado. Benno se fijó en que tenía un ensalmo para cada una de ellas, y, aun pensando que más le convenía no oírlos por si acaso eran peligrosos, se dio cuenta de que no comprendía ni uno solo.

La bruja apagó la lámpara y sacó queso de cabra en un plato de corteza, algunos frutos secos, un pedazo de pan y un tarro de sal. Segismundo cogió un poco de todo, lo justo para probarlo, con el pretexto de que ya había comido. Benno, luchando con unos recelos nacidos del miedo, hizo lo mismo. La bruja se comió el resto como si hubiera estado en ayunas, sin glotonería, pero sin dejar ni una miga de queso o pan. Viéndola, Benno se arrepintió de haber comido, pero enseguida pensó que tal vez la hubiera ofendido si hubiese rehusado y decidió zanjar el asunto considerándolo una cuestión de etiqueta, de la cual sabía que no tenía ni idea.

—Gracias por vuestra hospitalidad. —La voz de Segismundo tenía mucho en común con el ronroneo del gato. Estaban todos sentados en el limpio suelo de tierra batida alrededor del fuego. La bruja se echó hacia atrás apoyando las manos en el suelo con los brazos rectos. La tela de su holgada túnica se pegó a su cuerpo.

—No os iréis, ¿verdad? —dijo.

Benno había dormido en lugares más cómodos que el suelo de la cabaña de la bruja. Esperaba, de todas formas, que la cama que su señor ocupaba en el altillo fuera más blanda, aunque no creía que en ese preciso momento semejante detalle le preocupara. *Biondello* estaba durmiendo en la curva que describía el cuerpo de su señor, al lado de donde había ardido el fuego.

Benno despertó: el perrillo se había puesto de pie bruscamente y había emitido un



gemido. Acababa de amanecer, según podía verse por la tenue luz que entraba por las rendijas de la puerta y la que se filtraba por alguna ventana que habría en el altillo.

La voz de Segismundo dijo, sin ningún énfasis en particular:

—Viene gente.

Al cabo de un momento Benno oyó unos pasos que se acercaban. Entonces, de modo alarmante, se detuvieron. Se hizo el silencio. *Biondello* se volvió y se metió en el jubón de su señor, quien se puso de pie.

De pronto la puerta recibió un golvazo y la cabaña se estremeció.

Segismundo aterrizó en el suelo al lado de Benno, hoz en mano, y dijo:

—Sácala por la ventana. Hay un terraplén aquí al lado. Escóndela y quédate con ella.

Benno subió por la escalera. Fuera se oyó una voz triunfal, agresiva, como una salmodia, y a continuación la puerta recibió un nuevo golpe. Segismundo levantó de una patada la tranca de su soporte y acto seguido la puerta se abrió de par en par dejando pasar a un joven que se precipitó al suelo de bruces. En el exterior, a la luz del amanecer, brillaba una antorcha; cuando el joven hizo ademán de levantarse, se encontró con la bota de Segismundo sobre el cuello y cayó a la base de la pared, donde permaneció inmóvil mientras los demás franqueaban la puerta en tropel y profiriendo gritos. Esperaban encontrar a una mujer asustada y lo que tenían delante era un hombre armado. La llama de la antorcha prendió en un haz de hierbas que empezó a arder de inmediato, iluminándolo todo con gran fuerza para extinguirse al cabo de un segundo y caer en forma de chispas sobre el joven que llevaba la antorcha. Éste se puso a gritar y, sacudiéndose las chispas, se retiró bajo los demás haces de hierbas. La luz reverberaba sobre el pecho y los hombros de Segismundo, sobre la tela blanca de su camisa, sobre su cabeza y sobre el acero que empuñaba. Uno de los hombres se abalanzó hacia la puerta y salió gritando algo sobre un diablo, y su lugar fue ocupado de inmediato por el hermano Columba, con el hábito recogido y los grandes ojos brillando a la luz de la antorcha.

En aquel preciso instante, la bruja bajó por las escaleras con la túnica echada sobre un brazo de manera que sus piernas aparecían desnudas, cogió un tarro del estante y los lanzó al altillo. El hermano Columba la señaló con un dedo y soltó una exclamación en latín. El único hombre que al parecer había venido armado llevaba una vara y trató de alcanzarla con ella, pero sólo atinó a dar a la escalera y como consecuencia del golpe sufrió un tirón en el brazo. Segismundo aprovechó la ocasión para asestarle un golpe con el mango de su hoz; la hoja del arma vibró delante de la cara del hombre, que levantó la vara y recibió un puñetazo en el vientre.

El hermano Columba, la paloma de Dios, se acercó a Segismundo con las manos metidas en las mangas del hábito. El techo ya estaba ardiendo y las llamas eran cada vez más altas; el joven de la antorcha, que seguía sacudiéndose las chispas del pelo y los hombros, ganó la puerta. El hermano Columba se quedó mirando fijamente a Segismundo. De pronto, sacó las manos de las mangas y descargó una de ellas sobre

la cabeza de Segismundo con un arma que éste apenas consiguió ver. El golpe fue desviado por un ágil brazo. Sin embargo, se trataba de una fusta de siete correas con ganchos en los extremos; los ganchos salieron despedidos, y algunos se le enroscaron en la muñeca y otros le produjeron cortes en la cabeza y el hombro. El fraile tiró de la fusta y se echó hacia atrás dispuesto a lanzar otro trallazo.

Segismundo podría, sin duda, haberlo matado, pero en lugar de hacerlo trepó por la escalera y se encaramó al altillo. Profiriendo un improperio en latín, el hermano Columba cogió la antorcha y se la lanzó. El fuego prendió enseguida en la cama.

El fraile ordenó a su cohorte que saliera de la casa y se quedó mirando cómo ardía, musitando una salmodia con los brazos en alto y gesto triunfal. A la luz de las llamas, los hombres que rodeaban la cabaña no parecían instrumentos de Dios, a menos que los demonios puedan ser considerados como tales. A excepción del que había resultado herido, todos estaban dando brincos y soltando aullidos y gritos de alegría. Cuando el pequeño edificio se vino abajo, continuaron bailando entre las llameantes ruinas, y así siguieron hasta que, con el sol ya alto, las brasas empezaron a extinguirse.

---

**«Nuestra búsqueda ha llegado a su fin»**

Al amanecer, el hermano Columba y su pequeña banda de entusiastas franqueaban la puerta del puente de Viverra, seguidos por otra persona ataviada con un humilde hábito de color marrón semejante al de los franciscanos. Al verla, el guarda, un hombre aficionado a la bebida y a los juegos de azar, concibió la esperanza de que el hermano Ambrosio fuera la siguiente persona en salir. En realidad, la persona que acababa de ver no llevaba el hábito apropiado sino una sencilla túnica de arpillera con capucha que le había dado un mendigo a cambio de una bolsa llena de monedas de oro. En un principio, el mendigo no había podido articular palabra debido, en primer lugar, al asombro y, luego, en cuanto hubo encontrado una vinatería que se atreviera a vender lo que buscaba, a la embriaguez. Incapaz de comentar lo que le había acontecido, ni siquiera se había dado cuenta del momento en que la bolsa lo había abandonado para irse con otro.

Descalzo y exultante, el joven príncipe se había alejado de la ciudad de su padre pensando en la facilidad con que había alcanzado sus objetivos, pese a estar convencido de que estaba rezando el rosario. Como todavía no estaba habituado a la concentración mental que requiere la oración a solas, ni se había dado cuenta del tiempo que llevaba con la misma cuenta entre los dedos.

Tras la conmoción que había causado en un primer momento el anuncio de que quería dedicar su vida a Dios, había sido su madre quien, curiosamente, le había expresado su apoyo. Mientras su abuela lloraba presa de un ataque de nervios, su madre, impertérrita como siempre, había cogido la capa de un cortesano y se la había puesto afectuosamente a su hijo sobre los hombros. Luego le había cogido la mano (libre ya de la necesidad de ocultar sus partes pudendas) y la había sostenido entre las suyas.

—Hijo mío, tus aspiraciones son nobles. Voy a escribirle a mi primo, el abad de Montesacra, quien estoy segura que te acogerá como novicio. Es un hombre de ideales austeros y será el guía que necesitas para llevar una vida santa.

Al principio, Francisco aceptó la sugerencia de su madre, aunque se sentía algo desconcertado al ver que no ponía reparos. ¿Acaso san Francisco no se había encontrado con la oposición de su familia cuando se había despojado de su ropa? Ciertamente, el príncipe Escipión lo había mirado con cara de pasmo; su abuela se había lanzado al suelo de rodillas para rogarle que reconsiderara su decisión; los cortesanos habían derramado lágrimas y le habían expresado su espanto, y los consejeros de su padre le habían manifestado su desacuerdo, y aun así, la conformidad de su madre

seguía restando valor a su sacrificio. Bueno, al menos de ese modo podría someterse a la estricta disciplina que, según había oído, regía en Montesacra, que era precisamente lo que deseaba.

La princesa conocía a su hijo muy bien, mejor de lo que él, engañado por la actitud desapasionada que era habitual en ella, podía llegar a imaginar. Sabía que mandando una carta a su primo el abad se aseguraría de que los rigores de la vida monástica pusieran a prueba la vocación de Francisco hasta el punto de hacerle cambiar rápidamente de idea.

Tras pasar cierto tiempo rezando en la capilla, Francisco llegó a la conclusión de que Montesacra no era lo que quería. Después de todo, había sido el hermano Ambrosio quien le había servido de inspiración para abrazar una vida santa, y el hermano Ambrosio no era un monje que viviera en el anonimato confinado entre los muros de un monasterio bajo las órdenes de un abad. No, el predicador era un fraile que gozaba de la libertad necesaria para vivir en el campo, en contacto con los seglares, y dar el ejemplo de un comportamiento ajeno a lo mundano. Que el hermano Ambrosio, en su condición de fraile, tuviera que cumplir órdenes para salir a predicar y que hubiera tenido que solicitar el permiso de sus superiores para atender la llamada de la princesa viuda eran circunstancias que el joven príncipe no se había parado a considerar. Por encima de todo, quería libertad, no sólo de las ataduras del mundo sino también de su familia y sus obligaciones. Si no había entendido mal, el predicador había dicho que sólo reconocía la autoridad de Dios.

Él, Francisco, sería un fraile como su santo patrón de Asís, o, mejor aún, primero sería ermitaño y llevaría una vida tan pura y desinteresada que pronto alcanzaría la fama y la gente, conocedora de su sabiduría, iría a verlo para rogarle que intercediera por ellos ante el trono celestial. Posiblemente también vendría algún abad. No era muy habitual que un heredero renunciara a un principado a los diecisiete años de edad.

Con esta idea en la cabeza, decidió ponerse en acción de inmediato. Aunque había decidido renunciar al oro, era lo bastante práctico como para llevarse una bolsa llena de monedas junto con un rosario y la ropa más sencilla que tenía. Necesitaba las monedas para que los sirvientes y guardias apartaran la mirada cuando saliera del palacio antes del amanecer. Aunque se hubieran enterado de su decisión, cabía la posibilidad de que pensarán que se había vuelto atrás o que iba a maitines.

El hecho de encontrarse tan pronto con el mendigo, cuya sucia túnica era muy parecida a la de un fraile, lo interpretó como una nueva señal de que su decisión contaba con el favor de Dios. Tal vez lo que descubrió a continuación también fuera un «favor» de Dios: la túnica no sólo le rozaba la piel (algo lógico tratándose de la piel de alguien que sólo estaba acostumbrado a la seda y el lino), sino que, además, el picor que le causaba seguramente se debía a la presencia de algún bicho. Por si eso fuera poco, olía. Fuera como fuese, el joven se consoló pensando que los santos soportaban los piojos al igual que la pobreza y que, además, de ese modo se ahorraría

la molestia de hacerse con un cilicio. Lo que tampoco tardó en descubrir era que las pedregosas calles eran..., bueno, pedregosas.

Al verse fuera de la ciudad, se detuvo y cruzó los brazos introduciéndolos en las mangas de arpillera, sorprendido de lo fría que podía llegar a ser la niebla a primera hora de la mañana en otoño si no se llevaba un abrigo de caza forrado de piel. Luego se puso en marcha rezando el rosario y sin tener una idea muy clara de adonde quería ir. Dios lo guiaría. De pequeño le habían dicho muchas veces que los ermitaños vivían en cuevas, aunque él no sabía si había cuevas en los alrededores. Aun así, lo mejor sería no entretenerse, pensó. Todavía estaba cerca de la ciudad y tenía que llegar lo más lejos posible antes de que la búsqueda que seguramente se organizaría en cuanto se descubriera que había desaparecido, diera comienzo. Dadas las circunstancias, decidió que lo mejor que podía hacer era, precisamente, encontrar una buena cueva, y como en las pinturas de ermitaños las cuevas siempre estaban en las colinas, pues tomó el camino de la colina. ¿A quién se le ocurriría buscar a un príncipe en una cueva? Entonces pensó en su familia. Estarían llorando su desaparición. Algún día, cuando sus plegarias y su vida de santo obtuvieran la remisión del purgatorio para su pobre e ignorante padre, lo comprenderían. Y se lo agradecerían. Lo que esperaba era que no encargaran su búsqueda al hombre de la cabeza rapada, el mismo que le había hecho pasar por la vergüenza de regresar a casa en un carro cargado de cebollas. A aquel hombre sí que se le podía ocurrir mirar en una cueva.

Mientras tanto, en el palacio su padre pasaba el calvario que el hermano Ambrosio le habría deseado por dedicarse a actividades pecaminosas. ¿Cuándo cesarían las calamidades? Al volver del sermón en el que había sido públicamente censurado y sus súbditos habían sido animados, en su presencia y en su propia catedral, a pensar que pronto moriría y sería justamente condenado, había sido testigo de la renuncia al mundo de su único hijo y heredero.

Nunca había estado muy unido a su hijo, quien al parecer sólo tenía interés en salir con sus amigos a cazar y beber y cortejar a las damas de palacio con intenciones románticas y a las mujeres de la ciudad con intenciones prácticas. En muchas ocasiones había deseado que Francisco mostrara inclinación por actividades menos triviales. Ahora, el destino, dando muestras de un gran sentido de la ironía, había decidido concederle el deseo.

Sin hijo al que dejar herencia, el príncipe estaba a merced de todo el mundo. Su posición había quedado inevitablemente debilitada. ¿Debería, tal como le había dicho su esposa, haber ordenado que arrestaran al hermano Ambrosio o incluso que lo asesinaran por incitar a la traición? Un Sforza o un Visconti lo habrían hecho. La única esperanza que le quedaba era que la Iglesia no aceptara un hijo único, un heredero, como Francisco.

Por si aquello fuera poco, sus enemigos intentaban envenenarlo. Al parecer, el hijo de Landucci había tratado de envenenar a la princesa, quien a su vez podía estar

buscando su perdición. Cabía la posibilidad, por otra parte, de que Gatta no fuera su defensor sino su enemigo.

Así pues, el príncipe Escipión permaneció en su habitación preguntándose si merecía la pena seguir adelante. ¿Y si ingería veneno por iniciativa propia y acababa así con todas sus cuitas?

En ese momento llegó un mensajero enviado por el doctor Virgilio. El príncipe había estado reflexionando sobre si, por el bien de su alma y de su gente, no debería despedir al alquimista. De esa manera resolvería al menos parte de sus problemas y aplacaría al hermano Ambrosio, quien se diría que gobernaba la ciudad. Sumido en las dudas, el príncipe cogió el papel doblado que le traía el mensajero y rompió el sello.

Era un mensaje corto, un mensaje que iba a disipar todas sus dudas.

«Venid rápidamente. Nuestra búsqueda ha llegado a su fin».

Aquello sólo podía significar una cosa: el doctor Virgilio había hecho oro.

---

**«Todo es vanidad»**

El boticario los tomó por una pareja de mercenarios del ejército de Gatta que venía por un emplasto para las heridas que habían sufrido en Mascia. El más alto, el que iba vestido de negro y llevaba la cabeza rapada, tenía encima de un ojo un feo corte que parecía reciente. La sangre estaba apenas seca y daba a su cara un aire más amenazador del que ya tenía. El único mal que sufría su compañero era, evidentemente, su falta de luces. A la ropa que llevaban los dos les hacía falta una buena lavada, pues estaba cubierta de paja y barro todavía húmedo. Había oído que el ambiente que se respiraba en el campamento era de descontento, así que no sería de extrañar que hubieran estado metidos en alguna pendencia. Fuera como fuere, los soldados pagaban bien, por lo que dejó a Mario en la rebotica preparando el ungüento de Pieta Casati para los ojos de su hijo y se esforzó por mostrarse cortés.

—Oh, maese Buselli, tenéis que ayudarme. —La muchacha, que había aparecido como por ensalmo, era sumamente bella; bastaba con lanzarle una mirada para saberlo. El boticario se quitó rápidamente los anteojos de encima de la nariz y los escondió detrás de un estante. Una lástima, aunque ahora al menos no tendría aspecto de ser tan viejo. La muchacha se había vuelto hacia los dos hombres, entre aspavientos y disculpas por haberse colado y echándose hacia atrás los rubios tirabuzones de su melena que de modo tan encantador asomaban por debajo de su gorra—. Perdonadme, señores, pero estoy desesperada. Mi señora tiene dolor de muelas y no puede más. Si no le llevo un remedio pronto, me molerá a palos. La muela está volviéndola loca.

—Llévale gordolobo en aceite de clavo y hazle un emplasto. Aunque lo mejor será que se arranque la muela.

Aquella clase de remedios ya estaban preparados, por lo que, desgraciadamente, sólo tuvo que entregar el paquete y coger el dinero. Lanzándole una sonrisa, trató de mantener por un momento la mano de la muchacha en la suya. Con suerte, volvería. Hacía falta valor para quitarse una muela, y si la señora de la muchacha lo tenía, ya se la habría arrancado tiempo atrás. La observó, sonriendo todavía inconscientemente, dar de nuevo las gracias a los mercenarios, y a pesar de tener la vista borrosa advirtió el movimiento de sus labios en el momento en que salía del establecimiento.

A continuación se volvió hacia los dos hombres con menos interés que antes.

—Necesitáis un ungüento, señor. Ese corte que tenéis encima del ojo no tiene buen aspecto. ¿Con qué arma os lo han hecho? —Se había vuelto de espaldas a los hombres para abrir unos cajones y seleccionar los ingredientes cuando una voz

profunda, sosegada y risueña contestó:

—No hay arma más peligrosa que un mayal en manos de un hombre celoso... — El boticario se volvió imaginando al mercenario, tan desnudo como su cabeza, retozando con alguna furcia en un pajar, y a un airado campesino golpeándole la cara en presencia de su esposa. Tendría que haberse movido con rapidez para evitar que le diera de lleno—. Y para lo que me ha servido... Aún no he conseguido sus favores, a pesar de todos los temores de su marido. —Adoptando un tono confidencial, el mercenario se apoyó en el rayado mostrador empujando la balanza. Tenía un físico tan importante que el boticario no pudo evitar preguntarse si la mujer en cuestión no lo habría rechazado por miedo a quedar aplastada debajo de su cuerpo—. ¿Tenéis algo para persuadir a una muchacha? Ya sabéis a qué me refiero... —dijo al tiempo que con el dedo índice se tocaba un lado de la nariz—. Algo que pueda echarle a una copa de vino y que le haga arder en deseos. ¿Qué me recomendáis?

Aquella era la pregunta decisiva. Benno, que permanecía boquiabierto detrás de Segismundo, oyó responder al hombrecillo. La necesidad de filtros debía de ser tan frecuente como la necesidad de amor. No cabía esperar que las personas respondieran con amor a quienes las deseaban. Donato Landucci no sería el único al que le haría falta ayuda, y lo extraño era que no hubiera recurrido directamente al boticario en lugar de jugar con los ensalmos de una bruja. ¿Qué necesidad había de un intermediario?

—Cómo no, señor. —El boticario se volvió y tocó uno de los tarros que había sobre el estante, el cual tenía algo escrito que Benno, naturalmente, no pudo entender—. Esto la hará arder en deseos todo lo que sea necesario, aunque no puedo garantizaros que por vos... —Rió disimuladamente—. Id con tiempo de sobra antes de que llegue su marido; de lo contrario malgastaréis vuestro dinero.

Segismundo, que miraba todavía el tarro que el hombrecillo había tocado, deletreó lo que había escrito en él:

—Cantare... ¿Qué significa eso?

—¿Cantare? —El boticario puso cara de extrañeza y, volviéndose nuevamente, acercó la cara al tarro y sacudió la cabeza—. Oh, no, señor. Os equivocáis. Es ésta la que he señalado. Cantárida, o carraleja. ¡Muy caro! Aunque no creo que os importe el precio, señor. —Grotescamente, imitó el gesto que había hecho Segismundo al tocarse la nariz—. Aunque, como os he dicho, tenéis que ir con tiempo de sobra, porque si no sus ardores servirán para calentar a otro hombre. Bien, en cuanto a la dosis...

—¿Y esa cantare? —Segismundo había sacado una moneda. El boticario parpadeó al verla, se inclinó para observarla mejor y volvió a parpadear—. ¿Qué habría ocurrido si me hubierais dado esos polvos por equivocación? —preguntó con tono de curiosidad y despreocupación al tiempo que hacía girar la moneda sobre la losa de mármol del mostrador. El boticario respondió con la misma naturalidad.

—Pues en lugar de hacerla arder en deseos se habría quedado fría como un



fiambre, señor. La cantarela es un veneno.

—Pero ella se habría dado cuenta por el sabor.

—No, señor. La cantarela es insípida y blanca como el azúcar refinado. —El hombrecillo guardó silencio por un momento, los miró fijamente y luego añadió—: Como comprenderéis, señores, esto no es de dominio público. —Mostrándoles la dentadura como si fuera una vieja comadreja, comentó—: Aunque los hombres de armas ya saben que hay gente que no mata de forma limpia. —La sonrisa zalamera que tenía en los labios era un reflejo del valor de la moneda que acababa de atrapar con los dedos—. Aquí tenéis vuestro unguento, señor. ¿Cuánto queréis de lo otro? —Una vez más tocó con los nudillos el tarro que tenía detrás de sí.

Segismundo se echó a reír.

—Pero bueno, ¿acaso estáis diciéndome que la mate? Como se entere su marido, hará lo mismo conmigo sin ayuda de vuestra cantarela.

Al igual que antes, el boticario se había vuelto, haciendo un gesto de desaprobación por la equivocación que había cometido, aunque ahora se mostraba algo aturdido y sorprendido. Buscó a tientas sus anteojos en el estante, los cogió y se los encajó firmemente en la nariz. Segismundo había abierto la bolsa del unguento y estaba untándose las heridas que tenía sobre el ojo y en la mejilla, recuerdo del hermano Columba. Cuando terminó, miró al boticario con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Eh! Ya noto el efecto. Decidme, si pusiera un pellizco de esos polvos de cantarela en mi copa de vino, ¿cómo sabría que me habría equivocado?

—Pues os pondríais a sudar, sufriríais retortijones, temblaríais como un azogado y a continuación tendríais diarrea y vomitaríais. —Se había animado con la descripción. Había sido una muestra profesional de sus conocimientos—. Luego moriríais y nadie sabría por qué. —Los dientes de comadreja aparecieron de nuevo por un momento. Benno se preguntó cuántas esposas habrían pagado a aquel hombre para que las ayudara a enviudar.

Segismundo había estado escuchando con respetuosa atención, al igual que, inadvertido por el boticario, un muchacho vestido de terciopelo azul y piel y tocado con un sombrero de plumas que había entrado poco antes en la botica y se había quedado oculto entre las sombras al lado de la puerta. Cuando el boticario hubo acabado, el muchacho avanzó y lo saludó moviendo la cabeza alegremente.

—Muy bien, maese Buselli. Acabáis de darnos una descripción exacta de lo que le ha sucedido al embajador veneciano. No se habla de otra cosa en la calle. Ayer cayó al suelo delante mismo del príncipe y hoy ha muerto al amanecer. Y nadie sabe por qué, como vos habéis dicho. ¿No habrá venido alguien por aquí últimamente a compraros esos polvos? —preguntó dando un codazo a Segismundo. Era demasiado joven y estaba demasiado seguro de sí como para creer que aquel hombre grande y de aspecto peligroso podía tomar a mal lo que acababa de hacer. Era rico, de buena familia y vivía en el palacio. Nada podía hacerle daño y la agónica muerte por

envenenamiento de otra persona era para él más bien motivo de diversión que de pesar—. Vengo por la crema facial de su alteza la princesa —dijo sonriendo al tiempo que se calaba el sombrero sobre los rizos—. Oyendo hablar a la gente después del sermón cualquiera diría que las muchachas de palacio tienen el cutis como lo tienen gracias al rocío de la mañana. De todas formas, su alteza la princesa no es tonta, y ya no es una muchacha, aunque, eso sí... —el muchacho puso sus grandes ojos pardos en blanco al tiempo que alzaba la cabeza en dirección al techo—, es una verdadera preciosidad. —Segismundo se había vuelto para mirarlo. El paje, al reconocerlo, lo señaló con el dedo—. Vos deberíais saberlo. Sois el hombre que trajo la noticia de Mascia, ¿verdad? Yo estaba entre los miembros del séquito cuando llegasteis. A propósito, el príncipe quiere veros, según he oído. Han ocurrido cosas de las que no puedo informaros aquí —añadió señalando con la cabeza al boticario, que lo miraba con el paquete en la mano y cara de inquietud. El paje cogió el paquete y dijo—: Adiós, maese Buselli. Y no os olvidéis de ponerle una tapa a vuestro tarro de los venenos mientras los venecianos buscan a alguien a quien colgar.

El muchacho salió lanzándose el paquete de una mano a otra y riéndose alegremente de su propia broma. El boticario se había dejado caer sobre un taburete que había detrás del mostrador, por lo que Benno y Segismundo apenas pudieron verlo y mucho menos oírlo cuando salieron detrás del paje. Benno se preguntó si el boticario, que era el proveedor de palacio, también abastecería al alquimista de sus extraordinarias mercancías.

Un barbero había levantado su puesto al lado de la botica y estaba sacudiendo la toalla que había puesto sobre los hombros de un cliente. Benno tuvo que apartarse para que no le cayera encima el pelo. Otro hombre, con el brazo desnudo y la cara amarilla debido a la luz del toldo que cubría el puesto, esperaba pacientemente a que lo sangraran; un perro tan amarillo como él aguardaba a su lado con la misma expresión de paciencia. Benno notó que *Biondello* se movía en el interior de su camisa mientras corría por la calle siguiendo a su señor.

Cuando llegaron a la tienda de los verduleros, Segismundo dijo mientras cogía un melón y lo apretaba y olía para saber si estaba maduro:

—Recuerda, Benno: todo es vanidad, como dice el predicador. Si maese Buselli no hubiera intentado impresionar a una hermosa muchacha, seguramente le habría ahorrado más de un problema a Viverra.

---

## Salir de inmediato

—Alteza, estoy convencido de que los confites estaban envenenados debido a un error. He interrogado a las personas implicadas. —Segismundo estaba de pie, relajado, con las manos cruzadas delante. El príncipe Escipión, encorvado en un sillón, tenía una mano sobre los ojos como si quisiera protegerse de revelaciones poco gratas.

—¿Qué os hace pensar que no os han mentido? —Gatta estaba detrás del príncipe, apoyado en la pared pintada, con los brazos cruzados. Tenía más control sobre el destino de Viverra que el mismísimo soberano. En una de las hornacinas que había sobre su cabeza se veía un musculoso Hércules de bronce, reafirmando su triunfo sobre el león de Nemea, que yacía a sus pies. Parecía que la estatua imitaba la postura del condotiero—. Ordenad que los traigan y que los interroguen como es debido. Entonces veremos si mienten o no. —Para ser un hombre que conocía los efectos del dolor mejor que nadie, Gatta mostraba una conmovedora fe en la tortura como medio para obtener la verdad. Después de todo, ser sospechoso equivalía por regla general a ser hombre muerto, de manera que la tortura sólo era un modo de adelantar lo inevitable. El príncipe miró a Segismundo desde debajo de su mano protectora, de la cual colgaba el gran anillo del escudo de Viverra.

—¿Entonces es cierto que Donato Landucci quería seducir a su alteza la princesa? Segismundo se encogió de hombros de manera casi imperceptible.

—La pasión de un muchacho por la mujer más hermosa de Viverra... —El tono de su voz daba a entender que el muchacho no tenía realmente la culpa. El príncipe, sin embargo, no parecía dispuesto a aceptar que a su esposa le hubieran suministrado afrodisíacos en secreto, aun cuando el plan hubiese fracasado. Cuando Segismundo había hablado con la princesa sobre Donato, había notado en sus palabras algo que podía significar que entre ellos había ocurrido algo más de lo que ella le había dicho. De ser así, sin embargo, era poco probable que se lo hubiera contado a su marido. Gatta volvió a hablar.

—¿Y dónde está ahora esa curandera? —Segismundo había evitado deliberadamente utilizar la palabra «bruja» en su relato—. Como el hermano Ambrosio le ponga las manos encima, quedará reducida a cenizas en un instante. —Gatta rió, mostrando sus dientes torcidos—. Pero el culpable no es ese muchacho. —Se apartó bruscamente de la pared, dio un paso hacia adelante y descargó un puñetazo sobre la mesa. El príncipe dio un respingo y contrajo la boca violentamente—. ¡Es Landucci! ¡Landucci una vez más! ¿No comprende vuestra alteza que ese viejo zorro

está tramando algo? ¿Y si el muchacho sabía realmente que estaba poniendo cantárida en los confites de su alteza la princesa? ¿Y si esa arpía curandera que fue a ver estaba a sueldo de su padre? ¿Y si el muchacho en realidad no fue a ver a nadie? —Apoyando los nudillos sobre la mesa al lado del príncipe, el condotiero miró fijamente a Segismundo con los dorados ojos que le habían valido el sobrenombre de *el Gato* y volvió a sonreír aunque con menos afabilidad que antes—. ¿Y si hay más personas de Landucci a sueldo?

Aquello equivalía a arrojar un guantelete. Dejarlo en el suelo era casi tan peligroso como recogerlo. Sin embargo, antes de que Segismundo pudiera contestar, otra persona dio un paso hacia adelante, una persona que había permanecido, con los brazos en jarras y la cabeza ladeada, como si fuera un espectador crítico de una obra de teatro, lo bastante lejos del príncipe como para que pareciera que no estaba bajo su inmediata autoridad y lo suficientemente cerca de Gatta como para que quedara claro quién era su señor. Michelotto sonreía, como de costumbre.

—¿Por qué no hacéis llamar a Landucci y lo confrontáis con su hijo y con su... espía?

—No, no... —El príncipe parecía azorado, seguramente porque creía que Segismundo era precisamente el espía al que había encargado que vigilara al hombre cuyo capitán acababa de hacer aquella sugerencia. Al ver que Gatta se volvía hacia él, se encogió de miedo y lo miró de mala gana a los ojos.

—¿Por qué no, alteza? Si Landucci es la araña que se encuentra en medio de esta tela, sacadlo de ella y veamos qué nos dice. Michelotto puede traerlo a Viverra, y si se pone terco, podemos despedazar a su hijo en su presencia y arrancarle de ese modo la verdad acerca del veneno.

El príncipe, que no se animó al oír aquella atractiva sugerencia, pese a lo sensata que parecía a primera vista, lanzó una mirada de pesadumbre a Segismundo, que permanecía en silencio delante de él. Michelotto rodeó la mesa y cogió cariñosamente a Segismundo por los hombros. El príncipe, a pesar de su abatimiento, se preguntó por qué dos hombres sin pelo podían tener cabezas tan distintas. Michelotto tenía las orejas puntiagudas, lo cual le confería aspecto de fauno, mientras que el gran físico de Segismundo irradiaba una majestuosidad que hacía pensar que era el más fuerte de los dos. Ojalá las mentes fueran tan transparentes a los ojos de...

—Alteza, si Ridolfo Ridolfi está de acuerdo... —Michelotto pronunció el nombre completo de su comandante con tono solemne—, permitidme que proponga que el señor Segismundo me acompañe a buscar a Landucci.

Segismundo ciñó la cintura de Michelotto con un brazo de hierro.

—No hay nada que pudiera desear más, alteza. Si se me acusa de colaborar con vuestros enemigos, dejadme entonces que os sirva trayéndolos a vuestra presencia para que hagáis justicia. —Se volvió y miró afablemente a Michelotto, cuya sonrisa era tan tensa como incómoda su postura—. Vos, señor, me observaréis en todo momento y luego informaréis a su alteza el príncipe si Landucci me conoce o no.

—Pero es necesario que os quedéis aquí. Mi hijo ha desaparecido y vos le encontrasteis la otra vez. —El príncipe estaba inquieto. Resultaba imposible hacer frente a todo lo que ocurría: la alegría que había supuesto para él el éxito en la búsqueda del oro, una alegría que permanecía en el trasfondo de todo lo que estaba sucediendo en aquel momento; la emocionante noche en vela que había pasado con el doctor Virgilio acariciando un reluciente pedazo de oro y tratando de repetir el afortunado experimento; la ansiedad que lo embargaba a causa de la noticia de que su hijo y heredero no sólo había renunciado al mundo sino que, además, había desaparecido; el saber que su propia vida corría peligro, como habían probado los guantes envenenados y tal vez también los confites... Se sentía inseguro y físicamente débil. Su protector debería ser el hombre que tenía a su lado, el hombre que había firmado un contrato para luchar por él y que había derrotado a los traidores Carlotti y Landucci, y, sin embargo, la persona con la que se sentía más seguro era el misterioso hombre que tenía delante.

Por otro lado, si aquel hombre era realmente leal, acompañar a Michelotto le daría la oportunidad de averiguar cuáles eran los objetivos de Gatta con mayor facilidad que si permaneciera al lado, precisamente, de éste. Michelotto estaba al corriente de los planes de su comandante, de manera que tal vez Segismundo lograra hacerle hablar; quizá pudiera enterarse de qué intenciones tenía Gatta.

El príncipe se aclaró la garganta con un gesto autoritario y apoyó las manos en la mesa que tenía delante.

—Aunque nos sois necesario aquí, estamos de acuerdo. Iréis los dos y nos traeréis al conde Landucci para que responda de los cargos que se le imputan a él y a su hijo. Tenéis nuestro permiso para salir de inmediato.

---

## La cueva

Aproximadamente a la misma hora en que Segismundo emprendía el viaje en pos de Landucci, del que debería estar de vuelta al día siguiente a la misma hora, y el príncipe Escipión se retiraba a su meridiana, a una partida de búsqueda integrada por miembros de la guardia del príncipe se le negaba la entrada e incluso la posibilidad de parlamentar en un priorato dominico situado a un kilómetro y medio de la ciudad. Los guardias interpretaron la negativa como una prueba de culpabilidad (seguro que aquella gente estaba ocultando al príncipe Francisco) y volvieron apresuradamente a Viverra a recibir nuevas órdenes.

También aproximadamente a aquella hora, el príncipe Francisco encontraba su cueva.

Había sido una búsqueda larga y frustrante. El amanecer, momento en que, sumido en un estado de gran exaltación, había iniciado la marcha, resultaba muy lejano a la caída de la tarde. No tenía nada para comer. Se figuraba que los frailes franciscanos (la túnica que había adquirido le hacía parecerse a uno) sólo tenían que extender las manos en actitud de pedir para que se los colmara de bendiciones, de las cuales la comida sería la manifestación material. Desgraciadamente, no se había encontrado con mucha gente en el camino de la colina, por lo que no se habían ofrecido muchas oportunidades para que se diera alguna muestra de semejante caridad. Cuando por fin había llegado a una aldea, un fornido campesino con un azadón al hombro lo había amenazado sacudiendo el puño delante de la nariz al tiempo que le decía que se mantuviera alejado de su esposa. Imposible explicarle a ese bruto que él no era la clase de fraile divertido que aparecía en las historias de maridos cornudos y monjas lujuriosas que solían contarse en la corte después de la cena, sino que había renunciado a todos los pensamientos impuros al igual que había renunciado a sus derechos en Viverra. La acogida que se le había dado en la aldea no había sido mucho mejor. Un perro de mala raza había intentado morderle el talón y había acabado por arrancarle un pedazo de su repugnante hábito. Los niños de la aldea se habían desternillado de risa al ver cómo trataba de desembarazarse del animal. Luego había seguido su camino con la creciente convicción de que los seres humanos no eran dignos de confianza y de que Dios era el único refugio con que el hombre podía contar. De lo que nunca se enteraría era de que había sido precisamente el respeto hacia su hábito lo que había impedido que quedara sepultado bajo una lluvia de piedras.

No muy lejos de la aldea vio un bosque por el que pasaba un arroyo. Se sentó en

una parte de la orilla que estaba cubierta de musgo y puso los pies a remojo en la bendita agua fría. Los tenía doloridos, polvorientos y manchados de sangre por los pequeños cortes que le habían producido las piedras y las ramas. No recordaba haber visto frailes descalzos cojeando como él lo había hecho durante los últimos dos o tres kilómetros, aunque luego pensó que ellos habrían tenido tiempo para que se les formaran callos, con lo cual se veían privados de la mortificación que él estaba padeciendo. Rezó una oración de acción de gracias tanto por el sufrimiento como por el agua y bebió con las manos sin saber lo afortunado que era al estar haciéndolo río arriba de la aldea. Se secó los pies con el hábito, con lo cual lo que consiguió fue dejarlos tan sucios como se le habían puesto antes de llegar al arroyo, y mientras lo hacía se fijó en unas bayas de color púrpura que iluminaba un rayo de sol que caía sobre un arbusto cercano. Se puso de pie de un brinco y se acercó corriendo a él; cogió las bayas, las arrancó y se las metió en la boca con más entusiasmo que el que había mostrado ante muchas golosinas de palacio glaseadas de azúcar. Eran de sabor amargo, pero lo aceptó como una nueva mortificación. No había nadie cerca para decirle que si se encuentran bayas en un bosque cercano a una aldea, lo más probable es que sigan en el arbusto por una razón de peso. Antes de abandonar el bosque, el príncipe estaba en el suelo a gatas vomitando sobre el musgo, acordándose, a pesar del dolor, de los ataques de su padre y compadeciéndolo sinceramente por primera vez.

Se quedó tumbado en el suelo, débil y jadeante, preguntándose si ya estaría fuera de peligro o si, por el contrario, moriría. Entonces recordó los atropellados comentarios que había oído en el palacio antes de irse acerca del envenenamiento del embajador veneciano y se preguntó si el señor Loredano habría sufrido tanto como él. Le dolía todo el abdomen. Primero había circulado el aterrador rumor de que el embajador había muerto a causa de la peste, que se cernía sobre Viverra desde hacía cierto tiempo, avanzando kilómetro a kilómetro procedente del este. Luego se había difundido la noticia, tranquilizadora dadas las circunstancias, de que sólo se trataba de veneno, precisamente la causa de que pocos días atrás hubiese muerto la bella y tonta Ginebra Matarazza.

Permaneció tumbado en el suelo a la espera de sentirse mejor, dejando que los pensamientos acudieran libremente a su mente y olvidándose de repetir sus oraciones. Fuera quien fuere la persona que había matado a Ginebra, era poco probable que hubiese dado muerte al señor Loredano guiado por el mismo móvil; sin embargo, un paje había elaborado una ingeniosa teoría según la cual el asesino era un amante celoso del éxito que el embajador había tenido con Ginebra. A esto los demás pajes habían respondido diciendo que el señor Loredano sólo había mostrado interés por los muchachos y que ellos podían atestiguarlo; además, en el caso de que la teoría fuera sostenible, el misterioso amante también habría tenido que matar a Gatta.

Francisco sabía algo que nadie había dicho hasta el momento: que la muerte podría ser una complicada venganza de su padre. En el pasado, antes de su reciente

disputa con el Papa, Venecia había sugerido al Santo Padre que Viverra, en su condición de estado papal, requería el gobierno de una personalidad más fuerte que la del príncipe Escipión. Tal vez todos los problemas de su padre tuvieran ahí su origen.

Luego, cuando había ido a hablar con su querido amigo Donato, se había enterado con profunda sorpresa de que lo habían encerrado en la prisión del viejo castillo por envenenar unos confites. ¿Habría estado engañándolo desde el principio? ¿Sería un enemigo tan traicionero como su padre, el conde Landucci? ¿Habría tratado de envenenar a la princesa de la que aseguraba estar enamorado?

Francisco sintió un nuevo retortijón en el estómago. Se revolvió y profirió un gemido. En cuanto Donato hubiera acabado con los príncipes, habría ido seguramente por él. El hermano Ambrosio estaba en lo cierto: «No se puede confiar en nadie, ni siquiera en tu mejor amigo. Busca a Dios». Francisco se dio cuenta entonces de que no había estado rezando. «Reza constantemente». Eso era lo que el hermano Ambrosio le había recomendado encarecidamente. «Busca la soledad, donde viven los pájaros y los animales, las inocentes criaturas de Dios».

Un pájaro que volaba por el bosque ocupado con sus cosas enmudeció al pasar por encima de él. El príncipe notó que algo le caía sobre la cabeza y, al ver de qué se trataba, se preguntó si debía tomarlo como un comentario sobre sus pensamientos o si era, tal como decía su vieja niñera, un buen presagio.

Si el pájaro iba en busca de refugio, significaba que el tiempo iba a cambiar. En tal caso, se trataba de un mal presagio. Cuando Francisco hubo terminado de expulsar las bayas y se hubo sentado en el musgo en espera de recuperar las fuerzas necesarias para buscar la cueva a pesar de que tenía el estómago más vacío aún que cuando había visto el arbusto, el bosque quedó repentinamente cubierto por las sombras, como si un pájaro gigante estuviera sobrevolándolo. Los árboles empezaron a agitar las ramas como si se sintieran inquietos y las hojas se precipitaron en remolinos sobre las que ya había en el suelo, que se movían como si fueran pequeños animalillos que hubieran echado a correr en pos de abrigo. Francisco oyó un estruendo sordo en el cielo y alzó la vista. Sabía lo que aquello significaba.

¿Debería buscar refugio bajo un árbol o hacer un nuevo esfuerzo por encontrar la seguridad y protección de una cueva? El movimiento de las hojas le recordó que los bosques en que acostumbraba a cazar eran parecidos a aquél y que, aunque los jabalíes son siempre peligrosos, lo parecen mucho menos cuando se los ve desde la altura de un buen caballo o, si se está en el suelo, cuando se dispone de una buena lanza y se está rodeado de hombres armados. Haciendo un esfuerzo, Francisco se puso de pie. «Dios ten piedad —rezó—. Ten piedad de todos los que sufren y permíteme encontrar una cueva».

Dios, sin embargo, se demoraba, aunque sus razones tendría para ello. Cuando salió del bosque Francisco se encontró con la tromba de agua. Avanzó con paso inseguro, sin poder ver dónde pisaba, mientras el agua corría entre las piedras y la lluvia goteaba de su cogulla como si fuera una cascada privada. Sumido en su



desgracia hasta el punto de que no sabía si iba colina arriba o colina abajo, enjugándose el agua que le resbalaba por la nariz y la barbilla y con los pies tan fríos que apenas le dolían, a punto estuvo de escapársele lo que un súbito relámpago (el dedo de Dios) le mostró.

Detrás de la cortina de agua, más oscuro que la brillante superficie rocosa que se veía entre los cantos que cubrían la colina, había un agujero. Todo indicaba que no había ningún sendero que llevara hasta él y un pequeño arbusto que crecía poco más arriba lo ocultaba a la vista. No había duda: había encontrado su cueva. Subió hasta él trabajosamente, resbalando sobre un talud, y apartó las empapadas ramas para entrar. Dentro estaba oscuro, pero la temperatura era agradable después del frío de la lluvia. Nada más entrar, Francisco se acordó de caer de rodillas y dar gracias. ¿Qué eran el hambre y la lluvia en comparación con la señal de que Dios cuidaba de él y por lo tanto bendecía sus propósitos? En aquella cueva viviría y moriría, aunque probablemente tendría que pasar antes muchos años entregado a la contemplación y ganándose el amor de todos (en aquel momento le vino a la mente una imagen del campesino de la azada) llevando una vida ejemplar.

Se levantó, volvió a ponerse la cogulla y empezó a explorar la cueva. Enseguida descubrió otra señal de Dios. ¡Lo había provisto de comida! No había un cuervo para alimentarlo, pero tampoco tenía aún la envergadura de un Elías. A poca distancia de la entrada, había un hueco en la roca, en lo alto, lleno de manzanas y nueces. Sin pararse a pensar si aquella bendición podía haber llegado allí por algún medio que no fuera espiritual, se puso a comer, cascando las nueces con una piedra, y sólo se detuvo cuando se le ocurrió que, en el caso de que Dios no le mandara el desayuno, por la mañana seguramente agradecería disponer de una manzana.

Después de quitarse el hambre (a pesar de que las manzanas no llenaban mucho y de que seguía con el estómago revuelto), decidió que lo siguiente que debía hacer era entrar en calor y secarse la ropa. Dios no lo había provisto de una hoguera, pero (Francisco volvió a dar gracias) disponía de todos los materiales necesarios para encender una. Como estaban amontonados en un lugar en el que el muro describía un ángulo agudo con respecto al empinado suelo, tuvo que arrastrarse para llegar hasta ellos. Había unos cuantos leños e incluso ramas secas con que hacer astillas. Francisco había visto hacer hogueras al aire libre, por lo que comenzó a llevar la madera a la entrada de la cueva, satisfecho de saber que debía encender el fuego en un lugar donde no fuera a asfixiarlo. Entonces se dio cuenta de que no tenía con qué hacerlo.

Volvió a mirar en la cueva. Ésta, que era una gran fisura en la roca más que el hueco abovedado que había imaginado, no contenía nada con que encender fuego, por lo que ni siquiera si hubiera sabido qué buscaba lo habría encontrado. Acordándose de que había visto utilizar yesca y pedernal para tal fin, se preguntó por qué Dios no se los habría proporcionado. Y es que el arbusto que había a la entrada no ardía sino que chorreaba agua.

Aunque no había manera de encender fuego, al fondo, donde la cueva se curvaba, Francisco encontró algo que le pareció igual de importante: una cama. Sobre unas ramas de pino había un montón de hierba seca cubierto con una tela de arpillera; encima de ésta debía de haber hierbas aromáticas, porque olía a romero y tomillo. De pronto se dio cuenta de lo agotado que estaba y de todos los kilómetros que había caminado descalzo aquel día, de manera que se quitó el maloliente y mojado hábito, se tumbó y se tapó con la tela. Con el olor de las hierbas y el relajante sonido de la lluvia que caía fuera, no tardó en quedarse dormido. Las camas de palacio nunca le habían parecido tan cómodas.

Cuando despertó aún no había dejado de llover. Otro sonido, familiar pero distinto del de la lluvia, le hizo dar un respingo, volverse y parpadear. Cerca de donde se encontraba crepitaba una hoguera. La madera se había movido, y ahora ardía lanzando unas llamas brillantes en forma de pétalo. A su luz, Francisco vio algo mucho más extraño. Al lado del fuego había una mujer, una muchacha de melena oscura y suelta. Ante sus propios ojos, empezó con sinuosa gracia a desnudarse. Francisco se apoyó sobre un codo para asomarse a la curva que describía la cueva.

Aquello tenía que ser una señal de que el diablo lo había reconocido. San Antonio había recibido en el desierto la visita de varios demonios con forma de mujer. Las pinturas que Francisco había visto mostraban a los demonios ataviados con vestidos de piel que dejaban al descubierto el pecho y los muslos de una manera indecorosa. Este demonio, en cambio, no llevaba nada. La muchacha había dejado su ropa extendida cerca del fuego y se había acurrucado completamente desnuda al lado de las llamas de forma que su larga melena quedara cerca de ellas.

Debería actuar. Debería salir repentinamente y acercarse a ella con el rosario en la mano para obligarla a regresar a su morada infernal. Al menos dos razones lo frenaron. En primer lugar, se trataba de un demonio sumamente atractivo. Sacarle todo el partido a una tentación sólo podía suponer ventajas. En segundo lugar, no se sentía en absoluto capaz de ponerse en acción y protagonizar un episodio dramático. En realidad se sentía débil y febril; la lluvia del día anterior lo había dejado helado y ni siquiera sabía con seguridad si no estaba sufriendo una alucinación. Además, estaba desnudo.

No podía olvidarlo: era el diablo, que había venido para intentar frustrar sus propósitos de santidad. Francisco no sabía lo que era el orgullo espiritual (al fin y al cabo, hacía bien poco que había empezado a oír sermones), por lo que no podía asociarlo a la idea de que Satán tuviese un interés especial en luchar por el alma de un futuro príncipe o, cuando menos, por la de alguien que habría sido príncipe si no hubiera sacrificado todas las cosas terrenales. No, demostraría al diablo que estaba a la altura de las circunstancias.

Animado por esa idea Francisco se puso en pie, precariamente vestido con la tela de arpillera, y salió de las sombras extendiendo la mano en que llevaba el rosario.

Ni siquiera había imaginado lo que podía suceder. Los demonios que

atormentaban a san Antonio con su apetitosa carne desnuda aparecían en las pinturas en el momento en que, provistos de cuernos y cola, alzaban el vuelo para escapar del buen santo. Aquella criatura, en cambio, no tenía ni idea de cómo debía comportarse. Cuando lo vio aparecer, dio un respingo, cogió rápidamente la ropa para taparse y volvió a acurrucarse al lado del fuego. Sus ojos brillaron a la luz de las llamas; Francisco vio entonces otro brillo que lo hizo detenerse bruscamente. La muchacha tenía en la mano un cuchillo largo y curvo y parecía dispuesta a clavárselo en el corazón en cuanto se moviera.

---

## El rescate

El castillo de Landucci causó una gran impresión a Benno. Parecía antiguo, tanto como el viejo castillo de Viverra que el príncipe Escipión utilizaba como laboratorio y como prisión. Éste, sin embargo, no estaba en ruinas y, al estar achatado sobre un montículo, producía el efecto de un enorme y amenazador sapo de piedra que parecía vigilarlos mientras ascendían por el sendero que conducía hasta él. Benno comprendió por qué Landucci se había sentido inexpugnable en ese lugar y se había atrevido a desafiar a su señor, el príncipe Escipión. Cuando la tropa de Michelotto franqueó la gran puerta, Benno, que seguía de cerca a Segismundo, se preguntó cómo demonios habría conseguido Gatta meter a Landucci en cintura. El ataque de Mascia había sido un espectáculo sucio y aterrador, y, si Segismundo no hubiera matado a Scala con tanta rapidez, durante el último ataque podría haber acabado siendo muchísimo más sucio. Durante la noche, a la luz de las hogueras de campamento, Benno había observado a los soldados con gesto embobado y había averiguado que era algo insólito que un condotiero se comprometiera a realizar acciones que pudieran resultar contraproducentes. Un condotiero prefería que le pagaran para no luchar y, desde luego, se oponía a perder un número excesivo de hombres, ya que, al fin y al cabo, éstos constituían su capital. Por otro lado, los condotieros que no cuidaban de sus hombres no podían luego esperar formar un ejército fuerte. Lo que había dado al asedio de Mascia un carácter excepcional había sido la enemistad personal entre Scala y Gatta.

—Querría pedirlos un favor, amigo mío. —Michelotto había arreado a su caballo para ponerse al lado de Segismundo en la cabeza del grupo. Benno vio cómo su señor volvía la cabeza con una sonrisa en los labios—. Cuando volvamos con Landucci esta noche, ¿os importaría cabalgar a su lado y vigilarlo? Mientras estemos en su condado, cabe la posibilidad de que su gente sea tan estúpida como para intentar rescatarlo. Sin embargo, si la persona que acabó con Scala cabalga al lado del conde, ningún intento de rescate puede tener éxito.

—Me honráis.

Benno advirtió cierto sarcasmo en la respuesta de su señor. Segismundo le había dicho que Michelotto había pedido que lo acompañara a buscar a Landucci para ver cómo se comportaba ante el traidor. Benno no le veía ni pies ni cabeza a aquello. ¿Qué tenía que ver su señor con Landucci?

Cuando llegaron a sus aposentos, Landucci no dio ninguna muestra de reconocerlo. Había estado jugando al ajedrez. El tablero aún se hallaba sobre la gran

plataforma de la cama, con las piezas torcidas, al igual que su sombrero. Parecía que se lo había puesto a toda prisa, justo en el momento en que, a fin de tener un aspecto más digno, se había sentado en la cama. Cuando los miró, primero a Michelotto y luego a Segismundo, su cara, morena y arrugada, dejó entrever lo mucho que le disgustaba su visita. Juntos, con sus cabezas rapadas, producían una impresión extraña.

—¿Qué quiere de mí el príncipe Escipión?

Michelotto hizo la reverencia más exagerada y llamativa que cupiera imaginar.

—El príncipe Escipión os quiere *a vos*.

Landucci se puso de pie.

—¿Por qué? ¿Qué se supone que he hecho?

—Tenéis que responder por lo que vuestro hijo ha hecho.

Aquella respuesta dio pie a que una mujer que estaba sentada en la cama, tocada con una redecilla plateada, soltara un gemido. Por la belleza de sus facciones, se diría que era la madre de Donato; el hecho de que permaneciese sentada cuando Landucci se puso de pie demostró que se trataba de la esposa del conde.

—¿Mi hijo? —exclamó Landucci—. ¿Qué se supone que ha hecho?

—Envenenar al príncipe Escipión —dijo Michelotto saboreando las palabras. La esposa de Landucci se llevó las manos a la boca como para ahogar un nuevo gemido. Su marido parecía más confuso que alarmado.

—¿El príncipe quiere verme y aun así decís que ha sido envenenado?

—Evidentemente, aquel hombre esperaba llegar tarde al entierro.

Michelotto, sonriente, estaba disfrutando con el misterio.

—No podéis ni imaginar lo activo que se ha mantenido vuestro hijo, señor Landucci. En primer lugar, la señora Ginebra Matarazza murió a causa de unos guantes envenenados...

—Hemos recibido la noticia de su muerte. ¿Quién dice que mi hijo está relacionado con ella? Cualquiera persona podría haber puesto los guantes en el arcón. La señora Ginebra era lo bastante estúpida como para ponérselos.

Era evidente que el conde no sentía ninguna simpatía por la pobre Ginebra, que desdichadamente se había interpuesto entre el príncipe Escipión y la muerte.

—Cualquiera, desde luego. —Michelotto, a quien la esposa de Landucci observaba con terror, puso cara de pesar—. Pero ¿sabéis? Si se demuestra que vuestro hijo dio los confites envenenados a la princesa sabiendo que ésta iba a pasárselos a su marido, lo más natural será pensar... —la expresión de pesar fue substituida por una luminosa sonrisa—. Bien, que también fue él quien envenenó los guantes.

Landucci dio un paso hacia adelante con el rostro crispado por una rabia súbita y violenta.

—¿Y qué culpa tengo yo? ¿Por qué venís por mí? Mi hijo es vuestro rehén para que tengáis una garantía de mi buen comportamiento, no del suyo. Está bajo la responsabilidad del príncipe, de modo que éste no puede tocarme.

—Por desgracia —la expresión de pesar volvió a la cara de Michelotto—, puede, y va a hacerlo. Tenéis que acompañarnos a Viverra de inmediato.

—¿Qué le sucederá a mi hijo? ¿Qué habéis hecho con él? —La madre de Donato se había puesto de pie y se había acercado a Segismundo, quien había permanecido todo el rato en silencio al lado de Michelotto. Ella, tras observar detenidamente a los dos hombres, había decidido cuál de los dos tenía la expresión más amable, pese a que habría sido difícil establecer un acuerdo unánime al respecto—. No lo habréis matado, ¿verdad? —Debido a las lágrimas, apenas podía articular palabra. Segismundo se inclinó y le permitió que lo condujera al lado del alféizar, donde hablaron durante unos segundos. Se pudo oír asegurarle con voz profunda que, aunque su hijo estaba encerrado en una celda del viejo castillo, seguía con vida y se encontraba bien. Mientras hablaba, Benno, que se hallaba al lado de la puerta junto con un par de hombres de Michelotto, observó cómo éste hablaba con Landucci, seguramente para advertirle que era conveniente que aceptara, ya que éste mudó el semblante y, en lugar de responder con nuevas protestas, se quedó pensativo.

Antes de regresar a Viverra, comieron un poco de pan con aceite y bebieron algo de vino. Aunque ya había oscurecido, la luna, pese a estar oculta detrás de las nubes, permitía cabalgar. El castillo se había convertido en un hervidero de gente que iba y venía. Landucci escogió un caballo rucio viejo y feo y se despidió lacónicamente de su llorosa esposa. Los sirvientes murmuraron inquietos, pero al ver que su señor asumía la situación se abstuvieron de crear problemas.

Aunque *Biondello* había hecho parte del camino de ida trotando al lado de los jinetes, ahora quería ir en su sitio de siempre, el interior del jubón de Benno. Cuando llegaron al camino que partía del pie de la colina del castillo, Segismundo llamó a su criado para que abandonase la retaguardia y se situara en su lugar habitual. Al hacerlo, Benno advirtió que el grupo avanzaba en formación compacta. Resultaba imposible pasar, y si no llega a ser por la llamada de Segismundo, los soldados no le habrían permitido hacerlo. Su comportamiento también era distinto. Habían hecho el camino de ida charlando e incluso cantando; ahora, en cambio, guardaban silencio, al parecer, porque escoltaban a un prisionero.

Michelotto estaba haciendo comentarios en tono afable sobre la noche que hacía. Landucci no respondía, aunque su rucio, al avanzar con paso torcido, evidenciaba el nerviosismo que lo embargaba. La noche era luminosa a pesar de las nubes.

—Huelo a lluvia —dijo Segismundo, al tiempo que se ponía la capucha. Michelotto, sin embargo, no parecía sentir frío. El camino, un sendero para caballos que había permanecido a salvo de los carros, cruzaba la región en línea recta, subiendo y bajando por colinas escarpadas y rocosas entre bosques de pino y monte bajo. Landucci daba a su caballo tan poca rienda que el animal no dejaba de menear la cabeza para conseguir más libertad de movimiento y torcía el paso de forma tal que Benno tenía que retroceder para dejarle espacio.

—Benno —Segismundo mantenía la voz baja, aunque su tono era

sorprendentemente áspero—, te he dicho que no te separes de mí.

Volvió la cabeza y exploró con la vista los campos que los rodeaban. Benno también olía a lluvia ahora. El cielo contra el que se recortaba Viverra era negro y en él sólo se veía el resplandor de una o dos luces. Alrededor de los jinetes se extendía el tenue mosaico que formaba con su luz la luna llena oculta por las nubes: el pálido gris de las rocas y las negras e impenetrables sombras que se alargaban debajo de los árboles. En el momento en que los jinetes subían por una ladera y se internaban en un pequeño bosque, se oyó en la lejanía un trueno, como si las distantes colinas se quejaran.

De repente, con un fragor de gritos y relampagueos de espalda, salieron varios hombres de ambos lados del bosque. El ataque iba dirigido principalmente al centro, donde cabalgaba Segismundo al lado del llamativo caballo de Landucci. Apartando de su camino a Benno, Michelotto se abrió paso para ponerse al lado de aquél al tiempo que los jinetes que abrían la marcha se volvían y hacían frente a los atacantes. La espada de Segismundo surcaba el aire, bajando, girando, alzándose y volviendo a bajar. Benno, empujado asimismo por la retaguardia, se acurrucó sobre la silla y trató de mantener a su asustado caballo lo más próximo a Segismundo que pudiese, lo cual significaba mantenerse cerca del rucio de Landucci. En un momento dado, creyó ver en medio del tumulto a Michelotto alzar un cuchillo y meterlo bajo la esclavina de Landucci para clavárselo en la espalda por debajo de las costillas. Confuso, Benno se preguntó qué había visto realmente, pero tuvo que concentrarse para no perder de vista a Segismundo. Parecía que Landucci se acurrucaba al igual que él sobre el alto pomo de su silla. Michelotto tenía una espada en la mano (porque era claramente una espada) y luchaba furiosamente. Entonces empezó a llover. Segundos más tarde todo quedaba a oscuras y la tromba de agua cegaba a los jinetes. Sin embargo, Segismundo había tenido el tiempo suficiente para arrear a su caballo y, cogiendo las riendas de Landucci, escabullirse entre los hombres por un hueco que sólo él había visto para lanzarse ladera arriba seguido de cerca por Benno. No se alejaron mucho. El caballo de Benno se detuvo cuando lo hicieron los suyos. Las herraduras chacoloteaban en la húmeda oscuridad. Segismundo soltó un gruñido y se dirigió a Landucci:

—Señor, ¿estáis herido?

—Está muerto —dijo Benno.

El príncipe Escipión despertó de un sueño en el que había tenido oro en sus manos y su hijo se lo había arrebatado para deshacerse de él. Se enjugó el sudor de la cara con un pañuelo y notó que los bordados le rozaban la piel. Entonces, pensando que preferiría que las sábanas no tuvieran adornos, devolvió el pañuelo a su atento paje, quien, aguzando el oído desde su puesto detrás de las colgaduras, había logrado distinguir entre los apagados sonidos producidos por un hombre que estaba sufriendo

una pesadilla y el suave gemido proferido por un hombre que se enfrentaba con el mundo real. Los pajes del príncipe estimaban a su señor, quien, aunque distraído y a veces irritable, era un hombre amable y considerado cuando se encontraba bien. Ahora, una vez más y a pesar de haber dormido, no tenía buen aspecto.

—¿Deseáis un poco de vino, alteza? —A raíz del incidente de los confites y de la muerte del embajador veneciano, se decidió requerir los servicios de un catador. El desafortunado hombre ya había probado lo que el paje acababa de ofrecer al príncipe y no había sentido los efectos de nada fuera de lo común. Se contaban historias según las cuales había venenos que mataban al cabo de varios días y sin que se dieran síntomas previos, aunque también había quien decía que tocar a un sapo era mortal. Había que asumir los riesgos.

No obstante, el príncipe rehusó el ofrecimiento con un movimiento de la mano.

—No, no... ¿Dónde está su alteza la princesa?

—Su alteza la princesa está con sus damas. La han convencido de que salga al jardín y tome el aire de la noche.

El príncipe pensó en aquello por un momento y a continuación dio una orden inoportuna.

—Id a buscar al señor Leconti... Bueno, no. Ya voy yo a su estudio. —Los artistas, como los científicos, se molestan cuando los interrumpen y, si son buenos, se quedan absortos cuando trabajan. El príncipe sentía fascinación por los expertos de todo tipo. Después de visitar a Leon Leconti, iría a ver de nuevo al doctor Virgilio. Tal vez se hubieran vuelto a dar las milagrosas condiciones que le habían permitido hacer oro la primera vez. Aquella idea era, como el mismo oro, emocionante, tentadora. Antes, sin embargo, debía dar una satisfacción a su esposa por haber sospechado de ella.

Leconti había tenido dificultades para reanudar su trabajo. Al volver de la catedral con el cuaderno lleno de satisfactorios esbozos del predicador y los asistentes al sermón, se había dedicado a deleitarse con el recuerdo del espectáculo teatral al que había asistido. Entonces, al cruzar la plaza, había reconocido un objeto colocado en posición torcida sobre la pira. Se trataba de un retrato que había hecho dos años atrás, durante su última visita a Viverra, de la bella esposa de un rico burgués. El hombre se había sentido tan satisfecho que le había retribuido con una generosa suma de dinero sin saber, afortunadamente, que su mujer había pasado el tiempo poniéndole los cuernos. La pintura era una de las mejores de Leconti, pues evidenciaba uno de esos momentos en que el ojo y la mano muestran un singular entendimiento. Además, en ella había logrado captar exactamente el gesto de absoluta ufanía del hermoso rostro, el brillo de la luz sobre la piel... Una ejecución soberbia. Y ahora iba a ser quemado.

Leconti se había quedado tan trastornado al ver su pintura en la pira que le resultó difícil concentrarse en la expresión de espiritualidad de la cara de san Francisco y no se enfadó tanto como de costumbre cuando recibió la visita de su cliente. Tampoco le importó que éste le dijera que abandonara el tríptico por el momento y dedicara todo



su esfuerzo a las iluminaciones del Libro de las Horas que iba a regalar a la princesa. Sería un placer. Le gustaba la minuciosidad y la atención al detalle que requería cada una de las pinturas. En su mayor parte ya estaban esbozadas, en algunas había aplicado el color base, otras estaban coloreadas por completo y las había, por fin, que aguardaban la adición del azul, el verde o el oro... Sacó las páginas, las desenvolvió y ordenó a sus ayudantes que prepararan y molieran los pigmentos. El príncipe ordenó asimismo que le trajeran su preciosa caja de lapislázuli, al que se hacía una referencia expresa en sus libros, para que Leconti pudiera utilizarlo. A la princesa le gustaba que los cielos fueran de un azul esplendoroso.

El príncipe se sentía ahora más tranquilo con respecto a lo que había hecho. Todavía estaba profundamente preocupado por su hijo. Tarde o temprano tendría que entrar en razón. Si se encontraba realmente en el priorato dominico que había negado la entrada e incluso la palabra a los hombres que habían ido a buscarlo, el obispo podría intervenir. Tal vez él tuviera más suerte; en el caso de que el prelado también fallara, habría que acudir, como último recurso, a Roma. Cuando estaba a medio camino del viejo castillo, avanzando apresuradamente por el sendero de los cipreses para llegar lo antes posible al laboratorio, recordó que el obispo Ugolino no podía ni moverse como consecuencia del ataque que había sufrido en la catedral. Esto le hizo pensar en el hermano Ambrosio. Sin dejar de comprender sus motivos, el príncipe lamentaba que su madre no se hubiera dado cuenta de que al invitar a aquel hombre al palacio había lanzado sobre todos ellos a un buitre con forma de fraile. Si hubiera hecho caso al hermano Ambrosio, habría despedido al doctor Virgilio y hora no estaría a punto de ser más rico que el mismísimo Papa.

Al llegar al castillo, le extrañó que no hubiese ningún paje de servicio y que la puerta estuviera entreabierta. Tampoco se oía el conocido y emocionante ruido que emitía la bomba al lanzar por el pasillo de piedra los vapores que emanaban de las sustancias químicas. ¿Estaría haciendo el doctor Virgilio un experimento nuevo? ¿Algo poco convencional? El príncipe apretó nuevamente el paso al tiempo que pensaba en el tratado que se proponía escribir (¿debería seguir escribiendo en latín o debería hacerlo en griego?) acerca de la piedra filosofal. Tendría una ventaja inestimable con respecto a todos los eruditos que había leído: él la había encontrado.

Nadie recorrió la cortina de cuero. No había nadie para hacerlo. No se oía nada. Imaginó que todos estarían apiñados en torno al doctor Virgilio, mirando estupefactos el segundo pedazo de oro. Apartó bruscamente la cortina e, ilusionado, miró en el interior.

No había nadie.

Ni los ayudantes, ni el doctor Virgilio. Las vasijas, las retortas, los morteros, los instrumentos estaban recogidos. Los fuegos estaban apagados, el gran mango de la silenciosa bomba apuntaba hacia la bóveda del techo. Todos los libros estaban cerrados y apilados. El príncipe miró alrededor, incapaz de dar crédito a lo que veía. De golpe, todas sus esperanzas se habían desvanecido, como el rocío al salir el sol.

¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba el doctor Virgilio? El príncipe anduvo sin dirección fija, con gesto de incredulidad, cogiendo un compás aquí, la mano de un mortero allá, tocando un libro, mirando en el interior de una vasija para ver un sedimento de color violeta que todavía brillaba. ¿Se habría ido? ¿Lo habría abandonado? Pero ¿por qué? Nadie dejaba un trabajo cuando tenía un cliente tan ansioso por retribuírselo.

El príncipe se dejó caer sobre un taburete desvencijado y cubierto de marcas de ácido. Al cabo de un largo minuto, se puso de pie y, tal como lo haría un sonámbulo, se dirigió a su estudio apoyando una mano en la pared. Se sentó ante su escritorio, pasó la mano sobre el borrador de las primeras páginas de su tratado y luego alzó la vista para mirar desesperadamente a su futuro.

---

**«Pedidme»**

El príncipe Francisco hizo lo que le mandó el cuchillo. La situación en que se encontraba en aquel momento le impedía por varias razones demostrar la valentía de la que normalmente hacía gala: estaba medio desnudo, tenía que sujetar la tela de arpillera con una mano y sus pies hinchados pisaban un suelo de roca desigual y en pendiente. Además, había comido varias manzanas con el estómago vacío y no le habían sentado nada bien. Cuando la aparición alzó el cuchillo y le dijo que dejara de sacudir el rosario y se volviera, obedeció.

—Ya podéis giraros —dijo. Se había puesto una camisa y un vestido, ambos mojados, y se había sentado al lado de la hoguera con el cuchillo en la mano—. Sentaos ahí. Será mejor que me digáis qué estáis haciendo en mi cueva, si es que no sois tan tonto como parecéis.

—¿Vuestra cueva? —Entonces no se trataba de un refugio que Dios había puesto a su disposición.

—Mi cueva —dijo ella. El brillo que lanzaban sus ojos a la luz de la hoguera convenció a Francisco de que se encontraba en una morada de demonios; o de un demonio al menos—. Eso que lleváis es mi manta. ¿No tenéis ropa? ¿Habéis entrado aquí desnudo?

—Oh, no. Tengo..., tengo mi hábito de fraile. —Lo mejor sería que le dijera con quién estaba hablando, pensó. En cierto modo, era como arrojar el guantelete.

—¿Sois fraile? —La muchacha lo miró de arriba abajo; entonces, de repente, hizo una mueca, mostrando unos dientes blancos y afilados—. Pues en ese caso, sois un fraile muy peculiar. He topado con unos cuantos; uno de ellos, sin ir más lejos, prendió fuego a mi casa ayer por la mañana. Creedme, no estoy para frailes... Por lo que veo, ya os han enseñado a apropiaros de los bienes ajenos.

—Estaba empapado... —Pero sus excusas murieron en su lengua. La túnica que llevaba la muchacha, o alguna prenda que habría dejado al lado de la hoguera, se movía por sí sola formando en primer lugar un pequeño bulto y a continuación una figura alargada. Tras un nuevo movimiento, surgió de ella, con espantosa lentitud, un gato pequeño y rayado, que se quedó mirando a la muchacha como si esperara órdenes. A Francisco no le desagradaban los gatos, pero ¿quién le aseguraba que aquello era realmente un gato? Ahora lo miraba a él, con los ojos entornados, a través de las llamas.

—¿Qué vais a hacer por mí? —preguntó ella con tono conminatorio al tiempo que extendía la mano para acariciar al gato debajo de la oreja. Francisco pensó en un

principio que la pregunta iba dirigida a la bestia, pero la muchacha se volvió hacia él y preguntó nuevamente—: ¿Qué vais a hacer por mí? Vuestro hermano ha incendiado mi casa, habéis cogido mi manta y habéis dormido en mi cama. Además, creo que habéis sido vos, y no las ardillas, quien se ha comido mis manzanas.

—No voy a hacer nada por vos —dijo él agarrando su rosario con tal fuerza que se lo clavó en la mano—. Sólo obedezco a Dios. No pienso servirlos. —Parecía, pensó contrariado, un niño—. No podéis persuadirme de que me ponga al servicio de vuestro señor. —Aquello estaba mejor.

—¿Mi señor? —La muchacha se inclinó y de pronto volvió a hacer la misma mueca de antes. Sin embargo, esta vez Francisco interpretó la mueca correctamente: estaba sonriendo—. ¿Os ha dicho Dios que os apropiéis de la comida y el lecho de vuestros prójimos?

—No era mi intención robar a nadie. Creía... —Ante los penetrantes y peligrosos ojos de aquella joven, se sentía incapaz de decir lo que había pensado. Febril como estaba, había imaginado que era un demonio; sin embargo, si no lo era, tampoco era una campesina normal y corriente, y su gato se parecía sospechosamente a un familiar. Lo mejor sería aclarar cuanto antes su situación—. He abandonado mi casa —continuó con firmeza— para llevar una vida santa. Voy a devolveros vuestra manta. Voy a ponerme mi..., mi hábito. Aunque está húmedo.

—He oído decir que los frailes creen en la mortificación de la carne —dijo ella—. Estáis cubierto de picaduras de pulga. ¡Alto! No os mováis de donde estáis. —Había alzado de nuevo el cuchillo. Ante su actitud, el joven príncipe decidió no levantarse. El gato dejó su silenciosa limpieza y miró a la muchacha. Ésta se puso de pie y fue al fondo de la cueva. Entonces cogió el hábito, lo sacudió y luego miró la cama—. Pero si no tenéis cuchillo —dijo—. Entonces resulta que sí sois tonto después de todo. ¿Cómo teníais pensado vivir?

Francisco miró la prenda que la muchacha le tendía y no logró evocar el santo gozo que lo había embargado cuando se la había puesto la primera vez. No obstante, dejó la manta de arpillera en el suelo y se puso el espantoso hábito. Al menos ahora se sentía pudorosamente tapado. A continuación contestó a la pregunta que le había hecho la muchacha.

—Voy a vivir como mendicante, tal como lo hizo san Francisco —explicó—. Pidiendo limosna.

La joven no podía comprender, pensó, lo que significaba para el hijo de un príncipe mendigar comida. En efecto, no lo comprendía, pues se había sentado como antes con cara de no estar impresionada.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a verlo. Pedidme.

Francisco no tenía muy claro cómo se hacía aquello. Para empezar, la situación era muy distinta de como había imaginado. Se suponía que la gente le llevaría comida para rendirle homenaje por su vida de santo; sin embargo, aún no había tenido tiempo de vivirla y hasta el momento no le había ido muy bien alimentándose de raíces y

bayas.

—No tardaréis en moriros de hambre si esto es todo lo que sabéis hacer —agregó ella—. Nadie va a daros nada por quedaros papando moscas. ¿Acaso no tenéis hambre? ¿No sois un fraile? Pues pedid.

El príncipe Francisco extendió las manos, puso, por así decirlo, su valentía en ellas, y dijo:

—En el nombre de Dios, dadme comida. —A pesar de la confusión que lo embargaba, sintió de nuevo en su interior un destello del santo gozo que lo había invadido previamente.

Ella se volvió, cogió un bulto de tela, lo abrió y sacó una hogaza de pan. La partió y le dio un pedazo.

—Entonces, en el nombre Dios, comed.

—¿Tenéis algo para beber? —preguntó él.

—Fuera hay agua en abundancia. —Se levantó, y él la siguió hasta la entrada. Con gran sorpresa, Francisco vio que empezaba a clarear. Había dejado de llover. La muchacha cogió un cuenco de barro que había dejado bajo la lluvia y él bebió. Cuando iba a devolvérselo, un resplandor blanco los iluminó. Francisco, desconcertado, se volvió y vio una enorme llamarada roja en el valle, a kilómetros de distancia, coronada por una nube de humo cada vez más grande. Entonces desapareció. Cuando se volvió de nuevo hacia la muchacha, ya no se veía nada.

—Ha sido en la ciudad.

Sus oídos reventaron cuando sonó la enorme explosión y su apagado eco retumbó en las colinas.

---

## El hermano Columba salta por los aires

El hermano Columba se sentía virtuosamente agotado. Había empezado el día con gran éxito quemando viva a una bruja. Aunque su intención en un principio había sido llevar a la criatura, atada y azotada, a la ciudad y coronar con ella la pira que se alzaba en la plaza, tampoco había estado nada mal (aunque no fuera una demostración pública de su laboriosidad) ver cómo las llamas destruían su cabaña y saber que ella y el demonio que había llamado para que la protegiera se freían dentro. El hermano Columba sonrió recordando cómo le había brotado la sangre de los cortes que le había hecho en una mejilla y una ceja como resultado de los azotes que le había propinado con sus disciplinas. Había sido una feliz y espléndida forma de comenzar el día.

El regreso a Viverra, sin embargo, fue decepcionante. No consiguió localizar al hermano Ambrosio para informarle de su triunfo y la gente de palacio había hecho oídos sordos a sus preguntas y lo había tratado con desprecio. La verdad era que, mientras que el hermano Ambrosio simplemente los asustaba, al hermano Columba no podían aguantarlo. Éste no imaginaba que habían sido sus penetrantes ojos los responsables de que le dieran la espalda cuando se había dirigido a ellos, una reacción que, además, no era la primera vez que tenían.

Al no poder mostrar su valía a su superior, el hermano Columba se lanzó a la calle impulsado por sus propias energías. Había que conseguir que Viverra estuviera a la altura de las circunstancias. Tenía que hacer que todo el mundo se diera cuenta cabal del contenido del sermón que el hermano Ambrosio había pronunciado el día anterior. Cuando se marcharan de la ciudad para llevar la palabra de Dios a otro lugar, Viverra debería estar completamente purgada y en estado de gracia.

El hermano Columba pasó el día feliz y ocupado en compañía de las ardorosas bandas de jóvenes, organizando el cierre de varias vinaterías que habían tenido la temeridad de volver a abrir. También habían apedreado a una anciana acusada de brujería por sus vecinos (los más adecuados para saberlo) y que había probado que lo era al insultarlo y amenazarlo con el puño. La lapidación de una prostituta maquillada no había salido tan bien, en parte porque la multitud que se había reunido había tardado mucho tiempo en encontrar las piedras y en parte porque la llamativa prostituta había resultado ser más ágil que la anciana y había salido huyendo a la carrera por una callejuela llena de ropa tendida que les había impedido seguirla. Durante todo el día el sol otoñal había brillado a través de una amenazadora neblina mientras los ánimos se exaltaban por momentos y hallaban desahogo en la

persecución del pecado. Ahora los cielos se disponían a hablar. Los tímidos relámpagos que habían brillado detrás de las colinas le habían permitido al hermano Columba hablar con ilusión del día del juicio y del momento en que la luna se bañaría en sangre y caería al mar. Estaba seguro de que cuando las ovejas y las cabras fueran separadas, él sería una de las ovejas más destacadas.

Aquel convencimiento fue lo que lo sostuvo cuando se refugió en un portal, debajo de una antorcha, y vio cómo la lluvia corría por el empedrado. Su banda de fieles se había desperdigado para ir a sus casas con las capuchas puestas o los jubones o sayas sobre la cabeza. Habría que aguardar hasta la mañana siguiente para castigar el vicio; no desaparecía de un día para otro. A la espera de que la lluvia amainase, el hermano Columba pasó el tiempo rezando, calentándose con el recuerdo del incendio de la mañana.

Cuando despertó, se sentía dolorido y, aunque seguía de rodillas, estaba apoyado en el arco de piedra del portal, con la cabeza hundida en el pecho y el rosario entre los dedos. Un cerdo lo olisqueaba suspicazmente. Aunque estaba en la calle y a la altura del suelo, el hermano Columba no parecía que fuera basura aprovechable. Tras recibir un golpe en el morro con el rosario, el animal salió trotando calle abajo, indignado, mientras el fraile se frotaba las piernas y bostezaba. Había dejado de llover. Se sentía inquieto y ansioso por reanudar la obra de Dios.

En el camino de palacio, mientras andaba por las calles vacías (a excepción de algún que otro basurero) a la luz de los primeros rayos del amanecer, el hermano Columba fue bendecido por la inspiración. La impresión que tuvo fue como si le rozara un aliento, que seguramente provendría de Dios. Había quemado a la bruja *in situ*, por así decirlo, durante el amanecer del día anterior. ¿Por qué no quemaba ahora al alquimista? Aún recordaba el desdén con que el doctor Virgilio lo había echado del laboratorio. A aquel hombre habría que mostrarle la ira de Dios. Para el fraile seguía siendo un motivo de sorpresa que el hermano Ambrosio se abstuviera de expulsar a aquel diablo de su guarida, si bien no olvidaba que el predicador había estado ocupado luchando por el alma del príncipe Escipión.

Pues bien, él, el hermano Columba, lo haría. Si el doctor Virgilio y la maldita labor que estaba realizando seguían apartando al príncipe del camino de Dios, tendría que utilizar un método seguro y probado para eliminarlos a ambos.

El guardia lo dejó entrar en el patio de palacio. Rodeó el edificio pasando bajo las cerradas ventanas de la larga fachada, cruzó los jardines y llegó a la puerta. No le resultó difícil, siendo como era un hombre flaco y ágil, saltar el ruinoso muro que había al lado de la puerta; acto seguido, a la grisácea luz del alba, estaba acercándose al viejo castillo pisando la húmeda hierba y oliendo el perfume de los arbustos que había levantado la lluvia. El corazón se le aceleraba cuando pensaba en el ajuste de cuentas que se disponía a efectuar. El doctor Virgilio trabajaba por la noche, como era propio de su infame oficio, aunque cabía la posibilidad de que sus ayudantes estuvieran dormidos. Ocultos bajo el hábito el hermano Columba llevaba yesca y

pedernal. Estaba impaciente por presenciar de nuevo la gloria del fuego purificador al arder tal como lo había hecho cuando había devorado la cabaña de la bruja.

Al ver el laboratorio vacío, quedó perplejo y triste, tan perplejo y triste como había quedado el príncipe horas antes. Aunque al acercarse al castillo había visto una luz en una ventana, ahora no se veía nada. En realidad, la luz brillaba en el estudio del príncipe, donde éste se había quedado dormido sobre el tratado que nunca llegaría a terminar. Ahora sólo se veía el débil resplandor de unas brasas, que se filtraba entre las cenizas que se habían amontonado sobre un fuego para apagarlo, y también la tenue luz del amanecer. El hermano Columba miró en torno con tanta consternación como la que había evidenciado el príncipe. Sin embargo, a diferencia de éste, él sabía qué debía hacer. El diablo se había retirado; tendría que evitar como fuese que regresara. El hermano Columba empezó a construir su pira.

Metódicamente, hizo primero una base con la leña que había amontonada y apiló en medio del suelo taburetes, grapas de madera y atriles; a continuación echó los libros, los diabólicos libros. Sabía que tardarían en arder. Desgajó las hojas de las tapas, haciéndose daño en las manos y sintiéndose cada vez más rabioso debido a la intransigencia del papel y a los cortes en los dedos. Presa de un creciente frenesí, arrojó el papel al suelo y luego las tapas. La pira era cada vez más grande. Las brasas del horno, reanimadas mediante la acción de un oportuno fuelle, fueron a parar encima del papel de la pira. El hermano Columba observó cómo crecían mientras devoraban las blasfemas páginas. El fuego estaba prendiendo. Ahora podría trabajar a cierta distancia. Cogió los tarros y vasijas de los estantes y de los bancos y los arrojó a las llamas. Qué maravilla ver el cristal y el barro haciéndose añicos, las llamaradas volviéndose rojas y violetas al contacto con los líquidos y los polvos... El fuego era tan intenso que los mismos recipientes lo propagaban con sus explosiones...

Realmente fue una lástima que el hermano Columba, pese a que pudo ver una última e intensa llamarada blanca al arrojar al fuego un tarro lleno de magnesio, nunca llegara a oír la magnífica explosión que se produjo a continuación. Cuando el estruendo retumbó en las colinas, el fraile ya estaba en el camino de conocer la opinión que le merecía a Dios la manera en que había llevado a cabo sus designios.

La edad no había menoscabado la fortaleza del viejo castillo. La explosión levantó los dos pisos superiores y los ruinosos tejados de la torre, que se hicieron añicos al elevarse en el aire del amanecer. La onda expansiva hizo que los muros retemblaran y desprendieran argamasa, pero fundamentalmente se extendió por los pasillos y salones y subió de un brinco por las escaleras para hacer que saltara algún que otro objeto, hacer añicos otros, lanzar la barra de sujeción de una cortina de cuero en torno a un pilar de la cripta, mover la gran columna apenas unos centímetros y levantar hasta la última mota de polvo del lugar.

Las explosiones que afectan de tal modo la estructura de un edificio suelen tener



un profundo efecto en la vida del vecindario. Los animales a menudo demuestran poseer una capacidad especial para vaticinar desastres inminentes de la que los seres humanos carecen. El pequeño gato que normalmente regalaba al príncipe Escipión con su presencia cuando éste acudía a su estudio se había levantado y lo había dejado durmiendo sobre su escritorio poco después de que el hermano Columba cogiera el funesto tarro, como si el potencial de la capacidad destructora del ser humano lo inquietara. Así pues, el príncipe estaba completamente solo cuando las tres puertas de su estudio reventaron; la alta estantería de su escritorio se vino abajo; los armarios se abrieron bruscamente; los libros, las cajas y las botellas cayeron ruidosamente de los estantes al suelo y la lámpara se desgajó de su soporte y afortunadamente se apagó. Con menos suerte, el príncipe, atrapado por la pesada estructura, pasó casi sin solución de continuidad del sueño a la inconsciencia. Sus anteojos, situados en un extremo de la mesa, salieron despedidos de su gancho y, hechos pedazos, fueron a parar al lado de su mano extendida.

Hubo otras personas, desconocidas para el príncipe y que aquella noche se encontraban no muy lejos de él o del laboratorio, que también experimentaron al menos parte de los interesantes efectos de la explosión. Tres hombres, uno de ellos sumamente alto, otro con el pelo largo y grasiento sobre la cara y una espada que le caía del hombro a la rodilla, y un tercero con una expresión amenazadora propia de un maníaco, llevaban varios días acechando el corredor del viejo castillo en el que estaban situadas las celdas para los prisioneros de importancia. Encerrados en celdas contiguas se hallaban Donato Landucci, aguardando la llegada de su padre para ir al juicio por el envenenamiento del príncipe, y Antonio Carlotti de Mascia, a la espera de un castigo que el príncipe aún tenía que determinar pero que sin duda satisfaría el apetito de espectáculo de los viverranos. No obstante, durante los últimos días los dos prisioneros habían notado la presencia de alguien y habían concebido la esperanza de que fueran a rescatarlos. Poco después de que el carcelero y su guardia les hubieran dejado sus dos raciones diarias de comida, habían oído el ruido producido por algo que estaba excavando, revolviendo y escarbando, como si fuera de sus celdas hubiera un topo gigante. Los dos habían puesto el oído sobre las puertas de roble con refuerzos de hierro tras las que estaban encerrados a fin de localizar el sonido, pero, aburridos, al cabo de un rato decidieron volver a la cama.

Ambos estaban despiertos cuando la explosión interrumpió aquel ruido y reventó las puertas de sus celdas. Donato tuvo suerte, pues todavía estaba echado en el jergón, junto a una de las paredes laterales. Cuando la puerta salió disparada contra el muro de enfrente, cayó al suelo hecho un ovillo y se vio envuelto por una nube de ladrillos, argamasa y polvo, completamente sordo y preguntándose si no lo habrían ejecutado sin previo aviso. Antonio Carlotti tuvo la misma mala suerte de siempre. Había despertado con el sigiloso y ya habitual ruido producido por un cincel y al levantarse para escuchar con más atención, se había encontrado con la puerta en las narices.

Los tres hombres que estaban por equivocación tratando de abrir aquella puerta

tal vez pensaron que Dios había decidido echarles una mano, pero en aquel momento tenían la cabeza en otra parte. Aldo y Fracassa, que estaban trabajando conjuntamente para soltar el gozne de abajo, salieron despedidos por la explosión dando volteretas por el corredor y subieron hasta la mitad de la escalera de caracol que había al fondo. A Pío, que se hallaba ocupado con el gozne de arriba, la explosión lo empujó detrás de la puerta que se había encontrado Carlotti en las narices y lo llevó hasta la ventana de la celda, cuyos barrotes acababa de desgajar. La distancia que había hasta el río era considerable, pero es poco probable que Pío tuviera la tranquilidad necesaria para fijarse en ello.

Al otro lado de los jardines de palacio, el sonido y la onda expansiva se extendieron con la impredecibilidad propia de las leyes de la física. El daño, menos cuantioso naturalmente que en el castillo, tuvo con todo unos efectos considerables. La princesa viuda despertó sobresaltada de un sueño desasosegante cuando el dosel de brocado decorado de su cama saltó de los ganchos del techo y cayó sobre ella como si tuviera intención de asfixiarla. La sirvienta que dormía en la carriola de su habitación despertó en el mismo momento y soltó un grito al ver el monstruo que forcejeaba sobre la cama de su señora.

Una gran ráfaga de aire apagó todas y cada una de las velas de la capilla del palacio, que era donde el hermano Ambrosio estaba velando. Había decidido hacer penitencia por haberse tomado como un triunfo personal el éxito que había conseguido aquella tarde al hacer que el doctor Virgilio sintiera temor de Dios. Ésta era la respuesta del diablo: un rugido de ira satánica. Se agarró al posamanos del reclinatorio y siguió rezando envuelto por las sombras, mientras unos diez metros cuadrados de fresco mal asentado se separaban de la pared y caían estrepitosamente en torno a él.

La princesa Isotta se libró de la indignidad que había sufrido su suegra. Los ganchos de su baldaquino aguantaron el tirón de las colgaduras al hincharse; ella, sin embargo, fue arrojada de la cama y cayó al suelo mientras las lunetas de las ventanas reventaban en los emplomados y, hechas añicos, llovían sobre las sábanas como gotas azules y rojas. La princesa quedó a salvo de éstas gracias a Gatta, que aterrizó sobre ella y sufrió varios cortes en la espalda con los fragmentos de cristal. La idea de que alguien había lanzado un cañonazo sobre el palacio, que fue la primera que le vino a éste a la cabeza, fue seguida inmediatamente por un rápido recuento de sus enemigos destinado a descubrir cuál de ellos habría tenido tanto acierto.

Segismundo y Benno, que regresaban de la misión de escoltar a Landucci acarreando un cadáver como muestra de su labor, habían averiguado gracias a un guardia de palacio adormilado que el príncipe se encontraba en el viejo castillo. Cuando estaban cruzando el jardín, el laboratorio saltó por los aires y levantó tal ventolera que ambos salieron despedidos. Benno aterrizó de espaldas sobre un seto de boj, sin resuello y sordo, mientras un gigantesco resplandor se extendía en el cielo por encima de él. Lo que vio a continuación fue a Segismundo ayudándolo a

levantarse del seto, buena parte del cual se diría que había empezado a crecer en el interior de su jubón. Cuando se puso de pie, tardó un momento en recuperar el equilibrio, y a continuación miró alrededor. *Biondello*, que había salido disparado de su jubón cual cohete, estaba saliendo de entre los restos del árbol al que había ido a parar. Él también tardó unos segundos en recuperar el equilibrio, luego sacudió su única oreja y, ya restablecido, echó a correr detrás de Benno, quien había echado a correr a su vez detrás de Segismundo, pese a que lanzarse en pos del peligro era contrario a la naturaleza de ambos.

Segismundo no perdió el tiempo rebuscando entre las ruinas del laboratorio, abierto ahora a la creciente luz del día y desolado como un campo de batalla carente de cadáveres. Las reliquias del hermano de Columba yacían desperdigadas en el exterior. Benno siguió a Segismundo con paso inseguro, tosiendo por el polvo y tratando de no perderlo de vista. Aunque nunca había estado en el estudio del príncipe, supuso que se encontraba en él cuando Segismundo, doblando la espalda por el esfuerzo, trató de levantar del suelo una enorme estructura de madera. Adoptando la misma postura, ayudó a su señor a levantar el mueble, que crujió y dejó caer varios objetos antes de que Segismundo le diera la vuelta y lo apartara para arrodillarse sobre el débil cuerpo que había ocultado hasta el momento. Benno se limpió la suciedad que tenía en los ojos y vio al príncipe Escipión, cuyo rostro era una máscara de polvo blanco, parpadear en el momento en que Segismundo apoyaba una mano en su cuello para buscarle el pulso.

—Alteza, ¿podéis mover los pies?

«Que me zurzan si lo entiendo —pensó Benno—. ¿Acaso quiere que se ponga a bailar?». Mirando a través del polvo que ya empezaba a posarse en el suelo, vio los dedos del pie del príncipe moverse en el interior de sus zapatillas de terciopelo. Segismundo profirió un murmullo de satisfacción.

—Ahora, alteza, decidme si os hago daño. —Tocó al príncipe por debajo de los hombros y a lo largo de la columna vertebral y luego deslizó un brazo bajo sus axilas para ayudarlo a incorporarse. El príncipe, con cara de verdadera perplejidad, cooperó.

La confusión en que estaba sumido el príncipe, incrementada por el golpe que había recibido en la cabeza, cristalizó de repente en el vivido recuerdo de lo último que había pensado antes de perder el sentido: el laboratorio vacío.

—¡El doctor Virgilio! Hay que encontrarlo. Debemos hacer que regrese... —Con gesto apremiante, fijó la mirada en el rostro de Segismundo. Por la expresión de su señor, Benno comprendió que el regreso del doctor Virgilio sólo podría llevarse a cabo con la ayuda de varias cestas.

—Alteza, ha habido...

—¡Se ha ido! ¡Ha desaparecido! Se ha llevado todas sus cosas. Se ha llevado el valiosísimo secreto para dárselo a Dios sabe quién... —Las lágrimas habían empezado a abrirse camino por su máscara de polvo.

—¿Ha sido él quien os ha dicho todo esto, alteza? —preguntó Segismundo con

gesto pensativo.

—¡Se ha ido! —El príncipe lloraba como un niño desamparado. Benno se preguntó por qué estarían hablando en voz baja y por qué le zumbaban los oídos como si en su interior sonasen las campanadas de la misa de domingo de Rocca. De ahí que no oyera la llegada del gentío que irrumpió en aquel momento en el laboratorio y sólo se diera cuenta de ella cuando Segismundo lanzó una mirada por encima del hombro y prestó atención a lo que decía la persona que encabezaba el grupo.

—¡Alteza! ¡Gracias a Dios! ¿Qué ha sucedido?

Benno oyó el chirrido de las preguntas por encima de las desapacibles campanadas que repicaban en sus oídos. El príncipe, rodeado de cortesanos y pajes ansiosos por librar a Segismundo de su carga, no parecía dispuesto a contestarlas.

—¡Buscad al doctor Virgilio! ¡Tiene que volver a empezar!

---

## La hija de Gatta

—Jamás podré agradeceros bastante que hayáis salvado a su alteza el príncipe. Habéis sido una persona providencial para nosotros. —La princesa, ataviada con una holgada túnica de terciopelo añil sobre la que su melena ondeaba libremente, estaba a punto de deshacerse en lágrimas. Extendió las manos hacia Segismundo y, cuando éste se arrodilló para besárselas, se anunció la llegada del señor Ridolfo Ridolfi y Gatta entró en la habitación. Estaba completamente vestido y furioso.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Quién es el responsable de esta explosión? ¿Quién se ha atrevido a amenazar la vida del príncipe estando yo en el palacio? —Evidentemente, para Gatta, comandante de los ejércitos de Viverra, era un insulto de carácter profesional que la persona a quien servía hubiera sufrido una explosión en su propia casa. Miró airadamente a Segismundo en el momento en que éste se levantaba y preguntó—: ¿Dónde está Landucci? ¿Dónde está Michelotto?

—Michelotto ha ido a vuestra casa a personarse ante vos, señor. Y por lo que respecta a Landucci... —Segismundo se encogió de hombros—, me disponía a informar a su majestad el príncipe acerca del conde cuando se ha producido la explosión.

—¿Habéis visto quién lo ha hecho?

—No. Es posible que el autor no haya sobrevivido. Y también que el laboratorio haya volado por los aires accidentalmente debido a un experimento.

—¿Dónde se encuentra ahora su alteza el príncipe?

Fue la princesa quien contestó a aquella pregunta.

—En su cama. El doctor está atendiéndolo. Gracias al señor Segismundo aquí presente, no parece que vaya a tardar en recuperarse. Sólo ha sufrido unas contusiones. —No mencionó el golpe que el príncipe había recibido en la cabeza y que le hacía desvariar acerca del doctor Virgilio. La princesa ya estaba acostumbrada a las fantasías de su marido, y ésta no era una de las nuevas.

El gesto airado de Gatta se transformó en una sonrisa de oreja a oreja. Se acercó a Segismundo para abrazarlo y se quedó con un brazo en torno a sus hombros.

—¡Recibiréis la gratificación que os merecéis! ¿Y Landucci? ¿Ha confesado ya?

En el atezado rostro de Segismundo no había lugar para las sonrisas.

—Si lo ha hecho, señor, habrá sido ante el trono del juicio. Landucci está muerto. Hemos sido objeto de un intento de rescate, de una emboscada, y el conde ha pagado con su vida.

Gatta había empezado a formular una pregunta cuando un paje pidió permiso a la

princesa para dejar pasar a Michelotto della Casa. Ella se lo dio con un gesto y Michelotto entró en la sala. Avanzó y, con una sonrisa en los labios y expresión alerta, hizo una aparatosa reverencia. Gatta volvió a formular su pregunta con vehemencia.

—¿Qué ha pasado con Landucci? ¿Cómo es que ha muerto?

Michelotto alzó la vista y las manos.

—Dios santo, sus hombres no le han servido de gran ayuda. Al parecer, uno de ellos lo ha matado por error durante la refriega.

—¿Por qué no habéis doblado la guardia?

Con gesto de admiración, Michelotto apoyó una mano en el brazo de Segismundo.

—Si el héroe de Mascia no ha podido salvarlo del ataque, ¿qué posibilidades tenía yo de hacerlo?

Gatta hizo una imperceptible mueca al oír la frase «héroe de Mascia» a propósito de Segismundo, pero la princesa, que estaba escuchando con suma atención, zanjó cualquier clase de disputa.

—Un enemigo menos. Dios nos protege. ¿Sabéis que Antonio Carlotti ha muerto como consecuencia de la explosión?

Una sonrisa felina se dibujó en el rostro de Gatta.

—¿Quién falta, alteza? Si Venecia y el Santo Padre... —Hizo una pausa para enfatizar sus palabras con la mirada y recordar a todos los presentes que ante adversarios de tal calibre, al lado de los cuales los Carlotti y los Landucci no eran nada, él, Ridolfo Ridolfi, era la única protección de que disponía el estado.

—Señor... —La princesa extendió una elegante mano y le indicó que se pusiera a su lado. Él se acercó, le cogió la mano y se la llevó a los labios con una lentitud casi excesiva—. Dependemos de vos —dijo ella—. Debéis estar aquí para cuando nos participen cuál es la respuesta de Venecia a la muerte del señor Loredano.

—No os defraudaré. Me quedaré en Viverra; el problema es que tenía que salir hoy al encuentro de mi hija para traerla aquí. Ya os he hablado de ella, alteza. Viene del convento, acompañada por una escolta que le ha proporcionado la abadesa. No se atrevía a esperar por más tiempo. Se dice que la peste ya ha llegado a dos aldeas de la periferia.

Todos los presentes se apresuraron a santiguarse, como si quisieran ahuyentar el miedo y su espantosa causa. La princesa miró a Segismundo.

—Enviad al señor Segismundo en vuestro nombre. Si mi hijo no se encuentra en el priorato de Pontenova... Hoy mismo he mandado allí unos hombres para que recaben información por las buenas o por las malas. Como decía, si no se encuentra en el priorato, tal vez el señor Segismundo goce de la misma fortuna que ha tenido previamente y logre encontrarlo en el trayecto.

—Los deseos de vuestra majestad son órdenes para mí. El señor Segismundo irá a buscar a mi hija. —Gatta lanzó una mirada de afecto a la princesa, por lo que no

advirtió el gesto que le hizo Michelotto. La persona en quien el condotiero debería haber delegado para ir a buscar a su hija era él.

Benno estaba disfrutando con aquella expedición campestre. Se trataba de un agradable cambio con respecto a la aventura que los había llevado a encontrarse con el cadáver de Landucci en las manos. No había tenido ocasión de hablar con su señor desde que habían llevado al príncipe a sus aposentos (lo cual ya estaba convirtiéndose en una costumbre) y en medio del ajeteo que había supuesto salir de Viverra con una pequeña tropa de hombres, Segismundo sólo le había dicho que iban al encuentro de la hija de Gatta para escoltarla hasta la ciudad. Con la cara alzada a la luz del sol otoñal, Benno se dedicó a hacer conjeturas acerca del aspecto de la muchacha; tendría el cabello leonado y abundante de su padre, y sus mismos ojos verde esmeralda... Benno vaciló por un instante al imaginar su boca... Tal vez no fuera bella en absoluto. Aunque tampoco importaría mucho, ya que su padre era ahora tan importante que seguramente podría casarse con prácticamente cualquier hombre que Gatta eligiera. Además, de nada servía pensar en su aspecto, por cuanto en su condición de muchacha casadera se presentaría ante cualquier desconocido envuelta en velos y no habría ocasión de comprobar si había acertado.

Sin embargo, Benno pudo ver otra cara, una cara que conocía.

Se detuvieron en una aldea para comprar aceitunas y pasas y, luego, nada más dejarla atrás, desmontaron al borde del camino para beber vino y desayunar. Segismundo se había detenido poco antes para esperar a uno de los hombres, que se había enzarzado en una discusión en la aldea, y cuando se disponía a desmontar, se le acercó una muchacha al estribo.

—¿Hierbas para el pan, señor? —La joven tenía una cesta con albahaca, ajo silvestre, estragón e hinojo. Aunque esta vez llevaba su oscuro cabello recogido y sujeto con una cinta de color verde, no había duda de que se trataba de la bruja.

Benno se acercó para coger las riendas. Segismundo se apeó y, bajo la atenta mirada de los soldados, estuvo un rato mirando las hierbas de la cesta, sonriendo, oliéndolas o mascando alguna hoja para probarla. Sólo Benno, que estaba escuchándolos, se enteró de que su tema de conversación no tenía nada que ver con las hierbas.

—¿Habéis encontrado otro lugar donde vivir?

—Sí, pero tengo compañía. —La bruja se echó a reír, ante lo cual los soldados se dieron codazos los unos a los otros y empezaron a hacer comentarios. El tal Segismundo no era nada tímido con las muchachas; había que ver cómo cortejaba a aquella. Tal vez a ella le gustasen calvos. Vaya pimpollo que estaba hecha—. He ido a una cueva que suelo utilizar y me he encontrado con alguien que se ha tomado la libertad de instalarse en ella. No es más que un joven chalado. Se le ha ocurrido la descabellada idea de ser ermitaño sin saber siquiera cómo cuidar de sí mismo. Es

como un crío.

—¿Un joven? ¿Y con deseos de renunciar al mundo? ¿Qué aspecto tiene?

—Es guapísimo y tiene el pelo rojo oscuro. Sería una pena que se lo cortara. Lo he dejado allí con un poco de yesca y pedernal... —dijo al tiempo que señalaba con la cabeza hacia la derecha, donde una larga ladera cubierta de hierba y rocas y atravesada por torrenteras conducía a una enorme roca escarpada que se elevaba como si un animal de gran tamaño se hubiera abierto camino por la tierra a empujones. Encima de ella, rodeada por las sombras y las nubes, se alzaba confusamente un monte que se extendía hacia el horizonte en forma de cadena hasta llegar a la lejana cordillera—. Por muy mono que sea, no voy a hacer de niñera para él. Me voy al norte y no regresaré hasta que me digan que el predicador se ha marchado. Si ese muchacho no se da prisa en aprender, cuando vuelva encontraré sus huesos en la cueva. —La muchacha dio a Segismundo un manojo de hierbas a cambio de la moneda que éste tenía en la mano—. No es asunto mío si ese tontorrón muere.

—Es asunto suyo, qué duda cabe —dijo Segismundo asintiendo. Metió el ajo en el pan y le dio un mordisco.

Benno, masticando su ración, estaba perplejo. ¡La muchacha había visto al joven príncipe! ¿Iba a permitir su señor que muriera de hambre? ¿No daría la princesa una fortuna por tener a su hijo de nuevo en Viverra? Y, en cambio, ahí estaba Segismundo, hablando como si no pasara nada, mientras en la colina había una mina de oro esperándolos. ¿Y si lo encontrara otra persona? Seguro que su señor tenía un plan en mente, como siempre. Ojalá supiera al menos en qué consistía. No le importaría nada subir a la colina y darle al pobre príncipe su ración de pan y vino. Sabía perfectamente cómo se sentía uno cuando tenía hambre, aunque él estaba acostumbrado, porque lo había pasado desde pequeño. Para un príncipe, que jamás había tenido escasez de nada, debía de ser mucho más difícil.

Mientras movido por sentimientos de solidaridad reflexionaba sobre esta clase de cosas, Benno advirtió que el gran caballo de Segismundo se ponía inquieto y tuvo que dedicarle toda su atención. Cuando lo hubo tranquilizado y controlado, la bruja ya había desaparecido. Segismundo llamó a los soldados con la mano y éstos se pusieron de pie. Sujetando el estribo para que su señor montara, Benno señaló discretamente con la cabeza la colina y la cueva oculta.

—¿Vais a dejarlo allí?

Segismundo emitió un murmullo y arreó a su caballo. Los soldados estaban formando filas dobles, preparándose para reanudar la marcha. Al parecer, la hija de Gatta era más importante que el joven príncipe.

Como es habitual en este mundo de incertidumbres, resultó que Benno estaba al mismo tiempo en lo cierto y en un error con respecto a la hija de Gatta. Para empezar, estaba en un error con respecto al velo. Llevaba uno, cierto, pero recogido, y como era verde y casi transparente, su fin era, evidentemente, el de definir sus facciones y



realzar su melena, que era, en efecto, leonada y abundante. Aunque sus ojos eran del mismo color que los de su padre, su boca, aun siendo generosa, tenía la ventaja de contar con una dentadura uniforme. La impresión que causaba era la de una joven dama de carácter fuerte y enorme confianza, encantada de hallarse fuera del convento en que había sido educada y decidida a divertirse. Arreó el caballo para salirles al encuentro y dejó a la anciana monja que la acompañaba soltando gruñidos y sacudiendo la cabeza en señal de desaprobación.

—¡Pero si no sois Michelotto! Al veros desde lejos os confundí con él. —La joven sonrió y dio la mano a Segismundo, sobre la que éste se inclinó—. ¿Dónde está mi padre? En su carta me decía que saldría a mi encuentro. —Volviéndose hacia los soldados situados detrás de Segismundo, que la observaban con extrema curiosidad, añadió con exageradas muestras de alarma—: ¿No seréis ladrones? Si lo sois, ya podéis desengañaros: mi padre no va a pagar ningún rescate... Pero si lleváis su escudo. Qué vergüenza...

Todavía estaba riendo cuando la monja que encabezaba la escolta llegó a donde se encontraban y con una corrección glacial, exigió ver las credenciales de Segismundo. Éste le entregó la carta con el sello Ridolfi y se presentó, mientras la muchacha miraba ávidamente en torno, fijándose en el paisaje, llamando a *Biondello* chasqueando los dedos y tirando del collar que llevaba al cuello. «Apuesto a que las monjas del convento están contentas de haberse librado de ella —pensó Benno mientras la mirada de la muchacha se detenía por un instante en su cara y a continuación se posaba en la de Segismundo dando muestras de mayor aprobación—. Seguro que hasta Gatta pierde la paciencia con ella mientras no le consiga un marido. Y luego, cuando lo haga, será su marido quien la pierda. No es lo que se dice hermosa, aunque tiene ese algo que hace que los hombres vuelvan la cabeza y quieran seguirla».

Benno se fijó entonces en una anciana que había detrás de la monja, una mujer cuyas oscuras y brillantes trenzas contrastaban con sus arrugas, y cuyos pequeños y negros ojos no se apartaban de la muchacha en ningún momento. Tal vez fuera una vieja niñera, capaz de matar por su niña, pensó. Ojalá no se viera en situación de hacerlo.

La escolta del convento empezó a dar media vuelta. La anciana monja dio su bendición a la muchacha con el convencimiento de que aquello era todo lo que le hacía falta y, lanzando una última mirada de suspicacia a Segismundo, arreó su mula para que girara y emprendiera el viaje de regreso al convento, donde probablemente aún estuviesen celebrando la partida de su interna. La muchacha se despidió jubilosamente de las restricciones y el aburrimiento y con gesto expectante se volvió hacia Segismundo.

—¿Cómo es Viverra? Por lo menos allí no tendré que pasarme el día rezando.

---

**«Un hombre siempre es un hombre»**

Segismundo hizo un alto en el camino de regreso en el mismo lugar en que se habían detenido un par de horas antes. Cogió de la mula de carga una tela de algodón teñido, la extendió sobre la hierba y llevó a la joven dama y a su acompañanta a sentarse en ella, tras lo cual les ofreció un bizcocho y una botella de vino. Al verla, Benno supuso que éste sería de mucha mejor calidad que el que él estaba bebiendo. Segismundo se sentó en el suelo y, al tiempo que les indicaba el lugar en que se alzaba Viverra y el espolón en que estaba escondida Mascia, les contó cómo Gatta había sacado a Carlotti de la cama mientras la ciudad era tomada. Luego, con gran asombro de Benno, le habló a la dama de un ermitaño que había ido a vivir a la colina en que ahora se encontraban.

—Un hombre santo, según dicen, que mortifica la carne y tiene visiones del futuro.

—¿El futuro? —Caterina Ridolfi había imaginado unas aburridas visiones de santos, pero el futuro... Aquello era algo totalmente diferente, algo que sólo podía prender en la imaginación de una muchacha cuyo principal interés era saber con quién iba a contraer matrimonio—. ¿Se trata de algún viejo horroroso, como san Jerónimo, que en las pinturas aparece con la carne colgando de los huesos?

Segismundo permaneció pensativo por un instante y al cabo dio una respuesta ambigua.

—Dicen que es joven para ser tan santo y que ha sido agraciado con una belleza angelical. Pero yo no he subido a la cueva y, en cualquier caso, señora, dudo que vuestro padre os permitiera ir a verlo.

Caterina alzó el mentón. Dio un decidido mordisco a su pan y, con gesto ceñudo, dijo:

—María me acompañará. De ese modo mi padre no tendrá ocasión de reprenderme. Vos nos mostraréis el camino. —La muchacha se volvió hacia la anciana acompañanta, quien se había quedado sesteando, le dio un meneo para despertarla y le dijo—: María, vamos a averiguar qué será de nosotras. Qué divertido, ¿verdad?

Pensando en que lo de menos iba a ser lo divertido que fuera, Benno hizo votos a fin de que su señor le permitiera ir a la cueva y, cuando Segismundo le lanzó una mirada y le hizo un imperceptible gesto con la cabeza, se llevó una alegría.

Caterina disfrutó con la accidentada ascensión y buscó el apoyo de la mano de Segismundo muchas más veces de las que una acompañanta con un estricto sentido

del decoro hubiera permitido (Benno había sido criado de una joven dama que tenía una acompañanta de tales características), pero María estaba demasiado ocupada evitando las piedras sueltas, tropezando con raíces, enganchándose la falda con zarzas y jadeando a causa del esfuerzo.

Cuando ya estaban cerca de la cueva, de ésta surgió un ruido que hizo que Caterina se detuviera y estirara el cuello con redoblada curiosidad.

—¿Qué ha sido eso? ¿Estará teniendo una visión? —El sonido se extinguió, pero en cuanto Segismundo echó a andar volvió a oírse—. ¿Es un animal salvaje?

«Si lo es —pensó Benno—, se ha comido al pobre príncipe para cenar y está teniendo problemas con la digestión».

—Esperad aquí, señora. Voy a ver. —Segismundo metió la cabeza y los hombros bajo el arbusto que tapaba la entrada de la cueva y desapareció por la oscura abertura. María cogió a Benno del brazo y trató de obligarlo a que se pusiera delante de Caterina, quien ya estaba acercándose a la cueva. Un minuto más tarde Segismundo reapareció con el joven en los brazos y lo dejó con sumo cuidado en el suelo fuera de la cueva, mientras los demás se apiñaban alrededor para observarlo. Benno se asombró de ver lo mucho que había adelgazado en tan poco tiempo. Sin embargo, no estaba pálido, sino sonrojado por la fiebre y los gemidos. Tumbado en el suelo con su tosco hábito, ladeó la cabeza y la cogulla se deslizó para dejar al descubierto su mata de pelo rojo oscuro. Las caras de las dos mujeres, tanto la joven como la anciana, se suavizaron adoptando la misma expresión.

—Pobre... pobre hombre. Si lo dejamos aquí morirá, ¿no creéis? —preguntó Caterina con tono conminatorio a Segismundo, que se encogió de hombros—. Pero ¿cómo podéis ser tan cruel? ¡Es un hombre santo! Necesita cuidados y comida adecuada. En una aldea nunca lo cuidarán como es debido... Ya sé lo que vamos a hacer, lo llevaremos a la casa de mi padre. Tú y yo, María, cuidaremos de él hasta que se restablezca.

—¡Una mujer soltera cuidando de un hombre! Vuestro padre nunca permitirá...

—Un hombre santo, María.

—Un hombre siempre es un hombre.

—Y mi padre no tiene por qué enterarse si no se lo decimos. Piensa en todas las cosas que no sabe. —Agarró a la anciana por el brazo y le hizo un gesto significativo—. Tú lo solucionarás. Tú puedes solucionarlo todo. Lo sé.

La certeza de la muchacha estaba basada claramente en la experiencia. Viéndola, sólo cabía preguntarse qué habría solucionado María en el pasado. Una expresión calculadora mudó el semblante de ésta.

—¿Y los hombres de vuestro padre que hay ahí abajo? Seguro que hablan —dijo la anciana.

—Vos no lo haréis, ¿verdad? —Aunque Caterina no llegó a apoyar la mano en la de Segismundo, sus ojos se ocuparon de insistir por ella—. Y también hallaréis la manera de llevarlo allí, ¿verdad?

En ese momento el joven enfermo dejó escapar un profundo gemido, lo cual hizo que la muchacha se volviese con expresión de inquietud hacia la ladera, donde los soldados estaban tapados por los arbustos y las rocas. El ruido de unos arreos y las voces de varios hombres llegó a sus oídos. Segismundo guardó silencio, como si no supiera qué hacer. «Qué astuto. A mí jamás se me habría ocurrido dejarlo todo en manos de la muchacha», pensó Benno.

—¡Ya lo sé! —Caterina dio un salto de satisfacción por la idea y se echó a reír—. Mi litera. Ya la habéis visto. Es un espanto. La abadesa quería que viajase en ella y mantuviera las cortinas corridas cuando estuviera en presencia de los soldados. Bueno, he tenido que hacerlo, ella es así..., pero luego, en cuanto hemos perdido de vista el convento, he salido. La vieja madre Simplicita no ha podido impedírmelo. La litera es perfecta. Di que te sientes cansada, María, y lo meteremos contigo. —La muchacha miró a Francisco, que había dejado de gemir y ahora tenía los ojos cerrados. Era la viva imagen de un ángel mortificado.

—Todo me parece muy bien, pero ¿cómo vamos a bajarlo hasta el camino y meterlo en la litera sin que lo vean? —Monna María se arregló el tocado y se mesó una de sus teñidas trenzas—. ¿Podéis llevarlo vos, señor?

—Cómo no —respondió Segismundo, cuya voz, comparada con las de las dos mujeres, sonó sorprendentemente profunda—. Si vos, señora Caterina, dais orden de que pongan la litera aquí arriba, a la sombra —dijo señalando unos árboles que había a un lado del camino bajo la colina—, para que podáis descansar hasta que se os pase el dolor de cabeza, seguramente consigáis distraer la atención de los soldados. —Segismundo interrogó a la joven dama con la mirada. Benno la imaginó soltándose el corpiño para buscar un insecto travieso, tal como había visto hacer a la ayudante de un mago en Ruán—. Yo me quedaré aquí para hablar con el ermitaño a solas y luego lo llevaré a la litera.

—Perfecto. Venga, buen hombre, ayudadme a bajar —dijo Caterina, y así fue como Benno se encontró haciendo de guía para que la hija de Gatta bajara por la ladera de la colina seguida de María, que descendió entre resbalones y jadeos. «Cuando lleguemos abajo —pensó Benno—, le va a hacer falta la litera de verdad».

La hija de Gatta tenía el mismo sentido para la estrategia que su padre. En cuanto se reunieron con los hombres, dio orden de que movieran la litera y les indicó el lugar exacto bajo los árboles en que habían de colocarla: al amparo de una enorme roca que se había desprendido de la colina tiempo atrás. Luego ayudó solícitamente a la cojeante María a llegar hasta ella y se volvió hacia el capitán encargado de la tropa, un hombre robusto y atezado que llevaba un pequeño arco al hombro.

—Dejadme que pruebe, señor. —Con cara de no estar muy convencido, el soldado le entregó el arco y la ayudó a tensarlo. Ella cogió hábilmente una flecha de la aljaba que él llevaba sobre la espalda y dijo—: Puedo derribar un ciervo a cuarenta pasos. Os apuesto una moneda de oro a que doy a aquel árbol... ese de allí, el del tronco torcido, y parto la rama que está colgando.

En ausencia de su acompañante, Caterina había adoptado una actitud algo dictatorial pero sutilmente encantadora. Los hombres formaron un círculo en torno a la mujer que los había desafiado y empezaron a hacer apuestas; los que lo hicieron en su contra se disculparon cortésmente. La atención de todos ellos se centró en ella y el árbol. Sólo Benno, que se había acurrucado para hablar con *Biondello*, miró disimuladamente en dirección contraria y alcanzó a ver a Segismundo en el momento en que pasaba con su carga en dirección a la litera oculta. Entonces pensó en la suerte que suponía el que Caterina Ridolfi tuviera una acompañante de poco peso. En el pasado había tenido ocasión de conocer algunas que por sí solas habrían hundido una litera como aquélla sin necesidad de compartirla antes con un joven flaco.

Segismundo se reunió con los hombres, interrumpiendo su sorprendido aplauso a las dotes de arquera de la joven dama para dar orden de reanudar la marcha. Cuando estaban enganchando las mulas a la litera, oyeron un gemido excepcionalmente profundo proveniente de ella; a continuación apareció entre los cortinajes la cara de María con los ojos entornados de dolor. Tras emitir un grito lastimero, dijo:

—Oh, tened cuidado con eso. ¡Me va a estallar la cabeza!

Bien podía decirlo, pensó Benno cuando se puso en marcha detrás de Segismundo. Pues eso sería lo primero que rodaría por el suelo si Gatta se enteraba de lo que estaba ocurriendo.

---

## El estómago de Benno cuenta la verdad

Cuando faltaba poco para llegar a la ciudad, Caterina Ridolfi tuvo la precaución de cubrirse la cara con su bonito velo verde y cabalgar recatadamente al lado de la litera. En la puerta había un hombre de Gatta con un mensaje de su señor según el cual Segismundo tenía que ir directamente a palacio, de tal suerte que Benno no pudo ver cómo se las arreglaban la joven dama y su acompañanta para trasladar a su ermitaño a hurtadillas hasta la casa de Gatta y esconderlo en ella. Estaba seguro de que lo conseguirían, más aún viendo que el condotiero no había salido a recibir a su hija.

Benno no llegaba a comprender por qué Segismundo había urdido un plan tan peligroso para todos. Tal vez tuviera derecho, llevando como llevaba una vida llena de peligros, a poner en peligro la de los demás. Desde que servía a Segismundo había notado en más de una ocasión el aire que levantaba la muerte al mover la guadaña.

Gatta estaba descendiendo por la gran escalera que conducía al vestíbulo de mármol en el que poco tiempo atrás el príncipe Francisco había obligado a su caballo a realizar unos caracoles. Su semblante evidenciaba preocupación. La brusquedad con que lo habían hecho llamar no estaba en consonancia con lo que tenía que decir.

—Su alteza la princesa desea que busquéis a su hijo. —La cuestión era tan urgente que ni siquiera preguntó por su hija, aunque esto bien podía deberse a que daba por supuesto que la presencia de Segismundo significaba que había llegado sana y salva—. Acaban de informarle que el príncipe Francisco no se encuentra en el priorato y está profundamente preocupada por su vida. Sus hombres no han encontrado ningún rastro suyo en los alrededores de Viverra y su alteza confía en vuestra buena fortuna. Debéis partir en cuanto estéis preparados. Tú —dijo volviéndose hacia Benno—, consigue provisiones y ve a la puerta antes de una hora.

Con los amarillos ojos del condotiero encima, Benno se alejó rápidamente. Primero aquí, luego allá..., no había descanso para los afortunados. Y bastaba con que Segismundo dijera: «Mirad bajo vuestro techo». La curtida cara de Gatta era amedrentadora; su señor debía de estar muy seguro de lo que estaba haciendo. La imperceptible señal que le había hecho con la cabeza había sido suficiente; de todos modos iban a emprender aquel inútil viaje.

Benno no había estado en la ciudad desde la desintegración del laboratorio. Anduvo de tienda en tienda, sin rumbo fijo, comprando algunas cosas que sabía que le gustaban a su señor y obsequiándose con alguna de sus favoritas. Al fin y al cabo, aquella expedición iba a ser prácticamente como unas vacaciones. Oyendo las conversaciones que mantenía la gente en las tiendas y puestos de la plaza, llegó a la

conclusión de que se había producido un cambio de actitud generalizado. Pasó por delante de varias vinaterías que había visto cerradas cuando había acompañado a Segismundo a la botica y advirtió que ahora estaban abiertas. La gente estaba sentada en los bancos como retando a cualquier persona que se atreviera a poner algún reparo. Benno empezó a creer que si en ese momento apareciese una de las bandas de jóvenes que habían recorrido las calles con intención de infligir un castigo a los pecadores, el castigo podría sorprenderlos. Pronto se enteró de que varios muchachos aficionados al sermonero habían visto cómo sus mayores les abrían las carnes a azotes; uno de ellos, que en un alarde de virtud había desfondado los barriles que su padre guardaba en la bodega, había sido encerrado en ésta y sólo había recibido permiso para salir, enfermo por los vapores y humillado, para recibir una severa paliza. ¿Dónde estaría el hermano Columba, el inspirador de aquellas bandas? El hermano Ambrosio había pronunciado un sermón extraordinario, cierto, pero ¿en qué medida se habían cumplido sus predicciones?

Todo el mundo recordaba que el príncipe había sido amenazado de muerte. ¿Qué había sucedido? Había escapado a la muerte, y por los pelos. Dios obraba milagros. ¿Qué mejor señal de la misericordia del Señor, aun de su favor, que la salvación de la vida del príncipe? Dios había hecho saltar por los aires al alquimista y sus malignos propósitos, dejando al príncipe Escipión limpio de pecado y prácticamente ileso.

¿Qué decir de las personas que habían muerto aparte del alquimista? ¿Acaso no habían sido enemigos del príncipe? Dios se había expresado muy claramente al acabar con la vida de Antonio Carlotti. Era una lástima que se hubiera adelantado a la ejecución, que según las promesas iba a celebrarse a finales de otoño e iba a constituir una ocasión muy especial para toda la familia... También se hablaba con gran vehemencia en torno a la suerte que había corrido el conde Landucci, llamado a responder por el intento de envenenamiento que había sufrido su alteza el príncipe. Tras inducir a su hijo a que lo hiciera, el muy canalla había sido, según se decía, fulminado por un rayo, de modo que Dios no podría haberse manifestado con mayor claridad: el príncipe se hallaba bajo su protección y sus enemigos recibirían el castigo divino antes de abandonar este mundo.

En consecuencia, cabía pensar que el hermano Ambrosio se había equivocado. ¿Acaso no era una señal de los cielos que la tormenta que había azotado las colinas y la ciudad el día anterior también hubiera destruido la pira que aguardaba en la plaza a que la encendieran? Había caído al suelo y ningún hermano Columba había aparecido para reconstruirla. Además, llamaba la atención que los objetos apilados hubieran desaparecido misteriosamente antes del amanecer. Dios no deseaba que aquellas inofensivas cosillas ardieran, porque de ser así ya se habría ocupado él de lanzar inmediatamente sobre ellos un rayo de los cielos.

El hermano Ambrosio no sólo estaba claramente equivocado en lo referente al príncipe, sino que además había incitado al robo de los tesoros de la catedral que había causado el ataque del obispo Ugolino, si bien éste ya estaba recuperándose

gracias a la intercesión divina. Nadie sentía especial simpatía por el obispo, quien a su modo, tenía tan buena mano, o tan buena voz, como el hermano Ambrosio para censurar a la gente. Sin embargo, un obispo tenía todo el derecho a lanzar anatemas en su propia catedral y nadie estaba obligado a tomárselo a mal. El arrepentimiento era un asunto que incumbía únicamente al alma de un hombre y a su confesor, y que ningún joven arribista o fraile extranjero podía imponerlo. ¿Y qué decir de la desaparición del pobre príncipe Francisco? ¿De quién era la culpa *aquello*, cabía preguntarse? Llenarle la cabeza con disquisiciones acerca de los reinos espirituales (que estarían muy bien en lo que al otro mundo se refería, por amor de Dios) cuando su deber estaba allí, en Viverra, junto a su padre, ayudándolo a combatir a los enemigos de su estado y aprendiendo a gobernar con justicia.

La razón fundamental que había llevado a Viverra a prestar tanta atención a las palabras del hermano Ambrosio no había sido echada en olvido. La calavera que había precedido su llegada había hablado a toda la ciudad sin articular palabra. La peste llevaba meses arrasando los campos y cerniéndose sobre Viverra, con lo cual la idea de la inminencia de la muerte había estado muy presente en la mente de todos. Sin embargo, según la última noticia que se había recibido al respecto, y que había llenado la catedral de oraciones de agradecimiento, la epidemia se había desviado hacia el este, alejándose de Viverra como si fuera una bruma maligna que hubiera abandonado las colinas para dejar paso a los rayos del sol. ¿Y quién sino el príncipe había atacado aquella espantosa calavera?

La gente también había empezado a calcular el coste que la visita del predicador había supuesto para el comercio. Había incluso quien decía que él era el responsable del daño que habían sufrido los vinos como consecuencia de la reciente tormenta. Con una vehemencia inequívoca, Dios había hecho patente su voluntad y había acabado con la influencia del fraile.

Benno estaba escuchando aquella audaz teoría con la boca abierta y una bebida preparada para entrar en ella cuando el reloj de la catedral anunció sonoramente la hora.

Segismundo estaría esperándolo.

Benno llegó a la puerta del palacio sin resuello y seguido de un jadeante *Biondello*. Había pedido previamente a un mozo de palacio que preparara los caballos, y allí estaba, aunque, según observó con alivio, de Segismundo no había ni rastro. Dio una propina al mozo, ató los caballos a una argolla que había en el muro y se acuclilló para pasar el tiempo dormitando hasta que llegara su señor. *Biondello* se dejó caer pesadamente a su lado y se quedó tumbado con la cabeza entre las patas, la viva imagen de la resignación filosófica.

Uno de los caballos piafó y Benno despertó. *Biondello* estaba bostezando y rascándose detrás de donde debería estar su oreja izquierda. De la plaza le llegó de nuevo el sonido del reloj de la catedral. Benno sintió una punzada de miedo en el estómago. ¿Se habría equivocado de puerta?



¿Con qué se habría entretenido Segismundo? ¿Habría decidido, tal vez, decirle a la princesa que ya había encontrado a su hijo?

De ser así, le habría mandado un mensaje o habría ido personalmente a comunicárselo.

La sensación que tenía era peor que un retortijón de tripas. *Biondello* lanzó entonces un gemido, como si él también la tuviera. ¿Qué debía hacer? ¿Ir a las otras puertas del palacio, o a las puertas de la ciudad? No, estaba seguro de que Gatta se había referido a la puerta en que se hallaba, la que conducía al patio. ¿Debería preguntar en el palacio si alguien se había olvidado de llevarle el mensaje?

Mientras desataba los caballos decidió hacer esto último. No conseguiría nada yendo a todo correr a las otras puertas, aparte de cruzarse con Segismundo en el camino y no verlo. Al cruzar el patio le vino a la cabeza una idea espantosa. ¿Y los tres singulares individuos que habían intentado matar a Segismundo en dos ocasiones convencidos de que se trataba de Michelotto? ¿No lo habrían cogido por sorpresa? ¿Y si esta vez habían tenido suerte? Pero coger a Segismundo desprevenido era en sí una verdadera proeza, y Benno no los consideraba capaces de tanto. La última vez que los habían atacado su señor había adivinado su propósito pese a estar de espaldas a ellos. Sin embargo, todo el mundo comete errores, y bien pudiera ser que el espadón que llevaba uno de ellos se hubiese convertido en el medio para cometer un error de consecuencias funestas e irremediables.

Benno tuvo que enjugarse de la cara una capa de sudor frío antes de llegar a donde se encontraba el ujier de palacio.

Enseguida obtuvo noticias sobre su señor.

—Se ha ido a buscar al príncipe Francisco. Será mejor que te des prisa.

Benno dejó de pensar y empezó a sentir pánico. Se había entretenido demasiado tiempo en la ciudad y Segismundo se había marchado sin él.

—¿Cuándo se ha ido?

El hombre se volvió y escupió.

—Oh, hará una hora, creo yo. Llevo aquí aproximadamente ese tiempo y cuando he llegado me han dicho que acababa de irse.

Benno se quedó atónito. Había estado esperando en la puerta durante más de una hora. Dio una propina al ujier para que llevara los caballos a los establos y, tras recoger a *Biondello*, recorrió los corredores y escaleras de caracol que conducían al diminuto cuarto que les habían asignado en el palacio y en el que habían dejado sus escasas pertenencias.

Su estómago no lo había engañado. Allí, todavía enrollada sobre el jergón, se encontraba la gran capa de lana de Segismundo y, a su lado, la bolsa de cuero en que guardaba las hierbas y ungüentos que siempre llevaba cuando viajaba.

Benno se dejó caer sobre los talones y, apoyando una mano sobre la bolsa para consolarse, fijó la mirada en la distancia. Jamás se había sentido tan asustado en toda su vida.

---

## ¿Quién deseaba su muerte?

—Una palabra al oído. —Gatta se había acercado tanto al echarle el brazo sobre el hombro que Segismundo podía sentir su cálido aliento en la oreja—. Su alteza no sólo está preocupada por su hijo. Hay una persona que quiero que veáis. —El condotiero chasqueó los dedos. Un paje de palacio, que evidentemente estaba esperando a recibir la señal, salió corriendo del vestíbulo, y Gatta condujo a Segismundo a una pequeña antesala que había al pie de las escaleras. Casi de inmediato apareció el paje acompañado de una muchacha. Tras darle a ésta algo semejante a un empujón, cerró la puerta.

Era una muchacha sin atractivo, de ojos castaños y párpados inflamados. Había estado llorando y ahora retorció el delantal con las manos. Cuando se inclinó para hacer una reverencia, lanzó una mirada de terror a Segismundo.

Gatta se dirigió a ella con un tono pretendidamente tranquilizador.

—Dinos otra vez qué viste el otro día en la habitación del príncipe. —Al ver que la muchacha titubeaba y seguía arrugando el delantal, Gatta endureció levemente el tono de voz—. Dínoslo.

La muchacha empezó a hablar confusamente, mirando primero a Gatta y luego a Segismundo, como si no supiera cuál de los dos le daba más miedo. A pesar de la profusión de disculpas y lo entrecortado del discurso, les dio a entender que cuando estaba terminando su trabajo en el dormitorio del príncipe, limpiando el pequeño mirador contiguo a la habitación, había oído entrar a alguien. Por miedo a que el mismísimo príncipe o su chambelán la sorprendieran en la habitación cuando debería haber terminado la limpieza hacía rato (Gatta la interrumpió mientras ella explicaba por qué no había podido hacerlo), se había escondido detrás de la cortina con la esperanza de escabullirse en cuanto se le presentara la ocasión. Cuando se había asomado (la muchacha hizo el gesto de apartar la cortina con el dedo), no había visto al príncipe, sino a otra persona conocida.

—¿Y quién era? —Gatta apretó el hombro de Segismundo para recalcar la importancia de la respuesta.

La muchacha había dejado el delantal en un estado lamentable.

—El hijo del señor Landucci.

—¿Y viste qué estaba haciendo? —Gatta habría sido un buen abogado.

—Estaba poniendo un par de guantes en el cofrecillo que hay al lado de la puerta.

Gatta dio a Segismundo una palmada triunfal en el hombro. Segismundo emitió un murmullo con gesto pensativo; cuando habló, la muchacha dio un respingo.

—Me gustaría hacerte otra pregunta. ¿Por qué esperaste tanto a decir esto?

La respuesta que obtuvo fue un profundo llanto. Se diría que las lágrimas chorreaban más que manaban. Gatta hizo un gesto de impaciencia y la muchacha salió corriendo de la sala. Volviéndose hacia Segismundo, el condotiero se encogió de hombros y dijo:

—Yo también le he hecho esa pregunta, como es lógico. Estaba asustada, sencillamente. Tras la muerte de Ginebra —Gatta se santiguó—, se enteró de que había veneno en los guantes. En los palacios no hay secretos. Y ya veis lo estúpida que es. Pensaba que ella también iba a ser envenenada. O que iban a cortarle el cuello. —Sonrió como para dar a entender que sabía de qué estaba hablando—. ¿Y quién puede decir si está equivocada?

—¿Qué opina la princesa de todo esto?

—Ah, esa es la cuestión. No quiere que torturen al muchacho. Vos y yo somos prácticos; las mujeres, en cambio... No, quiere que vayáis a verlo, lo interroguéis y le saquéis la verdad por cualquier medio que no sea ése. En mi opinión, la princesa piensa que la culpa es del padre del muchacho, que fue quien lo urdió todo. No sé... Las damas de honor de la princesa me han hablado de la devoción del muchacho hacia su señora; al parecer, le llevaba regalos continuamente, así que tal vez tuviera sus razones para desear la muerte de su alteza el príncipe. Ya nos enteraremos de lo que piensa cuando esté lo bastante bien como para dar su opinión. La mía es la siguiente: hay que mandar a Donato Landucci a contarle a su padre lo ocurrido. De ese modo, el príncipe se verá libre de una familia de traidores. Entretanto, tendremos que contemporizar con su alteza la princesa, ¿eh?

Segismundo se inclinó. Le llevaría algo de tiempo, pero Benno estaba acostumbrado a esperar. Dio un mensaje para él al paje que había en la puerta y, echando la vista atrás desde los escalones del patio, vio a Gatta despeinar al muchacho y subir por las escaleras.

Cruzó los jardines una vez más. Los trabajadores estaban arreglando la madera de las puertas del castillo. Un hombre corpulento, de barba negra, los observaba desde la entrada. Tenía el gato del algalia bordado en su jubón y de uno de sus puños colgaba un llavero.

—¿Señor Segismundo? Me han dicho que he de acompañaros. —Se volvió y lo condujo por debajo de un arco y a continuación por un sendero que se abría entre los escombros que cubrían el patio interior. Las murallas y las torres lo rodeaban dándole un aire agobiante—. Tras el accidente hemos tenido que trasladar al joven señor. La puerta de su celda ha quedado reventada. Todavía estaba en ella... Nos ha dicho que le ha dado su palabra al príncipe y que no le importa estar en la cárcel, aunque sabe perfectamente que no habría llegado muy lejos si hubiera tratado de escapar. De todos modos, tampoco está mal que intente causar una buena impresión.

Segismundo se inclinó para coger una cosa del suelo: una sandalia de monje sin cierre. Tras tirarla a un montón de escombros, siguió al carcelero, que había entrado

en una estrecha torre, y subió por la escalera de caracol.

—Este lugar es una conejera —dijo el hombre de buen humor—. Y pensar que la corte vivía antes aquí. Aguanta bien para todo lo que ha tenido que pasar —añadió golpeando suavemente el eje de la escalera. Cuando hubieron subido dos tramos, doblaron en un rellano donde se veían varias puertas cuya sólida y férrea fuerza daba fe de la firmeza de la construcción. El carcelero buscó la llave y abrió el cerrojo. También había una tranca que levantar; por mucha palabra que el señor Landucci hubiera dado, no iba a tener la menor oportunidad de escapar. El hombre empujó la puerta y, haciéndose a un lado, dijo—: Ha venido una persona que quiere veros, señor. —Segismundo se acercó a la puerta—. Tened cuidado con el escalón. —Al tiempo que decía aquella frase, el carcelero le cogió del brazo como si fuera a ayudarlo y de pronto le dio un empujón.

No había ningún escalón, sino una caída de aproximadamente metro y medio. La puerta se cerró ruidosamente y Segismundo cayó al suelo dando una voltereta para amortiguar el golpe. Se oyó entonces el chirrido del cerrojo y el golpe de la tranca al caer en su lugar.

En la celda no había nada excepto polvo. Segismundo había quedado cubierto de él al dar la voltereta. Se levantó y miró tranquilamente alrededor. Los barrotes de una ventana alta, abierta a modo de tronera en el grueso muro, proyectaron su sombra sobre su cabeza.

Alzó la vista y vio la bóveda de piedra del techo y la puerta. Cerrada con cerrojo, atrancada y nivelada con el muro como estaba, hacía concebir pocas esperanzas. No había asidero en el que pudiese apoyar las manos o los pies una persona que tuviese que arreglar el cerrojo o los pernos que fijaban el encaje. La base de la puerta había resultado dañada por la acción de las ratas, la humedad o algún prisionero desesperado, por lo que se le había clavado por encima una placa de hierro. Ahora estaba ligeramente levantada, apenas un centímetro; Segismundo fue a examinarla.

A continuación observó el muro de debajo de la ventana.

El mal uso que el hermano Columba había hecho de los productos químicos del doctor Virgilio no había desestabilizado la estructura del castillo excepto en la torre del laboratorio, pero sí la había afectado. Las piedras, al vibrar para absorber la onda expansiva, habían dejado caer una considerable cantidad de argamasa. Metiendo los dedos y la punta de la bota en las hendiduras, Segismundo logró trepar hasta la tronera. El antepecho se inclinaba hacia arriba en dirección a los barrotes y las cuatro jambas (siguiendo el excelente principio según el cual una tronera ha de dejar entrar la máxima cantidad de luz en el interior y al mismo tiempo ofrecer al exterior una apertura mínima para dificultar el ataque del enemigo o el acceso en el caso del enemigo más viejo de todos, el mal tiempo) se abrían hacia el interior de la celda. Segismundo se encaramó cuidadosamente al antepecho para examinar los barrotes.

Tras rascar el óxido con una uña, cogió un barrote, luego otro y los sacudió. A continuación se dejó caer al suelo.

Rebuscó entre las hojas secas y el polvo de las esquinas y encontró un par de trozos de piedra. Luego miró en los muros por si descubría alguna zona desgastada y utilizó su puñal para picar fragmentos de tamaño considerable. Cuando hubo conseguido la cantidad que quería, los llevó hasta la puerta para ocuparse de la placa de hierro. Fue metiendo las piedras en la abertura hasta hacerla lo bastante grande como para que pudiera cogerla con las manos y, con ayuda de su puñal, hacer palanca. Lo habían encerrado con las armas, como si estuviesen seguros de que no tendría ninguna posibilidad de utilizarlas, salvo en el caso de que, movido por la desesperación y el hambre, decidiera quitarse la vida. A un hombre al que hay que alimentar no se le permite conservar un arma que pueda utilizar contra su carcelero. Si lo habían encerrado allí era para que muriera de hambre. Igualmente, nadie respondería a cualquier ruido que hiciera, ya que lo único que cabía esperar era que aporrease la puerta inútilmente.

Se había quitado el jubón de cuero para cortarlo en tiras y vendarse las manos con idea de tirar de la placa de hierro de la puerta. Las cuñas de piedra cayeron. Segismundo las cogió y las metió más adentro todavía. Los clavos de la parte superior, que tenían la cabeza doblada, se resistieron durante un rato a moverse, pero al final salieron produciendo un desagradable chirrido.

Segismundo se metió su nueva herramienta en el cinturón y trepó una vez más hasta la ventana.

La parte más difícil del siguiente paso era evitar caer del antepecho. Gracias al mal estado de su superficie, pudo meter un pie en una hendidura del revestimiento. Luego pasó un brazo entre los barrotes y, sujetándose en ambos asideros, comenzó a picar con la placa de hierro la oxidada base de uno de los barrotes. Cada cierto tiempo se veía forzado a detenerse, bajar al suelo, estirar los miembros, frotarse el brazo y envolver de nuevo el extremo de la placa de hierro con otra tira de cuero.

En una ocasión la placa estuvo a punto de caer por la ventana. Segismundo descendió nuevamente, metió uno de los cordones del jubón por el agujero de un clavo, se lo ató a la muñeca y volvió a subir. Su rostro nunca perdió su expresión de calma y atención salvo en aquel momento, en que hizo una mueca como si estuviera reconsiderando lo que acababa de suceder. Inmediatamente volvió a poner manos a la obra.

Al amanecer, tras varias horas de trabajo ininterrumpido a la luz de la luna, ató su cinturón al barrote, bajó al suelo y, haciendo toda la fuerza que le permitían sus hombros y su espalda y apoyando un pie en el muro, dio una serie de violentos tirones. El barrote cedió.

Segismundo se sentó en el suelo y flexionó las manos. Luego se estiró y observó el segundo barrote. Benno habría podido pasar por la abertura, pero como era él quien tenía que hacerlo, tendría que intentar, cuando menos, doblarlo. Es posible que en ese

momento pensara que era una suerte que estuviese entre barrotes y no entre rejas.

Los rayos del sol de la mañana brillaban ya con fuerza cuando por fin se levantó y, tras estirarse una vez más, se encaramó de nuevo a la ventana para ocuparse del segundo barrote.

Éste se hallaba más firmemente sujeto que el primero y pasaron varias horas antes de que lograra aflojar la base. Nuevamente, hubo de bajar cada cierto tiempo al suelo para descansar. Tenía unas cuantas piedras de honda en el bolsillo. Cogió una y se puso a chuparla. Cuando cayó la tarde todavía estaba picando. A primera hora de la mañana siguiente ya había conseguido aflojar el barrote lo suficiente para quitarlo. Se ató la placa de hierro al cinturón para utilizarla como segunda arma y salió por la ventana.

Como había tenido ocasión de observar al cruzar el jardín, la intemperie y la explosión habían producido hendiduras en la superficie exterior del muro. Siguió varios segundos de gran peligro cuando, agarrándose a un agujero de exiguas dimensiones que había entre dos piedras encima de la ventana, tuvo que empujarse para sacar el cuerpo de la ventana y escalar a fin de apoyar los pies en el antepecho. Una vez fuera, hizo una breve pausa y comenzó el descenso dando gracias a la edad del castillo, a la negligencia de la persona encargada de su mantenimiento y al hermano Columba.

Aunque sólo podía buscar a tientas los puntos de apoyo para los pies, colocar las manos no resultaba tan difícil a la primera luz del amanecer. Bajó por el muro con lentitud, no verticalmente, sino describiendo una diagonal. En ocasiones, cuando encontraba un punto de apoyo fiable, se detenía y se inclinaba contra la piedra para flexionar primero una mano y luego la otra.

Una piedra en mal estado se pulverizó al contacto con uno de sus pies y se quedó colgado mientras los fragmentos caían por el muro produciendo un siniestro susurro. A partir de aquel momento tuvo aún más cuidado al dividir el peso del cuerpo sobre la piedra.

Finalmente llegó al suelo. Apoyó un pie en la hierba y por vez primera miró hacia abajo. Se dejó caer sobre el terraplén, se volvió y permaneció sentado con los codos sobre las rodillas y las manos colgando entre varios enebros. Había empezado a lloviznar.

Comenzaba a clarear. Bajó al pie del terraplén, se arrodilló por un instante y se levantó santiguándose. Con lo que le quedaba del jubón, confeccionó un remedo de capucha que se ató al cuello con una correa y después bebió agua de las hojas de los enebros. Cubierto como estaba de suciedad, y con las calzas y la camisa desgarradas y la puntera de sus buenas botas ajada y gris, era difícil que lo reconocieran a primera vista. Trepó a lo alto del muro del jardín y se dejó caer a la calle cuando el alba ya había roto definitivamente, en el momento justo en que se abrían las puertas de la ciudad. Agachando la cabeza para pasar inadvertido, echó a andar con idea de averiguar quién deseaba su muerte.

---

## Aqué era su día de suerte

Mientras caía la tarde, Benno probablemente estuvo sentado durante un buen rato antes de salir de su aturdimiento y ser capaz de preguntarse qué debía hacer. Su señor podía estar muerto. Tal vez necesitara ayuda. Quizá estuviese herido en alguna parte. Pero ¿dónde? Para empezar, podía encontrarse en cualquier parte de Viverra. Tal vez estuviera tirado en una oscura callejuela con un cuchillo clavado en la espalda. O lo hubieran arrojado al río. No tenía sentido pensar en esa clase de cosas. No servía de nada. No era fácil acabar con Segismundo, y si lo habían arrojado al río habrían ido varios cadáveres antes que él. Y si lo habían atacado en una calle de la ciudad, habría rastros a diestro y siniestro. ¿Significaba aquello que sería una buena idea recorrer Viverra preguntando a la gente si había visto a un hombre con la cabeza rapada peleando con otras personas? O se había peleado con *muchas* personas o bien ya se habría reunido con él.

¿A quién había visto por última vez en compañía de su señor? Gatta. ¿Tenía que preguntarle a Gatta dónde se había separado de Segismundo? Benno creyó ver sus ojos amarillos mirándolo en la penumbra y descartó aquella posibilidad. ¿Cómo iba él, un sirviente que, además, al parecer tenía pocas luces, a acercarse a Ridolfo Ridolfi, el gran condotiero, a hacerle unas preguntas? Incluso en el caso de que le permitieran acercarse a él, jamás lo escucharía.

Por otra parte, ¿no cabía la posibilidad de que fuera precisamente Gatta la causa de la desaparición de su señor?

Gatta era suspicaz por naturaleza. Uno no pasaba de ser un don nadie a ser tan importante como él fiándose de la gente. Por lo que le había dicho Segismundo, le habían encargado que fuera a buscar a Landucci a fin de que Michelotto comprobase si estaba confabulado con él. Una idiotez, pensó Benno. Ni siquiera existía la posibilidad de que hubieran tenido contacto, y ya no digamos motivos para hacerlo. No obstante, semejantes ideas no resultaban tan descabelladas para las personas que vivían, o morían, de la intriga. ¿Y si fuera Gatta?

Y, sin embargo, el condotiero se había mostrado cordial con Segismundo. Le había sonreído y abrazado. ¿Sería un judas?

El sirviente le había dicho que Segismundo se había marchado siguiendo órdenes de la princesa. ¿Cabía la posibilidad de que lo hubiera llamado y hubiesen estado hablando hasta aquel momento? ¿Se habría recuperado el príncipe y lo habría hecho llamar? Aquello, sin embargo, no explicaba que él hubiera permanecido durante tantas horas en la oscuridad, que era, literalmente, como estaba en ese momento.

Benno se levantó, se frotó las piernas entumecidas y se acercó a la ventana. Desde allí, noches atrás, él y Segismundo habían visto la luz del estudio del príncipe. Ahora no se veía nada. Contra el cielo nocturno que la luna empezaba a iluminar se recortaba la silueta del viejo castillo con un tono oscuro más intenso, mostrando el perfil dentado que la explosión había dibujado en la torre al desmocharla. Benno se llevó las manos a la barbilla y rezó. Seguro que Dios, que los había salvado aquella noche cuando se dirigían sin saberlo hacia un peligro cierto, protegería ahora a su señor.

Pensó en añadir a su plegaria el pretexto de que su señor era un hombre bueno, pero al final decidió no hacerlo. Los hombres buenos no recibían necesariamente protección. Todas las historias de santos decían que cuanto mejor era uno más sufrimientos padecía.

Unos arañazos en el suelo lo sacaron de su ensimismamiento. Recogió a *Biondello* y, acercándose a su lanudo cuerpo, le dijo:

—Intentaremos encontrarlo. Primero vamos a ir al campamento. Tal vez los hombres de Gatta hayan oído algo. Vamos. Daremos una vuelta aguzando bien el oído.

Benno se metió a *Biondello* bajo el jubón, cogió la capa, la bolsa de cuero de Segismundo y la comida que había comprado y se fue.

Gatta, como buen veterano, no era amigo de que se organizaran desfiles cada vez que iba y venía, ni de los toques de trompeta que anunciaban la llegada de los nobles, ni de los comités de recepción que formaban fila en las entradas de los palacios. Una vida de ataques por sorpresa le había enseñado que las llegadas inesperadas podían esconder cosas mucho más interesantes.

Sin embargo, no esperaba encontrar nada interesante cuando fue a hacer una visita sorpresa a su hija. Había estado discutiendo con el príncipe acerca de qué hacer con Donato Landucci. El destino, sin embargo, ya había decidido qué iba a encontrarse cuando fuera a casa.

Gatta se había quedado encantado al ver a su hija tan hermosa y con un aspecto tan saludable, por lo que estaba seguro de que, con la dote que ahora podía ofrecer con ella, estaba en condiciones de aspirar a llegar mucho más alto de lo que un hombre de origen campesino pudiera esperar razonablemente. Un año atrás Michelotto le había dicho que quería ser novio de Caterina y él había considerado la idea. Ahora, sin embargo, ésta le parecía absurda. Le había dado a su hija una bolsa de monedas de oro para que se las gastase como quisiera, un collar de topacio de Mascia que hacía juego con sus ojos, el periquito de Ginebra para que se divirtiera y carta blanca para que encargase los vestidos que quisiera. En aquel momento, los mejores artesanos de Viverra estaban grabando y pintando el arcón de su ajuar con escenas de tema rústico. Él sólo había dicho que el elegido sería digno de ella. Lo que



no había añadido era cuándo lo había encontrado.

Así pues, Gatta fue a los aposentos de su hija, apartando de su camino a las criadas que se acercaban ansiosas por ayudarlo e ir a buscar a su señora. De un vistazo advirtió que no estaba allí, pero enseguida oyó unas voces en la habitación contigua, donde, según le había dicho Caterina, guardaba cama María a causa de una indisposición. De un par de zancadas, llegó a la habitación y abrió la puerta de par en par.

Al parecer, a su hija no le hacía falta que nadie le buscara un hombre.

A menos que María hubiera experimentado un cambio milagroso, no era ella quien ocupaba la cama en que Caterina estaba sentada de espaldas a él. Su hija estaba abrazada a un joven desnudo.

El sonido que les avisó de su presencia fue el silbido que produjo su espada al salir de la vaina. En cuanto el joven se aprestó a buscar protección entre las almohadas amontonadas, se encontró con la punta del acero en la garganta y Caterina soltó un grito y se puso de pie de un brinco. La sorpresa que se había llevado el condotiero al ver a su hija abrazada a un joven desconocido no fue nada comparada con la que se llevó cuando se dio cuenta de que el joven no tenía nada de desconocido y de que los ojos que lo miraban aterrorizados le eran muy familiares.

—¡No! ¡No! ¡Es un hombre santo...! —Caterina comprendió que aquel argumento no tenía mucha fuerza dada la situación. Gatta la fulminó con la mirada. Aunque su hija tenía la melena suelta sobre los hombros, su corpiño estaba atado y su vestido no mostraba ni una sola arruga. Tal vez, pensó, hubiera llegado a tiempo. El periquito llegó dando brincos hasta el extremo de su percha y aleteó.

El condotiero bajó la espada.

—¡Pero qué hombre santo ni que...! ¿Acaso quería convertirte en una santa? ¿Quería que subieses al cielo con él? —Sus dientes mellados conferían una cierta distinción a su mueca.

—¡No ha sucedido absolutamente nada! —Caterina mostró a su vez los dientes en un gesto de desafiante afirmación—. ¿Qué os pensáis que soy?

—¡Putá! —El periquito, que no se perdía ni una, había decidido hacer ostentación de todo su vocabulario. Caterina pateó el suelo.

—¿Sabes quién es este joven? —preguntó Gatta recalcando las palabras al tiempo que apuntaba con la espada al príncipe, que se encogió de miedo.

—Os lo he dicho —respondió Caterina—. Es un hombre santo de la colina, un ermitaño. Estaba enfermo, muy enfermo...

—Me ha salvado la vida. —El príncipe había recuperado su lengua y las fuerzas para hablar. Verse con una espada en la garganta es desconcertante incluso para aquellos que han estado en el campo de batalla; además, su conciencia lo ponía en una situación desventajosa. No obstante, Francisco no estaba avergonzado de sus propósitos—. Quiero casarme con ella.

En aquel momento, María, que se tomaba sus obligaciones como acompañanta

con gran seriedad, regresó del retrete envuelta con un cubrecama para que su apariencia de enferma resultara más convincente. Al ver al señor para quien trabajaba, a la persona a su cargo y a su secreto todos juntos, se detuvo en seco en el umbral de la puerta e, imprudentemente, soltó un chillido que llamó la atención de todos. La de Gatta, sin embargo, que era la que más temía, volvió enseguida a centrarse en el joven.

—¿Casarte? ¿Sabes lo que estás diciendo? —Los príncipes entroncaban con familias principescas y los hombres nacidos en cabañas rara vez cumplían los requisitos para pasar a ser sus suegros.

—El obispo puede librarlo de sus votos —afirmó Caterina con los ojos brillantes. Gatta rechazó el comentario moviendo impacientemente la mano.

—Este joven es el príncipe Francisco, muchacha, hijo del príncipe de Viverra. Su matrimonio es una cuestión del consejo de estado. —Conforme hablaba, su rostro fue cambiando de expresión. Su posición como comandante de un victorioso ejército de mercenarios apostado a las puertas de la ciudad tal vez tuviera cierto peso en las deliberaciones del consejo. El prestigio alcanzado por un hombre podía ser más importante que su origen.

Envainó la espada y se sentó en la cama.

—Vamos a ver, alteza. Habéis dicho que estabais en peligro de muerte, ¿no es así? ¿Qué tal os sentís ahora?

—Me he recuperado, señor —respondió el príncipe con una pizca de fanfarronería.

—Así parece. Nadie debe enterarse de que habéis estado aquí. Si queréis casaros con mi hija, su honra debe permanecer limpia de todo escándalo. Y vos —dijo, volviéndose con repentina furia hacia María, quien, confiando en que se hubiera olvidado de ella, había empezado a alejarse de puntillas—, haced llamar a mi confesor.

¡Iba a matarla porque había traicionado su confianza! Bañada en lágrimas, entró en la habitación de Caterina y, abriendo la puerta de la antesala, transmitió la orden a una dama, quien echó a correr, asustada de que María estuviera tan enferma como para precisar una confesión.

Cuando apareció el sacerdote, se encontró en la puerta de la antesala con Gatta, quien le exigió que trajera un hábito franciscano como el que llevaba. El confesor, que hasta aquel momento había estado disfrutando de un respiro en la casa de Gatta tras la vida que con el mejor talante había intentado llevar en el campamento, se apresuró a ir a buscar su viejo y desastrado hábito de campaña. ¿Acaso el condotiero tenía pensado hacer penitencia por los pecados que sin duda seguía cometiendo? Tal vez quisiera el hábito franciscano para pasar una noche de rodillas, o postrado, sobre el frío mármol de la capilla.

No llegaría a enterarse. Cuando llamó a la puerta, Gatta le arrebató el bulto y le dijo que ya podía irse. El confesor se marchó confuso y preguntándose cuándo

tendría que administrar los últimos sacramentos a María, quien, según le había dicho la dama con la que acababa de hablar, estaba muriéndose.

Gatta ordenó a su hija que se fuera a su habitación y entregó al joven príncipe el hábito de franciscano.

—Ponéoslo. Ahora, vamos. —El príncipe Francisco vio cómo lo sacaban de la habitación sin ninguna clase de ceremonia, le cubrían la cabeza con una cogulla para taparle la cara en la medida de lo posible, lo ayudaban a bajar por unas sinuosas escaleras (aún tenía las piernas débiles) y lo conducían hasta la puerta de la calle, que un tambaleante anciano que había estado dormitando en un banco se apresuró a abrir. Gatta se asomó al exterior y al cabo de un momento dijo un par de palabras al oído del joven que sonaron algo así como: «Espera fuera», tras lo cual inclinó la cabeza y dijo en voz alta—: Adiós, padre —lo empujó a la calle y cerró la puerta.

Francisco, aturdido y sintiéndose mucho peor a la luz del día y en medio del trajín de la calle, se quedó aguardando al lado de la puerta trasera preguntándose qué plan habría urdido Gatta. De pronto oyó un alboroto detrás de sí.

—¡Ratero! ¡Granuja! —El condotiero, que al parecer había aparecido por la esquina, estaba dándole una patada a un hombre que llevaba muletas. Éste perdió el poco equilibrio que tenía y cayó sobre el príncipe. Francisco, que era cortés por naturaleza, trató de evitar que el hombre diera con su cuerpo en el suelo y vio cómo la cogulla, una prenda que no estaba pensada para cubrir una melena tan abundante y sedosa como la suya, se le caía sobre la espalda—. ¡Alteza! —Gatta se dio una dramática palmada en la frente—. ¡Por fin aparecéis! ¡Gracias a Dios! Vayamos a ver a vuestros padres. La princesa va a llevarse una gran alegría cuando os vea y vuestra aparición va a ser la mejor medicina para el príncipe.

El mendigo que había sido la inocente causa del descubrimiento vio que la multitud, fascinada, recogía sus muletas y se las devolvía y que, gracias a la patada que Gatta acababa de propinarle, las donaciones aumentaban considerablemente. Aquél era su día de suerte.

---

## Una pelea de enamorados

Aunque hubo de esperar a que amaneciera para salir de la ciudad, Benno tuvo suerte cuando llegó al campamento, ya que el centinela con que se encontró lo recordaba de Mascia. Después del asedio, había compartido con él una botella de vino, aceptando sus felicitaciones por la muerte de Scala a manos de su señor. Así pues, el centinela perdonó a Benno su total ignorancia en materia de contraseñas. Se supone que los bobos no tienen memoria.

—¿Buscas a tu señor? Por aquí no ha venido, al menos desde que yo estoy de servicio. Además, no es la clase de hombre que pasa inadvertido, ¿verdad? Deberías haberte quedado en Viverra. Somos varios los que aún no hemos tenido ocasión de acercarnos a la ciudad.

Por los gruñidos que emitió el compañero de guardia del centinela, Benno comprendió que el ambiente que se respiraba en el campamento era de abierta insatisfacción. Se habían quedado sin la triunfal entrada en Viverra que debería haber seguido a la victoria de Mascia. Incluso se habían quedado sin la acogida que tenía que haberles dispensado la ciudad por culpa de un odioso fraile del que, además, se decía que había predicado en contra de ellos en la catedral. Desde luego, ninguna persona rechazaría la oportunidad de ser debidamente recibida en el otro mundo y todos ellos se habían preocupado de obtener la absolución por todos los pequeños desmanes que pudieran haber cometido en Mascia, pero aun así la opinión generalizada era que los soldados deberían disfrutar de cierta libertad.

—Arriesgamos nuestras vidas todos los días. Ve y pídele un permiso a Michelotto cuando no se sienta generoso y verás: le cuesta ejecutarte en el campamento menos tiempo del que tardarían en matarte en el campo de batalla.

Si pedirle cualquier cosa a Michelotto era ya un paso arriesgado, pedirle en concreto información acerca del paradero de Segismundo podía ser peligrosísimo. Si Gatta era el responsable de la desaparición de su señor y Michelotto estaba a su servicio y, a su extravagante manera, era tan terrorífico como él... Sin embargo, de haber alguien al corriente de los acontecimientos sería él. Lo mejor sería optar por la cautela.

Benno recurrió a la táctica que solía utilizar para pasar inadvertido y se infiltró en el campamento. En el transcurso del día, mientras circulaba por la periferia de los grupos de soldados que hablaban, jugaban, limpiaban armas, cocinaban los víveres con los que habían logrado hacerse o repartían el rancho, apenas se fijó nadie en su presencia. Los comentarios que oyó en todas partes coincidían con lo que le había

dicho el centinela. Sin embargo, la única noticia que le llegó acerca de Segismundo fue la siniestra observación que hizo un soldado que acababa de asar un tordo: al hombre que había matado a Scala más le valdría andarse con cuidado, porque, en rigor, sólo podía haber un héroe: el jefe de los mercenarios.

A la caída de la tarde, Benno decidió seguir una línea de acción desesperada. Cuando se hiciera completamente de noche, trataría de acercarse todo lo posible a la tienda de Michelotto. Con suerte, tal vez oyera alguna conversación entre éste y sus capitanes o incluso una conversación con el mismísimo Gatta, quien visitaba el campamento todos los días sin previo aviso. En el caso de que el condotiero le hubiera hecho algo a Segismundo, el tema era lo bastante importante como para ser tratado. Benno se negaba tercamente a aceptar la idea de que su señor estuviera muerto. Estaba convencido de que si así fuera, se lo habría hecho saber de alguna manera.

Durante el tiempo que llevaba con Segismundo, Benno había aprendido que para moverse sin levantar sospechas uno ha de ahorrarse el sigilo. Así pues, echó a andar con toda naturalidad por el campamento evitando las miradas de soslayo que tanto deseaba lanzar aunque aprovechando las sombras que proyectaban las tiendas a la luz de la luna, la misma luna que en aquel momento iluminaba a Segismundo mientras se dedicaba a la lenta tarea de picar la base de los barrotes. Abrigaba el temor, no de tipo sobrenatural, sino más bien todo lo contrario, de que pudiera tropezar con una estaca o un viento y caer de bruces a los pies de Michelotto. Para cualquier persona que estuviera enterada de la desaparición de Segismundo, su presencia resultaría sospechosa. Tenía que evitar estornudar. Ni siquiera pensó en la posibilidad de que *Biondello* ladrara, por cuanto se trataba de un perro que reaccionaba ante una situación de peligro manteniéndose en el más absoluto silencio; y así estaba ahora, temblando de la tensión en el momento en que Benno reconocía la tienda de Michelotto y se ponía a gatas al lado de la lona. La tienda, de punta festoneada, forro de seda roja y decoración de rayas azules y blancas, era algo menos vistosa que la de Gatta, aunque bastante espaciosa. En el interior se oían voces. ¿Y si una de ellas fuera la de Gatta?

No lo era. Una de ellas pertenecía a una mujer y la otra, al parecer, a Michelotto. La mujer la levantaba al hablar, mientras que el capitán la mantenía en un tono agradable y suave. Benno se aproximó a la lona con la esperanza de que si alguien pasaba con una antorcha no se desviara del camino principal. Si le descubrieran donde estaba, un lugar en el que sólo podía encontrarse como espía, iría directo a la horca.

Decepcionado, Benno advirtió que la conversación era más bien una pelea de enamorados. La mujer al menos estaba peleando. Debía de ser alguna de las que seguían a los mercenarios (entre las cuales Michelotto tendría seguramente preferencia para escoger), aunque ¿no era algo temerario por su parte gritarle al capitán de una manera tan histérica? Por un momento se produjo un pequeño alboroto

en el interior, como si estuvieran forcejeando, y la muchacha soltó un grito de dolor. Benno se preguntó si no sería una violación lo que iba a oír.

No fue así. Los faldones de lona de la entrada de la tienda salieron volando hacia arriba, más cerca de él de lo que hubiera imaginado, y un hombre apareció en las sombras agarrando a una muchacha por las muñecas. Aunque el llanto le impedía expresarse con claridad, era evidente que estaba reprochándole algo a Michelotto. La misma historia de siempre. Ahora nunca quería verla..., ella todavía lo quería, jamás había dejado de obedecerle..., lo había hecho todo por él..., ¿acaso era culpa suya que los guantes hubieran ido a parar a la persona equivocada...?

La muchacha tropezó. Michelotto la había atraído hacia sí y a continuación la había empujado. Ella emitió un sonido gutural, como si estuviera a punto de vomitar, y cayó de espaldas a menos de medio metro de donde Benno, acurrucado, sentía que el corazón le latía tan fuerte que se diría que iba a dejarle sordo, tan fuerte que por un momento se temió que Michelotto fuera a oírle. La muchacha se quedó en el suelo. Debía de estar sumida en la desesperación, sabiéndose irremediabilmente rechazada. Ahora ya no hacía ningún ruido. Michelotto había entrado nuevamente en la tienda, había echado la lona y estaba sirviéndose una copa de vino. En algún lugar un perro animó a otros a ladrar y Benno notó que *Biondello* sacaba el morro para, prudentemente, ponerse a olisquear.

Un minuto más tarde, Benno se dio cuenta de que la cálida humedad que notaba en la espinilla era sangre. La luna se había movido, zafándose de una nube. Estaba todavía a la sombra, a diferencia de la muchacha, que aparecía tumbada mirando, sin poder ver nada, el cielo de la noche, y con la garganta abierta como si fuera una segunda boca.

---

## «La pérdida de Viverra»

El príncipe Francisco se sorprendió de ver lo popular que era en Viverra. La noticia de que lo habían encontrado no había tardado en difundirse. La gente sabía que al renunciar al mundo el príncipe también había renunciado a ellos, y que desde el momento de su desaparición habían salido del palacio varias partidas de búsqueda. Su ausencia, aun habiendo sido corta, les había infundido una sensación de inseguridad, por lo que el verlo ahora sólo podía tranquilizarlos. Aparte de estar contentos de tenerlo de vuelta, confiaban en que se quedase (de hecho, estaban suplicándole que siguiera siendo su príncipe) y, tácitamente, que el hermano Ambrosio estuviera perdiendo poder en el palacio. Al final fue necesaria la intervención de los cuatro hombres que acompañaban a Gatta y la imponente presencia de este mismo para impedir que el príncipe fuese atropellado por la muchedumbre. Aquello era realmente gratificante.

La acogida que le dispensó la familia fue digna del hijo pródigo, ante lo cual Francisco no pudo evitar acordarse de que durante su breve experiencia como ermitaño habría sido capaz de engullir la comida de un cerdo sin vacilar. Tras pedir que trajeran vino y algunas viandas, su madre lo abrazó con lágrimas en los ojos, algo prodigioso, pensó él, y su abuela estuvo a punto de desmayarse y hubo de ser sostenida por unas sirvientas. No había bebido ni siquiera media copa, que bien que le hacía falta tras la debilitante experiencia que acababa de vivir, cuando apareció su padre.

—¡Hijo mío! —El príncipe Escipión tenía un aspecto singular. El ojo que se le había puesto morado a causa del golpe que le había dado un objeto volante procedente de su escritorio a raíz de la explosión presentaba ahora un tono a medio camino entre el ocre y el burdeos que iba a juego con su ropa—. ¡Querido muchacho! ¡Pero si has vuelto! —El soberano abrazó a su hijo apasionadamente, lo cual sorprendió a los dos. Como padre, el príncipe siempre había mostrado una despreocupación rayana en la dejadez, sin embargo, el accidente le había hecho cobrar una intensa conciencia de su mortalidad, muchísimo más intensa que la que habría producido en él cualquiera de las enfermedades que había sufrido anteriormente. El futuro de Viverra volvía a estar en sus manos. Cuando después del abrazo le apartó para mirarle, el príncipe se dio cuenta de que su hijo iba vestido con un hábito de franciscano y, consternado, preguntó—: ¿Has hecho algún voto?

Por toda respuesta, Francisco, con un sentido dramático del que ya había hecho gala en alguna otra ocasión, se rasgó el hábito y la cogulla y se encogió de forma que

le cayeran hasta la cintura, donde permanecieron colgados del cordel.

—No he hecho ningún voto, padre. He regresado para cumplir mi deber contigo y con Viverra.

A continuación hubo más abrazos y lágrimas. La princesa Isotta empezaba a recuperar la calma, pese a lo cual acarició el rostro de su hijo con cariño. Los cortesanos presentes también lloraban. Al fin y al cabo, los cortesanos necesitan una corte, y muchos habían pensado con terror en lo que podía ocurrir si el príncipe moría de repente (como tantas veces había estado a punto de ocurrir) sin nadie que pudiese sucederlo. Varios se habían preguntado si deberían hacerse a la idea de tener a un condotiero por príncipe. En las ciudades estado de los alrededores ya se había dado ese caso en más de una ocasión. Mientras aplaudían y se secaban las lágrimas, observaron disimuladamente a Gatta para ver cómo reaccionaba ante el regreso del heredero de Viverra.

Lo extraordinario era que había sido el mismo Gatta quien había traído al príncipe. Algunos de los presentes habrían apostado a que, si el condotiero hubiese encontrado al príncipe, se habría asegurado de que el joven no pudiera volver a Viverra en otro medio que no fuera un ataúd. Ahora tendrían que reconsiderar sus ideas. Por el momento, Gatta estaba recibiendo el abrazo del príncipe Escipión en agradecimiento por haberle devuelto a su hijo. Mientras tanto, Francisco explicaba por qué estaba donde estaba cuando lo habían encontrado.

—Estaba buscando una visión. —Los presentes mudaron el semblante. Las visiones podían estar muy bien en el caso de un fraile, pero no eran lo más aconsejable para un príncipe. Con el rostro iluminado, Francisco se volvió hacia Gatta, quien aguardaba con los brazos cruzados a oír la revelación—. Tuve una visión fuera de la ciudad, en la ladera de la colina. Una criatura de hermosura sin par. —Se interrumpió por un instante y a continuación agregó apresuradamente—: La brisa apartó su velo por un momento. Para mí fue como una revelación, por lo que seguí la visión hasta la ciudad, hasta la casa de Ridolfi.

—¿Hasta mi casa? ¿Os referís a mi hija? —Gatta se había quedado como de una pieza. Todos los presentes habían enmudecido por el asombro.

—Me da igual quién sea. —Francisco se volvió hacia su padre—. Es la única persona con la que puedo casarme. Lo juro por todos los santos, lo juro por mi patrón, san Francisco, que no me casaré más que con ella.

La noticia resultó tan eficaz como la explosión que había sacudido el viejo castillo. La princesa viuda requirió una vez más el auxilio de todas sus damas y el príncipe no pudo evitar poner una cara de profunda consternación que a su comandante no le pareció nada halagadora. El soberano no había olvidado el compromiso de matrimonio, prácticamente cerrado, entre Francisco y la hija del duque de Scioggia. Ya se habían intercambiado los regalos... Entonces se dio cuenta de que ya había expresado en voz alta algunos de aquellos pensamientos. La princesa Isotta apenas alteró su expresión distante y Gatta se encogió de hombros y extendió



las manos como si quisiera negar cualquier afán por entrar a formar parte de la realeza de una manera tan íntima. El príncipe puso fin a su confusión con la profunda certeza de que estaba inevitablemente abocado a enemistarse bien con su comandante, bien con su futuro aliado de Scioggia justo en el momento en que los dos le hacían falta.

—¡Imposible! ¡Im-po-si-ble! —La princesa viuda había recuperado la ecuanimidad y con ella la energía que le permitía tener una considerable influencia en la corte—. No puedes contraer matrimonio con *su* hija —exclamó fulminando a Gatta con la mirada, como si se tratase de un maleducado campesino que hubiera irrumpido en la habitación procedente directamente de una pocilga—. Piensa en tu familia. Te convertirías en el hazmerreír de todo el mundo. ¡Serás nuestra perdición!

Gatta dio un paso hacia adelante y miró fijamente a la princesa. Parecía un gato dispuesto a descuartizar a su presa.

—¡Y vos, señora, seréis la perdición de Viverra!

Se volvió y, sin hacer una reverencia o pedir permiso para irse, salió de la habitación a zancadas. Sus pasos pudieron oírse, cada vez más lejanos, en el espantoso silencio que se produjo a continuación.

---

**«¡¿Vos?!»**

Segismundo tenía una habilidad pasmosa para adivinar dónde se encontraba Benno, incluso cuando éste creía estar bien escondido, y valoraba su astucia de una manera que habría sorprendido a cualquier persona que juzgara a Benno por el aspecto. Sin embargo, no fue ninguna de estas cosas lo que lo condujo hasta el campamento. No hace falta razonar con demasiada lógica (algo que Segismundo hacía de todas formas) para llegar a la conclusión de que si una persona te envía a un lugar y acabas con tus huesos en la cárcel, lo más probable es que sea dicha persona la causa de que hayas terminado así. Segismundo fue al campamento de Gatta para vigilar a Gatta. Si una persona ha ordenado que te encierren para que te mueras de hambre, más vale no perderla de vista. Además, el primer encargo que le había hecho el príncipe Escipión era comprobar si el condotiero seguía siendo leal a él.

Por otra parte, había muchas posibilidades de encontrar a Benno allí. En cuanto éste se hubiera dado cuenta de que su señor había desaparecido, habría hecho lo posible por ocultar su identidad. La atención que en caso contrario atraería sobre sí podría ser muy perjudicial. Un campamento era tan buen sitio como cualquier otro para mantenerse en el anonimato, y una aparente falta de luces tal vez resultara menos llamativa entre soldados.

Segismundo solventó el problema de la contraseña echando una mano a un hombre que forcejeaba con un barril de vino que amenazaba con caer de un carro. Al centinela que los dejó pasar, el hombre que iba sentado a horcajadas sobre los barriles y lo miró con gesto sombrío cuando el carro pasó pesadamente a su lado, el hombre con facciones saturninas que llevaba el sombrero, semejante a un pájaro muerto, calado sobre una capucha de cuero gastado, no le recordó en absoluto al héroe de Mascia.

Cuando el carretero y Segismundo pusieron las tablas y empezaron a hacer rodar los barriles, los soldados del economato se ofrecieron a ayudarlos y a cotillear con ellos. El tema del momento era que su comandante había aparecido en el campamento hacía media hora hecho una furia (mortalmente ofendido por el príncipe, al decir de quienes habían estado con él) y se encontraba en aquel momento en su tienda discutiendo con Michelotto el modo de vengarse.

Cuando el hombre encargado de entregar los barriles se disponía a dar una propina a Segismundo y a ofrecerse para llevarle a la ciudad, advirtió que éste había desaparecido inexplicablemente. Era el primer hombre que le hacía un favor y no se quedaba esperando a que lo gratificara.

El ángel disfrazado estaba cruzando el campamento por uno de sus caminos, pasando entre tiendas, polvorines y vivaques con ese aire de saber adonde se dirigía y qué estaba haciendo que disuadía de detenerlo incluso a la persona más celosa. Nadie se escamó al ver a aquel hombre alto y encorvado, vestido astrosamente y tocado con un sombrero del todo impresentable y, aun así, lo reconocieron.

Hay criaturas que no se fían únicamente de sus ojos y que, por lo tanto, no se dejan engañar por la ropa y el porte de los demás. Un perro pequeño, sucio y con una sola oreja pasó a toda velocidad entre los dispersos grupos de soldados, voló sobre todos los obstáculos y se abalanzó sobre Segismundo meneando la cola frenéticamente. Segismundo se inclinó para acariciarlo, en espera de ver el par de sucias botas que se apresuraron a plantarse elocuentemente ante él.

—Lo siento, camarada. Las salchichas de ajo lo vuelven loco. ¿No habrás comido alguna últimamente? —Los ojos de Benno eran mucho más elocuentes que sus botas: estaban arrasados en lágrimas, y su voz era ronca. Segismundo cogió a *Biondello* y, tras mirarlo con detenimiento, reanudó la marcha seguido al trote por Benno. En el momento en que unos hombres que había cerca volvieron la cabeza, Segismundo respondió con un acento tan rústico que cualquiera habría dicho que hablaba su idioma.

—¿Salchichas? Tengo el estómago a punto de reventar de salchichas. Creía que estabas ofreciéndome a tu chucho de postre. Por lo que se ve, ya has dado buena cuenta de su oreja. Permíteme invitarte a una bebida para dar cuenta del resto.

Benno apenas había tenido tiempo de soltar un gangueo de asentimiento cuando, detrás de ellos, en el camino principal del campamento, oyeron unas voces que pedían a gritos que se hicieran a un lado. Cuando se hubieron apartado, un caballo pasó por delante de ellos, jadeante y cubierto de espuma; su jinete, que no se encontraba en un estado mucho mejor, iba inclinado sobre el pomo. Varios hombres de Gatta lo seguían, picados por la curiosidad. Segismundo, y por lo tanto Benno, se unió al grupo y se mantuvo a la cola hasta que llegó a la mismísima entrada de la tienda de Gatta. Benno se preguntó si había entendido bien el cuchicheo de Segismundo: «Esto huele a canales», puesto que a lo único que olía era a sudor de caballo. Tenía la mente confusa, por la inquietud de antes y el alivio de ahora, y tardó un par de minutos, durante los cuales observó cómo ayudaban al agotado mensajero a bajar del caballo, en ver la montura veneciana y adivinar de dónde venía el caballo. La noticia que traía el mensajero no era para el príncipe de Viverra, sino para el jefe del ejército apostado a las puertas de su ciudad. Además, pensó Benno, era poco probable que la Serenísima ya hubiera enviado al sustituto del embajador.

Los faldones de seda roja de la entrada de la tienda brillaron a la luz del sol cuando fueron apartados para dejar pasar dignamente al mensajero veneciano. La pequeña multitud, que se había apiñado a una respetuosa distancia en el exterior, vio a Gatta extender las manos en señal de bienvenida, a Michelotto a su lado y a varios pajes que se apresuraban a ofrecerles vino.

—Enviar la cabeza de Scala ha dado fruto. —Esta vez Benno oyó el cuchicheo claramente. Segismundo volvió la cabeza para evitar que *Biondello* dejara de lamerlo como estaba haciéndolo y sonrió a Benno, quien se llevó una verdadera alegría al ver que su señor, fueran cuales fueren los peligros que hubiera salvado, había vuelto y estaba de nuevo en control de la situación.

Se encontraban en un lugar privilegiado para ver qué ocurría en la tienda, en la cual, como si de un espectáculo de marionetas se tratara, el hombre que con toda probabilidad había intentado asesinar a Segismundo estaba recibiendo al veneciano. Gatta tenía tantos motivos para mantener la entrevista en privado como un príncipe para prohibir que su corte estuviera presente en el momento en que recibía a un enviado. Informados de lo que estaba sucediendo, fueron llegando más hombres para presenciar la entrevista.

Oír resultaba más difícil. Las personas que estaban dentro de la tienda hablaban en voz baja, por lo que los espectadores tenían que utilizar la imaginación para interpretar la pantomima. El mensajero sacó una carta que fue aceptada y fue invitado a tomar asiento y a beber vino (le resultaba incómodo sentarse después de haber pasado tantas horas sobre la silla de montar) mientras Michelotto le leía la carta a Gatta. Era el momento de las deliberaciones. Gatta miró fijamente la carta, formuló preguntas, hizo gestos para indicar que le leyeran ciertos fragmentos, se sentó y permaneció pensativo mientras Michelotto hablaba animadamente, como si comentase una vez más los puntos principales de la misiva. Tenía aspecto triunfal, lo cual convenció a Benno de que el contenido de la carta no podía ser nada bueno. Aún recordaba las súplicas que la pobre muchacha le había hecho al capitán antes de que éste la asesinara.

Al parecer, tomaron alguna clase de decisión, puesto que se hizo llamar al escribano de Gatta, quien apareció apresuradamente acompañado por su ayudante, que acarreaba el escritorio. Aún más significativa fue, sin embargo, la llegada poco después del astrólogo del condotiero, quien apareció, también apresuradamente, llevando un cartapacio de mapas con el zodiaco grabado en oro sobre la tapa. Michelotto avanzó como si fuera a conducirlo al interior cuando se oyó un nuevo clamor de voces procedente del camino principal del campamento. El capitán salió de la tienda para ver qué ocurría. Benno se encogió, no fuera Gatta a fijarse en él, y volvió la cabeza al igual que los demás para ver algo que sin duda nadie esperaba.

El príncipe Francisco cabalgaba en dirección a la tienda precedido por un sargento que corría ansioso por avisar a su comandante de la imprevista visita. Gatta habría agradecido el aviso, pero ya era demasiado tarde y al levantar la mirada lo había hecho innecesario. Sin dejar de mirar, se levantó y salió de la tienda en el momento en que el joven se apeaba.

—Vuestra alteza me honra, nos honra a todos...

«La araña saluda a la mosca —pensó Benno—. Aunque ignore que fue Michelotto quien encargó que pusieran los guantes envenenados al alcance de su

padre, a los diecisiete años ya debería saber que no es una buena idea ponerse en manos de Gatta como lo está haciendo».

Los pajes aparecieron y cerraron la tienda. Lo que se hubiera planeado hacer con el príncipe iba a tener lugar en privado.

La espera, que todos pasaron mirando la sencilla fachada verde de la tienda, no fue muy larga. Un paje levantó un faldón de la entrada y Michelotto salió. Por lo que permitía adivinar el peculiar gesto de animación que tenía en la cara, el capitán estaba de buen humor. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo dentro de la tienda, lo cierto era que lo había puesto eufórico. Mientras miraba la multitud que se había reunido a poca distancia de donde él se encontraba, Benno, perdiéndose de vista tras un soldado, vio que Segismundo, todavía tocado con su desastroso sombrero, se había empequeñecido flexionando las piernas y ahora miraba el suelo con gesto impasible.

—Que todos los hombres se armen por completo y se pongan en orden de marcha ligera. Enseguida.

«Ya está. Gatta va a marchar sobre Viverra. Con el joven príncipe en su poder, el príncipe Escipión va a ser pan comido. Es inútil que mi señor vaya a avisarle, supongo; no hay mucho que pueda hacer para detener a esta pandilla. ¿Incendiarán Viverra como incendiaron la aldea por la que pasaron camino de Mascia? ¿La saquearán? ¿Qué será de la princesa?».

Los soldados reunidos delante de la tienda se dispersaron rápidamente siguiendo los movimientos del brazo de Michelotto; Segismundo, encorvado, los siguió al trote. En medio del estrépito producido por los hombres al correr, gritar y armarse y por los sorprendidos caballos al relinchar, alguien abocinó las manos sobre la boca y soltó un bramido:

—¡Eh, tú! —Segismundo volvió la cabeza, malhumorado pero obediente—. Coge ese carro. Date prisa.

Si hubiera desobedecido o se hubiese quejado habría llamado la atención sobre su persona. Segismundo bajó las varas del carro indicado y cogió una sumisamente al tiempo que señalaba la otra a Benno con un movimiento de cabeza. A continuación tiraron de él (aunque Benno se dio cuenta enseguida de que Segismundo estaba realizando el mayor esfuerzo) siguiendo al hombre que los había llamado.

El hombre se acercó a Michelotto y empezó a andar a su lado. Benno se quedó helado. Los habían reconocido, los habían distinguido entre la multitud, los conducían a una muerte segura...

El carro, al menos, era un instrumento mortal, de eso no había duda. Michelotto y el hombre encargado se detuvieron en un claro entre las tiendas donde se había levantado a casi dos metros de altura una viga clavada a cuatro soportes. Había una escalera apoyada en la estructura, y un hombre, encaramado a horcajadas sobre la viga, estaba haciendo un nudo en uno de los cuatro dogales espaciados sobre la madera, con gran satisfacción para sí mismo pero ninguna para los cuatro hombres

que aguardaban abajo con las manos atadas a la espalda. Cerca de allí, otro hombre, desnudo y que no dejaba de soltar juramentos, estaba siendo atado a la cola de un caballo que piafaba y se movía de un lado a otro como si supiera lo que podía esperar de su apéndice en materia de gritos. Otro caballo aguardaba pacientemente, enjaezado y con la cabeza gacha, a ser enganchado a un carro. Benno se mordió los labios y parpadeó, convencido de que en cualquier momento, en cuanto Michelotto se volviera y los viese, los apresarían y atarían. *Biondello* temblaba en la hamaca del jubón de Benno.

Afortunadamente, Michelotto estaba ocupado. Sin dejar de darles la espalda, avanzó a lo largo de la fila de condenados, pronunciando lo que al parecer eran palabras de ánimo a cada uno de ellos y comprobando la firmeza de las cuerdas que llevaban atadas a las muñecas. Estaba claro que llevaba el campamento con una política perfeccionista y gustaba de verificar las cosas personalmente. El hombre de la escalera bajó a toda prisa y se puso a atenderlo con grandes muestras de respeto; entretanto, Segismundo y Benno, con la cabeza gacha y la cara oculta, se ocuparon de enganchar los caballos a las varas. A continuación, Segismundo, sin que nadie le dijera nada, rodeó el carro, cogió la puerta trasera de éste y se fue con ella hasta detrás del grueso montante que sostenía la viga, desde donde podía ver perfectamente a Michelotto, quien en aquel momento estaba al final de la fila haciendo alguna clase de objeción. Por lo visto, uno de los condenados no tenía las manos bien atadas. El capitán indicó al verdugo que se apartara con un movimiento de la mano, deshizo el nudo y volvió a atar las manos al hombre, hablándole en voz baja y, al parecer, alentándolo. Benno pensó que era muy probable que Michelotto protagonizase los principales acontecimientos que iba a presenciar aquella tarde; se había acordado, muy a su pesar, del comentario que le había hecho Segismundo en una ocasión acerca de la horca: «Cuando te cuelgan, tardas mucho en morir, a menos que sobornes al verdugo para que tire de tus pies y te rompa el cuello o deje a tus amigos que lo hagan». Tal vez Michelotto le había hecho aquel mismo comentario a la víctima o mencionado que su verdugo no aceptaba sobornos, puesto que al acabar le dio un abrazo para confortarlo. Cuando se volvió, Segismundo se inclinó para coger la puerta del montante; sin embargo, Michelotto había dirigido su atención a otra parte. Los hombres estaban formando, unos a pie con las armas bruñidas y preparadas, otros ataviados con vistosos colores a lomos de unos caballos que brillaban tras haber pasado por la almohaza. Los soldados de la *condotta* se habían puesto el uniforme de domingo; al verlos, Benno se preguntó por qué sería necesario lucir las mejores galas para marchar sobre Viverra. Ninguno de ellos se había preocupado de vestirse de aquella manera antes de entrar en Mascia.

El motivo no había que ir a buscarlo muy lejos. Las trompetas sonaron, estridentes y triunfales, para anunciar la llegada de Gatta, que marchaba lentamente por un camino flanqueado por sus hombres, espléndido con su capa forrada de brocado violeta y a lomos de su gran caballo negro, que iba adornado con jaeces de

cuero dorado y plateado. A su lado cabalgaba el príncipe Francisco, con aspecto de cualquier cosa menos de prisionero, de verde y castaño leonado y luciendo un penacho curvo de color escarlata que ondeaba sobre su sombrero de terciopelo. Gatta se inclinaba hacia él deferentemente, haciéndole señas a un lado y a otro para indicarle lo que quería mostrarle. Aquello no eran los preparativos para un ataque, sino un desfile.

—La victoria no es posible sin disciplina, alteza —estaba diciendo Gatta mientras señalaba el montante y los hombres que aguardaban, con gesto desvalido o desafiante, a su pie—. Un hombre que infringe la ley de la *condotta* es tan enemigo nuestro como el que combatimos en el campo de batalla. Un hombre ligero de manos viene aquí a probar que también es ligero de pies al bailar en el aire. —El condotiero se echó a reír y el príncipe lo imitó, soltando una carcajada más circunstancial que sincera, como si pensara que una ejecución no podía ser un entretenimiento agradable. Michelotto, que ahora se encontraba al lado del caballo que había de tirar del carro situado debajo de la viga, pensaba, evidentemente, todo lo contrario.

La ejecución no comenzó de inmediato, pese a que el sacerdote ya había subido al carro. Un sargento que acababa de llegar con dos prisioneros bajo vigilancia estaba pidiendo permiso al condotiero para informarle de algo. A raíz de la explosión, Gatta se había hecho cargo de la seguridad del viejo castillo, por lo que eran sus hombres quienes patrullaban sus pasillos y controlaban la seguridad de los prisioneros de estado que habían sido encerrados en las celdas que habían quedado en condiciones. Los guardias habían sorprendido a dos hombres en flagrante cuando intentaban abrir el cerrojo de la nueva celda del joven conde Landucci. Las consecuencias que podían derivar de aquel asunto eran lo bastante importantes como para llevar a los detenidos a la presencia del comandante.

Los dos hombres fueron conducidos a empujones ante el condotiero; al verlos, Benno estuvo a punto de soltar un grito. Uno de ellos, anormalmente alto y anguloso, lanzó una enloquecida mirada de odio a Gatta; el otro se echó hacia atrás una melena de grasientos rizos rubios e hizo una mueca. ¿Dónde estaba el tercero? Benno no se habría hecho esta pregunta si hubiera visto a Pío salir volando del castillo durante la explosión. Michelotto se había colocado al lado de Gatta.

—Michelotto, la sirvienta nos ha dicho que fue Donato Landucci quien puso en la habitación del príncipe los guantes envenenados que acabaron con la vida de la pobre Ginebra. Estos hombres deben de ser amigos suyos si estaban intentando soltar el cerrojo de su celda.

Al oír a Gatta llamar a Michelotto por su nombre, los dos hombres habían vuelto la cabeza para mirarse el uno al otro. «Bueno, por fin se enteran», pensó Benno. Gatta estaba mirándolos con una sonrisa en los labios. Interrogarlos sería un placer; castigarlos a continuación, una delicia.

—Y eso, ¿qué es? —El condotiero estaba señalando un arma que llevaba uno de los guardias. Éste avanzó y se la entregó. Se trataba de la espada, larga y antigua, que

Fracassa siempre llevaba a la espalda; el pobre parecía un mutilado sin ella, como si hubiera perdido una extremidad. Como prisionero de Gatta, podía perder unas cuantas más.

—Primero colgaremos a los ladrones, alteza, y luego nos ocuparemos de estos traidores. Me han dicho que fue el joven Landucci quien intentó envenenar a vuestro padre con los guantes y a vuestra madre con los confites. Merece que lo quememos vivo. Supongo que desearéis encender personalmente la hoguera para castigarlo por haber fingido ser vuestro amigo.

El príncipe esbozó una sonrisa, pasando por alto lo que acababa de oír. Tal vez estuviera menos convencido o, a propósito de esto último, menos ansioso por vengarse de lo que Gatta suponía.

El condotiero hizo una señal a Michelotto con la cabeza y éste volvió al patíbulo para supervisar la ejecución. El hombre que cerraba la fila, que era el primero que iba a ser ejecutado, fue subido al carro entre forcejeos y tropezones, recibió la ayuda del sacerdote y se vio con la soga al cuello.

—¡Alteza!

—No hay piedad que valga, perro —exclamó Gatta con un gruñido mostrando sus fauces. El hombre, desesperado, levantó la voz.

—Se trata de un secreto, alteza. Sólo vos podéis saberlo. Debo contároslo antes de morir. Os lo ruego, alteza...

El príncipe, cuyo caballo se movía nerviosamente, frunció el entrecejo. Michelotto dijo entonces de buen humor:

—Lleva toda la mañana dale que te dale con lo del secreto. Algo relacionado con el padre de vuestra alteza. No quiere llevárselo consigo a la tumba.

—Que se lo cuente al diablo el muy canalla... —Gatta estaba levantando la mano cuando el príncipe Francisco arreó a su caballo.

—Voy a escucharlo.

Gatta se inclinó y observó con gesto indulgente cómo el príncipe se acercaba al carro a lomos de su caballo y ladeaba la cabeza de modo que el hombre pudiera contarle el secreto al oído.

Lo que sucedió a continuación fue demasiado rápido para ser comprendido a primera vista. Segismundo, que había aparecido por detrás del carro, asestó al caballo del príncipe un golpazo en el cuello. En el momento en que éste se encabritaba y giraba, Michelotto golpeó en la grupa al caballo enganchado y el carro salió disparado hacia adelante. Segismundo agarró al condenado por los muslos con un brazo en el instante en que salía por el hueco de la puerta trasera y cargó con él. ¿O estaría rompiéndole el cuello? El condenado, que tenía los brazos libres, empezó a dar puñetazos hacia abajo y hacia atrás. Segismundo, que era el objetivo de sus golpes, lo cogió de una muñeca. El príncipe se volvió y logró calmar a su caballo. Tenía el jubón rasgado en un costado. Ahora se podía ver que el condenado empuñaba un cuchillo.



La multitud soltó un rugido animal de consternación. Gatta espoleó a su caballo. Tenía el espadón de Fracassa en la mano. ¿A quién iría a matar? El condenado se quitó el dogal del cuello y Segismundo lo bajó al suelo entre pataleos y forcejeos.

—¡Michelotto me ha prometido el perdón! ¡Me ha dicho que si mataba al príncipe me dejaría libre!

Michelotto se había acercado a él, rápido como una serpiente dispuesta al ataque, puñal en mano.

—¡Mentiroso! ¡Traidor! Cómo te atreves a decir...

La daga se elevó en el aire y el condenado se encogió de miedo, pero el espadón de Gatta se interpuso entre ellos con un chasquido de acero que mandó el puñal del capitán al suelo.

—Yo soy la justicia en este lugar. Quiero saber más.

Michelotto retrocedió encogiéndose de hombros; la expresión de su cara reflejaba el desdén que sentía hacia todo lo que el hombre pudiera decir. Segismundo había retrocedido a su vez en el momento en que Gatta había decidido intervenir y había sido engullido por la multitud, que avanzaba ansiosa por presenciar el enfrentamiento entre el general y su lugarteniente. Dos de ellos habían cogido al hombre que acusaba a Michelotto y lo sujetaban mientras el condotiero lo amenazaba apuntándole al corazón con la espada.

—¿Cómo te llamas?

—Enzo Scappi.

—¿Cómo te has soltado las manos?

—Él me las ha atado de modo que pudiera hacerlo. Y también me ha dado el cuchillo. —El movimiento de cabeza con que señaló a Michelotto sólo dio lugar a una sonrisa de incredulidad.

—¿Hay algún testigo de esto? —preguntó Gatta con tono conminatorio a la multitud.

Se oyó un murmullo de incomodidad. Entonces, el verdugo, que estaba subido a la escalera, dijo:

—Yo he visto cómo volvía a atarle las manos. Pero no he visto ningún cuchillo.

Evidentemente, era poco probable que Michelotto hubiera cometido la torpeza de permitir que se viera cómo le entregaba el cuchillo al condenado. El hecho de que hubiera vuelto a atarle las manos era significativo, como lo era el que la punta del espadón se hubiera trasladado a su pecho, un movimiento que arrancó un grito ahogado a la multitud.

—¿Qué tienes que decir a eso?

Michelotto no había dejado de sonreír. Enarcando las cejas, dijo:

—Un hombre utiliza todos los medios que tiene a su alcance para escapar a la muerte. ¿Por qué habría de querer yo matar a su alteza?

—¡Intentasteis matar a su padre!

Benno, horrorizado de oír su propia voz, miró alrededor al igual que todos los

presentes para ver quién había hablado.

—Traed a ese hombre.

El pequeño ardid de Benno fue infructuoso. Uno de los hombres que estaba a su lado, y que sabía que era él quien había hablado, lo cogió del brazo y lo utilizó como arma para abrirse camino hasta el estribo de Gatta. El espadón abandonó el pecho de Michelotto y obligó a Benno a levantar la cara de forma que tuviera que mirar aquellos espantosos ojos amarillos.

—¿Por qué has dicho eso, bribón?

Benno notó que el acero le rozaba la barba y contestó manteniendo la mandíbula rígida, sin moverla.

—Él encargó a una muchacha que pusiera los guantes envenenados en un arcón del dormitorio del príncipe.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Se lo oí decir a ella. Anoche.

—¿Dónde está esa muchacha? —Michelotto tenía los brazos en jarras y cara de desdén—. Este hombre es idiota. No sabe lo que está diciendo.

—¿Dónde está la muchacha? —Gatta recalcó la pregunta con un repentino movimiento de la espada que hizo que la sangre corriera por el cuello de Benno mezclada con el sudor.

—Él le cortó el cuello. Ella le dijo que iba a contarlo todo y él la mató.

Michelotto se echó a reír.

—¿Que yo maté a la muchacha? ¿Delante de ti?

—No me visteis. Estaba oculto en las sombras. La arrojasteis al suelo, cerca de donde yo estaba. Ésta es su sangre.

—¿Dónde está la muchacha? ¿Qué ha sido de ella?

De la multitud surgió una voz.

—Íbamos a enterrarla junto con los ladrones.

—Está aquí, Gatta. Ésta es la muchacha de la que ese hombre está hablando. — Los soldados se hicieron a un lado para dejar pasar a una mujer corpulenta que estaba a punto de reventar el vestido rosa que tenía puesto. Llevaba el pelo teñido y recogido bajo un velo negro y un montón de cadenas de oro al cuello. Detrás de ella apareció otra mujer, delgada y bajo un llamativo vestido de color púrpura. Entre las dos llevaban una valla tapada con una tela sucia bajo la que se adivinaba una figura humana—. Estaba rondando el campamento a todas horas, siempre para ir a su tienda. Nos quitaba el sustento. —La mujer dejó caer el extremo de la valla que estaba sujetando y se puso los brazos en jarras, imitando el gesto de desafío de Michelotto—. Esto es todo lo que ha conseguido con ello. —Se inclinó y apartó la tela.

Aunque la habían lavado y arreglado, una persona con el cuello cortado nunca tiene buen aspecto, ni siquiera a los ojos de un soldado acostumbrado a ver tales cosas. Se oyó un murmullo. Gatta se acercó y se inclinó en la silla para mirar.

—Conozco a esta muchacha —dijo volviéndose hacia Michelotto—. La traje a palacio. Decía que había visto a Donato Landucci poner los guantes en la caja.

—Eso es lo que a mí me dijo —respondió Michelotto sin inmutarse.

—Eso es lo que le dijeron que dijera. —Segismundo, quitándose el sombrero y la capucha de manera que su cabeza resultara reconocible, salió de entre la multitud—. Michelotto quería que las sospechas recayeran sobre Landucci.

El caballo de Gatta respondió a un involuntario tirón del bocado, retrocediendo y desplazándose hacia un lado.

—¡¿Vos?! —Gatta clavó los ojos en Segismundo, incapaz de creer en un fantasma de aspecto tan entero e imperturbable como aquél, incapaz de creer en su habilidad para escapar de la prisión—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Había una ventana y un muro. O salía por ahí o por el ojo de la cerradura. —Segismundo formó un anillo con el pulgar y el dedo índice de la mano y miró por él a Gatta, quien de pronto se echó a reír.

—Lo que veo es que sois un hombre difícil de controlar. ¿Por qué habría de querer Michelotto que las sospechas recayeran sobre Landucci?

Segismundo profirió una exclamación burlona, a medio camino entre el murmullo y la risa.

—¿Por qué habría de hacer cualquiera de estas cosas? ¿Por qué habría de querer matar al príncipe o a su hijo? Porque se interponían en vuestro camino.

—¡¿En mi camino?!

Segismundo se encogió de hombros y alzó una mano para señalar a Michelotto.

—Vuestro leal capitán, Gatta, quería convertiros en príncipe de Viverra.

Gatta se volvió sobre su silla para clavar la mirada en Michelotto. Entonces, con voz suave, dijo:

—¿Es eso cierto?

Michelotto tardó apenas un segundo en contestar. Entonces hizo una aparatosa reverencia y dijo:

—Vos sois el príncipe, Gatta. Viverra os aguarda. Vuestro ejército os aguarda. Venecia es vuestra. —El capitán señaló con la cabeza al príncipe Francisco, que lo escuchaba con suma atención a pocos pasos—. Lo que no se ha hecho durante el almuerzo se puede hacer durante la cena. —Inclinándose rápidamente cogió su cuchillo del suelo, lo lanzó al aire y volvió a cogerlo. Su propósito estaba claro: si Gatta daba su consentimiento, el príncipe Francisco sería asesinado de inmediato y Viverra tomada en el plazo de una hora.

Con aire meditabundo, Gatta preguntó:

—¿Y has hecho todo lo que dicen?

—Ha sido por vos, Gatta. —El tono del capitán era de triunfo, y no evidenciaba el menor pesar, remordimiento o ánimo de disculpa. Era un tono que esperaba recibir una gratificación.

—Por mí. —El condotiero permaneció pensativo con el espadón apoyado en uno

de sus brazos. Entonces se volvió e hizo una seña—. Traed a ese bribón aquí.

Los guardias que sujetaban a Fracassa lo hicieron avanzar a empujones.

—Trabajabais para Landucci... Estabais al servicio de un traidor, ¿no es así? ¿Qué haríais con Michelotto?

Fracassa se echó hacia atrás la grasienta melena y escupió, con bastante precisión, a los pies del capitán.

—Lo mataría. Violó y mató a mi madre y a mi hermana. ¡Lo mataría!

Gatta sonrió. Con un movimiento brusco, indicó a los guardias que liberaban a Fracassa y arrojó a éste la espada. Fracassa, pese a verse sorprendido, fue rápido. Cogiendo la empuñadura y valiéndose del peso del arma para dar fuerza al tajo, descargó el acero sobre Michelotto en el punto en que se unen el cuello y el hombro justo en el momento en que éste retrocedía y alzaba una mano en señal de protesta. Un chorro de sangre fue a dar al caballo de Gatta, que se encabritó, relinchando y piafando.

Benno cayó al suelo a gatas y vomitó. Michelotto ya era bastante desagradable de una sola pieza; dividido resultaba espantoso. El silencio de estupefacción que había cundido entre los presentes se transformó en un verdadero griterío.

—¡Aquí tenéis vuestro regalo de bodas, alteza! Vuestra venganza. —A lomos de su ensangrentado caballo, que no dejaba de piafar y soltar bufidos, Gatta se acercó al príncipe Francisco, que seguía siendo incapaz de apartar los ojos del despedazado cuerpo. Fracassa, que no se había detenido tras el primer mandoble, estaba ahora exultante, brincando y haciendo molinetes con la espada, mientras Aldo profería roncadas exclamaciones de alegría y todo el campamento gritaba. Anonadado, Francisco se dio cuenta de que los gritos iban dirigidos a Gatta. Literalmente de un golpe, el campamento se había librado del hombre responsable de todas las impopulares medidas que hasta el momento habían posibilitado su buen funcionamiento. Además, se había hecho justicia y el espantoso castigo que había sufrido Michelotto había tenido por objetivo satisfacer tanto al príncipe como al ejército. Si aquel hombre iba a ser su suegro, tendría que aceptar lo ocurrido como un adelanto de la dote de Caterina. El príncipe Francisco miró los ojos amarillos del condotiero y sonrió.

—Mi padre se alegrará de que otro enemigo suyo haya muerto.

---

## ¿Qué más podía desear?

—¡Tened piedad, alteza! Mi hijo es inocente. No me separéis también de él. —La condesa Landucci se había arrodillado ante el estrado. De su redecilla plateada se habían escapado varios mechones de pelo que caían sobre sus entrelazadas manos. El príncipe Escipión la miró con inquietud al tiempo que movía las manos sobre los brazos de madera labrada de su trono. Su ojo morado transmitía a la condesa Landucci, que lo miraba a través del velo de sus lágrimas, una impresión amenazadora. Desesperada, se volvió hacia la princesa, que estaba sentada en su trono, tan bella, tan remota, al lado de su esposo, y extendió las manos—. Vos también tenéis un único hijo. Os ruego que tengáis piedad, la misma piedad que esperáis obtener el día del juicio final... —La condesa no pudo controlarse más y rompió a llorar. La princesa se volvió entonces hacia su marido. Después de haber estado tan cerca de perder a Francisco, no podía evitar sentirse conmovida por semejantes súplicas. Además, no creía que Donato hubiera tenido el propósito de envenenarla a ella o al príncipe. El propósito del apasionado joven había sido muy diferente.

Antes de que pudiera responder o de que la condesa recuperara el ánimo para volver a hablar, alguien descorrió las cortinas que tapaban la entrada más lejana de la sala de audiencias. Todos los presentes, tanto cortesanos como consejeros, volvieron la cabeza en el momento en que Gatta, mostrando su habitual impaciencia con las ceremonias, dejaba entrar al príncipe Francisco. La princesa contuvo su deseo de levantarse e ir a recibir a su hijo, a quien había visto por última vez saliendo de la sala como un huracán cuando el condotiero se había ido. Después de los esfuerzos que ella, personalmente, había realizado a fin de ganarlo para su causa, esta aparición le hacía concebir la esperanza de que la ofensa sufrida por su único protector no fuera definitiva. El rostro de Gatta era impenetrable; el gesto que tenía podía ser tanto una mueca de enfado como una sonrisa. En cuanto llegó al pie del estrado, empezó a hablar, sin dar apenas tiempo a Francisco de besar la mano de su padre.

—Alteza, tengo una noticia que daros. Vuestro enemigo, el que se proponía envenenaros, ha sido descubierto y ajusticiado siguiendo mis órdenes. —Se levantó, plantando los pies en el suelo a cierta distancia el uno del otro, sin fijarse en la mujer arrodillada que, conteniendo el llanto, había vuelto la cabeza para mirarlo.

—¿Mi enemigo? —La perplejidad del príncipe Escipión era comprensible. Recientemente se había librado de dos: Landucci en una refriega y Carlotti en una explosión. ¿Quién quedaba entonces? ¿Acaso Gatta había ejecutado sumariamente al

joven Donato? Evitó mirar a la condesa Landucci. De ser así, la situación sería realmente embarazosa. Evidentemente, a ella se le había pasado la misma idea por la cabeza, puesto que se había dejado caer sobre los talones y se había cubierto la boca con las manos.

—Vuestro enemigo secreto, alteza, y el mío: mi capitán, Michelotto della Casa. Fue él quien dispuso que los guantes envenenados fueran colocados en vuestra habitación y, por tanto, quien causó la muerte de mi pobre Ginebra... —Gatta se detuvo a mitad de la frase e hizo una mueca como para contener una lágrima. Luego prosiguió—: Hace apenas unos minutos que ha intentado arrebatarme la vida a vuestro hijo.

—¡Francisco! —La princesa no pudo más y se puso de pie de un salto. Al ver la expresión de alegría que tenía su hijo en los ojos, comprendió que difícilmente habría podido estar en su presencia si el intento hubiera tenido éxito, por lo que, recuperando la calma, volvió a sentarse.

Gatta sonreía ahora abiertamente.

—¡Alteza! Vuestro hijo está a salvo, y Michelotto, un traidor a vuestro honor y al mío, muerto. Hemos de pensar en el futuro, en una boda, no en un funeral.

Ya habían preparado al príncipe para aquello. Durante la ausencia del condotiero había tenido lugar el consejo más acalorado que pudiera imaginarse. Aunque al oírse la palabra «boda» la expresión de ansiedad e inquietud que apareció en el rostro de todos los presentes le recordó la consternación creada por su madre, el príncipe, considerando las terribles complicaciones que acarrearía la exclusión de Francisco de las negociaciones con Scioggia (la devolución de regalos, el coste del apaciguamiento...), brindó al condotiero una sonrisa benevolente. La seguridad de Viverra se hallaba en manos de Gatta.

—¡Mi señor Ridolfi! Estamos de acuerdo. Traed a vuestra hija al palacio para que podamos darle la bienvenida. Contraerá matrimonio con mi hijo en la capilla de palacio en cuanto vos queráis. Las capitulaciones matrimoniales serán redactadas mañana.

La princesa se inclinó graciosamente.

—Viverra celebrará en su catedral una boda magnífica.

Fue como si todos los presentes dejaran escapar un suspiro de alivio colectivo. Unido por vínculos matrimoniales a la familia y ocupando la nueva posición que éstos le proporcionarían, Gatta protegería los intereses de los soberanos como si fueran los suyos. La princesa viuda, cuyo apasionado ataque a la presunción de Gatta había puesto todo en peligro hacía poquísimo tiempo, trataba ahora de ahogar sus penas en sus aposentos, incapaz de buscar el consuelo del hermano Ambrosio, el martillo de los valores mundanos.

—¡Alteza! —La condesa Landucci había quedado relegada al olvido en medio de tanta conversación sobre bodas. Lo que ocupaba todavía sus pensamientos era la idea de una ejecución—. Mi hijo... Acabáis de saber que es inocente. Nunca se ha

propuesto envenenaros. Ha sufrido mucho —añadió poniéndose de pie—. Ahora que su padre ha muerto, os jurará lealtad. Podéis confiar en su palabra, por mi alma que podéis.

—Creo que eso es cierto. —Atrayendo todas las miradas sobre su persona, Segismundo, alto y solemne, se puso delante del príncipe—. Preguntad a los hombres que han intentado una y otra vez rescatarlo y sabréis que Donato Landucci es un hombre de palabra. —Dicho esto, se volvió e hizo una señal. Aldo y Fracassa, que habían sido conducidos a palacio por orden de Segismundo, fueron empujados por los guardias y obligados a arrodillarse ante el príncipe. Discretamente, Segismundo se hizo cargo del interrogatorio—. ¿Os proponíais sacar a Donato Landucci de Viverra para que pudiera reunirse con su padre?

—Tenía que reunirse conmigo. —La condesa Landucci extendió una mano como si quisiera proteger a los hombres arrodillados—. Fui yo quien los mandó. Sabía que mi marido estaba planeando alguna clase de ataque contra vuestra alteza y temía que le ocurriera algo a mi hijo cuando lo llevara a cabo. —La condesa ahogó un gemido pensando en lo fundamentadas que habían estado sus sospechas.

El príncipe Escipión se dispuso a hablar, pero comprendió que no podía culpar a una mujer por traicionar a su marido, sobre todo cuando el marido había estado a punto de arriesgar la vida de su hijo.

La pregunta que le hizo Segismundo a continuación fue formulada en tono sosegado, sin dejar entrever ni un ápice de amenaza.

—¿Os dijo el conde Landucci cuando fuimos a buscarlo que su huida había sido planeada?

—Estaba enojado. Me llamó tonta por llorar y me contó que Michelotto le había dicho que organizara un rescate.

Gatta agarró a Segismundo del brazo.

—Michelotto me dijo que habíais sido vos quien había organizado el rescate. Por eso ordené que murierais; por eso y por matar a Landucci. El conde murió para encubrir una conspiración, aunque, al parecer, no erais vos quien estaba detrás de ella, sino Michelotto.

La condesa Landucci rompió otra vez a llorar.

—Mi hombre vio a Michelotto matar a Landucci.

—Ese diablo mintió, y me mintió a mí. La muerte que ha sufrido ha sido demasiado buena.

Segismundo señaló a Fracassa, cuya ropa estaba rígida por la sangre de Michelotto.

—Hizo lo que pudo... Él y su amigo intentaron en más de una ocasión rescatar a Donato. Que nos digan por qué no lo consiguieron.

—¡Porque no quería venir con nosotros! —Aldo, indignado, lo miró con expresión colérica, como si pensara que Segismundo había hablado personalmente con Donato para disuadirlo—. Íbamos a llevárnoslo a la fuerza cuando nos dijo que

había dado su palabra.

—¡Su palabra! —Fracassa escupió la palabra a través de la melena.

Segismundo se volvió hacia el príncipe y extendió las manos.

—Ya lo veis, alteza. Podéis fiaros de la palabra del joven si os jura lealtad como conde Landucci.

—Fiaros de él, padre. Estoy seguro de que el señor Segismundo dice la verdad —lo instó Francisco con convicción. Ni él ni su madre iban a hacer alusión a cualquier otra razón que Donato pudiera tener para querer quedarse—. Ha sido amigo mío y espero que vuelva a serlo. —Poniendo una mano sobre la de su padre, añadió—: Que los Landucci y Viverra vivan en armonía. Liberadlo, señor, para que pueda asistir a mi boda.

—Liberadlo, alteza. —Gatta, animándose al recordar que pronto iba a ver a su querida hija soberbiamente casada, agarró a los dos hombres arrodillados (a Aldo por el cuello y a Fracassa por su tentadora melena) y los obligó a ponerse de pie con tal fuerza que Fracassa soltó un estridente chillido—. Y liberad también a estos hombres. Hoy he aprendido una lección sobre lealtad y ellos han demostrado tenerla hacia su señora. —Adivinando dónde tenía Fracassa la oreja bajo su abundante melena, se la cogió y añadió—: Además, debo a este hombre los honorarios de un verdugo. Voy a pagarle con oro.

El chillido de Fracassa se extinguió.

El príncipe se levantó, seguido de la princesa, para hacer uso de su autoridad.

—Condesa Landucci, vuestra petición queda concedida. Vuestro hijo será perdonado a condición de que preste juramento como conde Landucci ante nosotros y nuestro estado. Estos hombres quedan a disposición del señor Ridolfi, conde de Mascia.

Al bajar del estrado, el príncipe indicó con un dedo a Segismundo que se acercase; éste obedeció e hizo una reverencia. En torno a ellos se elevó un clamor de voces procedentes de los cortesanos, que tenían cotilleo para varios días, de los consejeros, que tenían temas de discusión para varios meses, y de las personas que se habían acercado a Gatta para felicitarlo por su nuevo título. El príncipe debía de estar de un humor excelente: sus enemigos, incluso aquellos que no habían llegado a conocer, estaban muertos; había perdonado a un simpático joven que iba a prestarle juramento de vasallaje; y el joven príncipe iba a contraer un matrimonio que pondría a Viverra a salvo de ataques. ¿Qué más podía desear? Indicó a Segismundo que se acercara aún más y le susurró firmemente:

—Buscad al doctor Virgilio. Tiene que volver. Ahora más que nunca necesito oro.



---

## «Auripigmento»

—Creía que el doctor Virgilio había volado por los aires. —Mientras caminaba a la luz del cálido sol otoñal, Benno pensó que a su señor le pedían que fuera a buscar personas desaparecidas con demasiada frecuencia. Segismundo, sin embargo, ni se quejaba ni daba muestras de cansancio.

—Eso es lo que piensa todo el mundo excepto el príncipe Escipión. Mmmm... Tal vez sea él quien esté más cerca de la verdad. Me ha dicho que vio el laboratorio momentos antes de que se produjera la explosión y que estaba desierto. Se habían llevado todo excepto algunos libros de su alteza y, por supuesto, algunos de los productos que contribuyeron a que el lugar fuera destruido poco después.

—Pero ¿por qué se fue el doctor? El príncipe le pagaba por su tarea.

—En efecto, el oro es necesario para hacer oro.

—Entonces ¿por qué se esfumó?

Segismundo se detuvo para poner las manos bajo un chorro de agua que manaba de la boca de una cabeza de león que había labrada en la esquina de una calle. Bebió y movió la cabeza para sacudirse las gotas de la cara.

—¿Te has olvidado del hermano Ambrosio?

Por un momento, así había sido.

—Sin embargo, al doctor no le inquietaba el hermano Columba. Le mandó que se fuera con viento fresco —dijo Benno.

—Eso es muy diferente. ¿Te gustaría enfrentarte con el hermano Ambrosio? Tarde o temprano habría hecho lo que al hermano Columba le salió mal. Seguramente fue al laboratorio el mismo día y consiguió que el doctor Virgilio sintiera no sólo temor de Dios sino algo más inmediato, miedo de las turbas de Viverra. Imagínate entonces que el doctor se para a pensar y se dice a sí mismo: «¿No será mucho más prudente buscar la piedra filosofal en un lugar lejano y totalmente diferente?».

—En ese caso ¿por qué estamos buscándolo aquí?

Segismundo se había detenido fuera de una tienda que Benno conocía. Olía a pan fresco y encima de ella se veía el cartel del Mortero de Plata. El toldo de la puerta de al lado estaba levantado y a su sombra el barbero afeitaba a un hombre corpulento que evidentemente llevaba más de una semana dejándose crecer la barba.

—Preguntas y más preguntas, Benno... —Segismundo desapareció por la oscura entrada de la botica, seguido de Benno. *Biondello* echó a correr detrás de él, librándose por los pelos de la jofaina de agua que arrojó en aquel momento el barbero.

Dentro de la tienda había un hombre que Benno conocía. Leone Leconti, vestido con un jubón de terciopelo violeta, estaba comprando pigmentos. El miope de maese Buselli tenía los anteojos firmemente colocados sobre la nariz y repetía los productos que el pintor le pedía a un hombre de rostro apergaminado y aspecto de gnomo que sacaba rápidamente de los cajones y los tarros lo que el boticario le indicaba para pesarlo y envolverlo. Algo en él pulsó un resorte en la memoria de Benno. Había visto a aquel hombrecillo recientemente, en un apuro, pero no lograba recordar dónde...

—Auripigmento, maese Buselli, auripigmento. Se me ha acabado. Me temo que el granuja de mi ayudante está vendiendo mis colores a mis espaldas. Por eso he venido hoy personalmente. El muy bribón sabe perfectamente que si perdiera aunque sólo fuera un poco del lapizlázuli del príncipe, me sería imposible encontrar el oro necesario para reponerlo, así que habrá decidido llevarse otro pigmento. —Volvió la cabeza y, al ver a Segismundo, lo saludó inclinando la cabeza—. ¿El señor Segismundo? No podría olvidarme de vuestra cara. Si disponéis de tiempo libre, me gustaría haceros un retrato. Sólo tengo un par de esbozos en mi cuaderno.

Lo que el pintor no dijo fue que tenía pensado utilizar el rostro de Segismundo, al que prudentemente añadiría cuernos, orejas puntiagudas y aire de malignidad, para retratar al diablo en una pintura sobre el juicio final que le habían encargado. La gente tenía cierta tendencia a tomarse tales cosas a mal y aquel hombre tal vez no entendiera que era la sombría intensidad de su rostro lo que él consideraba adecuado para el retrato del príncipe de los infiernos.

—Tiempo libre es lo que me falta, señor Leconti, de lo contrario os aseguro que posaría para vos. He venido aquí para comprar información.

En cuanto Segismundo surgió de las sombras, el boticario se encogió en su astrosa túnica al igual que una tortuga en su caparazón. Era evidente que había reconocido al hombre que unos días atrás había puesto en jaque su confianza, como lo era que temía que le hiciera preguntas aún más comprometidas. El ayudante se sentó en un taburete cercano, de modo que quedaba iluminado por un reflejo de luz. Fue a él a quien se dirigió Segismundo al hablar.

—Vos habéis trabajado para el doctor Virgilio. —Ahora le tocaba al gnomo sentir temor, pese a que el tono de Segismundo era tranquilo, casi despreocupado—. El príncipe desea saber dónde está para requerir nuevamente sus servicios. ¿Podéis ayudarme? —Una gran mano puso una moneda de oro sobre la losa de mármol del mostrador. El gnomo se acercó a él con gesto animado.

—No me lo dijo, aunque uno de los otros, uno de los jóvenes que se han ido con él, comentó que probablemente fuesen a Alemania. Hay un margrave que lleva ya tiempo escribiéndole cartas para conseguir sus servicios.

—¿Sabéis qué camino tomó el doctor?

Con los ojos puestos en la moneda de oro, el gnomo extendió la mano, la retiró y sacudió la cabeza.

—Los jóvenes no lo sabían. Seguramente él no se lo dijo. El hermano Ambrosio le advirtió que lo mandarían a la hoguera por hereje si se quedaba en Viverra, así que no quería que saliera nadie detrás de él a buscarlo. —Su retorcida mano, marcada como la del príncipe por quemaduras de fuego y ácido, se cerró sobre la moneda en el momento en que Segismundo la empujó hacia él.

—El hermano Ambrosio debería andarse con cuidado. —Leonti estaba poniendo los paquetes encima de una tela con ayuda del boticario—. Viverra ya lo ha aguantado bastante. Ahora que, gracias a Dios, ese desgraciado del hermano Columba ha desaparecido y el hermano Ambrosio está enfermo, tal vez consigamos por fin vivir en paz.

—¿El hermano Ambrosio está enfermo?

Benno se dio cuenta de que hacía tiempo que no veía al predicador.

—Estaba rezando en la capilla del palacio cuando sintió que el diablo lo agarraba del brazo izquierdo y cayó al suelo en medio de fuertes convulsiones. —Leonti se echó a reír. No se había olvidado de la impresión que le había producido ver su pintura coronando la pira—. Quizá Dios se le acercó por la derecha y le dijo al oído unas palabras acerca de la caridad —añadió mientras ataba los extremos de la tela y cogía el bulto—. Así dejará de dar vueltas por el palacio metiendo las narices en todas partes. Al médico del príncipe le dijo cómo tenía que tratar a su alteza después del accidente y a mí cómo tengo que pintar. Seguro que también le ha dicho al chambelán cómo tiene que administrar el palacio. Que se vaya a dar consejos a los ángeles sobre cómo pueden evitar que se les caigan las plumas de las alas.

El pintor pagó a maese Buselli y, tras despedirse de Segismundo, se marchó.

Al salir de la botica, Segismundo demostró que no había sido del todo sincero al decir que no tenía tiempo libre, pues pidió al barbero que lo atendiera. Benno rehusó los ofrecimientos del ayudante del barbero para sangrarlo, lavarle la cabeza o recortarle la barba y se acuclilló para mirar cómo atendían a su señor. *Biondello*, entretanto, se entretuvo lanzando gruñidos a un gato que lo miraba elegantemente desde un balcón.

El barbero deslizó diestramente la navaja por la cabeza de Segismundo y se alegró de poder comentar los acontecimientos ocurridos recientemente en la ciudad.

—¡Vaya con el hermano Columba! Hay quien dice que ha subido al cielo en un carro de fuego, pero yo opino que ha caído al río mientras predicaba a los peces para que renunciaran a la plata de sus escamas. De buena nos hemos librado. —Como muestra de los inocentes lujos que el hermano Columba le habría censurado, abrió una botella de aceite aromático y se lo puso a Segismundo debajo de la nariz. Con la aprobación de su cliente, el barbero se echó un poco sobre las manos y empezó a darle un masaje en la cabeza desde la nuca a la mandíbula pasando por la noble coronilla—. Y qué decir del hermano Ambrosio... No ha tenido mucha suerte con su profecía, ¿verdad? Nuestro príncipe está tan bien como siempre. Y no tiene un pelo de tonto: va a casar a su hijo con la hija de Gatta. Seguro que organiza una buena

fiesta para la boda y ordena que salga vino de las fuentes. También es verdad que Gatta, que es un hombre...

De pronto, Segismundo se quitó la toalla del cuello, se puso de pie, se secó la cabeza y pagó al barbero. Benno se encontró caminando de regreso al palacio más rápido de lo que sus piernas habrían considerado deseable. Si había tiempo para un afeitado, ¿por qué tenían que darse prisa ahora?

—Al príncipe no va a hacerle gracia lo del doctor Virgilio —dijo entre jadeos mientras sorteaba a un hombre voluminoso que se había visto obligado a apartarse para dejar pasar a Segismundo pero no había visto la necesidad de hacerlo con el bobo que había encontrado a continuación. Segismundo respondió sin siquiera volver la cabeza.

—Como no lleguemos pronto, es muy probable que nos encontremos al príncipe muerto.

---

**«Es un milagro»**

A Segismundo ya lo conocían como el agente del príncipe, por lo que nadie lo detuvo cuando entró en el palacio. Benno lo siguió de cerca con *Biondello* sujeto bajo el brazo.

Segismundo entró en los aposentos del príncipe antes de que el sobresaltado paje pudiera impedirselo. El príncipe Escipión se hallaba encerrado con el hermano Ambrosio, quien en aquel preciso instante no estaba cuidando del alma del soberano, sino de su cuerpo. Los dos hombres volvieron la cabeza hacia la puerta como si fueran la viva imagen de la sorpresa. El predicador permaneció inclinado, sosteniendo una cuchara ante el príncipe, que estaba sentado y tenía la boca abierta como si fuera un niño al que dieran de comer.

—¿Estáis intentando conseguir que vuestra profecía se haga realidad, padre?

El hermano Ambrosio se quedó quieto durante largo rato. Entonces hizo una mueca espantosa, como un espasmo. Encorvó la espalda, tiró la cuchara, que describió una fulgurante parábola en el aire, y se agarró el brazo izquierdo con el derecho. El frasco cayó al suelo y se resquebrajó, dejando escapar un líquido viscoso que se extendió perezosamente por el mármol gris. El hermano Ambrosio perdió el equilibrio y se desplomó, forcejeó por un momento y se quedó inmóvil.

—¿Qué... qué sucede? —El príncipe se puso de pie.

Segismundo había llegado a donde estaba el predicador en el momento en que éste terminaba su breve forcejeo, se había arrodillado a su lado y había apretado los dedos en el hueco situado entre la mandíbula y el cuello.

—¿Habéis tomado lo que os estaba ofreciendo?

—Por desgracia, no. Y se ha caído todo. —El príncipe lanzó una mirada de pesar al dorado líquido que se extendía hacia sus pies—. ¿Ha sufrido uno de sus ataques? —preguntó al tiempo que se inclinaba para coger al predicador del hombro y ponerlo boca arriba. Todos vieron entonces cómo el rostro de éste se relajaba y adquiriría la expresión de dulzura que lo caracterizaba. Tenía los ojos abiertos e inmóviles, y los labios separados. El príncipe se santiguó. Segismundo y Benno lo imitaron—. Que Dios se apiade de él.

Benno hincó una rodilla en el suelo y soltó a *Biondello* para juntar las manos en señal de oración. El chucho acercó un inquisitivo hocico al líquido derramado. Segismundo extendió un largo brazo, cogió al animal y se lo arrojó a Benno.

—Mantenlo alejado de eso. Es veneno.

—¿Veneno?! —El príncipe se irguió y miró a Segismundo con cara de

estupefacción—. No, no. Es *theriaca antidotos*, la auténtica triaca de los antiguos. Me habría venido muy bien. Limpia el sistema de toda clase de venenos. Es de Venecia, el mejor que hay. El hermano Ambrosio quería que lo tomase para los dolores de estómago. Lo lleva siempre que viaja como antídoto para las mordeduras de serpiente... —El príncipe enmudeció al ver la expresión de Segismundo.

—¿Cuándo empezasteis a tener esos dolores, alteza?

—Ayer. El buen hermano me dio un poco de triaca por la mañana para que recuperara las fuerzas. Los recientes acontecimientos me han afectado mucho: mi hijo, el doctor y el laboratorio, el efecto de los vapores...

—¿Cuándo os dio la dosis, alteza? ¿Antes o después de que sintierais los dolores?

—Cuando me levanté por la mañana. Los dolores empezaron en torno al mediodía... —El príncipe miró al muerto. Segismundo estaba cerrándole los ojos. De pronto, el soberano se volvió en busca del brazo de su silla, lo encontró y se sentó. Entonces musitó—: ¿Por qué quería matarme? ¿Cómo es posible? Era un hombre santo.

Segismundo se puso de pie.

—Por el bien de los demás, tal vez. Al buscar al doctor Virgilio, alteza, estabais volviendo a lo que él consideraba la obra del diablo. Viverra se estaba apartando de él para regresar a lo que él juzgaba una vida pecaminosa. Es difícil llevar una vida de perfección en el mundo. El hermano Ambrosio anunció que ibais a morir y pensaría que si así sucedía, seguramente Viverra se daría cuenta de que él era el encargado de transmitir la palabra de Dios, que era por lo que él se tenía, y de ese modo la ciudad volvería a la penitencia.

Inesperadamente, el príncipe se echó a reír.

—Lo que estáis diciendo entonces es que iba a matarme con la mejor de las intenciones. Por lo que parece, no puede pasar ni un solo día sin que me entere de que tengo un enemigo que jamás habría imaginado que tuviese. —El príncipe hizo una pausa y miró nuevamente al hermano Ambrosio—. Mi madre va a llevarse un gran disgusto, aunque no es de extrañar. No hace ni una semana que Viverra tenía a este hombre por un santo. Ahora, sin embargo, creo que la ciudad va a alegrarse de librarse de él.

—¿Puedo haceros una sugerencia, alteza? —La profunda voz de Segismundo tenía un tono risueño—. El hermano Ambrosio deseaba el bien para la ciudad y tal vez todavía pueda hacérselo. ¿Por qué no informáis a su orden que el hermano ha cumplido fielmente sus deberes como predicador y pedís su permiso para enterrarlo en vuestra nueva capilla? Viverra se alegrará de acogerlo como futuro santo. Es más, os aconsejaría que ordenaseis que se vigile el cuerpo antes del entierro. Con un cuchillo afilado pueden obtenerse buenas reliquias.

La carcajada del príncipe Escipión rayó en la histeria.

—Que así sea. El Santo Padre será informado de que para proteger Viverra dispongo no sólo de un condotiero sino también de un hombre santo. —De repente

enmudeció y, llevándose una mano a la garganta, balbuceó—: ¿Y el veneno...? Lo tomé ayer. ¿Voy a morir?

—Ya deberíais estar muerto, alteza, pero habéis comido tantos confites de los que envenenó accidentalmente Donato Landucci, de una manera tan ocasional y durante un período de tiempo tan prolongado, que poco a poco habéis adquirido resistencia. Había arsénico en el azúcar que cubría los confites, y también en el pigmento que el hermano Ambrosio le robó a Leconti para ponerlo en su preparado. —Segismundo inclinó la cabeza sobre el charco de líquido derramado, que seguía extendiéndose y desprendiendo su olor a miel—. Podría decirse que la princesa Isotta os ha salvado la vida al inspirar el amor de Donato Landucci.

El príncipe seguía pálido a causa del susto. Incapaz de apreciar semejantes sutilezas, sacudió la cabeza y dijo:

—Es un milagro que aún esté vivo. Y gracias a vos. No lo olvidaré. Cuando oí hablar de vos y mandé a mis hombres que os buscaran, no creí que al final fuera a deberos la vida.

Segismundo se inclinó sobre la mano del príncipe. Benno pensó: «Y ni siquiera sabe que también ha sido mi señor quien ha arreglado el matrimonio de su hijo».

La atención del príncipe, apartándose de la cabeza recién rapada que tenía ante sí, fue a fijarse distraídamente en *Biondello*, que estaba en los brazos de Benno.

—Qué perro más bonito. ¿Cómo ha perdido la oreja?

---

## Con una bendición

Benno lamentó que no se le hubiera ocurrido una buena historia que explicara cómo había perdido la oreja *Biondello*. Cuando lo encontró ya le faltaba, y pensaba que la explicación más probable no era muy agradable; *Biondello* seguramente había perdido la oreja en la hambrienta aldea en que había nacido como consecuencia de un frustrado intento de convertirlo en pastel de cachorro.

—¿Creéis que a partir de ahora al príncipe le irán bien las cosas?

Segismundo echó en sus copas lo que quedaba del vino que les había traído Rosaria. Había sido un día muy largo y Benno había cenado con voracidad los mejores platos de la posada: dos tazones de sopa de calabaza, pato a la parrilla y conejo asado con romero. Ahora estaba comiendo unas estupendas ciruelas maduras, cuyo jugo se le escurría pegajosamente por la barba.

Debajo de la mesa estaba *Biondello*, lamiendo ruidosamente un cuenco de agua en el que Benno había echado un poco de vino. El perrillo también tenía motivos para participar en la celebración. Se había salvado de sufrir una muerte terrible por envenenamiento.

—Yo creo que deberían irle bien. Ahora que sus familias están unidas por vínculos familiares, Gatta lo protegerá de sus otros enemigos, y no cabe duda de que su salud va a mejorar. —Segismundo le brindó una sonrisa de oreja a oreja—. Me pregunto qué se pondrá a buscar ahora que la piedra filosofal se ha trasladado a Alemania.

—Es una lástima que el doctor Virgilio no encontrara oro.

—El príncipe pensaba que sí lo había encontrado.

—¿Qué?! ¿Y lo encontró realmente?

—El doctor Virgilio le enseñó un pedazo que, según dijo, había conseguido hacer. Justo después del sermón con el que el hermano Ambrosio advirtió al príncipe que se librara de él.

—¡Oh! De modo que...

—Es posible que el doctor tuviera ese pedazo de oro por si se daba semejante situación. Eso es lo que le he dicho al príncipe.

—¿Y os ha creído?

—Al principio se ha negado, pero al final... —Segismundo se encogió de hombros—. Al príncipe ya no le hace falta todo ese oro. La razón que tiene Gatta ahora para servirle es más poderosa que cualquier otra, y seguro que hace ostentación de ella llevando una dote fabulosa al matrimonio de Caterina. Mmm... Me pregunto



cómo le irá al joven Francisco. Lo de ir al campamento de Gatta a solas pudo ser tanto una maniobra astuta y atrevida como una insensatez. Sea como sea, supongo que teniendo a Caterina por esposa, a Donato Landucci por amigo y aliado y a Gatta por protector, será un buen príncipe para Viverra cuando le llegue el día. El príncipe Escipión no sabrá entonces qué hacer con su tiempo libre; la búsqueda de la piedra filosofal ha terminado para él.

—Tal vez pueda pasarlo con la princesa. Se ha quedado encantada con el Libro de las Horas que el príncipe le ha regalado, ¿verdad? —Benno apuró su copa y puso cara de pillo—. ¿Creéis que ella y Gatta...? —Formó un anillo con el pulgar y el dedo índice y añadió—: No creo que el príncipe se haya dado cuenta.

Segismundo estaba probando un plato de peladillas y cascás que Rosaria le había puesto delante junto con una jarra llena de vino al pasar por la sala para supervisar el servicio.

—Mmm... Si la princesa lo ha hecho, supongo que será porque habrá creído que de ese modo Gatta permanecería al lado de su esposo. Y es posible que en los momentos más delicados así haya sido. Estoy seguro de que, en el fondo, la princesa es leal al príncipe Escipión. De todos modos, en el caso de que realmente haya ocurrido lo que dices, no creo que continúe haciéndolo ahora que su hijo va a casarse con Caterina.

—La lealtad es algo curioso. —Benno extendió una mano grasienta y pegajosa hacia el plato de peladillas—. A su manera, ese Michelotto también era leal a Gatta. No me parece del todo justo lo que le ha sucedido. Al fin y al cabo, todo lo que ha hecho..., intentar envenenar al príncipe y matar a su hijo, conspirar contra Landucci..., tenía como único fin que Gatta fuera príncipe de Viverra.

—Benno, nunca intentes hacer el bien a la gente a tu manera. Michelotto pensaba que la lealtad de Gatta al príncipe Escipión era una muestra de debilidad y que, por lo tanto, había que ayudarlo a llegar a donde le correspondía. Sin embargo, a las personas como Gatta no les gusta que se hagan cosas por su bien a sus espaldas. Es una ofensa para su orgullo. Ya ves qué resultado le ha dado a Michelotto.

Reflexionando sobre el resultado que le había dado a Michelotto, Benno se atragantó con una peladilla, pero se libró de ahogarse gracias a la palmada que le dio Segismundo en la espalda.

—Y no nos olvidemos del hermano Ambrosio —dijo ya repuesto—. Él también quería hacer el bien.

—Tal vez lo que lo mató haya sido la conmoción que supuso para él darse cuenta de lo que estaba haciendo en realidad.

—De todos modos, ha tenido un funeral maravilloso, ¿verdad? Ha sido una suerte que el obispo ya estuviera repuesto para celebrarlo. —El obispo había oficiado la misa por el hermano Ambrosio con gran solemnidad, aunque la gente había comentado la extraña expresión de alegría que había mantenido durante la ceremonia. Los más bondadosos habían atribuido a su reciente apoplejía la pequeña e irónica

sonrisa que habían visto en sus labios—. Es una pena que no nos quedemos para la boda. —Benno se consoló cogiendo un puñado de peladillas mientras Segismundo le servía otra copa de vino.

—Son demasiadas las personas que quieren que nos quedemos, y a mí me gusta ir de un sitio a otro.

—Supongo que cometisteis un pequeño error en Mascia al permitirle a Scala que se pusiera en cabeza con respecto a los demás... —Benno rió a carcajadas de su propio chiste.

Rosaria se acercó, moviendo alegremente su voluminoso cuerpo entre las mesas sin que pareciera preocuparle la presencia de los codos de los clientes. Poniendo los brazos en jarras, miró a Segismundo y dijo:

—No pienses que no me he enterado de lo que has estado haciendo, encanto. La gente que viene a mi posada me cuenta todo lo que sucede en la ciudad. Se dice que has salvado al príncipe, que te has acostado con la princesa y que recibiste la bendición del hermano Ambrosio, que en paz descansa, cuando murió. Gatta te quiere como a un hermano y no vas a quedarte para la boda porque tienes que ir a Alemania a conseguirle la piedra filosofal al príncipe. Si se la traes, tendrás la mano de la princesa Emilia...

—Pero ¿no tiene unos ocho años? —preguntó Benno.

Rosaria pasó el dedo por la cicatriz que tenía Segismundo en una ceja.

—¿Ha sido la princesa quien te ha dado este amoroso mordisco? —La posadera miró a Benno mientras acariciaba la cabeza de Segismundo—. ¿No crees que la paciencia es una de las virtudes de tu señor? Aunque, si lo conozco bien, no creo que vaya a esperar a ninguna princesa. Puede pasárselo mucho mejor aquí y ahora. —Se volvió y dio una palmada que se oyó por encima del estrépito de platos, jarras y voces—. ¿Quién tiene un tambor o un tamboril? —Casualmente, un hombrecillo de expresión perspicaz que iba vestido de rojo y azul tenía una flauta; el forzudo de Rosaria miró detrás de una puerta y tímidamente sacó un tamboril. Por orden de la posadera se apartó la mesa más larga para hacer sitio en medio de la sala. En el momento en que los bebedores empezaban a dar con sus copas contra las mesas y a golpear el suelo con los pies, Rosaria cogió a Segismundo de la mano, avanzó majestuosamente hasta el centro de la sala y dio al flautista el título de una canción; el hombre hizo una señal con la cabeza y empezó a tocar una animada melodía mientras el tamboril, prácticamente oculto bajo la mano del forzudo, marcaba un compás doble, que fue al que se puso a bailar la pareja. Los pies de Rosaria se movían con precisión, soportando ágilmente su peso; Segismundo le seguía los pasos. Primero al lado de uno, luego del otro, bailaron cogidos de las manos y con los brazos en alto, describiendo lentamente un círculo al ritmo del tamboril, con cara de concentración, ensimismados, sin que pareciera que los complicados movimientos de sus pies afectaran al equilibrio de sus cuerpos. Benno los observaba boquiabierto. Aquélla era una faceta de su señor que desconocía.

Al final del baile, un repique del tamboril sirvió de acompañamiento para un alarde de pasos que arrancó una ovación de los bebedores. Benno aplaudió con ellos. Tras rechazar las peticiones para que bailara otra vez, Rosaria se marchó a supervisar el servicio de vinos y Segismundo, con la cabeza brillante, se sentó y bebió el vino que le había servido Benno.

—Michelotto.

Una extraña figura se abalanzó sobre ellos apoyándose en la mesa con las manos extendidas, inclinando la cabeza y con dificultades para fijar la mirada. Era Pío.

Segismundo habló con seguridad y sosiego.

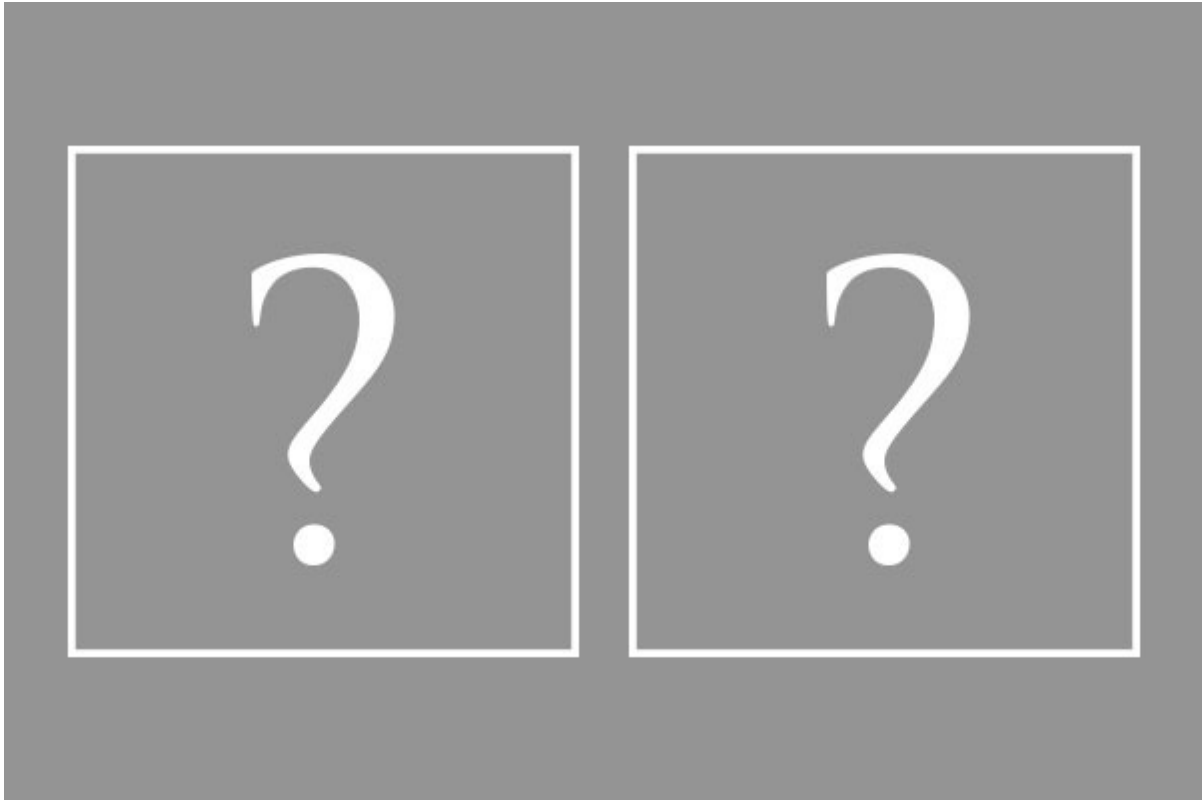
—Está muerto. Michelotto está muerto.

Pío sacudió la cabeza para espabilarse, intentó una vez más fijar los ojos en Segismundo y, al resultarle imposible, se alejó de ellos entre las mesas. Habían salido más personas a bailar al centro de la sala; Rosaria, que acababa de aparecer por el fondo, detuvo a Pío para que no chocara con ellos y se lo pasó al forzado del tamboril.

—No hagas caso, encanto —exclamó—. Ha perdido el juicio. Salió hace unos días del río como si fuera una rata de agua. Le he permitido que se quede a cambio de que me lave los platos.

Benno se preguntó si las palabras de Segismundo habrían tenido algún significado en el conmocionado cerebro de Pío, y si éste lograría encontrar alguna vez a sus amigos o regresar al condado de Landucci. Lo imaginó volviendo a casa, tambaleándose, dando cabezazos a todos los obstáculos que encontraba en el camino, tanto muros como ladrones. A su modo, Pío era tan indestructible como Segismundo.

—¿Adónde vamos a ir entonces? ¿A Alemania? Segismundo había cogido a *Biondello* y estaba dándole de comer un trozo de pato que había quedado en su escudilla y un poco de salsa. Enarcó las cejas y dijo: —¿Alemania? ¿Por qué Alemania? Allí donde vayamos nos acompañará la bendición del hermano Ambrosio.



ELIZABETH EYRE es el seudónimo de Jill Staynes y Margaret Storey. Juntas han escrito numerosas obras, empleando este seudónimo en la serie Segismundo. Eran alumnas de la misma escuela, en la que inventaban personajes extraños e intercambiaron series de episodios acerca de ellos. Su primer libro conjunto, fue escrito cuando contaban con quince años, se llamaba *Bungho, or why we went to Aleppo*, que nunca vio la luz. Han publicado numerosas obras para público infantil, y juntas crearon al Superintendent Bone, protagonista de novelas de detectives modernas, así como esta serie de novela policíaca italiana del Renacimiento, Segismundo.

Las novelas de Segismundo están caracterizadas por sus coloridos personajes, y su ambientación en la Italia del Renacimiento. Las historias se están cuidadosamente estructuradas y bien pensadas.

Los libros de esta serie han contribuido al subgénero de misterio histórico, que surgió en la década de 1990 con el éxito de Ellis Peters y la serie Cadfael, y Lindsey Davis y la serie de Marco Didio Falco.